

UNA VIDA ANCHA Y PROFUNDA:
VICENTE GARRIDO PASTOR
FUNDADOR DE LAS
OBRERAS DE LA CRUZ

M.^a FRANCISCA OLMEDO DE CERDÁ

UNA VIDA ANCHA Y PROFUNDA:
VICENTE GARRIDO PASTOR

Fundador de las Obreras de la Cruz



VALENCIA

2000

Ha colaborado en la edición

El Ilmo. Sr. D. JOSÉ ALMIÑANA VALLÉS

© Instituto Secular Obreras de la Cruz

I.S.B.N.: 84-920343-7-8

Depósito legal: V. 1.792 - 2001

Artes Gráficas Soler, S. L.

La Olivereta, 28 - 46018 Valencia



PRÓLOGO

LA vida de D. Vicente Garrido Pastor posee una densidad histórica personal que no puede ser abarcada en una obra escrita. En palabras de la autora de la presente biografía, su vida es ancha y profunda.

Quienes lo conocieron personalmente dan testimonio de la amplitud y hondura de la vida de este sacerdote valenciano, nacido el 12 de noviembre de 1896, en Benaguacil (Valencia) y muerto a los setenta y ocho años, tras una vida de total entrega a Dios en el ministerio sacerdotal.

Muchos son los frutos del ejercicio de su ministerio, entre los que sobresale el Instituto Secular Obreras de la Cruz. Ellas, que se consideran y son sus hijas, están convencidas de la santidad de su Fundador y del bien que representaría para toda la Iglesia tenerlo de modelo por su exaltación a los altares, primero como beato y, más tarde –si Dios quisiera– como santo.

En este horizonte debemos situar la biografía de D. Vicente Garrido. Estas páginas van respondiendo a una pregunta implícita, que podemos tomar como hilo conductor de cuanto aquí se dice. La pregunta se puede formular de diversas formas, si bien la cuestión central será siempre la misma: la santidad de D. Vicente.

“La santidad –decía él mismo– es un proceso lento y callado, en que no se puede prescindir ni un solo día de la cruz de Jesucristo, llevada con amor y con fe. Exige mucha

abnegación personal, mucho sacrificio, mucha caridad para con Dios y con los hombres” (*Espigando*, p. 78).

En cuatro aspectos de su vida se manifiesta especialmente la lentitud y el silencio del proceso de santidad.

El primero de estos aspectos es el talante humano de D. Vicente. Las vicisitudes históricas que vivió modelaron su personalidad. En su vida, como en la de todo ser humano, hubo alegría y tristeza, sonrisa y dolor. Sin embargo, llama la atención la serenidad y reciedumbre de D. Vicente –y así se desprende de la lectura de esta biografía– para vivir cada acontecimiento. En su vida tuvo que asumir muchas adversidades, entre las que sobresalen las circunstancias que rodearon su ordenación y primera misa: la muerte de su madre. Si hay un hecho que afecta nuclearmente la fibra de la persona es la muerte de la madre. Si esta pérdida es dolorosa de por sí, en momentos determinados se hace todavía más dolorosa. Es el caso de D. Vicente, y ahí percibimos en toda su amplitud la reciedumbre y profundidad de su talante humano. No es extraño que después las circunstancias difíciles de su vida fueran afrontadas con gran humanidad y, desde su experiencia, invitase a la profundización y práctica de los valores humanos: “Cuando el padre moribundo llama a sus hijos, y, teniéndolos en torno a su cabecera, les habla de este modo: hijos, sed buenos, amaos como hermanos; ya sabéis que el camino que vuestro padre os ha enseñado es de honradez, de vida cristiana, de laboriosidad, de sacrificio, de caridad...; este padre moribundo tiene en esos momentos, al volcar su corazón, sus mejores palabras, que los hijos buenos jamás olvidarán (*¡Tú puedes...!*, p. 117) [...] Os digo, pues: acordaos de lo que tenéis recibido y de cuantas cosas se os han enseñado. Grabadlas en vuestro corazón. Acordaos, de vez en cuando, de estas enseñanzas, las cuales os piden amor, caridad, sacrificio, unión, desprendimiento, valentía, confianza, fidelidad a Dios, grandeza de corazón” (*¡Tú puedes...!*, p. 122).

Ser consciente de la grandeza de lo humano conduce a vivir ante Dios y ante los demás de manera auténtica, como sabio en humanidad. Los valores humanos se convierten, para quien vive ilimitada y desbordantemente todo lo humano, en parte importante de las señas de su identidad: “Cuando la persona está más alta, es más sabia, más humilde. Los sabios tratan con cualquiera; es un distintivo: persona buena, sabia, humilde, sencilla. Que esto no os falte nunca, por mucha importancia que tengáis” (*Espigando*, p. 219).

El segundo aspecto se centra en el ministerio sacerdotal. D. Vicente lo ejerció durante cincuenta y cuatro años de manera infatigable. Su vida gira toda ella y adquiere pleno sentido en el sacerdocio. “A Dios –proclamaba con firmeza– no hay que darle sólo los años gastados, una vida que pasó entre placeres o equivocaciones, sino una vida que empieza a florecer y puede fecundar para Dios” (*Espigando*, p. 297). Cuando su vida empezaba a florecer, entró en el seminario de Valencia. A los veinticuatro años era ordenado sacerdote y desde aquel momento, como instrumento en manos de Dios, se entregó totalmente a realizar su voluntad: “No nos cansemos de dar lo que el Señor quiera y pida..., y esto, sin límites. Lo que Dios quiera, cuando quiera, como quiera. Dad en la medida que habéis recibido. Dad una vocación llena de fruto. No demos una vocación que se nos ha muerto y secado en el campo. No nos pase como a los de los talentos... No he producido nada... Siervo ingrato, necio, ¿qué has hecho?” (*Espigando*, p. 306).

Muchas son las cosas que el Señor pidió a D. Vicente en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, y siempre encontró en él la misma respuesta: total disponibilidad. “El mundo pasa, las personas, las situaciones; lo único que queda es el servicio de Dios” (*Espigando*, p. 30).

Servir a Dios tenía para D. Vicente una forma concreta, como así lo manifestó durante su vida: la obediencia. Y

para aprender y saber obedecer, tuvo el mejor de todos los modelos posibles: “Jesucristo acató el juicio de su Padre, su voluntad. Cumplió los planes que venían de arriba. ¿Y cómo los cumplió? A la perfección” (*Espigando*, p. 206). También él, como nos muestra su biografía, procuró cumplir a la perfección aquello que la Iglesia –es decir, su querida diócesis de Valencia– le encomendaba, pues estaba plenamente persuadido que “sentir con la Iglesia es sentir con Jesucristo” (*Espigando*, p. 302).

Aparecen los fundamentos de toda su acción pastoral: Jesucristo y la Iglesia. Acción que brotaba y se consolidaba en una profunda vida espiritual: “Comenzamos a darnos viva cuenta que sin vida interior, seglares, religiosos y sacerdotes, no vamos a ninguna parte con éxito verdadero, ante Dios, de nuestro apostolado. Un apostolado sin vida interior es un apostolado sin alma; herejía de la acción. Va camino de su fracaso, de su ruina moral o de una sobrenatural ineficacia, una acción sin oración, un celo sin control interior, una actividad prolongada en ramificaciones tan múltiples y complejas, faltando un rato para aquietar el espíritu en la presencia de Dios” (*Formación moral y acción de apostolado*, p. 132).

D. Vicente Garrido fue un infatigable apóstol de la vida espiritual. Gran parte de su ministerio lo dedicó a la dirección espiritual, a los ejercicios, a los retiros. Todo, para acercar las almas a Dios. En esta tarea, sabía que contaba siempre con una ayuda extraordinaria: la Virgen. María estaba a su lado, porque Jesucristo, como tantas veces había predicado, “le había reservado a Ella la fecundidad espiritual” (*Espigando*, p. 62). Aliado con María, todo obstáculo y dificultad, por extremo que pareciese, siempre encontraría solución. “Humanamente –decía– no lo podemos explicar. Mi esfuerzo, con ser mucho, poco puede producir. Miradlo siempre como fruto de Dios, como algo que viene de arriba. Es la Virgen” (*Espigando*, p. 63).

El tercer aspecto que sobresale en la lectura de la biografía de Vicente Garrido Pastor es la formación intelectual. Su vida está también marcada por el estudio. Desde sus años de seminario destacó por su capacidad en el estudio y por el alto rendimiento, que manifestó en las pruebas académicas. Su dedicación al estudio, y en concreto a la teología, culminó –en lo académico– con el título de doctor en Sagrada Teología, otorgado por la desaparecida Universidad Pontificia de Valencia. Desde entonces la vida de D. Vicente fue también un servicio, vivido como amor, a la sabiduría. Todos los nombramientos eclesiásticos estuvieron relacionados con lo intelectual. Profesor, conferenciante, divulgador, escritor, promotor de la enseñanza religiosa, son algunas de las facetas dependientes de su formación intelectual. Como profesor ejerció su actividad en diversos centros de formación. Entre ellos cabe destacar al Seminario Metropolitano de Valencia del que fue catedrático de Principios de Teología Moral.

Su preocupación fue la formación de los sacerdotes, y su interés, inculcarles el amor al estudio. En el discurso de apertura del curso académico 1955-1956, afirmaba: “La Iglesia desea sacerdotes cultos, hombres de ciencia, para llevar a cabo dignamente, dirigiendo con claridad de principios, una gran parte de su misión que consiste en educar y enseñar” (*Formación moral...*, p. 130). Ante un mundo cambiante que exige respuestas cada vez más comprometidas a sus interrogantes profundos, debe darse “gran pres-tancia al estudio de las ciencias sagradas y de la filosofía” (*Formación moral...*, p. 130). Este compromiso se continúa en la formación permanente.

El interés por la formación no se limitaba a los sacerdotes; también animó a los seglares a no descuidar su preparación (Cf. *Formación moral...*, p. 131). Pero, con quienes se mostraba padre exigente en lo referente a la formación era con los miembros del Instituto por él fundado: “La Obrera no sea solamente una en número, sea en la reali-

dad... Más todavía, que cada Obrera cuide de multiplicar su unidad. ¿Cómo? Capacitándose cada vez más, porque así se multiplica su acción, sus energías, su influencia. Como un deber de conciencia urge el aprovechamiento del tiempo, para aumentar vuestra instrucción, para haceros Obreras más capaces, más aptas para la lucha, instrumentos más hábiles para actuar” (*Espigando*, p. 281).

El último aspecto de su vida es la fundación del Instituto Secular Obreras de la Cruz. Ésta es su gran obra apostólica, nacida de su ministerio sacerdotal, nacida del sentir con Jesucristo y con la Iglesia.

El ejercicio del ministerio se convierte en D. Vicente en instrumento para establecer un puente entre la realidad social y las exigencias del Evangelio. Por una parte, Obreras, es decir: “Entre las obras divinas que podemos hacer, una de ellas es nuestra cooperación a la obra de Jesucristo en la salvación de las almas... Cooperar a divinizar, divinización ésta que se alcanza por la posesión de la gracia santificante. Solamente Dios puede divinizar; a nosotros toca el ser instrumentos de cooperación, que debe ser continua por nuestra parte, no viviendo secretamente estas gracias divinas de un modo egoísta, sino comunicándolas hacia fuera. Para esta doble labor hemos sido elegidos” (*¡Tú puedes...!*, p. 14).

Efectivamente, quería mujeres que no vivieran secretamente las gracias divinas, sino que las comunicaran hacia fuera y, para ello, nada mejor que su presencia activa y comprometida en la obra de Cristo, permaneciendo en ella como Obreras. Quien quisiese ser Obrera con Jesucristo no necesita más distintivo que su vocación, su trabajo, su fidelidad al Instituto: “La fiel Obrera es la que quiere al Instituto por el Instituto, porque es un instrumento de Dios, porque glorifica a Jesucristo. No porque me sea a mí útil, no porque me dé ciencia, no porque me dé un cargo, no porque me ponga en una situación en el mundo para poder ganar, no. Eso es, en realidad, no ser Obrera” (*Espigando*, p. 288).

Si por una parte, D. Vicente quería Obreras, por otra, quería la cruz, con plena conciencia de lo que ella significa y supone: “Nuestra naturaleza, tan rebelde y débil, ante la astilla de la cruz, retrocede, no pudiendo ver el plan divino, sino aquello que más le acomoda y le place, aquello que es más ligero, o le puede encumbrar. Aquí aparecen como dos planes: el de Dios y el nuestro particular. ¿Por qué muchos fracasan en el terreno espiritual? Porque no saben ver a Dios en y sobre todas las cosas” (*¡Tú puedes...!*, p. 13).

El triunfo de la cruz es el triunfo del plan de Dios, de su voluntad, de su obra de salvación. Por ello, serían Obreras de la Cruz: “Ser Obrera es cargar la cruz y lanzarse con todo el interés, todas las fuerzas y toda la ilusión de una vida, a combatir la gran batalla por el Señor. Nada de retaguardias...; en la avanzada...; en primera línea...; sin regateos ni mimosidades...; con espíritu viril, fuerte, tenaz” (*Es-pigando*, pp. 327-328).

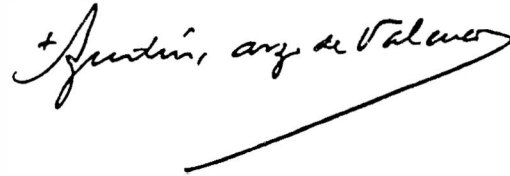
Los cuatros aspectos que emergen en la biografía de D. Vicente Garrido Pastor –talante humano, fidelidad al ministerio sacerdotal, dedicación a la vida intelectual y su carisma de Fundador– dicen de su grandeza humana y de su ejemplaridad cristiana. A la pregunta sobre la santidad de D. Vicente tiene que responder el lector de su biografía, donde, sin duda, encontrará la vívida historia de un ejemplar sacerdote de nuestro presbiterio valentino. La Iglesia también responderá, de manera oficial, a quienes esperan y desean ver pronto a D. Vicente beatificado.

Mientras aguardamos este momento, os invito a leer esta detallada biografía, que os ayudará a descubrir el secreto –de la victoria– de tanto buen hacer de D. Vicente Garrido Pastor.

Sirvan sus propias palabras para cerrar esta presentación e introduciros en las páginas de su vida: “Para las almas que andan, anhelosas, en busca de una vida de unión con Jesús, el secreto de la victoria está en la vida interior. No hay excepción. Todas las almas que se disponen a seguir

de veras las huellas del divino Maestro, necesitan vivirla [...] Ciertamente que les viene de la vida interior, en la que está contenido el secreto de todas las grandezas, dulzuras y heroísmos que acompañan siempre el vivir de estas almas dichosas" (*Hacia la santidad*, p. 43).

Valencia, 16 de abril de 2000, XXV aniversario de su partida a la Casa del Padre.

A handwritten signature in black ink, reading "+ Agustín, arz. de Valencia". The signature is written in a cursive style with a long, sweeping underline that extends to the right.

+ Agustín, Arzobispo de Valencia

Capítulo I

VICENTE GARRIDO, SACERDOTE Y FUNDADOR DE LAS OBRERAS DE LA CRUZ

ESCRIBIR la biografía de D. Vicente Garrido es relatar la historia de un sencillo sacerdote valenciano que vivió “bajo la mirada de Dios y con la mirada en Dios”, como él mismo aconsejaba; que pensaba, sentía y amaba con Cristo. Su enraizada idea de que donde está el sacerdote está Cristo, le obligaba a vivir, siempre, en sacerdote. Para él, los sacerdotes, hombres de Dios, “han de ser santos, porque santas son las cosas que tratan, santas las virtudes que predicán, santos los sacramentos que administran, santo el Cristo al cual representan, y santa es su misión”.

Predicaba no seguir la conducta de la multitud, aunque lo hagan muchos, sino imitar a aquellos pocos que van por el camino estrecho.

Tenía una fe viva, audaz, intrépida, sin reservas, como aconsejaba a los demás. Para él, la esperanza era confianza, seguridad y certeza. Consideraba la vida presente como tiempo de lucha, de trabajo, de prueba: la victoria del día a día que conduce a la victoria definitiva.

Sintió la necesidad, D. Vicente Garrido, de unir los corazones de las personas piadosas que se acercaban a él buscando consejo, en un amor grande, ardiente, imperecedero, en el amor divino, fundiendo a todos en un gran corazón enamorado de Dios. Y obedeció la necesidad imperiosa que sentía de formar almas de temple, que, con su esfuerzo e iniciativas, fuesen barrera de contención a las corrientes de

incredulidad y, por otra parte, abriesen brecha en el campo del mal. “Se imponía la realidad de algo no pensado. El deseo de santificación, por una parte, y el espíritu combativo apostólico, por otra. Esto, unido al extenso campo de apostolado que se ofrecía, y la necesidad de llegar a las almas, de diferentes maneras, fueron la voz de Dios que, tan sabia y misericordiosamente, me movió a suplicar la aprobación canónica del Instituto Secular Obreras de la Cruz”. Y plantó el árbol, como él mismo decía.

Su biografía es difícil de recopilar, porque, D. Vicente Garrido hablaba poco de sí mismo. Casi desconocemos su infancia; apenas se sabe nada de su núcleo familiar. De su madre habla, precisamente, cuando muere, que es cuando él comienza su vida sacerdotal. Poco sabemos de su padre; apenas nada de sus hermanos.

Intentaremos, con los escasos datos que poseemos, reconstruir un poco los primeros años de la vida de este ejemplar sacerdote valenciano: Vicente Garrido Pastor, Fundador de las Obreras de la Cruz.

De su vida en el seminario, existen testimonios de algunos de sus condiscípulos, cuando era estudiante, y de varios de sus alumnos, en los años que fue profesor.

Como director del Colegio del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, bosquejan su retrato algunos de los becarios que convivieron con él. Y numerosas alumnas lo recuerdan, entrañablemente, como profesor de Religión del Instituto Femenino San Vicente Ferrer, de Valencia, hoy de enseñanza mixta.

El largo preámbulo hasta ser nombrado canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia, lo encontramos documentalmente y, con más contenido humano, en las referencias y comentarios de algunos de sus compañeros sacerdotes.

Y, finalmente, las Obreras de la Cruz son, calladamente, el más elocuente testimonio de la personalidad de D. Vicen-

te Garrido. Ellas son las administradoras de su herencia apostólica. Sincerándose paternalmente con ellas, escribió un día: “Yo, francamente lo he de decir, nunca pensé en fundar nada, nunca en mi vida. Esto fue una fuente que brotó a fuerza de los golpes de trabajo apostólico; salieron las aguas y había que encauzarlas. Por tanto, es algo de Dios, puesto en vuestras manos...”. La casualidad, el azar, las coincidencias, son, probablemente, el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar con su propio nombre.

Vivió D. Vicente Garrido la Palabra divina, como hacen los santos; la explicó en la cátedra del seminario, como hacen los teólogos, y la sembró y la extendió en los más diversos campos sociales con su constante predicación, especialmente en los ejercicios espirituales, como hacen los apóstoles.

D. Vicente Garrido no programó premeditadamente su vida, pensando ser un ejemplo para los demás; vivió y trabajó, sencilla e infatigablemente, porque era bueno. Y ha sido ejemplar, porque era un santo. Supo darse a sí mismo; se dio a manos llenas en el confesionario; entregó su tiempo, sin medirlo, a quienes se acercaban pidiéndolo o solicitaban por escrito su consejo; se repartió sin regateos. Fue extraordinariamente ordenado en su trabajo: sabía que, la mejor manera de hacer las cosas, es hacerlas una por una. Los consejos que daba a los demás, los mantenía vivos en su pensamiento y los ponía en práctica todos los días. Sabía escuchar, que es la mejor manera de dialogar.

Pasó por la vida el Padre Fundador de las Obreras de la Cruz, aprendiendo y emprendiendo cosas, que es la más perfecta manera de enseñar.

En cierto modo, D. Vicente Garrido fue un corazón solitario. La soledad es la sala de audiencias de Dios: es donde Dios se hace oír. Por eso la soledad gusta a tan pocos. Y, por eso D. Vicente, a solas con Dios, llegó a “endiosarse”, a llenarse de él.

Recibió la muerte, como había vivido: con la oración en los labios, la esperanza en el alma y el crucifijo en las manos. Fue de esa clase de personas que, veinticinco años después de ser llamados a la casa del Padre, no se puede decir que hayan muerto: es la terrenal recompensa a quienes alcanzan la santidad.

Capítulo II

RESUMEN BIOGRÁFICO CRONOLÓGICO

- 1896 12 de noviembre, nació en Benaguacil (Valencia), D. Vicente Garrido Pastor.
13 de noviembre. Recibió el sacramento del Bautismo, en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, de Benaguacil (Valencia), imponiéndosele los nombres de Isidoro-Vicente.
- 1909 1 de octubre. Ingresa en el Seminario Conciliar de Valencia. España está sacudida por disturbios sociales. Barcelona vive su Semana Trágica.
- 1916 1 de octubre. Recibe la primera clerical tonsura.
2 de octubre. Ingresa en el Colegio del Patriarca de Valencia, como colegial becario.
- 1919 14 de junio. Recibe las órdenes menores.
- 1920 20 de marzo. Le concede el subdiaconado el P. Luis Amigó.
18 de noviembre. Recibe el diaconado.
- 1921 12 de junio. Es ordenado sacerdote por el arzobispo de Valencia y cardenal, Reig y Casanova, y ese mismo día es enterrada su madre.
13 de junio. Celebra su primera Misa, ofreciéndola por su madre.
17 de julio. Es nombrado coadjutor de Benimasot y encargado de Tollos (Valencia).

- 25 de noviembre. Se le designa coadjutor de Albaida (Valencia).
- 1922 Febrero. Recibe el nombramiento de director del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot (Valencia), donde permanecerá hasta 1936.
22 de octubre. Obtiene el doctorado en Teología con la calificación de PRECLARISSIMUS.
- 1924 Se le designa consiliario de la Asociación Católica Escolar Femenina.
Dirige ejercicios espirituales.
Primera oposición a la canonjía de la Catedral de Valencia, que no obtiene.
Publica el libro *El Castillo-Colegio del Beato Juan de Ribera de Burjasot*.
En sus actividades apostólicas es nombrado confesor del noviciado de las religiosas protectoras de obreras de María Inmaculada, de las religiosas del Sagrado Corazón, de Godella (Valencia), y confesor extraordinario de las religiosas operarias del Divino Maestro, de Benimámet (Valencia), y de las hermanitas de los ancianos desamparados, de Burjasot (Valencia).
- 1925 Propuso al arzobispo de Valencia, D. Prudencio Melo y Alcalde, la fundación de la Juventud Femenina de Acción Católica; redactó su primer Reglamento y fue su primer consiliario diocesano.
Octubre. Es nombrado profesor de Filosofía de los terciarios capuchinos de Godella (Valencia).
- 1928 16 de marzo. Es nombrado director espiritual del Turno de la Sagrada Familia de la Adoración Nocturna, de Valencia.
- 1928-1930 Inicia su colaboración en la revista *Vida sobrenatural*, publicando en este tiempo siete artículos de espiritualidad, que tuvieron gran repercusión.

- 1930 No obtiene la plaza de canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia, a la que opositó con brillantez.
- 1931 En un momento histórico difícil, cuando se produce la expulsión de los jesuitas y se extiende el anticlericalismo en España, publica su segundo libro: *La vida del espíritu*.
- 1934 13 de junio. Aprobación de la Sociedad Amor Cristiano, con fines formativos y de apostolado; proceden sus miembros de las estudiantes de magisterio y de las asistentes a los ejercicios espirituales dados por D. Vicente Garrido, en Burjasot, para miembros de las juventudes femeninas de Acción Católica.
Se produce en España la revolución de Octubre.
Apertura de la casa social de "Amor Cristiano" en la calle de Náquera, de Valencia.
- 1936 18 de julio. Se inicia la guerra civil en España.
D. Vicente Garrido es perseguido, y logra escapar; escondido, continúa ejerciendo su ministerio. Dispersión de la Sociedad Amor Cristiano, aunque mantienen contactos esporádicos con su Fundador.
- 1939 1 de abril. Finaliza la guerra civil española.
1 de mayo. Se abre la primera residencia de las futuras Obreras de la Cruz, en Valencia, calle de Luis Vives.
Organiza y dirige el primer retiro espiritual y la primera tanda de ejercicios espirituales que se dieron en Valencia después de la guerra civil.
1-8 de noviembre. Dirige los primeros ejercicios espirituales a los seminaristas, en el seminario de Valencia.
16 de noviembre. Se le designa profesor de Religión del Instituto Femenino San Vicente Ferrer, de Valencia.

Otras actividades: consiliario de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, de Valencia. Miembro de la Junta Institución de la Enseñanza de la Mujer.

Diciembre. Se abre la Casa de Ejercicios de Moncada (Valencia).

1940 Es nombrado director espiritual del Colegio del Patriarca, de Valencia.

28 de junio. Aprobación de las Obreras de la Cruz, como Pía Unión.

18 de julio. Aprobación canónica, diocesana, de la Pía Unión Sociedad Amor Cristiano. Nuevos Estatutos y constitución del Consejo de Gobierno, dirigido por Marina Diago. A finales de 1940, el número de miembros de la Asociación era de 31.

Interviene en la Semana Sacerdotal celebrada en Alacuás (Valencia).

1941 Se abre la Casa de Ejercicios de Albacete, primera fundación de las Obreras de la Cruz fuera de la diócesis de Valencia.

1942 Participa con una conferencia teológico-moral en el Congreso Médico de Valencia.

Es nombrado miembro del Cuerpo de Colaboración del Perfeccionamiento Médico en España.

1943 Se abre el primer Cenáculo en un pueblo: Museros (Valencia). Estará dedicado a impartir clases.

Publica *Directores de Ejercicios Espirituales*, en Valencia.

17 de julio. Se le nombra censor de oficio.

27 de noviembre. Recibe el nombramiento de delegado de Enseñanza Media de Religión, de Valencia.

- 1944 Ponen en práctica las Obreras de la Cruz, la Reparación, en la noche de los viernes.
15 de mayo. El Arzobispo de Valencia le designa su representante-delegado, en la Junta de Protección de Menores, de Valencia.
2 de agosto. Se coloca la primera piedra de la Casa de la Madre de Dios, para ejercicios espirituales, en Moncada (Valencia).
- 1945 Abril. Se publica el primer número del *Boletín de Información*. Se celebra un cursillo de formación para Obreras, en el Cenáculo de Luis Vives, de Valencia.
- 1946 Bodas de plata sacerdotales de D. Vicente Garrido. Actúa como vicepresidente en el tribunal de oposiciones al Magisterio, de Valencia.
Entre el 25 y el 30 de marzo, pronuncia diversas conferencias en el Liceo Pedagógico para el Magisterio Levantino.
- 1947 2 de febrero. Pío XII hace pública la Constitución *Provida Mater Ecclesia*, que aprueba los Institutos Seculares.
2 de julio. Es nombrado director espiritual del Hogar-Escuela Menéndez Pelayo, de Valencia.
- 1949 Se publican los *Siete Dolores de la Santísima Virgen*.
- 1952 Se publica *Estímulos*.
12 de febrero. Censor de oficio.
Actúa como vocal del tribunal de oposiciones al Magisterio, en Valencia.
Forma parte, como vocal, en los exámenes para órdenes menores.
- 1953 Vocal del tribunal de oposiciones al Magisterio, en Valencia.

- 1954 Apertura, en Moncada, de la Casa de la Madre de Dios.
- 1955 Se publican: *Arte de Encomendarse a Dios y Formación Moral y Acción de Apostolado*, que fue su discurso de apertura en la inauguración del año académico en el Seminario Metropolitano, de Valencia.
- 1956 El arzobispo de Valencia D. Marcelino Olaechea y Loizaga, le obligó a opositar a la canonjía de penitenciario de la Catedral de Valencia, y en esta tercera tentativa, aprobó.
Su actividad se centró, principalmente, en el sacramento de la confesión y en la dirección espiritual.
- 1958 Empieza el desarrollo económico español y, como consecuencia de ello, la emigración.
Tiene lugar la primera salida de las Obreras de la Cruz, fuera de España. Inician sus actividades en Boxtel (Holanda).
Es nombrado profesor de Teología Moral del Instituto Diocesano Sedes Sapientiae, para religiosas.
- 1960 Por primera vez un reducido grupo de Obreras se traslada a América, Puerto Rico.
Recibe el nombramiento de hijo predilecto de Benaquacil, su pueblo natal.
- 1961 15 de febrero. Es nombrado presidente del Montepío del Clero, de Valencia.
Mayo. Se establecen las Obreras de la Cruz en las misiones de Bolivia.
- 1963 5 de enero. Solicita D. Vicente Garrido al papa Juan XXIII, que sea reconocida la Obra como Instituto Secular.

- 1964 15 de enero. Las Obreras se trasladan a Italia, para fundar una Casa en Como.
21 de octubre. El prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares concede el Nihil Obstat para que la Obra sea elevada a la categoría de Instituto Secular.
25 de octubre. Se constituye a nivel diocesano el Instituto Secular Obreras de la Cruz.
- 1965 Bodas de plata del Instituto.
- 1966 Apertura de la primera Casa en Roma, que llevará el nombre de San Juan de Ribera, tan vinculado, cuando él solo era beato, a la biografía de D. Vicente.
Continúa la apertura de Cenáculos. La Obra se extiende por España y fuera de ella.
- 1969 Mayo. Misiones en Chile: se establecen las Obreras de la Cruz, en la diócesis de Copiapó.
Se publican: *Luces sobre el celémín y Señor... que vea*.
1 de julio. El papa Pablo VI nombra arzobispo de Valencia a D. José M.^a García Lahiguera, quien, al poco tiempo de conocerlo, elige a D. Vicente Garrido como director espiritual.
- 1970 Se publica: *¡Tú puedes...!*
Comienza el Apostolado de las Madres, que será el antecedente de las futuras Cooperadoras.
- 1971 12 de junio. La Santa Sede con el Decretum Laudis, eleva al Instituto Secular Obreras de la Cruz al rango de derecho pontificio.
Bodas de oro sacerdotales de D. Vicente Garrido.
El papa Pablo VI le nombra Prelado de Honor de Su Santidad.
Se publica: *Habla... el Boletín*.
- 1972 Empieza la Rama de las Cooperadoras.

- 1974 24 de enero. Se concede al canónigo D. Vicente Garrido dispensa de la asistencia al coro de la Catedral. Empieza a funcionar la Rama de los Cooperadores.
- 1975 16 de abril. Fallece, en Moncada, D. Vicente Garrido Pastor.
17 de abril. El Fundador del Instituto Secular de Obreras de la Cruz, es inhumado en la Casa de la Madre de Dios, en Moncada (Valencia).
- 1990 12 de junio. Inicio del Proceso de Canonización de D. Vicente Garrido, sacerdote, Fundador de las Obreras de la Cruz.
- 1996 9 de noviembre. El Instituto Secular Obreras de la Cruz celebró el Centenario del nacimiento y Bautismo de su Fundador, con el lema: "Dios, santidad personal, acción de apostolado".
- 1997 8 de noviembre. El Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Agustín García-Gasco y Vicente, arzobispo de Valencia, clausuró el año conmemorativo del Centenario del nacimiento y Bautismo del Siervo de Dios Vicente Garrido Pastor.
- 1999 14 de septiembre. Fue clausurada, en la Casa de la Madre de Dios de Moncada (Valencia), la fase diocesana del Proceso de Canonización del Fundador del Instituto Secular Obreras de la Cruz, D. Vicente Garrido Pastor, iniciado nueve años antes.
17 de septiembre. La Directora General del Instituto Secular Obreras de la Cruz hizo entrega oficial del Proceso, en el Vaticano, donde se está realizando un riguroso estudio y posterior dictamen sobre la Causa.

Capítulo III

VICENTE GARRIDO. PRIMEROS AÑOS

C UANDO apenas faltaban cuatro años para que finalizase el siglo XIX, nació en el pueblo valenciano de Benaguacil, distante 25 km. de la capital de la provincia, el 12 de noviembre de 1896, Vicente Garrido Pastor. Sus padres, Isidro Garrido Durá y Desamparados Pastor Soriano, habían cumplido ya veintidós años de santo matrimonio, y éste sería su séptimo hijo. Se trataba de una familia de agricultores acomodados. El campo, la huerta que enriquece a Benaguacil, fecundada por las aguas del Turia era, en aquellos años, el medio de vida de la mayoría de sus pocos más de cinco mil habitantes.

El 12 de noviembre, día del nacimiento de Vicente Garrido, es una fecha rica en acontecimientos históricos. Ese día, el año 1543, Felipe II contrajo su primer matrimonio con la Infanta María, hija de Juan III de Portugal y de su esposa Catalina, hermana del emperador Carlos I de España y V de Alemania y, por consiguiente, prima hermana del contrayente.

Un 12 de noviembre, el del año 1651, nació sor Juana Inés de la Cruz quien, no sólo fue una destacada poetisa sino que, en el convento del que fue abadesa dos veces, por el voto unánime de sus compañeras, se hizo célebre por su virtud, sus conocimientos, su laboriosidad, su talento y su talante, y una religiosidad severa.

También un 12 de noviembre, el de 1892 –cuatro años antes de nacer D. Vicente Garrido– está fechada una real orden declarando a la Purísima Concepción, Patrona del Arma de Infantería, por iniciativa del general Orozco.

Y el mismo día que el seminarista Vicente Garrido cumplía dieciséis años –el 12 de noviembre de 1912– en la soledad afectiva del internado, posiblemente, dado su carácter introvertido, sin ni siquiera comentar la fecha con sus compañeros para que lo felicitasen, se sintió conmocionada toda España por un magnicidio: el asesinato del presidente del Consejo de Ministros, D. José Canalejas. Sucedió en pleno día: cuando el político se había detenido delante del escaparate de una librería, en la Puerta del Sol, aprovechó el anarquista Manuel Pardiñas para matarlo, suicidándose a continuación.

Y un 12 de noviembre, el de 1896, a las diez de la noche, nació Vicente Garrido Pastor en Benaguacil, un pueblo de tierra fértil cercano a Valencia, que está rodeado por los términos municipales de Liria –a cuyo arciprestazgo pertenecía a finales del pasado siglo–, Benisanó, Puebla de Vallbona, Pedralba, Villamarchante y Ribarroja. Próxima a Benaguacil está la ermita de la Virgen de Montiel, donde se venera la imagen encontrada en una cueva de esa misma montaña, el 4 de diciembre de 1620. El Santuario de la Virgen de Montiel, será importante en la vida de Vicente Garrido, cuyo amor a la Virgen era desbordante.

Según consta en el archivo de la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora de Benaguacil, Isidoro Garrido Durá y Desamparados Pastor Soriano, ambos naturales y vecinos de Benaguacil, se casaron el 19 de septiembre de 1874. Un dato emotivo es que, el sacerdote que los desposó, era hermano de la madre del contrayente, Rvdo. D. Antonio Durá Valero.

Los abuelos paternos de nuestro biografiado eran Vicente Garrido y Garrido natural de Benaguacil y ya fallecido cuando nació el pequeño Vicente; su esposa, Paulina Durá Valero, que había nacido en Iniesta (Cuenca), había

fallecido también y había sido enterrada en Benaguacil, antes de nacer su nieto Vicente.

Los abuelos maternos se llamaban Lino Pastor Ridaura, nacido en Masanasa y fallecido en Utiel, y M.^a Rosa Soriano Arrúe, natural y vecina de Benaguacil, que sería la única abuela que conociese al pequeño Vicente.

Existía, entonces, la costumbre de bautizar prontamente a los recién nacidos. Al día siguiente, el 13 de noviembre de 1896, antes de cumplirse las veinticuatro horas de su nacimiento, recibió el sacramento del Bautismo el niño a quien Dios inspiraría la fundación de las Obreras de la Cruz. Se le impusieron los nombres de Isidoro-Vicente, en recuerdo de su padre y de su abuelo pero, familiarmente, le llamarían siempre por el segundo de sus nombres y, él mismo, escogería el nombre de su abuelo, como definitivo.

No deja de extrañar que sea el séptimo hijo quien lleve, conjuntamente, los nombres del padre y del abuelo, teniendo tres hermanos varones mayores que él. Fueron sus hermanos: Dolores, Amparo, Consuelo, Argimiro, Bautista y José.

Por sus seis hermanos sintió D. Vicente Garrido un gran cariño y visitaba, con la frecuencia que le permitían sus obligaciones, su pueblo natal, para interesarse por todos. El ambiente familiar influyó en él muy favorablemente. Sus tres hermanas, y de manera especial Consuelo, y también José –que llegó a ser alcalde de Benaguacil– fueron los que más contacto mantuvieron con él.

El coadjutor de la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, D. Salvador Rodríguez Roda, le administró el sacramento del Bautismo, actuando como padrinos la hermana del neófito, Dolores Garrido Pastor, soltera, y D. Vicente Lis Agustí, casado y vecino de Benaguacil. Isidoro-Vicente sería el último de los siete hijos que tuvo el matrimonio; quizás por ello, gozó de la predilección de todos, padres, hermanos y de la abuela María-Rosa.

En una nota marginal de su partida de Bautismo, se anotó posteriormente: “Recibió el Sagrado Orden del Subdiaconado el día 20 de marzo de 1920, lo que certifico. Arturo Almar, coadjutor”.

La partida de nacimiento que hemos manejado tiene un párrafo final que dice: “Es copia fiel y exacta del original a que me refiero. Y, para que conste, libro la presente que firmo y sello en Benaguacil, a 20 de junio de 1924, lo que certifico”. Lo rubrica “Joaquín Cebrián Santos, cura ecónomo”.

La vida familiar de Isidoro-Vicente, tuvo por escenario un hogar cristiano. Desde niño, aunque juguetón y muy sociable, llamaba la atención por su carácter serio y bondadoso, y por su probada religiosidad; solía acompañar a su madre a los cultos de la parroquia y, con otros niños acudía, frecuentemente, al santuario de la Virgen de Montiel, donde llegaron a conocerlo las religiosas, e incluso tuvo ocasión, en algunas de sus visitas, de hablar personalmente con el capuchino, P. Luis Amigó, quien fundó allí la Congregación de las terciarias capuchinas. El franciscanismo, en aquella época, estaba muy extendido por Valencia.

Vicente era un niño piadoso y bueno; no es de extrañar que, en su alma infantil, naciese el deseo imperioso de dedicar su vida a inculcar en los demás esa fe profunda que él sentía. Quería “vivir con Cristo y para Cristo”, como escribiría, años después, en el número 1 del *Boletín de Información* de las Obreras de la Cruz.

En el hogar de la familia Garrido-Pastor, sus hijos convivieron con los más profundos valores cristianos, que impregnaban la vida hogareña, y que, influirían decisivamente en su futuro, de manera muy especial en el pequeño Vicente, más íntimamente unido a su madre, por lo tardío de su nacimiento; ella le contagió el vivísimo amor a la Virgen y la entrañable devoción a san José. No abandonó nunca la arraigada costumbre familiar del rezo del rosario. Desde

niño se sintió contagiado del amor, respeto y veneración a los sacerdotes, que había visto demostrar siempre a su familia, cuya casa estuvo abierta, en todo momento, a los párrocos de Benaguacil, que la frecuentaban habitualmente, lo mismo que a los religiosos capuchinos que recorrían los pueblos pidiendo limosna, a los cuales solían ofrecer hospedaje.

Es tal la impronta que dejó en su alma este cálido ambiente hogareño que, en su testamento, D. Vicente Garrido rogaba encarecidamente a sus familiares que, en la casa paterna, se continuasen observando las costumbres cristianas, que siempre se habían practicado allí.

Anécdotas de su infancia se conocen pocas; debió ser un chiquillo normalmente revoltoso. Recordaban algunos de sus hermanos, y él sonreía al escucharla, una pequeña travesura que protagonizó en su infancia, bastantes años antes de su ingreso en el seminario. Contaban que, estando con un poco de fiebre, que lo obligaba a guardar cama, se quedó solo en casa durante unos momentos y los aprovechó para levantarse y acudir al reclamo de unas morcillas puestas a secar, de las que comió abundantemente. Le subió la fiebre y empeoró su estado físico, por lo que, intranquilos, sus padres llamaron al médico con urgencia. Cuando el doctor lo estaba reconociendo, torció el gesto al observar unos extraños puntos negros en la garganta del niño, expresando su preocupación, lo cual inquietó a la familia hasta que, el chiquillo, dándose cuenta del disgusto que les había dado, confesó, con arrepentimiento, su travesura.

Contaba D. Vicente, con mucho gracejo –no sólo poseía en alto grado el don de la palabra, sino que también solía darle amenidad a la conversación– que, jugando en la plaza del pueblo, su entrañable Benaguacil, sufrió una caída y se fracturó el brazo. Y fueron, precisamente, los monaguillos de la parroquia, quienes acudieron los primeros para atenderle fraternalmente. Después de este percance, su amistad

con ellos se hizo más estrecha e incluso bromeaba el Padre Fundador de las Obreras de la Cruz diciendo que, posiblemente, la actitud de estos monaguillos influiría, también, en su vocación. Sin embargo, D. Vicente, no fue nunca monaguillo.

Antes de cumplir los trece años ingresó Vicente Garrido Pastor en el seminario de Valencia; se examinó los días 28 y 29 de septiembre de 1909. Había dado el primer paso para ver cumplida su gran ilusión: ser sacerdote.

Capítulo IV

SU VIDA EN EL SEMINARIO

PARA ser admitido en el seminario, era necesario superar unos exámenes en los que se buscaba poder valorar las cualidades humanas y las dotes intelectuales de los aspirantes. Se exigía haber cumplido los once años.

Era rector del Seminario Conciliar de Valencia en aquellos años, un alcoyano, D. Rigoberto Doménech Valls, que sería, años después, arzobispo de Zaragoza. Los internos de dicho seminario pertenecían a familias pudientes, que costeaban su estancia. Existían también, los externos, que no podían sufragar los gastos del internado: los denominados “fámulos” y “sopistas”, a quienes se les facilitaba el medio-pensionado a cambio de su colaboración en algunos servicios, principalmente de escoba, en las dependencias del propio seminario; y, por último, los seminaristas internos del colegio de Vocaciones Eclesiásticas de San José, fundado por el beato Manuel Domingo y Sol, que estaba dirigido por sacerdotes operarios diocesanos. Y cuyos colegiales procedían, también, de hogares humildes.

La familia de Vicente Garrido, acomodados labradores, podía costear los estudios de su hijo menor, por lo que ingresó como alumno interno en el Seminario Conciliar de Valencia, en la calle de Trinitarios. Ocupó siempre uno de los primeros puestos de su clase; sus profesores comprendieron pronto que Vicente era un alumno muy estudioso y muy inteligente.

Sus compañeros –entre los que se encontraba un futuro rector del Seminario, de gratísimo recuerdo, D. Antonio Rodilla Zanón– lo consideraban el mejor de todos ellos. En los últimos años de su vida, ya fallecido D. Vicente, su condiscípulo Rodilla recordaba a su amigo con estas palabras: “De muy niño Vicente empezó a usar gafas de cristales muy gruesos y no tardó mucho en lucir alguna cana. Tenía mucho pundonor, pero, de tal manera escondido, que a nadie podía molestar. Los superiores lo apreciaban mucho, y los condiscípulos le tenían simpatía y respeto, pero no solía tener excesiva familiaridad con ellos. Era piadoso, obediente y muy mucho estudioso. En el primer curso obtuvo las mejores calificaciones. En todas las asignaturas sacó MERITISIMUS, que era la nota más alta, y la conservó en cada una de las asignaturas de cada uno de los doce cursos de la carrera. Se le veía crecer en aprovechamiento intelectual, y conservaba su seriedad y su porte digno. Creo –afirmaba D. Antonio Rodilla– que ni su vocación, ni su religiosidad sufrieron altibajos; al menos no lo manifestó su tan ecuánime conducta...”.

La vida del seminario era muy sacrificada. Los seminaristas internos, en aquella época, no podían salir durante el curso; solamente les estaba permitido ausentarse del seminario para comer con sus padres el día de Navidad y el domingo de Pascua Florida. El resto del año, desde el 1 de octubre, hasta terminados los exámenes de junio, tenían que permanecer en el seminario o en el Colegio del Patriarca.

En los trabajos literarios, el seminarista Garrido obtenía siempre los primeros premios y las máximas calificaciones. Sus éxitos académicos y su posición económica hicieron que, en ocasiones, temeroso de ser tentado por el orgullo, dejase de presentarse para optar a ciertos premios y recompensas, a las que podían concurrir libremente quienes hubiesen obtenido las calificaciones máximas.

Finalizados los estudios de Filosofía firmó, en abril de 1916, las oposiciones para obtener una de las becas vacantes de Teología en el Colegio-Seminario del Corpus Christi, más conocido por Colegio del Patriarca, por haber sido fundado por el arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, Juan de Ribera, entonces ya beato y, actualmente, venerado como santo.

El rector del Colegio del Patriarca, Félix Senent, pidió informes al párroco de Benaguacil, Cipriano Beser Villarroya, sobre la conducta del seminarista Vicente Garrido Pastor, siendo explícita su respuesta: “Ha observado en todo tiempo y observa en la actualidad, una conducta, tanto moral como política y religiosa, intachable, y bajo todo concepto irrepreensible. Es piadoso sin afectación, frecuentando diariamente la sagrada comunión; de natural callado y poco amigo de diversiones..., manifestando en todos sus actos verdadera vocación al estado sacerdotal, por todo lo cual, juzgo que honrará al Colegio de su digna presidencia y creo no se arrepentirá si hacen recaiga en él la elección para la plaza a la que ha opositado...”.

En octubre de 1916 ingresó Vicente Garrido Pastor como becario en el Colegio del Patriarca.

Comenzaba una etapa decisiva para su formación, y con ello se hizo realidad un deseo que no consiguió ver cumplido en dos ocasiones anteriores: en 1913, cuando tenía dieciséis años y cursaba cuarto de latín, y en 1914, en que obtuvo la beca su amigo Antonio Rodilla. Las dos veces fueron dos las becas convocadas, y, a Vicente Garrido, no se le concedió ninguna. Pero, al fin, pudo ingresar en el Colegio del Patriarca, como becario, en 1916.

Capítulo V

BECARIO EN EL COLEGIO DEL PATRIARCA

EN los estudios teológicos destacó pronto. Siguió las directrices de la escuela tomista –como afirma, entre otros, el Rvdo. D. José Aliaga– sin abandonar el conocimiento de los teólogos modernos que, por entonces, atravesaban una fase de discusión crítica sobre las fuentes del cristianismo, a pesar de la condena del modernismo, en 1907, por el papa Pío X. En materia de liturgia, sin embargo, la Iglesia Católica aceptó el estudio erudito de los orígenes de las prácticas existentes y la posibilidad de una revisión de éstas, a la luz de nuevas pruebas históricas. Los citados debates y discusiones, hicieron profundizar en sus estudios al joven becario, que intensificaba ilusionadamente su formación teológica. Comprendía que, para responder adecuadamente a cada problema concreto de la sociedad en que vivía y actuar consecuentemente, era fundamental la amplitud de conocimientos y el estudio ininterrumpido, a través de una formación continuada.

En su etapa de colegial becario del Patriarca, se robusteció su carácter, se moldeó su personalidad.

Compañeros suyos en el Real Colegio del Corpus Christi fueron, posteriormente, figuras destacadas del clero valenciano, como D. Eladio España Navarro, de Carcagente; D. José M.^a Sanchis Royo, de Manises y D. Francisco Yuste Cava, de Chulilla; otro compañero y amigo fue D. José Blas-

co Such, de Sagunto, que abandonó, un tiempo después, los estudios eclesiásticos y llegó a ser catedrático de Latín.

Con D. Eladio España mantuvo siempre una íntima amistad, hasta que falleció el 7 de enero de 1972; D. Vicente Garrido le sobrevivió casi tres años. Cuando D. Eladio comprendió que había perdido su vigor físico y mental, decidió retirarse a la casa de ejercicios por él fundada y construida en La Barraca de Aguas Vivas, dedicada a san Juan de Ribera. Allí pasó los últimos años de su vida, atendido por las Obreras de la Cruz y, allí lo visitaba, frecuentemente, D. Vicente Garrido. Cumpliendo su deseo, D. Eladio España fue enterrado en la iglesia de La Barraca, que él mismo construyó en esa casa de ejercicios, y, a su sepultura, siguen acudiendo sus antiguos dirigidos espirituales. La fase diocesana del Proceso de Canonización de D. Eladio España ya ha sido cerrada.

Coincidió su estancia en el Colegio del Patriarca con la de otros ilustres sacerdotes, como D. Hernán Cortés Pastor, D. Guillermo Hijarrubia Lodaes, D. José Sanfeliu Giner, D. Salvador Escrivá Roger y D. Antonio Rodilla Zanón, entrañablemente unido a D. Vicente Garrido. Y es su compañero Rodilla quien refiere, con satisfacción, el triunfo del seminarista de Benaguacil cuando, por fin, después de dos fracasadas oposiciones para obtener una plaza de becario del Patriarca, se integró a la tercera tentativa como colegial de tan prestigioso centro de formación sacerdotal: "Influyó en su triunfo, además de los brillantes ejercicios de la oposición, el haber sido escogido por sus profesores para disertar en público ante el Sr. Arzobispo, y todo el claustro de profesores de Humanidades, Filosofía, Teología y Derecho Canónico, acerca de un tema de Psicología Escolástica. Durante media hora peroró en correcto latín, defendiendo su tesis. Durante otra media hora, contestó a las objeciones que, contra la tesis, pudieron hacerle tanto alumnos como catedráticos..."

Aunque ganó las oposiciones en abril de 1916, no ingresó en el Colegio del Patriarca hasta el mes de octubre, pasadas las vacaciones estivales.

Y es el citado Antonio Rodilla, que tan bien lo conocía y que convivía diariamente con él, quien refiere algunos datos de interés sobre D. Vicente Garrido.

“A medida que iba adelantando en sus estudios, se le despertaba tímidamente un carácter un poquillo, no mucho, zumbón. Lo manejaba sin herir nunca. Ni abusaba en la frecuencia de su uso... Continuó su religiosidad. Por entonces fumaba, y se permitía, de tarde en tarde, en compañía de algún otro colegial, cuya familia también vivía en desahogo económico, ir a tomar un chocolate o un helado a la popular horchatería de Santa Catalina, pero con sencillez y sin alardes, a no ser de broma...”.

Triunfos académicos importantes, compensaron el continuado esfuerzo en el estudio del joven Garrido. Todos los años, finalizados los exámenes, se convocaban oposiciones a premio, y sólo podían concurrir, a los de cada asignatura, los alumnos que hubiesen obtenido la más alta calificación en ella. Algunos no se presentaban por no retrasar más sus vacaciones, porque estaban enfermos y necesitaban descansar, o porque desconfiaban de tener éxito. Vicente Garrido, que siempre obtuvo las notas más altas, no se presentó siempre a estas convocatorias, posiblemente, por humildad.

En el primer año de Teología, se estudiaba la principal asignatura de la carrera, la Teología Fundamental, que los profesores impartían en latín; en la misma lengua estaban escritos los textos, y también en lengua latina se daban las lecciones y se hacían los exámenes. El premio fue para Vicente Garrido Pastor, quien, según Antonio Rodilla: “Había estudiado con toda su alma durante todo el curso y, si cabía, aún con más ahínco, en los días previos a los exámenes y, terminados éstos, en la preparación de las oposiciones; se presentaron otros dos aspirantes de talento y bien preparados, pero Vicente Garrido obtuvo el premio...”.

Otro triunfo parecido, pero más espectacular, lo consiguió un año después. Las segundas asignaturas en importancia, dentro de la carrera, casi tanto como la Teología Fundamental, eran la Teología Dogmática y la Teología Moral, cuyas cátedras desempeñaban el rector del seminario y vicedecano de la Universidad Pontificia, Manuel Rubio Cercas y el P. franciscano Francisco Orero. Ambos formaban el tribunal examinador, que se completaba con el canónigo D. Federico Ferreres Folch, profesor de Economía Social. El prestigio y la categoría de quienes debían juzgar a los aspirantes al premio, en tan importantes materias, era indiscutible. Y el espectacular desenlace lo refiere así D. Antonio Rodilla: “No sé qué examen hizo, pero, contra lo que se usaba en el seminario –oposiciones para los premios– allí mismo, sin oposición ninguna, le dieron los tres premios de las tres asignaturas. Caso insólito que ni tenía antecedentes ni, que yo sepa, se repitió durante la vigencia de aquel plan de estudios...”.

Otros muchos triunfos académicos obtuvo a lo largo de su carrera, y fueron numerosos los premios que le fueron concedidos pero, el hecho reseñado por su compañero Rodilla, demuestra, suficientemente, las brillantes cualidades intelectuales de Vicente Garrido y su aprovechamiento y constancia en el estudio. Sin embargo, “a pesar de estos éxitos continuados, fue siempre humilde en extremo”, asegura D. José Aliaga.

Como becario cursó en el Colegio del Patriarca, durante cinco años, los estudios de Teología, inmerso en la reflexión profunda y en la oración intensa, admirando a diario la solemnidad de su famosa liturgia eucarística, desarrollada con un ceremonial inspirado en los criterios renovadores del Concilio de Trento. La riqueza de los fondos artísticos –actualmente expuestos en un espléndido museo abierto al público– y la singularidad de sus fondos bibliográficos a los que pertenece un archivo de peculiar origen –que son con-

sultados por investigadores venidos de todas partes– configuraron su personalidad, ensancharon sus horizontes culturales y enriquecieron su calidad humana extraordinaria, con una mayor sensibilidad.

Un sacerdote alcoyano, D. Manuel Llopis Ivorra, que fue el primer cura párroco de la iglesia del Santo Ángel Custodio de Valencia, posteriormente nombrado obispo de Coria-Cáceres, expresaría, años más tarde, concisamente, el recuerdo que Vicente Garrido había dejado de su estancia en el Real Colegio del Corpus Christi:

“Cuando yo ingresé en el Patriarca, D. Vicente, había salido ya poco antes. Y yo pude recoger el ambiente que dejó en los superiores y en los alumnos; la impresión dominante era la ardorosa entrega que había tenido al estudio y a las prácticas de piedad. Todos afirmaban que, en estos dos aspectos, no había vacíos en la vida de D. Vicente, sino que había aprovechado al máximo cada minuto de tiempo...”.

Otro testimonio, el del Rvdo. D. José Aliaga Grau, muchos años coadjutor de la parroquia de San Pedro, de Sueca, amigo desde los años de seminario de D. Vicente Garrido, nos ayuda a bosquejar los rasgos más característicos de la personalidad de nuestro biografiado:

“Cursamos juntos los estudios de Humanidades y pronto congeniamos y nos hicimos amigos. Nunca fue un chico revoltoso. Fue siempre un hombrecillo formal, apacible, cariñoso; muy simpático, por su índole de sencillez y humildad. Al empezar los estudios de la Filosofía, pronto se reveló su capacidad intelectual superior a la de los demás condiscípulos. En las lides literarias, obtenía siempre los primeros premios y las máximas calificaciones. Actitud ésta que mantuvo todo el resto de su vida universitaria. Al empezar los estudios superiores de la Teología, siguió con fidelidad las orientaciones de la escuela tomista, sin que esto signifique que ignorase el valor y prestancia de los teólogos modernos. En este campo, fue siempre de criterio ecuánime

y certero, para interpretar y mantenerse fiel a las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia, de la que fue, en todo momento, intrépido defensor. Asimiló de tal manera la doctrina y espíritu de san Pablo, que la vivía y exponía con una facilidad asombrosa, en sus alocuciones. Era admirado por todo el clero valenciano, por su virtud y formación teológica". Y continúa: "Aunque fue tan brillante su paso por las aulas del seminario, nunca se dejó seducir por la vanagloria... Su vida fue siempre humilde en extremo..."

Coinciden, quienes lo conocieron a fondo y convivieron con él en distintas etapas de su formación académica, que las más sobresalientes cualidades que caracterizaron a D. Vicente Garrido, aunque se robustecieron con los años, las fue adquiriendo desde la juventud. Y señalan su visión clara de los problemas morales y su capacidad para buscar la solución más acertada a los mismos, acompañándose, siempre, de una aguda reflexión y oración profunda. Todo lo cual, unido a su vehemente deseo de ayudar a todos, le convirtió en un sacerdote dotado, especialmente, para la dirección espiritual.

Robustecía su celo ardoroso alimentándose a diario con una oración intensa, y una triple devoción: a Jesucristo, a la Eucaristía, y a la Pasión del Señor, que conjugaba, según D. Manuel Llopis Ivorra, con una filial devoción a la Santísima Virgen María, "lo que le impulsó a señalar como Patrona de su Obra a la Virgen de los Dolores, según un cuadro pintado conforme a los trazos y figuras manifestados por él a los demás".

Primero en el seminario, y después en el Real Colegio del Corpus Christi, se había moldeado el alma y la mente de aquel niño nacido en Benaguacil, que deseaba dedicar su vida a Dios, y por Él a los demás. Una vida llena de callados pensamientos; buscaba pequeñas pausas de soledad. Amaba los trabajos que emprendía y sentía una sincera humildad ante la obra realizada.

Capítulo VI

VICENTE GARRIDO, SACERDOTE

RECIBIÓ las órdenes menores el sábado 14 de junio de 1919, siéndole conferidas por el arzobispo de Valencia D. José M.^a Salvador y Barrera. Nueve meses después –exactamente el 20 de marzo de 1920– de manos del P. Luis Amigó, obispo de Segorbe, y, en aquella diócesis, recibió el subdiaconado. Esta circunstancia –que sin duda traería íntimos recuerdos a Vicente Garrido, quien había conocido al P. franciscano Luis Amigó cuando acudía en solitario, o con su madre y amigos al Santuario de la Virgen de Montiel, próximo a Benaguacil– fue debida a que, en este corto espacio de tiempo, había fallecido el Arzobispo de Valencia antes citado, y estaba vacante la sede valentina. El nuevo prelado, Enrique Reig Casanova, le confirió el diaconado el 18 de noviembre de 1920 y el presbiterado el 12 de junio de 1921, en la Iglesia Catedral de Valencia.

Finalizó D. Vicente Garrido los estudios eclesiásticos el curso 1920-1921. En junio, recibiría la ordenación sacerdotal, a los veinticuatro años. Nunca imaginó la tristeza inmensa con la que iba a celebrar su primera Misa. La gran alegría de su vida le llegaría empapada, chorreante de amargura.

El gran compañero, el fraternal amigo, el “alter ego” de Vicente Garrido Pastor, fue, en un momento tan trascendental de su vida, D. Antonio Rodilla Zanón, quien describe, con emocionadas palabras, aquellos acontecimientos que quedarían tatuados en el alma del misacantano:

“Seis días antes de la víspera de las órdenes de presbítero, fue con sus condiscípulos a Alacuás, para hacer los ejercicios espirituales preparatorios para las órdenes. No pudo acabarlos; su madre, gravemente enferma, agonizando, reclamaba la presencia del hijo. Dejó Alacuás, se trasladó a Benaguacil y murió su madre; desde el cementerio, él y sus hermanos llegaron a la Catedral; ellos llorando, él con la serenidad –aunque lleno de dolor– de quien ha entregado a Dios lo más amado, y en el día en que más falta le hacía a su corazón. Se ordenó presbítero, huérfano. La familia y los muchos amigos de la misma, habían preparado una suntuosa fiesta para el día de la primera Misa, que estaba anunciada, creo que para el día diecinueve, domingo siguiente al de la ordenación. Eran numerosos los obsequios que parientes y amigos le habían ofrecido; una habitación amplia de su casa los iba recibiendo, y allí se iban ordenando para una lucida exposición. Ésta tuvo que morir nonnata, y la Misa, que con tanta solemnidad había de celebrarse al domingo siguiente, se adelantó al lunes día 13, y se celebró rezada, sin solemnidad alguna. Tuve la honra de ayudársela. Me pasé ese día –de mi santo– con él, en Benaguacil. Yo canté Misa en el Patriarca el jueves día 16. Él tuvo la dignación de oficiar de diácono y de prestarme su rico cáliz...”.

Cuando D. Vicente Garrido Pastor es ordenado sacerdote, España atraviesa momentos difíciles: son los últimos años del reinado de Alfonso XIII y, en 1923, ocuparía el poder D. Miguel Primo de Rivera. Desde esa fecha, hasta 1936, España vivió horas amargas por el acelerado deterioro de la vida social y la convivencia política. En este confuso momento histórico, comenzó D. Vicente Garrido su andadura sacerdotal, dentro de la diócesis de Valencia, que acabaría en la noche del 16 de abril de 1975, con su muerte, en olor de santidad. Habían sido cincuenta y cuatro años de los setenta y ocho que vivió, dedicados intensamente al Señor, en los que puso al servicio de la Iglesia sus dotes intelectuales

y su caudal humano, entregándose a los demás con vehemencia contenida y ese señorío incopiable que imprimen a sus actos las almas santas.

El primer destino del joven sacerdote, para el que fue nombrado el 15 de junio de 1921, fue el de coadjutor de Benimasot, parroquia de la provincia de Alicante, en las proximidades de Alcoy, a la vez que fue encargado de Tollos, un pequeño lugar próximo al anterior. De su estancia en Benimasot y Tollos, guardaba D. Vicente Garrido un entrañable recuerdo, no sólo porque ejerció allí su primera labor sacerdotal, sino porque vivió en un ambiente familiar casi desconocido, que apenas había podido disfrutar a causa de su larga estancia en el seminario. Se fueron con él, para atenderle en su primer destino, su hermana Consuelo y su sobrina, Isidora Esquerdo Garrido, hija de su hermana Dolores. Como tenía por costumbre entregarse a cuantos cometidos le eran entregados, se volcó en la formación de sus feligreses, llegando a organizar, incluso, en tan poquísimo tiempo, una banda de música.

Estuvo en tierras alicantinas poco más de cuatro meses: el 25 de noviembre, mes en el que había cumplido los veinticinco años, fue designado coadjutor de la Iglesia Arciprestal de Albaida; no le acompañó ya su familia, aunque continuaron atendiéndole desde la distancia. Tres meses después, en febrero de 1922, sería nombrado superior del Colegio Mayor llamado entonces del Beato Juan de Ribera –hoy de San Juan de Ribera– de Burjasot, muy próximo a Valencia, que había sido fundado por D.^a Carolina Álvarez en 1912, y donde, hasta el año 1936, desempeñó los cargos de rector o director, vice-rector, procurador, y prefecto de estudios, compartiendo las responsabilidades de dirección y gobierno con su entrañable condiscípulo D. Antonio Rodilla Zanón. Estos cargos los aceptó siempre con obediencia y humildad. En el Colegio Mayor, entre universitarios, especialmente capacitados intelectualmente, se iba a ensanchar

de forma extraordinaria su campo de acción. La educación humana, la dirección espiritual de aquellos jóvenes llamados a ocupar puestos importantes –y a desempeñar los más diversos menesteres profesionales, diseminados por toda la geografía nacional, ya que los había de todas las provincias de España– debió de ser un estímulo más para el joven sacerdote valenciano.

Entre los numerosos valores histórico-artísticos del grandioso edificio que ocupa el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera de Burjasot, hay una anécdota histórica poco conocida y es que, el rey Felipe III, que pasó en Valencia las Navidades del año 1603, estuvo en el castillo de Burjasot en los primeros días de enero, antes de su marcha a Madrid, invitado por el arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, san Juan de Ribera, con quien le unían lazos de afecto y de amistad, ya que fue, precisamente, dicho arzobispo quien ofició en la boda de Felipe III, con Margarita de Austria, celebrada en la Catedral valenciana en 1599. En el castillo de Burjasot, con frondosa pinada, lugar de descanso del santo arzobispo, pasó Felipe III unas horas felices contemplando la huerta que circundaba la fortaleza, recibiendo, sobre sus reales hombros, la caricia de ese sol tibio que, en los primeros días del año, ilumina el cielo valenciano.

En su incesante afán de superación, en todos los órdenes, se presentó a los exámenes y obtuvo el grado de doctor en Sagrada Teología, en la Universidad Pontificia de Valencia, concediéndosele el doctorado con la calificación de *PRAECLARISSIMUS*, el 26 de octubre de 1922.

Y es D. Antonio Rodilla, compañero y amigo, quien nos da a conocer en sus escritos, en los que bosqueja la personalidad de D. Vicente Garrido, rasgos esenciales de su carácter:

“En el Colegio de Burjasot sufrió transformación su manera de ser. Siempre fue formal, serio, piadoso, muy respe-

tuoso con los superiores y muy entregado al estudio. Sus devociones particulares fueron la Sagrada Eucaristía, la Santísima Virgen y san Juan de Ribera, pero, fumaba, se cuidaba mucho y, hasta procuraba disimular sus canas, muy prematuras y abundantes. Mas, después de unos ejercicios espirituales que hizo por aquellos años, dejó de fumar, amainó la preocupación de su salud y de su bienestar, aumentó su oración y sus Misas, y sus rezos. Sus conversaciones y, hasta su rostro, se revistieron de unción religiosa. Este paso en la vida religiosa ya no fue rectificado, ni en sí, ni en su significación de progreso continuo en la vida de amor a Dios y, por Dios, al prójimo...”.

“En el Colegio de Burjasot –continúa D. Antonio Rodilla– dirigiendo a universitarios superdotados y, ayudándoles con su ejemplo, con su oración y sus consejos, a ser caballeros e intelectuales católicos, pasó catorce años, desde 1922 hasta la guerra civil de 1936. Creció en edad y en santidad. Dedicaba una buena parte de su tiempo y de sus energías, al confesionario, dirección espiritual y predicación. Sus libros preferidos –al menos así lo parecía– eran, la Biblia, los tratados teológicos del cardenal Billot y *Los Caballeros de la Cruz* de Ricardo León. Escribió un himno, letra y música dedicado al beato Juan de Ribera”.

Los universitarios que convivieron con él, durante su estancia de catorce años en el Colegio Mayor de Burjasot, lo recuerdan con afectuoso respeto; algunos de ellos, han expresado sus sentimientos por escrito.

“Aunque conviví en el Colegio con él durante cuatro años, mis dotes de observación no son muy buenas que digamos –aseguraba Miguel Ángel Ederra Zalba, siendo catedrático del Instituto de Pamplona– sin embargo, tengo una impresión muy concreta sobre él, que resumo en estos tres puntos:

1.º Su gran sencillez, su humildad. Nunca observé que quisiera hacer presente su personalidad, ni imponerla a na-

die. 2.º Su extraordinaria bondad, bien patente en su cariñoso trato hacia todos, incluso cuando, siendo director, tenía que hacer frente a las numerosas perrerías que cometíamos, en particular aquellos de Ciencias. Y, 3.º y principal, su inigualable unción en todos los actos religiosos, sin excepción alguna. Recuerdo, en particular, cuando celebraba la Exposición del Santísimo: parecía no estar en este mundo, y yo creo que no estaba...”.

Cuando llegó el joven sacerdote –fugaz coadjutor de Benimasot y encargado de su anejo Tollos, y coadjutor, también por poco tiempo, de la Arciprestal de Albaida– al antiguo palacio señorial del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, probablemente, no pensaría que allí, en la fundación de D.^a Carolina Álvarez, iba a permanecer casi tres lustros, y que iba a dejar un hondo recuerdo en aquellos universitarios que, por su reconocido talento y escasos medios materiales, habiendo obtenido por oposición una beca, vivían en un grato ambiente, y podían licenciarse en las carreras que habían elegido, y que cursaban en las distintas facultades valencianas. Su capacidad para ver el problema de cada uno, y la adecuada solución, era, posiblemente, uno de los motivos por los que aquellos estudiantes solicitaban su dirección espiritual: poseía en alto grado el don del consejo. Estos años enriquecieron humana y espiritualmente al joven sacerdote Vicente Garrido, cada vez más entregado al servicio de la Iglesia, y más preocupado por ayudar a los demás.

Uno de aquellos primeros colegiales que lo trataron en el Colegio, posteriormente médico en Gijón, Eduardo Peñuelas Heras, lo recuerda así:

“Sus cualidades humanas, entonces, me parecieron muy buenas, pero lo encontré mejorado, más amable, más risueño y más alegre, cuando fuimos a visitarle posteriormente. Sus virtudes más sobresalientes, quizás fuesen la humildad, su trato afable, y el fiel cumplimiento de sus deberes. As-

pectos negativos no puedo decir ninguno. De su vida de piedad conozco los actos que hacíamos comunes. No recuerdo que, sobre mi modo de obrar, haya tenido ninguna influencia particular; sí la tuvo la vida del Colegio, y él formaba parte importante de ella...”.

Sus antiguos colegiales lo veían, y así lo recuerdan, como un sacerdote digno y piadoso, dedicando a la oración una parte importante de su tiempo, cuyo fervor celebrando la Santa Misa impresionaba a los asistentes; parco en el comer; que reprendía, cuando había que hacerlo, con mucha delicadeza, e incluso con verdadero ingenio, como es el caso que refiere el hoy académico de Bellas Artes y famoso pintor, Francisco Lozano, conocido en toda España por “el maestro Lozano”, dada su categoría artística extraordinaria, quien destaca entre los diversos recuerdos del rector del Colegio Mayor, una anécdota singular: “Una vez me llamó la atención, al notar que durante varios días me dormía y no bajaba a oír Misa. Me dijo esta admirable sutileza: ‘Lozano, veo que no le gusta a Vd. pintar el amanecer...’. Quedé confuso y agradecí íntimamente ‘la dulzura’ de su ‘dureza’. Recuerdo que, en su vida de piedad, no hubo nunca el menor espectáculo personal. Persiguió la santidad en todo momento, con absoluta sencillez. Su personalidad y su corrección –continúa diciendo el maestro Paco Lozano, hoy famoso entre otras cosas, por esos tan imitados y, a la vez, inimitables amaneceres en el Saler– tan finamente expresados, clarificaban todas nuestras dudas, y las ‘grandes complicaciones juveniles’ eran resueltas mágicamente con la finura de su sonrisa y con la penetrante agudeza de su talento...”.

Un abogado sevillano, Braulio Sastre del Blanco que fue becario del Colegio, durante cinco años, desde 1927 hasta 1932, describe la relación que mantenía D. Vicente Garrido con los universitarios, reviviendo una entrañable anécdota personal:

“Una tarde, a cuento de que yo estaba tratando de acotar o hacía subrayados en el texto de Lógica, cuyo autor era D. Pedro M.^a López, el catedrático de Valencia, de quien se decía que exigía que se aprendieran su texto al pie de la letra –lo que me parecía absurdo– y que su texto no se entendía, y yo aseguraba que lo estudiaba ‘de concepto’, hubo intentos, y aún principios de ‘chuflearse’ de mí. El buen D. Vicente se sumó –después comprendería yo que sin ánimo de molestarme, pero entonces no andaba yo sobrado de sentido del humor– y me encrespé. No recuerdo lo que dije, pero sí, que estuve fuerte y quizá inconveniente. No me dirigí a D. Vicente, pero estoy convencido de que los oyentes no dejaron de darse cuenta de que mi reacción iba contra él, tanto o más que contra los compañeros. Pues bien, no me hizo la menor reprensión. Calló humildemente. Y pienso que, quizá, me hizo más mella que si me hubiese reprendido”.

Y continúa desgranando sus recuerdos el abogado sevillano: “A raíz de terminar el último curso, me vi enfermo; fue la primera acometida del asma; murió mi padre; hube de traerme a mi madre y a mi hermana y, mientras se colocaba, también a mi hermano Francisco, q.e.p.d. Me vi, en un determinado momento, apurado económicamente. D. Vicente me proporcionó una cantidad no grande, hoy ridícula. Pero, los de entonces sabemos lo que eran cien pesetas de plata. Pasaron tiempos; pasó la guerra y, el dinero valía tan poco, que daba vergüenza ir a pagar en calderilla lo que se recibió en plata. Y ¡cómo pretender que D. Vicente tomase más cantidad en compensación...! Pues bien, hace algún tiempo, recordando estas cosas, se me ocurrió escribirle recordándoselo y dándole testimonio de que no había olvidado su buena acción y que seguía agradeciéndosela. Le preguntaba si le parecía bien que diera alguna ayuda a las Hermanas de la Cruz. Contestó pronto y diciendo que nada necesitaban las Hermanas, que no me preocupara...”. Pro-

blemente se refiere el antiguo colegial a las Obreras de la Cruz, la fundación de D. Vicente Garrido.

Continúa expresándose el letrado Braulio Sastre del Blanco:

“Yo he relacionado esto con otra cosa, para mí muy significativa, y que me tocó en lo más íntimo: el santuario de la conciencia. Ahí va: pasé yo meses de crisis espiritual en el Colegio. Inseguridades de conciencia, temores. Esperaba o confiaba yo en que pasaba desapercibido. Pues bien, un día, me pidió D. Vicente el favor de pasarle a máquina unos escritos. Al parecer, se trataba de algún trabajo de ‘cura de almas’. El caso es que, cuando empezó a dictarme, al poco tocaba el tema de los ‘escrúpulos de conciencia’. ¿Casualidad...? ¿Providencia...? Yo he pensado siempre que D. Vicente, que parecía estar algo como distanciado de nuestras cosas, nos observaba, y se preocupaba de cada uno de nosotros. Si no... ¿cómo pudo darse cuenta de mi estado de ánimo...? Me pidió él a mí el favor, cuando era él quien quería ayudarme a mí... ¿Finura, verdad...? Y, si no fue así..., pero tengo para mí, que sí fue. Y que cuando, después de tantos años, yo le hablaba de mis dudas, recordaba –quizá no lo olvidó nunca– aquella especial preocupación mía, y quiso borrar cualquier posible brote de preocupación en mí...”.

Su vida como superior en el Colegio de Burjasot, y en otros de los puestos directivos que ocupó, en los años que permaneció allí, son los propios colegiales, que compartieron el día a día con D. Vicente Garrido, quienes mejor y más pueden ayudar a trazar el perfil biográfico del sacerdote valenciano, mostrándonos su calidad humana extraordinaria y su entrega fervorosa a la oración.

El testimonio del abogado Andrés Sevilla, es, también, muy elocuente:

“Conviví en el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, como becario, alrededor de tres años. Creo recordar que los

dos primeros fue director y, por rotación, pasó a ser administrador, al ser nombrado director D. Antonio Rodilla. Tanto yo, como los demás colegiales, teníamos la impresión de que era persona de acendrado misticismo, sin que ello le impidiese la atención debida a sus responsabilidades. Creo recordar que hacía versos espirituales y místicos, que creo firmaba con el seudónimo de *Lirio del Valle*, o bien éste era el título de un libro en proyecto. Como sacerdote, cuidaba, con exquisita pulcritud, sus obligaciones y, en la Santa Misa, se entregaba con sinceridad. Igual ocurría con sus pláticas, impregnadas, todas, de un suave lirismo, dentro de la firmeza de la doctrina”.

Y continúa: “Aún mereciéndolo por parte nuestra, era incapaz de tomar una decisión que pudiera causarnos algún perjuicio. Sabía amonestar, corregir, y tratar de enmendar y, siempre, perdonar...”.

“Vivía –son palabras de Andrés Sevilla– como un poco ausente del mundo, recogido en permanente meditación, y era parco en palabras, evidenciando una fuerte vida interior. No he conocido ningún aspecto negativo en su vida...”.

Reconoce el colegial Sevilla: “La lejanía del tiempo difumina muchos recuerdos, si bien, en conjunto, queda como unidad de impresión, su vida de piedad, sus asistencias religiosas, su vocación de proselitismo y su honrado y cotidiano quehacer, teniendo, por tanto, su imagen en el recuerdo, como un perfecto sacerdote y como hombre ampliamente comprensivo, indulgente y predispuesto siempre al perdón...”.

“El principal impacto de su figura, proyectada sobre mí –continúa el letrado Sevilla buscando en sus recuerdos– ha sido el descubrir mi imperfección ante su ejemplaridad, y el deseo de haber participado plenamente, y no de forma parcial, en su manera de proceder, y seguir su ejemplo en el orden espiritual”. Finaliza: “No recuerdo ninguna anécdota o actuación concreta, si bien he de insistir que su figura, en

conjunto, inspiraba afecto espontáneo, por su cordial acogida y, a su vez, reflejaba en los demás su profunda piedad y comprensión, con un notorio despegue de lo terrenal...”.

El que fue inspector de Enseñanza Primaria en Barcelona, que estudió el Magisterio en la Escuela Normal de Valencia –entonces se denominaba así– Rafael Pardo Ballester, becario del Colegio de Burjasot en los años 1927 a 1930, conserva un imborrable recuerdo de D. Vicente:

“Era hombre de una intensa vida interior; muy piadoso y extraordinariamente humilde. Pasaba ante el Sagrario tantos momentos como tenía libres. Mientras estuve en el Colegio fue él procurador, y D. Antonio Rodilla, director. No obstante, al momento de la oposición que hice para ingresar en el Colegio, era él director y, como tal, presidía el tribunal, y me señaló el tema más difícil: ‘Ejercicio de improvisación: la corrección’ que, luego me dijo, iba encaminado a ver si sentía yo el magisterio”. Destaca Rafael Pardo como rasgos del carácter de D. Vicente: “...humildad, paciencia, perseverancia; no se alteraba nunca, pasara lo que pasara; y sus correcciones finalizaban siempre con esta admonición: ‘¡no sean infelices, tengan caridad!’”. Era un algo tímido o quizá lo parecía por su condición humilde, recatado y silencioso. Prefería, como superior, que le adivinaran lo que había de ordenar, antes que mandarlo...”.

Otros recuerdos que conserva Pardo Ballester, los refiere así: “Además de la oración ante el Sagrario, estudiaba y escribía un tratado sobre la vida interior, en el que figuraban abundantes comentarios sobre las condiciones del director espiritual; de la necesidad que siente el alma de esa eficaz dirección; y, también, había citas abundantes de santa Teresa y ‘su medio fraile san Juan de la Cruz’, tomadas de las obras *Subida al Monte Carmelo*, *La vida interior*, *Avisos a sus monjas*, etc...”.

“Conozco estos detalles porque me encargaba que le pasara a máquina los apuntes; ignoro si publicó la obra, pero

sé que sufría cuando había de pedirme el texto pasado a máquina..., pues adivinaba yo que él sufría al pedírmelo. Después de mi salida del colegio, supe de él por intermedio de un paisano suyo sacerdote, pero no he tenido la dicha de verle y saludarle más...”.

Como la mayoría de quienes convivieron con él, comenta este antiguo alumno de Burjasot, una de sus más arraigadas costumbres: “Recuerdo siempre la ejemplar devoción, unción y sencillez con que se dirigía a nuestra capilla, se arrodillaba delante del Sagrario, y oraba; más de una vez entré a llamarle, a instancia de alguna visita que lo requería, en los días que cuidé yo de la portería...”.

Se refiere este mismo colegial, de Burjasot, Rafael Pardo, a una de las aspiraciones de D. Vicente Garrido que, después de dos intentos –brillantes fracasos, sería la manera de calificarlos– logró hacer realidad: “Sobre todo recuerdo el gran empeño y entusiasmo que tenía en ganar por oposición una penitenciaría: canónigo penitenciario de una catedral. El Señor le premió consiguiendo dicho cargo en la de Valencia...”.

Pero no olvida en sus comentarios, el entonces alumno de Magisterio –posteriormente inspector de Enseñanza Primaria en Cataluña– referir algunas de las anécdotas compartidas con sus compañeros: “En aquellos felices años 20, no tenían las subsistencias los valores que adquirieron después. El recuerdo se ciñe a su preocupación por la salud corporal: comía poco y era metódico en la alimentación. Algunas noches, con abundante cena, me ordenaba pedir a la cocina un huevo frito, en vez del, muchas veces, abundante segundo plato; las hermanas, le servían dos y se los llevaba yo a la mesa presidencial; pero, D. Vicente prefería comer un solo huevo, preocupado siempre por la medida, la frugalidad, la parquedad en las cosas. Téngase en cuenta que las hermanas, entonces, nunca servían a nadie un solo huevo, pero él nunca probaba ni una pizca del otro,

que volvía entero al torno. Sabía que la juventud necesitaba más alimentación y más en aquella santa casa en que su fundadora ordenó algunos alimentos sin tasa. Las refecciones de los días de extraordinario, eran comidas abundantísimas, y él, siempre, con su método: parquedad, sobriedad, sencillez... Hoy, quizás, le llamaran a eso preocupación por la línea, pero no cabe en él pensar tal cosa, porque, más bien era mortificación del cuerpo, entre gente joven con apetito y en una casa en que, cuando se veía a alguien debilucho, inmediatamente se ordenaba que le diesen sobrealimentación...”.

Desde el Puerto de Santa María donde ejercía como médico, amplía el perfil humano de D. Vicente Garrido, el Dr. D. Agustín Fernández Rodríguez, becario también del Colegio de Burjasot:

“Conviví con él durante siete años y, siempre, me dio la impresión de una persona muy introvertida, muy piadosa, enormemente preocupada por su salvación eterna. No me daba la impresión de tener grandes preocupaciones intelectuales y siempre se mantuvo bastante alejado de todos nosotros. Por esas razones, no le teníamos el afecto que, indudablemente, se merecía como superior nuestro. Tenía en mi poder una fotografía suya, en la que aparecía en grupo con Pedro Laín Entralgo, Clavero, Peñuelas y otros...”.

“Recuerdo también –continúa– cuando hizo oposiciones a canónigo y no le dieron la canonjía, a pesar de haber demostrado mucha más altura que sus oponentes. Sólo en esa ocasión, le vi un poco rebelde contra sus superiores jerárquicos; creo era D. Prudencio Melo. Después, volvió a ser el de siempre, retraído, hermético, extraordinariamente frugal –apenas comía– y apenas visible, como no fuera a las horas de rezo, paseando por el huerto...”.

Siendo director de un grupo escolar, Juan Martínez Bueno, que había sido becario de Burjasot, recordaba, con palabras entrañables, su paso por el impresionante –arquitect-

tónicamente hablando— castillo que ocupa el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera:

“¿Mi impresión personal sobre sus cualidades humanas? Un asceta, un místico, parvedad y continua sobriedad en alimentos; largos ayunos, que causaban asombro cómo podía resistirlos...”.

En su trato con los demás, destaca Juan Martínez Bueno: “Extrema delicadeza para no ofender cuando tenía que llamar la atención a alguien, por alguna falta. Hablaba como superior, pero con tono y gestos de inferior, de humildad, con la mirada baja, para no producir enfado ni humillación en el que escuchaba. Reprendía a la servidumbre con sonrisas, con dulzura. No permitía que le arreglaran la habitación; sólo que quitaran el polvo. Nada más. Lo demás, corría de su cuenta...”. Y es que el Padre sabía que tener razón da autoridad, pero tener autoridad, no da la razón. De ahí su extrema delicadeza para escuchar a todos y corregir cuando era necesario.

Observó este colegial, y así lo dice: “Siempre que le veía leer, eran libros religiosos, de piedad, de rezos. En su habitación, cuando yo entraba debido a mi cargo, sólo veía libros, abiertos o cerrados, por la mesa, sillas, cama..., pero todos, siempre, piadosos...”. Y continúa: “Lo vi muchas veces en el reclinatorio de la capilla, a horas intempestivas, mucho rato, sin que me viera y, al día siguiente, cuando despertaba a los demás, ya D. Vicente estaba de pie, vestido y con el rosario en la mano. Se reía como un niño cuando alguien quería gastar bromas ligeras o pesadas, que de todo había en su presencia. No se enfadaba...”.

Expresa así uno de los gestos característicos de D. Vicente: “Dominaba e imponía su bondadosa sonrisa y su dulzura al hablar. Subyugaba a la gente por su bondad. Cuando tuve un accidente en el jardín, con fractura en la pierna, tuvo siempre para mí aliento, ayuda moral y económica, dándome la mejor habitación: la del patrono. Cuando hube de marcharme al servicio militar, fui soldado a Madrid, y

me envió el dinero que le pedí para seguir estudiando y pagando la pensión, pues dormía y comía fuera del cuartel, durante medio año...”.

Juan Martínez Bueno, explica en otro momento: “Yo mismo le llevé muchos recados, comida y cartas a varias personas en Valencia, pidiéndome siempre que fuera discreto y no dijera nada a nadie. Yo veía que eran obras de caridad, y eran muchas las casas que hube de visitar, donde me parecía estar en salas de conventos, por su sencillez, su profusión de imágenes, crucifijos, la humilde condición en el vestir y el extremo decoro de las personas. Yo ya sabía que se trataba de alguna fundación u orden religiosa porque, cuando hacía algún encargo y esperaba respuestas, siempre se veía y oía algo que daba a entender esa religiosidad y el afán de servicio entre las mujeres que visitaba, o a las que entregaba libros o recados; todo era quietud, palabras dulces, llenas de misticismo, y siempre mencionando palabras de santos y del Evangelio...”.

Otro colegial de Burjasot, el médico valenciano Santiago Vidal Soria, le recuerda así: “Persona excelente, sacerdote ejemplar y, como religioso, de extraordinaria virtud y bondad, sin haber conocido nunca ningún aspecto negativo que pudiera empañar sus virtudes...”.

El magistrado del Tribunal Supremo, que vivió en el Colegio, durante sus años de estudiante en la Universidad de Valencia, Benjamín Gil Sáez, describe las relaciones de los colegiales con Garrido y Rodilla, en estos términos: “Mi relación fue, personalmente, mucho más intensa con D. Antonio Rodilla que con D. Vicente Garrido, y el tiempo transcurrido desde entonces –¡más de cuarenta años!– han sumido en la niebla datos y facetas que no me es posible precisar con certeza. En nuestra época de colegiales, lo que hoy llamaríamos ‘relaciones públicas’ corrió a cargo de D. Antonio, mientras D. Vicente tenía una actividad primordialmente encaminada a la oración y perfección espiritual. Tengo que resaltar su humildad, gran bondad, afectuoso comportamiento y trato, con los que convivíamos con él. Su

espíritu era una viva estampa de las virtudes teologales. Puedo atestiguar –continúa– su gran piedad y las muchas horas de cada día dedicadas a la oración y meditación. Me impresionó la austera y piadosa vida que observaba, enteramente dedicada a la oración y mejor servicio de Dios, como sacerdote y como hombre...”.

Un ilustre colegial, cuya vida jalonada de triunfos académicos le llevó a ocupar la cátedra de Historia de la Universidad de Navarra, el sacerdote del Opus Dei Federico Suárez Verdeguer, retrata a D. Vicente Garrido con estas palabras: “Era un hombre muy recogido, poco hablador; cuando hablaba, jamás levantaba la voz. Probablemente, la virtud que me pareció en él más sobresaliente fue la humildad o, tal vez, la mansedumbre. Con facilidad pasaba inadvertido. De la época del Colegio sólo recuerdo que nos enseñaba a cantar el gregoriano, en la sala de billar. Luego, por los años cincuenta, recuerdo que un día, D. Eladio España me comentó, en el Patriarca, que había tenido el privilegio de conocer a dos santos en vida: A D. Josemaría Escrivá de Balaguer y a D. Vicente Garrido...”.

Una anécdota simpática, durante su estancia en el Colegio, que demuestra su forma de comportarse, la refiere D. Antonio Rodilla:

“En el Colegio de Burjasot, los peluqueros entraban por oposición. Se les hacía un pequeño examen literario, pero, sobre todo, lo importante era que fueran buenos peluqueros. También eran estudiantes, desde luego. Se tenía por costumbre que, para la prueba, arreglasen primero a los colegiales o a los criados. Y D. Vicente tuvo la delicadeza de introducir fuese cambiado el orden, es decir, primero a los directores y luego a los demás, pues claro, había que exponerse a que le cortasen a uno, o que se lo hicieran mal; por esa razón hizo esa modificación en el Colegio.”

La mayoría de los ex-colegiales del San Juan de Ribera, de Burjasot, coinciden al recordarlo: destacan su valía intelectual, sus dotes pedagógicas y la ejemplaridad de su austera y piadosa vida.

Capítulo VII

UNA VIDA ANCHA Y PROFUNDA

LA vida de D. Vicente Garrido fue larga, pero, especialmente, fue una vida ancha y profunda. Poseía un poderoso atractivo espiritual, buscaba a Dios en la oración, se empapaba de Él y lo derramaba sobre los demás, en ese difícil día a día.

“La presencia de Dios es para llevar su influjo a nuestros quehaceres; y es evidente que, un alma que la vive, lleva el influjo de Dios, no sólo en el interior, se advierte en su mirada, en su trato, en su porte”. Son palabras de D. Vicente dirigidas a sus Obreras. Pero no son sólo palabras; lo verdaderamente importante es que así era él; predicaba con el ejemplo. En otra ocasión dijo: “La presencia de Dios es un dulce freno que el alma lleva en sí; se hacen las cosas bien como si, materialmente, se estuviera delante de Jesús”. Y refiriéndose al mismo tema solía decir: “La presencia de Dios no ‘atonta’, sino que da más lucidez...”.

La presencia de Dios fue una constante en su vida, de ahí que la lucidez fuese una constante en él. La variedad de sus actividades, la entrega total a todas y a cada una de ellas, no disminuyó su capacidad de trabajo, ni entorpeció los resultados de las tareas que emprendía.

Se entregó de manera especial a la dirección de ejercicios espirituales, “en esta obra consumirá los mejores años de su vida...” –afirma D. José Aliaga–; “como un gigante, recorrerá todos los ámbitos de nuestra diócesis y tierras ex-

trañas, anunciando la Palabra de Dios a sacerdotes y a fieles de toda clase y condición, hasta sucumbir en la brecha como un héroe, como verdadero soldado de Cristo”.

Y el que fue obispo de Coria-Cáceres, D. Manuel Llopis Ivorra, se expresó así al reseñar los recuerdos que conservaba de D. Vicente Garrido:

“El tecnicismo de los ejercicios espirituales, si vale la expresión, lo conocía perfectamente, entendiendo por tal los recursos psicológicos y humanos que ha de poseer el director, para presentar la materia, exponer la doctrina y emparar de virtud y santidad a quienes la predicán. Calculo que habrá dirigido más de dos mil tandas e incontables retiros espirituales, y sólo Dios conoce el copioso fruto alcanzado, porque ‘no daba ejercicios’, sino que ‘se daba él todo entero en los ejercicios’, acompañando cada tanda con la intensificación de su oración, sacrificio y mortificaciones personales, sintiendo como propios los problemas de cada ejercitante, y encomendándolos fervorosamente al Señor”.

Realmente, D. Vicente Garrido practicaba una entrega constante a la oración, a la vida del espíritu, que contagiaba a los demás. “Hay que buscar al Señor en la oración –decía– hay que buscarle en el corazón, en lo íntimo de la conciencia. Él se adelanta para dar alegría, fortaleza, ánimo, consolación. Aunque muchas veces no encontremos el remedio rápido a nuestras necesidades, no importa. Pero sí nos da una fortaleza interior, la cual nosotros apenas advertimos. Y nadie que busca al Señor dejará de encontrar remedio a sus necesidades espirituales...”.

Otra de las ideas que D. Vicente Garrido inculcaba a sus ejercitantes, era que tuviesen siempre pureza de intención: “La pureza de intención excluye que hagamos las cosas sólo por contentar a las criaturas. Pureza de intención es hacer las cosas con sólo el fin de agradar a Dios...”. Y, ciertamente, la pureza de intención fue otra constante en su vida.

Asombraba su actividad incesante, la entrega que de sí mismo hacía a los demás; pero, se comprendía cuando se

escuchaban sus palabras: “Gasta tu vida de manera que no la pierdas para la eternidad”. Y en otro momento escribió: “El cristiano tiene que transformar el mundo y hacerlo mejor para los hombres. Pero esto ha de hacerlo por Dios y para Dios, y para que los hombres puedan ir a Dios...”.

El cumplimiento del deber lo inculcaba a los ejercitantes, y a quienes le confiaban la dirección de su alma, y era una de sus mayores preocupaciones: “Sentíos felices siempre que podáis decir: cumplo mi deber. Y, entonces, alegraos con la esperanza del premio...”.

El apostolado de la pluma fue otra de las actividades que ejerció D. Vicente Garrido. La oración continuada, la lectura incesante de los maestros de la vida espiritual –como refieren algunos de los becarios del Colegio Mayor de Burjasot– enriquecieron sus profundos conocimientos, proporcionándole una claridad de ideas admirable, que expuso en sus escritos y desarrolló en sus predicaciones. Un alumno suyo del seminario, escribió de él: “Un hombre de Dios. Verdadero sacerdote de Cristo, con mucha ciencia y más virtud, adornada de la prudencia y don de consejo y fortaleza. Humilde y manso para todos; muy comprensivo y caritativo para los sacerdotes y almas consagradas a Dios”.

D. Vicente Garrido estudió en profundidad a san Pablo, cuya doctrina asimiló y exponía frecuentemente en sus escritos y en los ejercicios espirituales que dirigía. También conoció, y se identificaba con su contenido, los escritos de san Juan de la Cruz y de santa Teresa, pero quizás le conmovía, todavía más hondamente, la sencillez y la humildad de santa Teresita del Niño Jesús.

Otra actividad apostólica literaria de D. Vicente fueron sus colaboraciones en la revista de Teología Mística *La Vida Sobrenatural*, dirigida por los PP. dominicos del Convento de San Esteban, de Salamanca, fundada en 1921 por el P. Juan Arintero, quien tuvo un papel protagonista en la renovación mística de aquellos años. Sin embargo, cuando pu-

blica su primer artículo Vicente Garrido, en enero de 1928, dirige ya la revista el P. Ignacio Menéndez Reigada, que había sucedido al P. Arintero, cuya salud se resentía y falleció, precisamente, cuando se iniciaba la colaboración de D. Vicente Garrido en *La Vida Sobrenatural*.

De esta primera colaboración –un artículo denso en ideas, fluido en su estilo, claro en la exposición, y en el que se refleja la riqueza de su vida interior– entresacamos algunos párrafos: “El amor humano tan sólo puede hallar su perfección y sosiego en Dios, el cual, a su vez, va en pos de la criatura, procurando su amistad y no cesando hasta reducirla a sí y poner en ella suspiros continuados de cielo”.

Y “suspiros de cielo” son sus palabras: “Corramos, oh almas, hacia Dios, nuestra única felicidad: sin cesar miremos nuestro glorioso destino de una vida celestial aquí en la tierra, como augurio de una dicha inextinguible. Marchemos a la conquista de ese corazón divino, que, por nosotros, palpita prisionero en el tabernáculo, que nos ama..., que nos espera. Admiramos a las que trepan las alturas de la virtud... ¿y renunciamos a seguirlas?”.

En un artículo posterior, publicado en la misma revista algunos meses después, en julio de 1928, revela, sin querer, algo que él llevaba varios años practicando: “Unirnos a Jesús es igual que vivir en Él, fuera de nosotros mismos, sin recuerdo de nuestra voluntad que ya no debe llamarse nuestra, sino suya, pues a Él enteramente debe estar entregada”.

Su primer libro *La Vida del Espíritu* lo publicó en 1931 y, en sus páginas, se resume, con lenguaje sencillo, el camino que deben seguir quienes han comprendido que el cristianismo es mensaje de alegría.

En el comienzo de los años 30 publicó también D. Vicente Garrido la hoja *Mi fiel amiga* y dirigió la revista *Voluntad*. Sus ansias apostólicas se desbordaban: no era suficiente la predicación, la dirección espiritual, su encuentro diario con los universitarios de Burjasot; necesitaba ejercer, a la vez, el apostolado de la pluma.

El arzobispo de Valencia, D. Prudencio Melo y Alcalde, nombró a D. Vicente Garrido, el 24 de noviembre de 1924, confesor ordinario de las religiosas del Sagrado Corazón de Jesús de Godella, localidad limítrofe con Burjasot y, también, suplente de las operarias del Divino Maestro y del Noviciado de las religiosas protectoras de obreras de María Inmaculada, cargos que desempeñó hasta el 20 de noviembre de 1927, fecha en la que fue designado confesor extraordinario de las operarias del Divino Maestro de Benimámet y de las hermanitas de los ancianos desamparados de Burjasot. Desde el mes de octubre de 1925 era, además, profesor de Filosofía de la Congregación de terciarios capuchinos de Godella, donde demostró su gran preparación.

Y el 16 de marzo de 1928 se le encomendó la dirección espiritual del Turno de la Sagrada Familia de la Adoración Nocturna de Valencia.

Los religiosos terciarios capuchinos de Godella, habían sido fundados por el P. Luis Amigó en 1889. Y este capuchino al que Vicente Garrido había conocido personalmente, en su infancia, fue precisamente quien le confirió el subdiaconado, el 20 de marzo de 1920, siendo obispo de Segorbe. El nombre del P. Amigó aparece en varios momentos de su biografía.

Los religiosos y religiosas terciarios capuchinos de Godella, tenían como objetivo la acción educativa de los jóvenes que, por circunstancias familiares, sociales o psicológicas, se encontraban en situaciones difíciles. Posteriormente, fueron creando estos religiosos centros de readaptación, de protección, de observación y de diagnóstico.

El celo apostólico de D. Vicente, se reflejaba en todas estas actividades, en las que demostraba su entusiasmo por el trabajo que acercaba a Dios, no sólo a quienes confiaban en su dirección espiritual, sino a él mismo, que enriquecía su vida interior en este contacto continuo con los demás.

Capítulo VIII

OPOSICIONES A CANÓNIGO. UNA DURA PRUEBA

ENTRE esa herencia de sus pensamientos, de sus convicciones, de los consejos que dejó escritos D. Vicente Garrido al morir, hay frases que, posiblemente, nacieron en lo más hondo de su corazón cuando recibió el desengaño de no conseguir la dignidad de canónigo, después de realizar unas brillantes oposiciones. Escribió: “Es absurdo que inmoles tu vida, que bien aprovechada vale tanto, por conseguir cosas caducas, de calidad inferior al oro de tu vida. Es mejor sacrificarla por Dios, para conseguir una vida de gloriosa eternidad...”.

Y en otro momento dice: “La vida hay que correrla olvidando, cerrados los ojos para mirar atrás, y abiertos para mirar adelante, siempre adelante, contemplando a Jesucristo que nos espera, puesto que podemos rendir hasta el último momento de nuestra vida...”.

Las primeras oposiciones a canónigo las hizo en 1924; era una canonjía de las llamadas simples, porque no llevaba consigo carga alguna. En la Catedral de Valencia, eran cuatro los canónigos que tenían unas obligaciones concretas: el magistral, el doctoral, el lectoral y el penitenciario. Estas cuatro canonjías eran las de mayor prestigio y, por tanto, las más difíciles de conseguir.

A la canonjía simple a la que aspiró D. Vicente Garrido, en 1924, se presentaron nueve sacerdotes. Quedó vacante por fallecimiento del canónigo D. Eduardo Gil Gimeno, an-

tiguo alumno del Colegio de Santo Tomás, que había sido párroco de Cheste y Liria. De los nueve aspirantes a la dignidad de canónigo, en aquella ocasión, sobresalían tres sacerdotes de reconocida inteligencia: uno era el canónigo doctoral de Orihuela (Alicante), D. Gaspar Archent Abellán, que consiguió la canonjía de Valencia; tenía cuarenta y cinco años y una larga experiencia sacerdotal. Y los otros opositores fueron D. Antonio Hidalgo Ibáñez, canónigo del Sacro Monte de Granada, y el profesor de la Universidad Pontificia de Valencia, D. Rafael Ramón Llín. Estos tres nombres sonaron como probables ganadores desde antes de comenzar los ejercicios de la oposición, convocada por el arzobispo D. Prudencio Melo, dado el prestigio de los aspirantes, todos ellos mayores en edad que D. Vicente Garrido, quien sólo tenía veintiocho años y, en verdad, se presentó, más por consejo de sus superiores y amigos que por su propio deseo.

Los restantes sacerdotes que opositaron, eran también muy conocidos y almacenaban grandes méritos; procedían de distintas parroquias valencianas; D. Alfredo Cortell Ribes era cura párroco de Cerdá; D. Ildefonso Rosell Marrales, coadjutor de Jalance; D. José Mateu Climent, párroco de Benavites; D. Luis García López, coadjutor de Chiva; y D. Marino Bertolín Peña era coadjutor de una parroquia de Valencia.

Los ejercicios que hizo D. Vicente Garrido, fueron tan brillantes que, a pesar de su extrema juventud y que competía con quienes ya eran diestros canónigos, fue incluido en la terna vencedora, por unanimidad. Los tres nombres elegidos debían ser remitidos, por el Arzobispo, al ministro de Gracia y Justicia, quien elegía a uno de los tres candidatos propuestos por el Prelado. No fue elegido D. Vicente.

En 1930, seis años después de la referida oposición, quedó vacante otra canonjía, por fallecimiento del canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia D. Constantino Tormo Casanova. Se trataba de una canonjía con carga, y de

gran responsabilidad. Aspiraron a ella cuatro catedráticos del seminario de Valencia; dos canónigos, uno de ellos penitenciario de Orihuela, nacido en Manises, D. José M.^a Sanchis Royo. Contando a D. Vicente Garrido eran diez los opositores. Los ejercicios fueron, todos ellos, de gran altura. Sobresalió entre los aspirantes D. Vicente Garrido quien disertó durante una hora, en latín, sobre la integridad de la confesión y, durante otros sesenta minutos debatió, dialécticamente, también en latín, con los contrincantes señalados por el tribunal, que fueron el canónigo penitenciario de Orihuela, Sanchis Royo, y el profesor del seminario de Burgos, Rvdo. Ayala. Otros dos días contendió, durante media hora, con el catedrático del seminario D. Francisco Peiró Escribá, sobre el modo de estar presente Jesucristo en la Eucaristía y, posteriormente, con otro contrincante, sobre la posibilidad de la reiteración del sacramento de la Penitencia. Como último ejercicio, predicó en castellano, durante una hora, teniendo como tema, el capítulo 27 del evangelio de san Mateo.

Fueron varios los miembros del tribunal que votaron a su favor, pero, de nuevo Vicente Garrido, tras brillantísimos exámenes, conoció el desengaño, la humillación, y el fracaso. Aunque era un brillantísimo fracaso. El Señor lo estaba probando. Tardaría veintiséis años, todavía, en ser canónigo titular de la Penitenciaría de la Catedral de Valencia, a la que por la presión constante de sus compañeros y especialmente del arzobispo D. Marcelino Olaechea, se presentó en 1956. Fue el único opositor en esta ocasión: nadie se atrevió a competir con él. La extraordinaria brillantez de los ejercicios hizo que fuese elegido, casi por aclamación, canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia.

Uno de sus más fraternales amigos, el Rvdo. Aliaga, refiere que, en las fracasadas oposiciones de 1930, según opiniones creíbles, “los mismos jueces del tribunal le tendieron una jugarreta pues, a pesar de su superioridad y de los trabajos presentados, tuvo que pasar por la humillación de la

descalificación. Aquello fue una lección que él recibió con serenidad y resignación, limitándose, tan sólo, a lamentar estas miserias humanas, en una carta confidencial que me dirigía, tomando la determinación de nunca jamás aspirar a cargos honoríficos o de vistosidad mundana y dedicarse, tan sólo, a la conquista de las almas”.

Y Aliaga, su amigo y compañero –uno de los que más influiría para que no cumpliera la determinación que decía haber tomado, y, de nuevo, aspirase muchos años después a una canonjía, la de penitenciario, que había quedado vacante– refiere cómo, desengañado por su fracaso en las oposiciones de 1930, se ilusiona prontamente con otro proyecto: “Púsose a pergeñar unos apuntes para levantar el gran edificio, la obra cumbre, el ideal de toda su vida: el Instituto de las Obreras de la Cruz. Obra sencilla y callada en sus orígenes, pequeña semilla que, con el correr de los tiempos, como otro grano de mostaza, había de germinar y extender sus ramas por todas las regiones del mundo, hasta posarse en ellas las almas más selectas de la viña del Señor...”.

En 1927 –tres años antes de las oposiciones a canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia, que no ganó, como hemos dicho– intentó D. Vicente Garrido opositar a una plaza de colegial perpetuo del Patriarca, “que eran muy apreciadas entre el clero diocesano”, según D. Vicente Cárcel Ortí, debido al gran prestigio de dicho Colegio. Se convocó una sola plaza y la pretendían doce aspirantes, todos ellos destacados miembros del sacerdocio valenciano y algunos otros ilustres sacerdotes extradiocesanos. Pero Vicente Garrido no quiso participar en ellas y retiró su firma, cuando supo que se presentaba su antiguo compañero del mismo Colegio del Patriarca y gran amigo, D. Eladio España Navarro, quien resultó elegido; no quiso competir con el amigo entrañable, con quien mantuvo siempre un trato fraternal.

Y es que, nuestro D. Vicente, iba por la vida con esa virtud natural de conservar el corazón un poco más blando que la cabeza.

Capítulo IX

APOSTOLADO SEGLAR FEMENINO

PARA que los seglares colaborasen con la Iglesia, en la renovación espiritual de la sociedad, se constituyó la Acción Católica, siendo el papa Pío XI quien definió la naturaleza, las funciones y los fines de la misma. En España sería el cardenal Reig quien impulsaría estas actividades. Valencia fue una adelantada en el movimiento de renovación religiosa y social de los católicos. Y, D. Vicente Garrido, colaboró decisivamente desde el primer momento.

El 15 de octubre de 1924, festividad de santa Teresa de Jesús, el arzobispo D. Prudencio Melo nombró a D. Vicente Garrido –que ya había dedicado sus esfuerzos al apostolado seglar con mujeres y jóvenes– consiliario de la Asociación de Estudiantes Católicas de Magisterio, según testimonio de D.^a María Zapater, asociación que, dos años después, se integró en la F.R.E.C. o Federación Regional de Estudiantes Católicas, cuyos enfrentamientos políticos con la Federación Universitaria Escolar o F.U.E. llegarían posteriormente.

Tras desempeñar durante un año la tarea asignada por el prelado, propuso D. Vicente, al arzobispo Melo, la fundación de la Asociación Femenina de Acción Católica, donde pondría en práctica sus primeras ideas sobre el apostolado seglar femenino, que cristalizarían con posterioridad y definitivamente en la fundación de las Obreras de la Cruz. D. Vicente Garrido se dedicó entusiásticamente, sin olvidar

sus otras actividades, a impulsar este apostolado, redactando sus primeros Estatutos; fue, también, su primer consiliario. Impartió a la Juventud Femenina ejercicios espirituales, por toda la geografía valenciana; organizó círculos de estudio, puso en funcionamiento una biblioteca ambulante e incluso una academia gratuita.

Las actividades de D. Vicente Garrido con las jóvenes y mujeres de Acción Católica le ayudaron a perfilar su idea, cada vez más concreta, de la Asociación que deseaba fundar: la Sociedad Amor Cristiano, que recibió aprobación civil el 13 de junio de 1934. Sus primeros miembros fueron Trinidad Alpera Roig –fallecida el mismo día que fue aprobada la Sociedad–, Adela Cervera, Carmen Soler, Mercedes Serra, Remedios Tolosa, Desamparados Benavent, Pura Aliaga, Virtudes Campos, Filomena López, Carmen Andrés, Amparo Vicent y Rosa Pedruelo. Para sustituir a Trinidad Alpera en el cargo de presidenta fue elegida, tres días después de su fallecimiento, Adela Cervera García.

Pocos meses antes –el 13 de febrero de 1934– durante la convivencia en unos ejercicios espirituales, a los que asistían un grupo reducido de mujeres de Acción Católica y de estudiantes de Magisterio, había surgido el ofrecimiento y la entrega de aquellas primeras mujeres que estaban dispuestas a trabajar, sin descanso, en la viña del Señor.

Los ejercicios espirituales fueron el medio más eficaz de los que utilizó D. Vicente Garrido para ir formando a cristianos selectos que, con su esfuerzo e iniciativas, contribuyesen a frenar las corrientes de incredulidad que estaban invadiendo a la sociedad, y colaborasen, con nuevos planteamientos, a ensanchar el horizonte que se estrechaba y oscurecía. Despertó, en muchas jóvenes, el deseo de trabajar por la defensa y triunfo de la Iglesia.

Comentaba el inolvidable sacerdote alcoyano D. Manuel Llopis –que fue párroco del Santo Ángel de Valencia hasta su nombramiento como obispo de Coria-Cáceres– el

extraordinario fruto que la predicación de los ejercicios espirituales dirigidos por D. Vicente Garrido había producido en todas las clases sociales: “Estos trabajos pastorales –escribió– enriquecieron la experiencia de D. Vicente, poniéndole en contacto directo con grupos selectos de jóvenes de ambos sexos, y aquí debió descubrir la clara voluntad de Dios, que le escogía para señalar a muchas almas, los designios de Dios sobre ellas”.

Mientras tanto, la situación política de España empeoraba. La Dictadura de Primo de Rivera dio paso a la República. El cambio brusco de régimen, los debates sobre la enseñanza de la religión, la desaparición de los crucifijos en las escuelas, la propaganda anticlerical, se enseñorearon del país. De nuevo, el testimonio de D. Antonio Rodilla, que compartía con D. Vicente las tareas directivas en el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, nos refiere el estado de ánimo del infatigable sacerdote:

“En los años de la República, era maravilloso su afán apostólico. Rezaba y hacía rezar. Se mortificaba fuertemente y exigía mortificaciones en sus sermones...”.

La situación político-social, con la llegada de la República, fue agravándose. En el libro de Vicente Cárcel Ortí, *Historia de la Iglesia en Valencia*, publicado por la BAC, en el capítulo dedicado a “La II República y la Guerra Civil (1936-1939)” se refiere a dicho momento histórico con estas palabras: “Tras las elecciones del 16 de febrero de 1936, el Gobierno del Frente Popular, formado por los partidos de izquierdas, exaltaron de tal manera las pasiones, que pronto comenzaron a celebrarse manifestaciones de carácter extremista. Éstas degeneraron, en algunos lugares, en actos de destrucción y venganza, contra todo lo que significase políticamente derecha, o tuviera contenido religioso...”.

En otro momento del mismo capítulo, dice Vicente Cárcel: “En la medida que pasaban los días, la situación se ha-

cía insostenible. Muchas iglesias se clausuraron, toda manifestación religiosa era vejada, a los sacerdotes y religiosos se les dificultaba toda clase de actividad apostólica, cuando no eran encarcelados o desterrados...”.

Con la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, la persecución religiosa aumentaba día a día. La guerra civil estaba cada vez más cerca.

La Sociedad Amor Cristiano nacía en unos momentos hostiles para la Iglesia, pero el grupo estaba lleno de entusiasmo, dispuesto al sacrificio ante las dificultades, y su fortaleza era la oración confiada en Dios.

La primera presidenta de la Asociación civil Sociedad Amor Cristiano, D.^a Trinidad Alpera Roig, era dueña de una casa en la calle de Náquera, donde acogió a los miembros de la Asociación en la época fundacional; era una señora viuda, a quien D. Vicente, siempre parco en palabras y elogios, la definió como: “Persona excelente”. La Sociedad la formaban un grupo reducido de jóvenes, pero muy unido a su Fundador.

Bajo la especialísima protección de la Virgen redactó D. Vicente los Estatutos de su fundación. Posteriormente, escribió otros, con algunos retoques. Trinidad Alpera, aportó los primeros recursos económicos para la Obra, vendiendo un solar, cuyo dinero dio a la Asociación.

El 18 de julio de 1936, parte del ejército, secundado por amplias masas populares, se levantó en armas contra el gobierno de la República. La diócesis de Valencia permaneció en zona republicana hasta el final de la guerra, salvo la comarca del Mijares, que los nacionales ocuparon a principios de 1938.

Durante la guerra civil los templos y conventos fueron profanados, y sacerdotes, religiosos y seglares católicos, perseguidos.

Al inicio de la guerra civil D. Vicente se encontraba en el Colegio Mayor de Burjasot (Valencia), que fue inmediata-

mente cerrado. Y se vio obligado a abandonarlo, en vista de que se precipitaban los acontecimientos, como la quema de conventos, iglesias y edificios religiosos y que aumentaba la detención y asesinato de sacerdotes.

En los años precedentes a la guerra, la actividad variada y constante de D. Vicente Garrido –quien, además, ocupaba un puesto directivo importante en el Colegio de Burjasot– lo había convertido en un sacerdote muy conocido, incluso popular, que se había significado, especialmente, en la predicación de ejercicios espirituales, y en su labor aglutinadora de la juventud católica. Comprendiendo que iba a ser perseguido, decidió refugiarse en Pueblo Nuevo; se trataba de una vivienda de labradores, en la huerta de Valencia, no lejos de Godella. Recordaba con frecuencia, D. Vicente, las atenciones que le prodigaron estas personas bondadosas, manifestando siempre su profundo agradecimiento.

Posteriormente, estuvo escondido en Benaguacil, en casa de sus familiares, que le ocultaron en un pozo, en cuyas tinieblas estuvo siempre iluminado por su inalterable fe en Dios y, desde cuyo retiro fue perfilando, cada vez con más claridad, la tarea que el Señor deseaba encomendarle. Estuvo nueve meses oculto debajo de tierra. Ignoraban su paradero hasta los más íntimos; sólo lo sabían sus familiares más cercanos.

Un sobrino suyo, adolescente, fue apresado con la pretensión de hacerle declarar y que confesase dónde estaba oculto su tío, cosa que no consiguieron. Pero, el sufrimiento que soportó el muchacho, casi un niño, fue tan atroz que, poco tiempo después, falleció. El tío quedó muy impresionado y conmovido; siempre tuvo D. Vicente Garrido para este sobrino un agradecido recuerdo y le ofrecía constantes sufragios.

Una serie de circunstancias providenciales libraron a D. Vicente Garrido de ser apresado durante la guerra civil española: el Señor lo quería santo, no mártir. El mártir compra el cielo al contado y el santo, a plazos, poco a poco, subiendo los escalones del cielo uno a uno, lenta y trabajosamente, hasta llegar a la Casa del Padre, como lo hizo él, mediado el mes de abril de 1975.

Capítulo X

LA GUERRA CIVIL (1936-1939)

LA persecución religiosa se acentuaba. El primer sacerdote asesinado en Valencia fue D. Rafael Ramón Llín; era beneficiado de la Catedral, profesor del Seminario Conciliar y muy conocido entre la clase obrera por su participación en la creación de sindicatos libres, y medios de promoción social, ya que había sido nombrado consiliario de la Casa de los Obreros de Valencia; fue el primero de una larga lista. Según recoge Vicente Cárcel Ortí en su libro *Historia de la Iglesia en Valencia*, “fueron asesinados 343 sacerdotes diocesanos, centenares de religiosos e innumerables seglares católicos...”. La cifra de sacerdotes y religiosos asesinados en España asciende casi a 7.000.

Poco antes del comienzo de la guerra, en los primeros días del mes de julio de 1936, D. Antonio Rodilla, compañero de D. Vicente Garrido en las tareas directivas del Colegio Mayor de Burjasot, junto con D. Eladio España, colegial perpetuo del Patriarca, otros varios sacerdotes y colegiales del Beato Juan de Ribera, acudieron al Santuario de Lluch, en Mallorca, para practicar los ejercicios espirituales y, durante esos días de retiro, estalló la guerra civil. Había sido providencial su ausencia de Valencia, durante el comienzo de la contienda, ya que, posiblemente, hubieran sufrido persecución e incluso el martirio, ya que la mayoría de ellos eran muy conocidos por su labor apostólica.

El entrañable amigo y fiel compañero de D. Vicente Garrido, D. Antonio Rodilla Zanón, se expresaba en estos términos recordando los avatares de 1936:

“Yo le debo la vida a D. Vicente. El Señor se valió de él. Tenía que ir a dar un turno de ejercicios a Palma de Mallorca. Durante la República estaba yo dando, continuamente, ejercicios espirituales. La piedad estaba intensificándose entonces mucho, por la persecución que teníamos, y D. Eladio España organizó una tanda para estudiantes; pero le dijeron que no, que aquí en Valencia no era conveniente, que fuese en Palma de Mallorca. Y querían que fuese yo. Me lo dijeron y acepté. Les dije, era cierto, que esa semana la tenía pedida pero, primero, eran ellos...”.

“D. Vicente había estado recientemente en Palma, y cuando le comenté el caso, me animó diciendo: ‘Ya verás qué bonito...’. A los pocos días anunciaron una huelga de gente de mar para esas fechas, y D. Eladio, que vio una mañana a D. Vicente en el Patriarca le pidió que me comunicara que el compromiso anterior que le había dicho yo que tenía, lo podía aceptar, porque la tanda de ejercicios que él organizaba había tenido que suspenderla. Por la noche vino D. Vicente y, aunque teníamos por costumbre salir con los colegiales después de cenar, ese día no lo hicimos y nos fuimos los dos a sentar en la escalera de piedra que había en la parte alta del huerto. Le comenté ‘pasado mañana me voy a Mallorca’, y él, sin acordarse del recado que le había dado D. Eladio para mí, me comentó: ‘Ya verás lo bonito que es Palma...’. Al día siguiente, me llamó D. Eladio España preguntándome si me había comprometido nuevamente con los otros y, muy extrañado, le dije que no. ‘Pero... ¿no te ha dicho nada Vicente Garrido?’. Le respondí que no y lleno de alegría comentó: ‘¡Gracias a Dios...! ¡Qué suerte que no te diese mi recado...! Es que no íbamos a ir, porque habían anunciado huelga en el puerto, pero ya han dicho que no hay. Así que mañana embarcamos...’”.

Continúa D. Antonio: “Si me hubiese transmitido el recado, me hubiera comprometido con aquellos y me pillan y me matan, porque me anduvieron buscando por todos los sitios; en mi casa registraron todo lo que tenían que registrar y se llevaron cuanto quisieron, porque yo estaba en todos los ficheros; estaba en los de Acción Católica porque había sido consiliario, en el de Estudiantes Católicos, en el Colegio, en el de Propagandistas, estaban buscándome... Le dije a D. Vicente... ¡qué cosa más tremenda...! ¡mira que estar hablando de que me iba a Mallorca y no decírmelo...! Por ese olvido total de él, que era un poco raro, porque tenía muy buena memoria, salvé mi vida...”.

La persecución contra los religiosos se acentuaba y el peligro de ser descubierto entre sus familiares, que le ocultaban en Benaguacil, era cada vez mayor.

La casa social de la Sociedad Amor Cristiano, de la calle de Náquera, continuaba con su actividad, aunque con las debidas precauciones. Alguien denunció su existencia. La casa fue asaltada. La documentación pudo ser quemada, antes de que un grupo de milicianos se apoderasen de cuanto encontraron a su paso. Una de las Obreras, Remedios Tolsa, intuyó el registro y decidió, valientemente, deshacerse de cuanto pudiera delatar a personas ligadas a la Obra; sólo se salvó de ser quemado un Libro de Actas.

En Benaguacil, entre sus familiares, D. Vicente Garrido no estaba seguro, porque fácilmente podía ser descubierto. D.^a Mercedes Ferrandis Pelayo, poco después del fallecimiento de D. Vicente, escribía desde Alicante, con fecha 5 de mayo de 1975: “En guerra estuvimos horas y horas pidiendo a Dios que no le pasara nada. Sabíamos que estaba en grave peligro. Por obra de Dios se salvó D. Vicente Garrido. Quería que hiciera algo grande...”.

Recordaba el obispo de Coria-Cáceres, D. Manuel Llopis Ivorra, en uno de sus muchos comentarios referentes a D. Vicente Garrido que, peligrando su vida en Benaguacil,

su pueblo natal, se decidió trasladarlo a Valencia, escondido entre la paja que transportaba un viejo carro, siendo llevado a casa de una familia extremadamente piadosa, que vivía en la calle de Luis Vives n.º 8, donde permaneció ejerciendo su ministerio sacerdotal secretamente y atendiendo a las almas que le buscaban. “Allí –afirmaba D. Manuel Llopis– acudían las primeras Obreras de la Cruz para acompañar a Jesús Sacramentado en las horas de reparación, característica de la Obra”.

La casa citada por el obispo de Coria-Cáceres, pertenecía a D.^a Virtudes Campos Campos que, junto con Remedios Tolosa –que fue quien, como ya dijimos, quemó los papeles comprometedores, que se guardaban en la casa de la calle de Náquera, antes de ser asaltada la vivienda– lo tuvieron escondido gran parte del tiempo que duró la guerra civil española. Era el 2 de junio de 1938 cuando D. Vicente Garrido llegó a la casa de la calle de Luis Vives, junto a la calle de la Paz y muy próxima a la plaza de la Reina.

D.^a Virtudes Campos era maestra, y cuando D. Vicente se refugió en su casa, durante la guerra, pasaba también por maestro, impartiendo algunas clases en su escondite. Se salvó milagrosamente de ser detenido durante un registro, realizado en dicha casa de la calle de Luis Vives, al esconderse detrás de la puerta del porche, donde se había podido refugiar en aquellos críticos momentos. Él proclamó siempre que al oír las palabras “aquí no hay nadie”, sintió, en aquel instante, la protección de la Virgen.

Mercedes Ferrandis Pelayo, que se relacionó frecuentemente con D. Vicente Garrido en los días que España se ensangrentaba con la lucha fratricida de la guerra de 1936, relató sus recuerdos en un valioso testimonio: “Pasaba D. Vicente como profesor y a mí me daba clase de literatura. Sus palabras tenían tal seguridad, tal santidad, que me inspiraba afecto y respeto. Infundió en mí, también en mi madre, tanto amor al prójimo que, despreciando mi vida, ayudaba

a 500 presos que había en Paterna. Pues bien, D. Vicente Garrido me daba inyecciones y comida para que se las llevara. De tal suerte, que había un preso de la provincia de Jaén, que tuvo un principio de tuberculosis y lo ayudábamos especialmente. Hoy es padre de doce hijos robustos...”.

En otro momento de su amplio testimonio, comenta Mercedes Ferrandis Pelayo: “Lo más admirable del Padre era su humildad y amor. Ese amor, que le veías como una aureola. Cuando entraba en su aposento de la calle de Luis Vives, respiraba todo a santidad. Siempre lo encontrabas igual, sin altas ni bajas. Amaba mucho a la Santísima Virgen, y era muy devoto de san Juan de Ribera...”.

Los tres años que duró la guerra civil debieron ser de intenso sufrimiento para D. Vicente Garrido, aunque él no exteriorizó nunca sus temores y angustias, ni cuando permaneció en las tinieblas del pozo de la casa familiar, ni durante el fatigoso viaje –desde Benaguacil a Valencia– entre la paja polvorienta y el traqueteo del viejo carro, escondiéndose para no ser descubierto, ni la continuada zozobra que padeció en su habitación de la casa de la calle de Luis Vives; siempre habló poco de sí mismo. No expresaba sus sentimientos, no se desahogaba narrando sus inquietudes, sólo buscaba el consuelo de Dios, y se refugiaba en el regazo de su Madre la Virgen María, esa Virgen Dolorosa que, posteriormente, presidiría cada Casa de las Obreras de la Cruz, y por la que sentía un amor entrañable.

En aquellos días de angustiosa incertidumbre, de intenso sufrimiento, ocultándose de quienes perseguían a la religión y a los religiosos, escribió alguna de las oraciones que regaló a sus hijas las Obreras de la Cruz:

“Virgen de los Dolores, bella y pura,
sois la esperanza mía.
Siempre en ti, Madre llena de amargura,
mi corazón confía.
En mis penas, santa Virgen María,

me infundes entereza.
A ti, la Madre de la Eucaristía,
pido amor y pureza.
¡La cruz!, hermosa, divina locura,
la cual tus ojos lloran.
¡Madre de Dios!, con su sangre purpura
las almas que a ti imploran.
Arde en gran amor tu maternal pecho,
herido en el Calvario;
¡Madre buena!, que en el mío halle un lecho,
tu Jesús y un sudario.
Virgen querida, mi corazón te ama.
No me asusta el Calvario;
antes bien, en llamas de amor se inflama
a la Cruz y al Sagrario.
Ampáranos, guíanos, bendícenos...”

Durante los años de la guerra civil, D. Vicente Garrido tuvo la preocupación constante por sus Obreras. Iba madurando en su mente el proyecto fundacional.

Existía, en aquellos momentos, en Valencia, una intensa y admirable actividad clandestina de los sacerdotes que, estando aparentemente ocultos, “ejercían el ministerio sagrado entre mil peligros, usando todas las posibles precauciones para no ser descubiertos –según testimonio de D. Vicente Cárcel Ortí– pues a mediados de junio de 1938 se dieron todavía casos de asesinatos”.

Al piso de la calle de Luis Vives, propiedad de D.^a Virtudes Campos llegó, el 6 de junio de 1938, Rosa Pedruelo, procedente de Moncada, donde había permanecido escondida, porque los milicianos la buscaban para matarla y, en Valencia, pudo salvarse.

Desafiando el peligro, Rosa Pedruelo decidió ir, pocos días después, a Benaguacil para llevar noticias de D. Vicente a su familia, y, obcecada por la preocupación, Consuelo Garrido, hermana de D. Vicente, que estaba sufriendo lo in-

decible, temerosa de que asesinaran a su hermano pequeño, le dijo: “Hasta ahora he guardado yo a mi hermano, ya veremos vosotras cómo lo guardáis”.

La actividad de Rosa Pedruelo, desde que llegó a Valencia, fue incesante. Por encargo de D. Vicente volvió a Moncada para buscar a Marina Diago, quien fue primero a Chelva y, desde allí, a Valencia. Se escondió, con Mercedes Serra, en una casa de la calle de las Barcas donde se habían refugiado, también, cuatro sacerdotes. Curiosamente, por las noches, Marina Diago dormía en el porche de la casa de D.^a Virtudes en la calle de Luis Vives n.º 8, ignorando la dueña del piso lo que sucedía todos los anocheceres. La buenísima D.^a Virtudes, oyendo hablar, continuamente, de Marina, le propuso a D. Vicente que la llevase a vivir con ellos. Y, desde entonces, Marina Diago se unió a la pequeña comunidad, en la que también estaba integrada Remedios Tolosa. Las tres jóvenes celebraban las Cuarenta Horas ante el Santísimo, iluminado con tapaderas de latas de atún –según escribió D. Vicente Cárcel– cantando en un susurro el Trisagio, para que la propietaria del piso no se enterara.

La víspera de la festividad de Cristo Rey, en aquel mes de octubre de 1938, celebraron, en la misma casa, la primera vigilia de Reparación, haciendo turnos de vela, participando en ellos, además de Remedios Tolosa, Marina Diago, Rosa Pedruelo, Elvira Villanueva y D. Vicente Garrido. Deseosas de que las fiestas religiosas importantes no pasaran sin la correspondiente celebración, el día de Nochebuena decidieron festejarlo cantando la Misa de Angelis, a la que asistieron, además de las tres integrantes de aquella reducida comunidad, dos amigas fieles, Elvira Villanueva y Mercedes Serra. Después de la Misa, prepararon una “chocolatá”. Poco antes, habían estado en la finca los milicianos, porque, en el piso de arriba tenía su despacho el secretario de Negrín.

En numerosas ocasiones, visitaban al grupo residente en la calle de Luis Vives varias jóvenes, como María March,

Salvadora Fortuny, María Ibáñez y Dolores Lluesma, entre otras; la finalidad era confesarse con D. Vicente, sin que se apercibiera D.^a Virtudes.

Para poder sobrevivir, las jóvenes que residían en la calle de Luis Vives, hacían alpargatas de ganchillo con suelas de goma; otro de sus ingresos lo obtenían tejiendo calcetines de media. La más decidida del grupo, Rosa Pedruelo, viajaba hasta Liria, saliendo de Valencia a las cinco de la mañana, y allí entregaba los trabajos. Llevaba, también, ocultas, varias Sagradas Formas consagradas, para que pudiesen recibir la Comunión algunas personas que permanecían escondidas en aquella población. Las Formas, las hacían también el grupito de la calle de Luis Vives, utilizando para ello dos planchas domésticas vulgares de planchar la ropa. La Misa la celebraba D. Vicente sobre la misma cama en la que dormía, cubierta con una sábana impecable. A dicha Misa asistían, no sólo las allí residentes, sino también las que acudían a confesarse con D. Vicente Garrido, siendo las más asiduas, María March, Elvira Villanueva, Salvadora Fortuny, Mercedes Serra y Amparo Salvador.

En cierta ocasión, según testimonio de la protagonista de la anécdota, entregó D. Vicente varias Formas consagradas a Elvira Villanueva, para que las llevara a su pueblo, al que viajaba en un autobús de línea, que tenía la salida en la calle de Grabador Esteve. Quedó sorprendida cuando, al aproximarse al autobús, comprobó que un grupo de milicianos estaba cacheando a los transeúntes; al darse cuenta del peligro, con el mayor disimulo, retrocedió lentamente, sin que nadie lo advirtiera y, cuando comprendió que ya no la veían, se dirigió a otra calle, primero deprisa y después corriendo ya sin disimulo, para huir de los controles.

Aunque a quienes preguntaban por D. Vicente se les procuraba ocultar su paradero, y se intentaba por todos los medios que nadie conociese dónde se había refugiado, algunas personas consiguieron saberlo, y acudían a confesarse con él, entre ellas dos religiosas de Burjasot.

Por temor a los incesantes registros domiciliarios y los frecuentes controles callejeros, dos de las jóvenes más infatigables, Rosa Pedruelo y Remedio Tolosa, se confeccionaron unas fajas, con unos bolsillos interiores, donde ocultaban los papeles y documentos referentes a la Obra. Incluso dormían sobre ellos, escondiéndolos debajo de la almohada, por si se veían en la necesidad de escapar de improviso.

Por las dificultades económicas del momento, en la mayoría de los hogares valencianos, y especialmente en el grupo de jóvenes reunidas en el piso de la calle de Luis Vives, la comida era necesariamente frugal. La dueña de la casa, D.^a Virtudes Campos, procuraba ayudarlas siempre, poniendo a su disposición cuanto tenía; a pesar de ello, vivieron pobremente. Refieren las protagonistas de esta situación que el sistema que empleaban, para sacar el máximo provecho a sus escasos medios económicos, consistía en comprar, cada ocho días, los ingredientes para un cocido pobre: un cuarto de kilo de carne, de la denominada en Valencia de “garreta”; un cuarto de tocino, dos morcillas y unos pocos garbanzos; cuando se podía, se sumaban algunas patatas. A este cocido, según se iba consumiendo, añadían agua para que el caldo durase toda la semana, aunque su color era, cada vez, más claro y su sabor menos agradable.

Para abastecerse de paja, con la que rellenar algunos sacos y utilizarlos como colchones, pidieron a labradores de familias conocidas, que las dejaran entrar, durante la noche, en sus pajares y poder cogerla sin ser vistas. Parece ser que, la impenitente viajera Rosa Pedruelo, se trasladó a la ciudad de Alcoy, con el propósito de comprar borra para algún otro colchón.

Mientras el alimento material era poco y de escasa calidad, el espíritu se fortalecía y alimentaba abundantemente, con prácticas diarias de piedad, además de la sabatina a la Virgen, que cantaban todas las semanas. No omitían el obli-

gado capítulo de faltas y disciplina de los viernes. Observaban silencio riguroso por la mañana y por la tarde, con tanta severidad –según refiere en sus comentarios D. Vicente Cárcel, tras documentarse con algunas de aquellas jóvenes emprendedoras– que Rosa Pedruelo, con su peculiar desenvoltura, le dijo un día al Padre Fundador: “Vosté lo que té es vocació de cartujo, porque no mos deixa ni respirar...”.

Hasta el final de la guerra, las primeras Obreras de la Cruz continuaron superando las dificultades con auténtica heroicidad. Resulta gracioso que, al entrar las tropas nacionales en Valencia, y despertarse la fiebre entre los ciudadanos liberados, de cubrirse con boinas rojas, las emprendedoras muchachas decidieran comprar dos grandes piezas de paño rojo, para hacer, entre todas, una considerable cantidad de boinas encarnadas y conseguir, con su venta, algún dinero con que afrontar los gastos que se avecinaban. Lo gracioso es que las hicieron tan mal, que no le sentaban bien a nadie y... ¡no consiguieron vender ninguna!

El 29 de marzo de 1939 empezaron a llegar las primeras tropas de Franco a Valencia, teniendo lugar escenas emocionantes, protagonizadas por quienes acababan de salir de la cárcel y los que habían permanecido ocultos, durante casi tres años, por temor a ser encarcelados. El último día del mes de marzo de aquel año 1939, en la plaza mayor de la ciudad, llamada entonces de Emilio Castelar –posteriormente se rotularía con los sucesivos nombres de Plaza del Caudillo, del País Valenciano y del Ayuntamiento, que es su denominación actual– celebró el P. Comesaña una Misa con asistencia multitudinaria del pueblo valenciano.

El arzobispo de Valencia D. Prudencio Melo, había pasado los tres años de la guerra en Burgos, regresando a su diócesis en los primeros días de abril. Los sacerdotes comenzaron a incorporarse a sus tareas apostólicas; las iglesias se abrieron al culto y las comunidades religiosas retornaron a sus conventos. Había estallado la paz.

Capítulo XI

UNA NUEVA VIDA

FINALIZADA la guerra civil, D. Vicente Garrido no volvió al Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot. Tenía 43 años y se encontraba en la plenitud de su vida sacerdotal. Para sustituirle, en la dirección del Colegio Mayor, fue designado D. Juan Hervás Benet quien, cinco años después, en 1944, a petición del ya anciano arzobispo Melo, fue nombrado obispo titular de Alinda y obispo auxiliar de Valencia, por el papa Pío XII.

Tampoco se incorporó ya al cuadro directivo del Colegio de Burjasot, D. Antonio Rodilla Zanón, quien recibió los nombramientos de vicario general del arzobispado y rector del Seminario Metropolitano de Valencia.

Una de las personas que conocieron y trataron frecuentemente a D. Vicente Garrido, el Rvdo. D. José Almiñana Vallés lo describe así: “Amigo de la soledad y del silencio, sabía sacrificar sus horas en la santificación espiritual de las almas que Dios le puso en su camino, dejando en ellas el rastro divino... Su gran caridad le hacía poner sólo en Dios su mirada, puesta en Él siempre, constantemente en Él, sin acepción de personas. Por eso repetía con placer: ‘Sin amor, no quieras hacer obras de amor...’ ”.

Y de silencio y soledad pudo disfrutar D. Vicente durante los años de la guerra, tiempo en el que fue concretando y dando forma definitiva a su gran proyecto fundacional. Desde el mes de abril de 1939, fecha en que finalizó la gue-

rra española, hasta el 28 de junio de 1940, día en el que se le concedió la autorización diocesana a las Obreras de la Cruz, estuvo preparando, intensa y pormenorizadamente, todos y cada uno de los rasgos distintivos del futuro Instituto, al que ya dedicaba todos sus desvelos. La autorización diocesana, por mandato especial, fue firmada por su entrañable amigo D. Antonio Rodilla Zanón, en aquellos momentos vicario general del arzobispado de Valencia.

A D. Vicente Garrido, en la etapa postbélica, se le encomendaron importantes tareas de responsabilidad. Fue nombrado profesor de Religión del Instituto de Enseñanza Media San Vicente Ferrer de Valencia, por orden ministerial del 27 de julio de 1939, comunicada al interesado el 16 de noviembre del mismo año. Era entonces, y todavía lo sería durante bastantes años, un centro exclusivamente femenino, ya que la enseñanza mixta no se admitía, entonces, en los institutos. Las actividades apostólicas, desarrolladas por D. Vicente Garrido en los años veinte y treinta con las jóvenes estudiantes de Magisterio y Acción Católica, influyeron, posiblemente, en este nombramiento, lo mismo que ser profesor de un instituto femenino de Enseñanza Media fue decisivo, también, para el desarrollo de los planes apostólicos del activo e infatigable sacerdote.

Una de sus alumnas del Instituto, M.^a Luisa Miquel, recuerda: “Llamaba la atención de los profesores que las clases de religión de D. Vicente estaban siempre llenas, aunque no pasara lista. Lo escuchábamos todas con respetuoso silencio”. En otro momento, afirma la misma testigo: “A las alumnas nos llamaba por nuestro nombre, como si nos conociera de siempre y, no obstante, jamás nos hubiéramos permitido la menor familiaridad”. Y es que D. Vicente se hacía querer y respetar a la vez.

El arzobispo D. Prudencio Melo, confiaba en la extraordinaria capacidad de trabajo de Vicente Garrido y decidió nombrarlo, el 17 de julio de 1943, censor de oficio de la cu-

ria, cuyo nombramiento decía textualmente: “Debiendo ejercer el cargo, con arreglo a lo dispuesto en el canon 1393 cuando de Nuestra orden se le entregue algún manuscrito para su examen. Igualmente damos a V.R. el encargo de vigilar las publicaciones que se editen o circulen en la Diócesis para que, si en ellas encuentra algo digno de censura, luego al punto lo ponga en Nuestro conocimiento al tenor del canon 1397...”.

El 27 de noviembre de ese mismo año de 1943, fue nombrado delegado de Enseñanza de la Religión en los colegios de Enseñanza Media. Meses después, el 15 de abril de 1944, el Sr. Arzobispo lo designó su representante en la Junta de Protección de Menores y, el 2 de agosto de ese mismo año, se le nombró catedrático de Principios de Teología Moral, en el Seminario Conciliar Central. No suspendió nunca a ninguno de sus alumnos del seminario, según opinión generalizada, que se comentaba mucho; tampoco los aprobaba sin dominar la materia. Al parecer, a quienes flojeaban en los exámenes, les daba clases especiales hasta conseguir que superasen las deficiencias que tenían.

Años después, desde 1957 a 1960, fue también profesor de Teología Moral en el Instituto Sedes Sapientiae de Valencia.

Los numerosos trabajos encomendados y sus compromisos docentes, no frenaron su entrega, sin regateos, al confesionario, a la predicación, dirección de ejercicios espirituales y retiros, a jóvenes, adultos y sacerdotes. Según D. José Aliaga: “En esta obra consumirá los mejores años de su vida”. Recuerda con especial cariño: “No olvido sus correrías misioneras por tierras de Mareny de Barraquetes, barriada aneja a la parroquia de San Pedro de Sueca –que regentaba precisamente el Rvdo. D. José Aliaga– tierras de misión, tierras en aquellos días por roturar, hoy convertida en parroquia floreciente”.

Curiosamente, D. Vicente Garrido fue el organizador de la primera tanda de ejercicios espirituales que se celebró en

Valencia después de la guerra, en 1939, y dirigió el primer retiro espiritual que tuvo lugar en la diócesis valentina, con la asistencia de personas de toda edad y condición. Su entusiástica e infatigable entrega a este apostolado, influyó de forma decisiva en el movimiento de ejercicios espirituales, y tuvo una gran aceptación en las parroquias.

Durante la postguerra, se percibe un notable florecimiento religioso, “peregrinaciones a Santiago de Compostela, congresos eucarísticos, apogeo de los colegios religiosos, esplendor de los seminarios y fervor apostólico de las Congregaciones Marianas...”, según escribió Salvador Vidal en un estudio hecho sobre ese momento histórico.

Y D. Vicente Garrido se multiplica en su labor apostólica. Él diría muchas veces –y se conserva escrito de su puño y letra en un valioso retazo autógrafo que guardan con cariño las Obreras de la Cruz– que el Espíritu Santo acude donde se le está esperando: “¿Por qué el Espíritu Santo llenó a los apóstoles...? Porque los halló en oración, dóciles, abiertos a la acción del Espíritu Santo... confiados en que Jesús cumpliría su promesa... amparados por la protección de la Virgen. Disposiciones...: lo humano se deja gobernar por lo divino...; y ya san Pablo dirá que su palabra tiene la eficacia y poder de Dios, que su ciencia es Cristo Crucificado... Que su evangelio lo ha recibido del mismo Jesús, no de hombre alguno... ¿Por qué nosotros no lo recibimos...?”.

Y fue un sacerdote valenciano, D. Vicente López Martí, quien afirmó, en cierta ocasión, por escrito: “Los sacerdotes de los años posteriores de la guerra, somos testigos del gran impulso que, merced a la acción apostólica de D. Vicente Garrido, tuvo el movimiento de ejercicios espirituales en las parroquias y en Acción Católica”. Se ha dicho y escrito que D. Vicente Garrido Pastor llegó a dirigir más de 2.000 tandas de ejercicios espirituales, aunque él mismo no recordaba con exactitud cuántas había dirigido. Lo que no olvidó nunca fue la primera tanda de ejercicios que dirigió:

fue en la localidad valenciana de Agullent y dejó un profundo impacto en el jovencísimo sacerdote.

Como fruto de esta intensa actividad sacerdotal se publicó, en 1943 el libro *Directores de Ejercicios Espirituales*, donde se recoge su experiencia y conocimiento del tema. Poseía una admirable claridad de ideas.

Su labor en el confesionario le ocupaba muchas horas, pero él supo siempre aprovechar el tiempo, y ninguna de sus tareas le hizo nunca descuidar las otras; dedicó una atención muy especial a los sacerdotes, que lo consideraban maestro de confesores, y, en sus reuniones con ellos, le preguntaban insistentemente sobre la meditación, la vida interior, su teoría, su práctica y sus frutos. Fue D. Vicente el encargado de dar las conferencias de formación espiritual de la Semana Sacerdotal, de 1940.

También pronunció la conferencia teológico-moral en la sesión de clausura del Congreso Médico celebrado en Valencia en 1942, siendo nombrado miembro del Cuerpo de Colaboradores de la obra Perfeccionamiento Médico en España.

Participó, en 1943, en la Semana Sacerdotal para directores de ejercicios espirituales. Y tuvo una brillante intervención en el ciclo de conferencias organizado en el Liceo Pedagógico dirigido al magisterio, celebrado en 1946.

Toda esta labor apostólica que ocupaba al infatigable sacerdote valenciano, que se dedicaba a sus numerosos quehaceres con la misma entrega e idéntico entusiasmo, no le quitaban tiempo –ese tiempo que él sabía multiplicar como nadie– para dedicarse vehemente y entusiásticamente, con todas sus energías y espíritu sacerdotal, a la fundación de las Obreras de la Cruz. En 1940 obtuvieron la erección canónica como Pía Unión llamada Sociedad Amor Cristiano de Obreras de la Cruz, su trabajo más querido, su proyecto más ambicioso y fecundo.

En abril de 1939, se produjeron nuevas incorporaciones a la Asociación civil Sociedad Amor Cristiano. A finales de 1940 eran 31 los miembros de la Pía Unión.

El día que se celebra la fiesta del trabajo, día de san José Obrero, el 1 de mayo de 1939, se inauguró la primera residencia de Obreras en la entrañable calle de Luis Vives, tan llena de recuerdos, pero en el número 10. El comienzo de actividades en esta Casa fue extraordinariamente humilde. “Allí no había muebles, ni nada. Todo era pobre. Escaseaba hasta la comida. Pobreza suma. Pero había abundancia de alegría y ganas de trabajar”, según palabras de D. Vicente Garrido.

En diciembre de 1939, empezó a funcionar la Casa de Ejercicios de Moncada. La autorización diocesana, que reconocía el trabajo apostólico de aquellas jóvenes que colaboraban en el apostolado que dirigía D. Vicente Garrido, se produjo, como ya adelantamos, el 28 de junio de 1940, por decreto dado por el arzobispo Melo y firmado por su vicario general, D. Antonio Rodilla, el inseparable compañero de D. Vicente Garrido en el Colegio de Burjasot, donde ambos compartían responsabilidades y se alternaban en los puestos directivos. Los Estatutos fueron redactados por D. Vicente y se constituyó el primer Consejo de Gobierno, renovable cada seis años.

Las Obreras de la Cruz iniciaron su andadura apostólica pobremente, pero con una fe inquebrantable y plena confianza en Dios, bajo la protección de la Virgen Dolorosa. Su Fundador depositó en ellas todo su entusiasmo y les contagió todas sus energías.

En el Instituto Femenino de Enseñanza Media San Vicente Ferrer, del que era profesor de Religión, junto a la enseñanza de su asignatura, realizó una extraordinaria labor apostólica. Con su dedicación, su ejemplar comportamiento, la forma de interesarse por sus alumnas, compartiendo sus preocupaciones y problemas, despertó en ellas

un gran respeto, un afecto entrañable y una sincera admiración. Todas querían a aquel sacerdote de cabellos blancos y ojos pequeños tras las gruesas gafas, que sonreía con la mirada, y estaba dispuesto a ayudarlas en todo momento. Su ascendiente sobre las alumnas del Instituto era palpable.

Una de aquellas adolescentes, Laura Arlandis, años después, recordaba un especialísimo retiro espiritual que D. Vicente organizó para las alumnas del Instituto en la iglesia del Convento de Santa Úrsula, de las agustinas descalzas, ubicado en una pequeña plazoleta próxima a las Torres de Cuarte. Se expresaba así su antigua discípula:

“Si alguien hubiese entrado en aquellas fechas, en la pequeña y oscura iglesia, habría encontrado un silencioso y bastante numeroso grupo de muchachas, que escuchaban las palabras de un sacerdote de blancos cabellos, durante los ejercicios espirituales organizados por el Instituto en que estudiaban. Sentadas bajo la escasa luz que una bombilla transmitía en todas direcciones, no sólo estaban pendientes de las palabras de su profesor de Religión, sino que, cada modulación de la voz, cada inflexión y hasta cada tonalidad, quedaban fielmente reflejadas en ellas. Y es que –continúa Laura Arlandis, recordando– D. Vicente Garrido no sólo expresaba su pensamiento ante ellas, con diversos matices, sino que, colocando sus sentimientos sobre el grupo, les transmitía sus propios anhelos de perfección, transformando la bulliciosa juventud de las aulas, en otra distinta de altos ideales...”.

“Bien es verdad que aquella juventud era, quizás, una juventud excepcional –reconoce la confidente– como excepcional era su maestro. Era una juventud que había conocido una guerra civil con las secuelas de separación familiar, hambre y hasta muerte, que ésta lleva consigo. Había vivido en su propia carne una fratricida lucha y quería, no sólo olvidarla, sino evitar que se repitiera...”.

Y sigue: “Era, también una juventud que, ávida de perfeccionamiento intelectual y moral, veía en aquellos ejercicios espirituales el camino de encontrarse a sí misma; tenía consciencia del hito que ellos marcarían en su existencia y procuraba aprovecharlos todo lo posible. Por eso D. Vicente, que las conocía bien, que sabía con certeza que bajo la hojarasca de la vida diaria encontraría los valores espirituales que, cada una de ellas, ocultamente poseía, procuraba mostrarles el camino recto, que había de proporcionarles la verdadera felicidad...”.

Tanto de estos ejercicios espirituales como de las muchas tandas que dirigía incesantemente, surgieron las primeras vocaciones que constituyeron el Instituto Obreras de la Cruz. Aquellas jóvenes, inflamadas de bríos apostólicos, deseaban vehementemente practicar el apostolado y vivir la perfección cristiana en medio del mundo. A la casa abierta ya en la calle de Luis Vives de Valencia, se sumó otra, la del pueblo de Moncada, en diciembre de 1939. Las Obreras de la Cruz entraron en las fábricas y participaron en el trabajo laboral, en el docente, en las catequesis parroquiales, en la organización de Acción Católica donde no existía tal Asociación y prestaron eficaz ayuda al trabajo sacerdotal.

La preocupación de D. Vicente Garrido en el desarrollo organizativo de las Obreras de la Cruz se centraba, especialmente, en la continua formación y orientación, no sólo moral, sino también profesional y, sobre todo, en potenciar los ejercicios espirituales para desarrollar la vida interior de cada una de las Obreras. “Algo ha de arder dentro de vosotras –les repetía insistentemente– y lo que ha de arder dentro de vosotras es el fuego del amor divino, del amor al Señor, lo que llevamos dentro”. Con este propósito dedicó la casa de la calle valenciana de Luis Vives a la formación general, y la de Moncada se transformó en Casa de Ejercicios Espirituales.

Los puntos importantes que rigieron la vida del Padre Fundador se podían sintetizar en cuatro: oración, trabajo, apostolado y cruz. Estas ideas fundamentales las inculcará a sus hijas, las Obreras. “La Obrera no puede olvidar su vida interior –insiste–, su vida de Dios, su vida espiritual”. Y reitera siempre: “Toda Obrera debe conocer bien el espíritu que anima a la Obra, debe conocer bien lo que la Obra es: molde de santificación y de perfeccionamiento de la Obrera y, al mismo tiempo, instrumento de pesca de almas para Dios...”.

Al confesionario dedicó siempre muchas horas D. Vicente Garrido; solía hacerlo en la capilla del Patriarca y también iba, casi todas las tardes, a la calle de Luis Vives n.º 10, 4.ª puerta, donde había un pequeño oratorio y, numerosas jóvenes, especialmente sus dirigidas, hacían la visita al Santísimo Sacramento y un rato de oración mental, más o menos breve, según lo permitiesen los estudios o el trabajo. Mensualmente, organizaba D. Vicente Garrido un día de retiro espiritual para mujeres y jóvenes, en la casa de Moncada. Las casas hogares donde se albergaban las Obreras de la Cruz, habían empezado a llamarse Cenáculos.

El de Moncada era una antigua masía alquilada, cuyas “cambras” se transformaron en habitaciones y cuya cuadra fue habilitada para comedor de ejercitantes. Pese a la pobreza de la capilla, D. Vicente Garrido infundía dignidad a las solemnidades litúrgicas, cuando se trataba de fiestas religiosas importantes, como la del Corpus, o las de los días 13, 14 y 15 de septiembre, dedicadas a los Patronos de la Obra.

La ilusión de D. Vicente Garrido y el núcleo fundacional de las Obreras de la Cruz, era conseguir una amplia casa de retiro para dedicarla a ejercicios espirituales. Y fue el ofrecimiento de la Obrera Desamparados Benavent Ferrando quien hizo realidad aquel deseo, haciendo donación a la Obra de unos terrenos próximos a Moncada. Costó muchos

sacrificios, pero todos eran pocos, comparados con la alegría de hacer realidad aquel común deseo: la Casa de la Madre de Dios. Una casa de retiro y oración. Las dificultades se fueron venciendo. Y el 6 de agosto de 1944, fiesta de la Transfiguración del Señor, se colocó la primera piedra de lo que sería la Casa de Formación de las Obreras de la Cruz. Se inauguró, con una emoción contenida, diez años después. Era la primera página de una historia entrañable: en esta Casa de Ejercicios Espirituales, en esa Casa-Madre de las Obreras de la Cruz residió habitualmente, pasó el doloroso último año de su vida, y murió santamente, D. Vicente Garrido Pastor, el Padre Fundador. Y allí reposan sus restos, al pie del Sagrario, donde a él le gustaba estar dialogando con Dios, donde Jesús se hacía oír.

Capítulo XII

¿CÓMO ERA D. VICENTE GARRIDO?

POSEÍA, además del atractivo espiritual de las almas santas, notables cualidades y calidades humanas. Su aspecto, extraordinariamente sencillo, resultaba majestuoso y señorial; se movía con naturalidad, envuelto en silencios; casi nunca reía abiertamente y casi nunca dejaba de sonreír con extrema dulzura. Poseía una inteligencia despierta, alimentada y fortalecida por el estudio. Era un hombre culto, sensible, amable, cordial, respetuoso con todos y con todo; sincero, sin faltar a la caridad, pero sin llegar a la adulación; vivía en continua presencia de Dios “bajo la mirada de Dios y con la mirada en Dios”, como él aconsejaba en sus escritos. Cumplía lo que predicaba: “El sacerdote, hoy y siempre, necesita tres reconcentraciones: ante el Crucifijo, ante el Sagrario y ante la Santísima Virgen...”.

Quienes fueron sus alumnos lo consideraron un buen profesor, que no sólo dominaba las materias propias de su asignatura, sino que poseía una cultura amplia que le permitía relacionar, comparar y contestar, cuantas preguntas le fuesen sugeridas. Se preocupaba mucho por sus discípulos, del seminario o del instituto, por sus dirigidos y por cada uno de los ejercitantes, que se desahogaban, que vaciaban en él los bolsillos de la conciencia, buscando, no sólo remedios sino también consuelo y comprensión.

Un alumno del Seminario Metropolitano, D. Manuel Gandía, refiere: “Allá por los años 52-53 fue profesor mío de

Teología Moral D. Vicente Garrido. No tuve con él una especial intimidad, sino la propia de un alumno que seguía con interés las clases que impartía. Me pareció muy equilibrado en el enjuiciamiento de los problemas morales que estábamos estudiando. Tenía una buena pedagogía, mejor que la de otros profesores que teníamos entonces. Nos comprendía a los jóvenes y, en general, era muy querido por todos los alumnos...”.

Un sobrino de D. Vicente, su único sobrino sacerdote, el Rvdo. D. Francisco Llopis, recuerda al Fundador de las Obreras de la Cruz, con cariño y respeto:

“Todavía conservo fresca en mi memoria la impresión que mi tío producía en nosotros, los pequeños, cuando venía a visitarnos; su presencia suponía reprimir nuestras ganas de alborotar, de entrar y salir corriendo de casa, porque, cuando él estaba, teníamos que andar con más cuidado y silencio que si estuviésemos en el mismo templo. Era una figura que nos infundía temor y respeto; supongo que a muchas Obreras les habrá ocurrido lo mismo, aunque después, el temor desaparecía, quedando en su lugar afecto. Esta imagen del Padre que guardo de mi niñez, con gran cariño, fue sustituida, con el paso del tiempo, por esa otra, al menos para mí, de perfil sacerdotal que se traslucía hasta en sus más pequeños gestos, como el de presentar la mano, no para ser estrechada, sino para ser, con unción y respeto, besada. Ese su andar quedo y apacible, sin prisas, sin premuras, pero tampoco moroso ni lento. Era una apacibilidad que se desprendía de su persona, creando a su alrededor un clima de paz, haciendo que su figura apareciese como algo fuera de lo común, siempre rodeado de su gran aliado y amigo, el silencio, tan vital para la vida espiritual como la propia oración. Enemigo del ruido y de todo aquello que pudiera distraerle de sus pensamientos o sacarle de su intimidad, contemplativo para ser activo...”.

En otro de sus párrafos, describe cómo era D. Vicente Garrido:

“Alma generosa para aquellos que, por ignorancia o inocencia, habían caído, pero áspera y dura para la ignorancia fingida o malévola. Enemigo acérrimo de los ignorantes pretensiosos, pues son el mayor peligro para la sociedad. Amigo grato y entrañable para los que buscaban la verdadera sabiduría...”.

En otro momento dice el Rvdo. D. Francisco Llopis: “Defensor incansable de la pureza de la Doctrina Católica, pero de espíritu abierto a las formas de apostolado, siempre que sirviesen para dar a Cristo a los otros, aunque seleccionando, con toda prudencia, lo que creía mejor y más efectivo. Combinación equilibrada y perfecta de audacia y prudencia. Contra aquellos que, por ignorancia, lo han tachado de tradicional, entendiéndolo como tal al que se aferra a las formas pasadas, he de afirmar rotundamente que se equivocan; pero si entendemos por tradicional el no apartarse, ni por un momento, de la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, afirmo, categóricamente, que fue un gran tradicional...”.

Una de las confidencias que hace en sus recuerdos sobre su tío el Rvdo. D. Francisco Llopis es referente a la gran ilusión de D. Vicente Garrido: “Su única alegría, distracción y solaz era ver cómo el Instituto iba desarrollándose con gran vitalidad, dentro de los cauces por él trazados. Con qué entusiasmo hablaba del progreso continuo de las Obreras, cómo gozaba viéndolas alegres caminar, aún sin darse cuenta ellas, hacia Cristo...”.

Del perfil humano de D. Vicente que boceta su sobrino, sobresale una afirmación que es una constante durante toda su vida: “No escatimó esfuerzo y trabajo por ver cuál era la voluntad de Dios y ponerla en práctica...”.

Un año antes del fallecimiento de D. Vicente Garrido, en 1974, un sacerdote italiano, Carlo Gelpi, canónigo teólogo

de la Catedral de Como, tuvo trato frecuente con el Fundador de las Obreras de la Cruz y, fue tal el impacto que le produjo conocerlo que, años después, confesaba y escribía: “Tuve la impresión de encontrarme con un hombre de Dios, un santo: lo que me ha sucedido sólo en la audiencia del papa Pío XII. En los ojos vivaces, penetrantes, serenos, me pareció ver su alma, llena de la unión con Jesucristo. Me resultó, también, pronto en la conversación, hecha en lengua latina. Su inteligencia aguda y cultura sagrada, unida a un carácter fuerte, endulzado por la virtud...”.

Y, a continuación de estos comentarios pormenorizados, resume el canónigo Gelpi, brevemente: “Yo lo definiría como sacerdote verdaderamente evangélico en la doctrina y en la vida, todo ofrecido a la gloria de Dios y a la salvación de las almas...”.

El teólogo italiano se extiende, gozándose en recordar cómo era aquel sacerdote valenciano que tanto le había impresionado conocer y que, cada vez, le cautivaba más, según iba descubriendo cómo era, cómo pensaba, cómo vivía y cómo se entregaba a su polifacética labor sacerdotal: “Las virtudes más sobresalientes, a mi observación, fueron: una piedad profunda y fuerte –escribe–, una prudencia grande, guiada de la fe y también audaz en las obras de Dios, una serenidad maravillosa que inspiraba confianza. Mis conversaciones con el Padre Garrido revelaron su amor a la doctrina de san Pablo, toda centrada en Jesús crucificado, vivida personalmente, e inspiración de todas sus obras... La teología de san Pablo salía en sus palabras muchas veces. Era el alma de su vida la visión del apostolado. De donde pienso derivó su paciencia, constancia y espíritu de sacrificio, hacia el don total de sí mismo a la causa de Dios”.

Mucho debió cautivar a Carlo Gelpi, canónigo de la Catedral de Como, en Italia, la personalidad del sacerdote valenciano, en el último año de su vida, con una plenitud es-

piritual que contrastaba con su decadencia física, que él enriquecía con su permanente entrega a la voluntad de Dios, cuando confiesa: “Me impresionó mucho el espíritu sacerdotal que le animaba...”.

Y continúa haciéndonos confidencias sobre sus conversaciones con D. Vicente Garrido: “También hablé de las espiritualidades diferentes de los Institutos Seculares, pero, D. Vicente, con decisión, me respondió que la espiritualidad de su Instituto es la del Evangelio, no otra. Hablamos de música sagrada, por la cual él tenía pasión. Inspiración probada en sus muchas composiciones... Era un ‘cantautor’; música muy melodiosa, y verdaderamente sagrada, demostración de su espíritu religioso y artístico...”.

Ciertamente fue autor de numerosas poesías y cantos espirituales y de la letra y melodía de varios himnos; rico patrimonio conservado por las Obreras de la Cruz que han publicado en el *Cantoral*.

Es rotundo, el canónigo Carlo Gelpi, cuando afirma: “Lo que pienso sea explicación mejor de su espiritualidad y celo apostólico es la fundación Obreras de la Cruz, de la cual tengo precioso recuerdo de él en una carta personal. Transcribo el final de dicha carta: ‘Pedimos a fin de que, a través de este Instituto, siempre más y más, Cristo y su Madre sean glorificados...’. También, agrego yo, y su Fundador”.

Su afición a la música era comparable a sus cualidades para ella. El rector del seminario, D. Antonio Rodilla, refirió en una ocasión, que D. Vicente Garrido dedicó un Himno al Beato Juan de Ribera, titular del Colegio Mayor de Burjasot, y decidió hacerlo como un medio más de infiltrar en los colegiales la devoción al Beato. Y lo escribió en latín, lengua que él dominaba perfectamente; la música era muy bonita, medio gregoriana, y él supo ponerle la letra adecuada.

Según D. Antonio Rodilla: “Tenía mucha afición a cantar. En todas las solemnidades oficiaba yo, porque él quería

dirigir el canto. Les ensayaba a los colegiales misas, mote-tes... Algunos no sabían música, pero él se la hacía aprender”.

En cierta ocasión el rector Rodilla comentó, en una reducida tertulia, algunas anécdotas en las que se refleja el sentido del humor que tenía D. Vicente Garrido; una faceta desconocida, incluso, para muchos de quienes lo conocieron. Junto con los colegiales veteranos, fue cómplice de una novatada que prepararon en el mayor secreto. Advirtieron a los nuevos becarios que ingresaban ese curso en el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, que, como el edificio que habitaban era un histórico castillo, existía la costumbre de que los nuevos colegiales fuesen armados caballeros, según la práctica medieval. Tenían unos sables viejos y algunos espadines; con ellos los vistieron los veteranos y, en el salón de actos, les hicieron leer una especie de juramento escrito con mucho gracejo. Momento éste en el que los antiguos contuvieron la risa, los nuevos se sintieron confundidos y D. Vicente, que lo escuchaba todo desde su habitación a través de la tosca instalación que habían preparado, debía sonreír plácidamente. Tras la divertida ceremonia, formaron procesionalmente y se trasladaron todos al aposento del superior, llevando unos cojines con las armas. D. Vicente Garrido, sentado en un sillón, con el balandrán puesto solemnemente y con el bonete, cogía el sable y les tocaba la espalda diciendo: “Quedas armado caballero y miembro colegial de este castillo...”. Y tras la broma, una pequeña fiesta estudiantil en desagravio, en la que abundaban los dulces, y no faltaban ni licores ni tabaco, todo ello pagado por el Padre, que quería compensarles así del mal rato que habían pasado. Se trataba de una broma inocente que, transcurrido bastante más de medio siglo, resulta casi inverosímil; actualmente la juventud es muy diferente; las novatadas han tenido que ser prohibidas, por la crueldad que habían llegado a alcanzar

algunas de ellas y sus consecuencias trágicas y, a veces, irreparables. El ofrecer “licores” resulta también extraño; hoy se toma otra clase de bebidas y los “dulces” han sido sustituidos por el “picoteo”.

Otro rasgo de la sencillez del Fundador de las Obreras de la Cruz era que, entonces, que se lavaba a mano, a D. Vicente le lavaban la ropa en su casa de Benaguacil y tenía el rasgo de humildad de llevársela en un maletín cuando se iba a su pueblo, y traía toda la ropa planchada, a su vuelta al Colegio; en aquellos años no se conocían las lavadoras automáticas ni las fibras sintéticas, y el lavado y el planchado de la colada eran una tarea laboriosa.

Su preocupación y afecto por los colegiales del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, que no exteriorizaba frecuentemente, dado su carácter reservado y el total dominio de sus sentimientos, lo manifestó en diversas ocasiones. Una de ellas tuvo lugar un verano, durante el cual permanecieron en el Colegio tres o cuatro universitarios, unos por enfermedad y otros por razones familiares, sin disfrutar de las vacaciones; el motivo, desde luego, no era haber tenido algún suspenso en junio y estar obligados a examinarse en septiembre; no hay que olvidar que, todos ellos, eran alumnos superdotados, que obtenían normalmente matrícula de honor en todas las asignaturas.

Al bueno de D. Vicente le entristecía verlos deambular por el Colegio, sin disfrutar de las merecidas vacaciones, y decidió llevárselos a las fiestas de su pueblo. Con todo cariño, y para sorprenderlos más gratamente, les alquiló un “Cadillac” que era el mejor coche que había entonces. Los trató familiarmente, les ofreció un banquetazo y, después, en el coche, que, indudablemente, llamaría la atención en Benaguacil, regresaron de nuevo al Colegio. Era rumboso con sus colegiales a los que profesaba un –casi siempre disimulado pero muchas veces indisimulable– paternal afecto.

Una afición de D. Vicente era la búsqueda de hierbas medicinales y de espárragos trigueros. Durante la primavera, tomaba algunas infusiones de “palomesto” que, entonces, estaba recomendada para las “subidas de sangre” –como se denominaban en aquella época– que solía tener, y que él buscaba en el propio huerto del Colegio, donde por lo visto crecía, aunque no con abundancia. Los espárragos verdes y tiernos se los preparaban, en tortilla, las monjitas. Al redactar esta anécdota D. Antonio Rodilla añadió: “Flores no le he visto coger nunca...”. Y no demuestra falta de sensibilidad no cortar flores, todo lo contrario; hay que interpretarlo como un deseo de no hacer, todavía más breve, la corta vida de las flores, que, por otra parte, en el jardín, perfuman el ambiente y alegran el paisaje. Y, además, le pertenecen.

Una anécdota que refería con gracejo D. Antonio, tenía por protagonista a un sirviente del Colegio de Burjasot, el popular “Pepet”, a quien le gustaba aprender palabras nuevas, oídas a unos y a otros, para usarlas en sus conversaciones; hablando cierto día con D. Vicente, le sorprendió con este comentario admirativo: “¡Ay D. Vicente si yo fuera tan analfabeto como Vd...!”. Y, otro día, habiendo escuchado la palabra “políglota” refiriéndose a un estudiante que sabía varios idiomas, preguntó su significado y la incluyó en su peculiar vocabulario. Pero en otra conversación oyó la palabra “polígamo” y ambos vocablos se quedaron flotando en su memoria, hasta que un día, viendo cómo D. Vicente Garrido traducía un texto al latín, le comentó al Padre con entrañable admiración: “¡Cómo se ve que Vd. es polígamo, D. Vicente...!”. Y el bueno del rector soltó la carcajada, y, poco después, le contaba riendo a su compañero Rodilla: “Lo de Pepet es tremendo. No se conformó con llamarme ‘analfabeto’ hace unos días, sino que hoy me ha dicho que soy ‘polígamo!’...”.

Del Historial de la Pía Unión Sociedad Amor Cristiano de Obreras de la Cruz recogemos datos sorprendentes sobre la actividad desarrollada por D. Vicente Garrido dirigiendo ejercicios espirituales, desplazándose por toda la diócesis de Valencia, propiciando la renovación cristiana de las parroquias. Si en 1939 dirigió 8 tandas de ejercicios espirituales con asistencia de 613 ejercitantes, y 15 retiros a los que asistieron 3.371 personas, en la década de los años cincuenta el número de turnos de ejercicios espirituales dirigidos por D. Vicente alcanzó la cifra de 279, a los que asistieron 10.356 ejercitantes.

Un testimonio importante, sobre la sorprendente actividad de D. Vicente Garrido en la dirección de ejercicios espirituales, es la del Rvdo. D. Vicente Aguilar, que fue vicario episcopal de la diócesis y, posteriormente, delegado diocesano de los monasterios de vida contemplativa, quien afirmó que, en el Congreso Nacional de Ejercicios Espirituales celebrado en Barcelona del 5 al 11 de mayo de 1941, se pudo comprobar que el número de tandas de ejercicios que había dirigido D. Vicente Garrido en aquella fecha superaba, en mucho, al director más cualificado que se pudiera dedicar a este menester en España. En este apostolado, manifestó su preferencia por organizar tandas de ejercicios espirituales para sacerdotes. Y, los miembros del clero valentino que se beneficiaron de ellos, lo reconocían abiertamente; uno de los más entusiastas fue D. Emilio M.^a Aparicio Olmos, capellán mayor de la Basílica de la Virgen de los Desamparados de Valencia quien, tras el fallecimiento de su madre, a quien no quiso dejar sola en la vejez, ingresó como monje benedictino en el Monasterio de Santa Cruz, del Valle de los Caídos, de donde, muy pronto, fue elegido abad, falleciendo algún tiempo después. D. Emilio Aparicio había cursado con brillantez, en la Universidad de Valencia, la carrera de Filosofía y Letras, llegando a doctorarse, con una espléndida tesis sobre arte, que tenía como tema al pintor Palomino.

El Rvdo. Dr. Aparicio tuvo la delicadeza de facilitar a las Obreras de la Cruz, autorizando su posterior publicación, los apuntes y las notas personales que fue tomando durante su asistencia a las pláticas y meditaciones de dos tandas de ejercicios –noviembre de 1939 y noviembre de 1941– que dio D. Vicente Garrido a los seminaristas teólogos, en la capilla del propio seminario, acompañándolas de unas frases elocuentes: “Ha sido para mí un verdadero placer revivir estas meditaciones tan sólidas y fervorosas, como las enseñanzas tan prácticas de las distintas pláticas...”.

Y aclara seguidamente: “Como están escritas inmediatamente después de cada intervención, creo que conservan fielmente las palabras del Padre, incluso hay frases tomadas a la letra, porque me causaron verdadero impacto...”.

Entre aquellas frases recogidas por el seminarista ejercitante sobresalen algunas: “Hacen falta sacerdotes muy santos, sacerdotes desprendidos de todo, que sepan abrazarse a la cruz, sacerdotes para trabajos arduos, sacerdotes con fe tan viva que no se decepcionen al no ver el fruto o al reconocerlo insignificante...”.

Escribe en otro momento: “El Señor quiere que le seamos fieles: en la vocación, en el modo de vivirla, en el amor. Y hay que estar dispuestos incluso al martirio”. Transcribe esta frase: “Por razón del ministerio sacerdotal, tenemos que tratar con el mundo. Es preciso. Pero hay que hacerlo de forma que irradiemos nuestro espíritu...”.

Con filial admiración confesaba otro sacerdote valenciano ya fallecido, D. Vicente López Martí: “He de reconocer y recordar que sus ejercicios espirituales, sus escritos y las abundantes notas que tomaba durante sus pláticas, me sirvieron mucho en mis primeros años sacerdotales, y de clara orientación para el ministerio de la predicación de misiones y ejercicios...”.

Rotundas palabras las de D. Joaquín Torres: “Una vez hice los ejercicios espirituales teniendo a D. Vicente Garrido, como director; en verdad, los mejores que he practicado en mi vida...”.

Uno de los empeños constantes de D. Vicente, fue fomentar la celebración de las semanas sacerdotales, que orientasen a los sacerdotes en el apostolado de la predicación de los ejercicios espirituales, en los que el director era el instrumento de Dios. Aprovechó para insistir en estos temas la celebración en Valencia de la Asamblea Sacerdotal de 1940 y, posteriormente, la que, en enero de 1943, tuvo lugar en la casa de la Purísima, de Alacuás, que estuvo presidida por el arzobispo D. Prudencio Melo, a la que asistieron 118 sacerdotes. Se abordaron, ampliamente, los temas del apostolado seglar, la catequesis y la liturgia.

Los consiliarios diocesanos de las distintas Ramas de Acción Católica, se encargaron de las ponencias sobre cada una de ellas. El obispo auxiliar de Burgos habló sobre la catequesis; D. Guillermo Hijarrubia desarrolló los temas de liturgia, y nuestro D. Vicente Garrido dirigió, durante todos los días que duró la reunión sacerdotal, la meditación, tratando los temas de la vida interior, su esencia, su práctica y sus frutos, según consta en los números 40-46 de 1943 del *Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia*. Precisamente, en ese año de 1943, fue publicado su libro: *Directores de Ejercicios Espirituales*, donde se recogen los cursillos dados por D. Vicente Garrido sobre dicho tema, detallando los horarios más convenientes, el trato con los ejercitantes, la diversidad de métodos según las edades y los ambientes; proponiendo, además, planes de ejercicios; los ejercicios de san Ignacio, la forma de dirigir el examen de conciencia y las lecturas espirituales más convenientes. Después de resaltar la necesidad de los ejercicios espirituales en tiempos de recristianización, aconseja al director cuál debe ser su línea de actuación y la importancia del conocimiento psicológico

y de la preparación de las charlas. Finaliza el libro con la recopilación de algunas sugerencias prácticas.

En el Seminario Metropolitano de Moncada, del 10 al 14 de septiembre de 1956, se celebró un cursillo para Directores de Ejercicios, convocado por el arzobispo de Valencia D. Marcelino Olaechea. Asistieron 98 sacerdotes, pertenecientes al clero regular y secular. Las ponencias estuvieron a cargo de expertos en la materia y, según el *Boletín Oficial del Arzobispado*, publicó en sus números 393-404 del año 1956, “D. Vicente Garrido Pastor tuvo una ponencia: ‘Fruto general de los ejercicios’ que fue del interés de todos los asambleístas...”.

La dirección de ejercicios espirituales y retiros fue una actividad apostólica a la que siguió dedicando D. Vicente Garrido todo su entusiasmo y todo su esfuerzo mientras sus fuerzas se lo permitieron.

* * *

En unas anotaciones autógrafas de D. Vicente Garrido, probablemente pertenecientes a un guión de los que utilizaba para desarrollar sus pláticas, escribió: “La vida, sin la ejecución de las virtudes cristianas, no tiene sabor de cielo; carece de la fuerza suave e impulsiva que nos eleva hasta encontrarnos en Dios; se ve privada de la confortante esperanza en un feliz porvenir sin fin”. ¡Sabor de cielo...! Precisamente “un intenso sabor de cielo” es lo que se paladea cuando se profundiza en el conocimiento de la vida y de la obra apostólica múltiple, inmensa, que desarrolló el Padre Garrido, quien protagonizó un ministerio sacerdotal largo, amplio y profundo. Equilibrado, desprendido, disciplinado, tenaz, empapada el alma de ternuras místicas, gobernaba obedeciendo y fue siempre el primero colocándose el último. Tenía una visión amplia del horizonte apostólico y un gran entrenamiento para soportar las dificultades. Su sor-

prendente capacidad de trabajo era fruto de un vivir ardoroso del día a día, con el alma levantada a nivel de Dios. En un artículo suyo publicado en *La Vida Sobrenatural* en febrero de 1928, había escrito: “Todos, sin excepción, tenemos un destino de mayor nobleza que la de los escudos nobiliarios: nuestro endiosamiento, nuestra divinización; porque tal puede hacer el amor: transformar el alma en Dios. ¡La unificación con Él! Éste es el necesario ideal del alma buena...”.

Una de sus frases recogidas en el libro *Espigando* es la más hermosa definición, elocuentemente breve, de la virtud: “La virtud es una copia de la perfección divina” y en otro momento llama a la virtud “oro eterno”.

Capítulo XIII

LAS OBRERAS DE LA CRUZ

UN prestigioso investigador e historiador de probada competencia, el sacerdote valenciano D. Vicente Cárcel Ortí, refiriéndose a D. Vicente Garrido ha dicho: “Lo más sobresaliente de él era su visión de futuro. Por ello fue capaz de adelantarse a lo que luego ratificaría la Iglesia, creando una nueva forma de vida apostólica en almas consagradas a Dios, al fundar las Obreras de la Cruz. Las directrices que dio fueron, como en las órdenes religiosas, fundamentadas en los consejos evangélicos o votos, pero marcando, en lo interior, una vida intensa en cuanto a la oración mental y, en el aspecto exterior, dentro de la modestia, adaptarse en el vestir y en el porte externo a la sociedad. Así las Obreras serían almas fundamentadas en la vida interior, pero, podrían mezclarse entre las compañeras de clase, familiares, enfermos, y personas desorientadas, como amigas, confidentes y puntos de apoyo de otras, en el camino de la salvación...”.

Continúa el Dr. Cárcel Ortí refiriéndose a la línea a la que se ajustan las Obreras de la Cruz: “Fue muy flexible su Fundador al comprender la situación de muchas jóvenes que, llamadas por Dios, no podían inmediatamente salir de sus casas. Unas, porque sus estudios universitarios no habían finalizado y era conveniente prepararlas, también intelectualmente, para cuando tuviesen que hacer su apostolado entre gente más culta; algunas, porque, moralmente ne-

cesitaban mantener a sus padres ancianos, que no poseían otro medio de subsistencia; otras, porque quizás eran hijas únicas y tenían a sus padres enfermos y necesitados de su presencia y cuidados materiales. Teniendo en cuenta todas estas situaciones personales dividió el Instituto en Obreras Internas y en Obreras Externas...”.

En aquellos primeros años, sorprendía a muchos católicos, que sólo conocían superficialmente la fundación de D. Vicente Garrido, que las Obreras de la Cruz no vistiesen hábito, cosa que rechazaban, calificándolas con ligereza de “medio monjas” e incluso diciendo que no eran “ni monjas, ni nada”. Pero, según se fue conociendo su actuación humana, su proyección social, y la importante labor que desarrollaban en los Cenáculos, hizo que la aceptación de las Obreras de la Cruz fuese cada vez mayor y fuera solicitada su cooperación insistentemente.

Su Fundador quiso dejar claro, desde el principio, que las Obreras Internas y Externas, aunque en sí eran distintas, estaban unidas al mismo tronco del Instituto. Posteriormente, con la aprobación de los Institutos Seculares, la Santa Sede puso de manifiesto a ese sector de la sociedad que las miraba con cierta reserva, el pleno acierto del Fundador de las Obreras de la Cruz.

También fue un adelantado D. Vicente Garrido, con esa sorprendente visión de futuro, que tan justamente se le atribuye, al permitir, según sus propias normas, que las Obreras visitasen a sus padres por lo menos dos veces al año, en Navidad y durante las vacaciones de verano; esta permisividad, que entonces no existía en ninguna comunidad religiosa, hoy es habitual en casi todas.

El Fundador justificaba su decisión con estas palabras: “El Señor durante su vida pública, también iba a visitar a la Virgen y no por ello volvía a su vida de apostolado menos santo”.

Es importante recordar la escasez de medios económicos que las Obreras de la Cruz padecieron los primeros

años. La Asociación Pía Unión Amor Cristiano basaba su riqueza en una fe inquebrantable, plena confianza en Dios y la protección de la Virgen de los Dolores.

La preocupación constante del Fundador se centraba en la continua formación y orientación de cada una de las Obreras, no sólo en el plano moral, sino en el profesional. Se ocupaba, con ahínco, en potenciar la vida interior de aquel grupo de jóvenes y, empleaba en este cometido, la mayor parte de su tiempo: “Algo ha de arder dentro de vosotras –les repetía–, es el fuego del amor divino, del amor al Señor”.

Durante los años de la guerra, en la soledad de su escondite –en Pueblo Nuevo y en Benaguacil primero y oculto en el piso de la calle de Luis Vives después– había madurado en D. Vicente el proyecto de su fundación y tenía muy claro su propósito: deseaba que las Obreras fuesen sembradoras de la salvación en medio del mundo, poseedoras de una profunda vida interior y con una actividad apostólica diversificada. Una vida, en la que el alma se entregase a Dios por sus votos pero, luchando valientemente, como soldado de Dios, dentro del mundo.

Al ser concedida la aprobación canónica de la Pía Unión, las primeras Obreras hicieron los votos temporales de pobreza, obediencia y castidad, después de un año de prueba. Cumplidos cinco años de pertenencia a la Obra, las que lo desearan, libremente, podían hacer los votos perpetuos.

¿Cómo es la Obra fundada por D. Vicente Garrido...? Sus propias palabras, dirigidas a las jóvenes que deseaban formar parte de aquel ejército de luchadoras que trabajaban por y para Cristo la describieron: “...Toda Obrera debe conocer el espíritu que anima a la Obra, debe conocer lo que la Obra es: molde de santificación y de perfeccionamiento de la Obrera y, al mismo tiempo, instrumento de pesca de almas para Dios...”. Y para embarcarse en la lucha desde donde debe tirar sus redes...: “La Obrera –son palabras del

Padre- no puede olvidar su vida interior, su vida de Dios, su vida espiritual”.

Desde 1944, en todas las Casas-Cenáculos de las Obreras de la Cruz, se establecieron los viernes semanales de Reparación. Y, un año después, se inició la publicación del *Boletín de Información* que mantiene en contacto a las integrantes de la Obra y que sería el medio más efectivo de difundir las líneas fundamentales de su orientación apostólica, las instrucciones, las noticias y actividades de los Cenáculos y la información sobre la vida del Instituto, en plena expansión.

Con la experiencia de cinco años de actividad es, también, en 1945, cuando se publica el esperado *Manual de las Obreras de la Cruz*, destinado a ser ayuda eficaz para avanzar más rápidamente y afianzarse en la vida espiritual, apostólica y profesional, el creciente ejército de Obreras de la Cruz.

En el piso de la calle de Luis Vives tuvo lugar, el mismo año 1945, una Asamblea General y se celebraron diversos cursillos, cuya numerosa asistencia desbordó las más optimistas previsiones.

Con su peculiar visión de futuro, el Padre comprendió la necesidad de dotar a su Obra de un centro espiritual importante: una casa de ejercicios. La empresa era difícil; los medios escasos. Pero, la lucha ilusionada por conseguirlo hizo que, con ochocientas pesetas de capital, se atreviera a empezar la construcción de su hermoso sueño aunque, hasta lograr que fuese una realidad, tendrían que sufrir, tanto el Fundador como las Obreras de la Cruz, numerosos sinsabores, soportar increíbles sacrificios, sentir cómo se derrumbaban sus fuerzas y ver cómo se tambaleaba el proyecto. Costó mucho ir reuniendo los medios económicos necesarios, pero la ilusión se hizo realidad. La Casa de la Madre de Dios de Moncada, tardó más de una década en construirse.

Con la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, donde se recogían jurídicamente las asociaciones que trabajaban en medio del mundo, el papa Pío XII, el 2 de febrero de 1947, daba oficialidad a los Institutos Seculares. Sin embargo, D. Vicente Garrido, no solicitó la erección de su fundación en Instituto Secular, hasta transcurridos diecisiete años: en 1964. Su deseo fue esperar a que la Asociación estuviese consolidada y hubiese quedado probada su eficacia y competencia. Pretendía demostrar –y demostrarse a sí mismo– que su proyecto era posible y que, su Obra, había superado los difíciles comienzos. Las Obreras de la Cruz, sin necesidad de vestir un hábito, vivían el estado de perfección espiritual igual que las órdenes y congregaciones religiosas, pero, en el mundo, trabajando en distintas profesiones, con una responsabilidad personal absoluta.

El Padre Fundador continuaba desarrollando sus actividades: clases en el seminario, en el Instituto Femenino de Enseñanza Media San Vicente Ferrer de Valencia, impartiendo ejercicios espirituales por toda la diócesis, pronunciando conferencias, dando retiros, dirigiendo coloquios y charlas formativas, con ese ímpetu apostólico que siempre lo caracterizó. Y, a la vez, se volcaba en la atención continuada a sus Obreras, a quienes dirigía sus pláticas, llenas de advertencias y consejos. Y, antes de que las Obreras se dedicaran a un trabajo concreto, se reunían con D. Vicente Garrido, para enfocar las distintas formas de apostolado, según las necesidades y las circunstancias especiales del momento y del lugar donde iban a realizar sus tareas.

Iniciaron sus actividades dando clases a párvulos y a adultos; ayudando en las catequesis parroquiales; participando en talleres de labores; impartiendo enseñanza de corte y confección, creando, incluso, un sistema propio; cooperando, en las distintas parroquias, para organizar la Acción Católica, y así, poco a poco, las Obreras empezaron a desarrollar su labor apostólica. Con el tiempo, participa-

rían abnegadamente en sanatorios y clínicas, cuidando a enfermos, en residencias de estudiantes, de trabajadoras y de ancianos. Otros de sus cometidos, emprendidos posteriormente, abarcan la atención de casas sacerdotales, colegios diocesanos, residencias episcopales, hogares de minusválidos, y distintos trabajos donde las Obreras de la Cruz han dejado la impronta, la huella, de ese espíritu de entrega que D. Vicente les inculcaba con el ejemplo. Un hecho importante fue la inauguración de la imprenta de la Obra, regida por una Obrera.

El arzobispo de Valencia, D. Marcelino Olaechea y Loizaga, apoyó la petición con su informe, en el que se trasluce su entrañable afecto a la Obra de D. Vicente Garrido: "Se trata de mujeres adornadas con admirable formación religiosa y cultural y excelentes por la ejemplaridad de vida, por la gran actividad apostólica, por la notable fecundidad en todo trabajo a ellas encomendado, por el espíritu de sacrificio y, además, por una afable simpatía y las demás condiciones humanas y sociales para atraer a las almas...".

Las Obreras de la Cruz se habían ido introduciendo en distintos ambientes. En 1945 comenzó la formación profesional de las Obreras, obteniendo algunos títulos académicos, como licenciadas en Derecho, Filosofía y Letras, Magisterio, Enfermería, contabilidad, bachillerato, taquí-mecanografía, música, repujado, dibujo, pintura, etc... Y, con ello, se fueron abriendo nuevas posibilidades de evangelización. Las Obreras iban extendiéndose, y su Fundador, les recordaba siempre: "Sin sacrificio, el Señor no bendice nada, no lo olvidéis nunca...".

Fechas importantes, en las primeras páginas del futuro Instituto Secular, fueron la apertura de la Casa de Ejercicios en Moncada, en 1954; la salida de las Obreras, en 1958, a Boxtel (Holanda); la creación en 1960 de un taller de vidriería artística y, como acontecimiento extraordinario, merece ser citada la aprobación oficial de la Escuela de Enfer-

meras, de Albacete, en 1961. Toda esta labor apostólica fue paralela al crecimiento, a la extensión de las Casas-Cenáculos por toda España; cada una de ellas, con un apostolado peculiar, siendo su ambiente de auténtica familia. Las Obreras, Internas y Externas, poseen un mismo espíritu, esforzándose con idéntica entrega en sus puestos de trabajo, destacando por su competencia profesional, a la vez que por su aceptación del sacrificio y su ejemplaridad.

Las Obreras, ampliaban incesantemente su apostolado, estableciéndose en otras ciudades y pueblos. Atendían, además de las Casas de Valencia y Moncada, las de Museros, Albacete, Torrente, Ribarroja, Fuente La Higuera, Ayelo de Malferit, Camporrobles, Sarrión, Sumacárcel, Segorbe, Zucaina, Almoines, Cáceres, Aldea del Cano, Buñol, Albaida, Casinos, Carcagente, Coria, Turís, Ventas de Vallbona, Manises, Madrid, Castellón, Montesa, Jávea, Alcoy, Beniarrés, Solsona, Serra, Vall de Uxó, Alcalalí, Villanueva y Geltrú, Castalla, Alfahuir, Valladolid, Yeste, Mondoñedo, Palomar, Gandía, Requena, Almería, Torres-Torres, Denia, Ortigueira, Játiva, Alcira, Alicante, El Ferrol, Fuente Encarroz, Valdeganga, Villarreal, Elche, Holanda, Puerto Rico y Bolivia. Éstas eran las ciudades y países donde, hasta el año 1964, se habían establecido las Obreras. La fundación de D. Vicente Garrido, a la vez que se afianzaba, se iba extendiendo.

La primera actividad de las Obreras de la Cruz, fuera de España, se debió a una casualidad primero y a una confusión después: fue providencial. En 1957, un sacerdote holandés, contactó con D. Vicente Garrido para que le facilitase ayuda, con el fin de poner en marcha, en Boxtel (Holanda), una residencia para ancianos. La dificultad del idioma hizo que se tergiversaran las palabras y se creyera que, la ayuda solicitada, era parroquial. La sorpresa que tuvieron, cuando llegaron a Holanda, no desanimó a las seis Obreras que realizaron el viaje; comprendieron la equivocación.

ción, debida a una mala traducción del idioma y aceptaron alegremente la voluntad de Dios.

Pocos años más tarde, en 1960, se solicitó la presencia de las Obreras de la Cruz en Puerto Rico, con el fin de que se ocupasen de la catequesis en barrios humildes, y que organizaran cursos bíblicos y conferencias de formación. Ampliaron sus actividades con visitas a leprosos, coloquios con maestras, participación en las tareas universitarias y en las docentes del Colegio de San Felipe Neri, así como clases de alfabetización a los nativos adultos, cuidado de enfermos, etc... La labor realizada por las Obreras de la Cruz en Puerto Rico y, a partir de 1961 en Bolivia, fue intensa y muy diversa en aquellos primeros años, teniendo que vencer numerosas dificultades y sortear continuos contratiempos.

La Obra de D. Vicente Garrido estaba en su plenitud. Era el momento oportuno para presentar la solicitud en Roma y constituirse jurídicamente como Instituto Secular. La espera había sido larga; su Fundador comprendió, después de meditarlo mucho, que había llegado el momento de comenzar los trámites necesarios para solicitar la erección de la Pía Unión en Instituto Secular, decisión que, había ido demorando, hasta que las Obreras de la Cruz estuviesen más consolidadas.

Reunir toda la documentación precisa fue tarea laboriosa; se necesitaban, entre otros documentos, los informes de los obispos de aquellas diócesis donde trabajaban las Obreras, en los que expresasen su opinión sobre la labor que realizaban y los frutos conseguidos. Todos fueron plenamente satisfactorios.

El 21 de octubre de 1964 se concedió el Nihil Obstat en Roma, por la Sagrada Congregación de Religiosos, expedido por el cardenal Ildebrando Antoniutti y, finalmente, el 25 de octubre 1964 se erigió canónicamente el Instituto Secular Obreras de la Cruz. Se escribieron otros Estatutos que, tras su presentación, fueron aprobados en Roma.

El Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, cuando dio su autorización, el Nada se opone o Nihil Obstat, para que, basándose en la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia* fuese erigida canónicamente la Pía Unión en Instituto Secular –dado que conocía de cerca a las Obreras de la Cruz, con quienes había mantenido contactos Mons. Antoniutti cuando fue Nuncio Apostólico en España– añadió con manifiesto afecto: “Con alegría expresa sus deseos de que el nuevo retoño que brota del amor de Cristo Redentor Obrero, que santifica todo humano trabajo y lo consagra en su sacrificio, se acrecienta de día en día, para manifestar la magnificencia de Dios Creador y de su Providencia para promover la necesaria nobleza del trabajo en nuestro tiempo...”.

Cuando D. Vicente Garrido tomó la decisión de solicitar la aprobación canónica del Instituto Secular Obreras de la Cruz, el número de jóvenes que lo integraban era de 602, repartidas en 63 Casas. Y, como según las normas de los Institutos Seculares todas las Obreras tenían que renovar sus votos conjuntamente, la fecha elegida para celebrar el acto fue el 23 de diciembre de 1964 y el lugar la Catedral de Valencia.

A D. Vicente Garrido le gustaba recordar que, cuando a su Obra le fue concedido el Nihil Obstat, el arzobispo de Valencia D. Marcelino Olaechea, se encontraba en Roma asistiendo al Concilio Vaticano II, por lo que tuvo ocasión de firmar, allí mismo, el Decreto de la erección canónica del Instituto Secular Obreras de la Cruz. Y, con la delicadeza propia de aquel arzobispo de tan grato recuerdo y tan querido por los valencianos, envió desde Roma un afectuosísimo telegrama, comunicando la noticia: “Acabo de erigir ejemplares Obreras de la Cruz beneméritas Iglesia Sociedad Instituto Secular, veintinueve aniversario de mi consagración episcopal, felicitándoles, bendiciéndoles cordialmente. Arzobispo”. La noticia fue publicada por *Las Provincias* un mes después, el 27 de noviembre de 1964.

La prensa española divulgó el acontecimiento: *Levante*, *La Voz de Albacete* y *Ya*, entre otros. El semanario diocesano *Aleluya* lo hizo ampliamente. Y hasta *La Verdad*, de Bolivia, dio cuenta de ello meses después.

Con la erección de la Obra en Instituto Secular, llegaba el momento de que las propias Obreras caminasen por sí solas. Su Fundador así lo quería y, aunque continuaría atendiéndolas con dedicación, su papel sería, preferentemente, de consejero. Las dificultades, los sacrificios, la escasez de medios, pertenecían al pasado, pero D. Vicente, cuando su fundación cumplía veinticinco años y se celebraban las bodas de plata, recordaba a sus hijas el duro camino recorrido, con estas palabras: “Hoy tenéis medios modernos, más eficaces que los primeros, que los daba la Virgen y la gracia. Lo que sentiría es que hoy, a las Obreras, con los medios que tienen en sus manos, de casas, de asistencia, de formación, de dinero, les faltara la eficacia de la gracia. Eso sería lo peor, porque la gracia nunca se retira si uno coopera, y, cuando uno coopera con una abundancia de medios que tenéis, evidentemente, el triunfo de conseguir más fuerza de nuestra fuerza se cumplirá para llevar adelante la Obra de Dios”.

El Instituto Secular Obreras de la Cruz continuaba su crecimiento: en 1964 se inauguró la primera Casa en Como (Italia), abriéndose nuevas Casas-Cenáculos en Sagunto y La Barraca. En 1965 se establecieron las Obreras en Villar del Arzobispo, Agullent, Salamanca, Tarazona de la Mancha, y en 1967 en Tarragona y Murcia; un año después en Gandía y, posteriormente, en Oviedo, Huelva, Granada, Priego de Córdoba y otros. La última Casa-Cenáculo que se inauguró en vida de D. Vicente Garrido fue la de San Sebastián, en cuyo proyecto trabajó ilusionada e infatigablemente. Empezaron a funcionar, también, nuevas Casas en el extranjero, entre ellas la de Roma, dedicada a la atención de los peregrinos que acudían a visitar la Ciudad Eterna; fue

una de las mayores alegrías del Fundador, abrir la casa de Roma.

Las Obreras de la Cruz eran ya muy conocidas; en 1969 se solicitó su colaboración en las misiones de Chile, cuya primera casa se abrió en Pueblo Hundido –hoy Diego de Almagro– en pleno campo minero, ocupándose tanto de atender comedores infantiles, como de la enseñanza en talleres de confección, reuniones de catequesis y continua atención a las madres, entre otros cometidos.

En 1978 –tres años después del fallecimiento de D. Vicente– se abrió una Casa en El Salvador (Chile), donde las Obreras empezarían a ocuparse de jóvenes, niños y adultos, especialmente mujeres, que necesitaran ayuda.

Con el propósito de recristianizar y fortalecer a la familia desde dentro, D. Vicente Garrido llevaba mucho tiempo madurando la idea de ejercitar el Apostolado de las Madres, que habían practicado las Obreras de la Cruz, de forma esporádica, en algunos de sus Cenáculos. Dicho proyecto se convertiría, con el tiempo, en la Rama de Cooperadoras, culminación deseada y esperada por el Fundador del Instituto Secular. La creación de esa Rama de Cooperadoras, que se alimentase de la misma savia que el gran árbol, en que se había convertido el pimpollo que él plantó, fue un ambicioso proyecto que iba madurando ilusionadamente en sus largas meditaciones ante el Sagrario. Posteriormente la Rama de Cooperadoras se extendió a los hombres, transformándose en la actual Rama de Cooperadores.

En la diócesis de Valencia, hubo cambios decisivos. El arzobispo D. Marcelino Olaechea, al cumplir los 75 años presentó su renuncia, cumpliendo lo que aconsejaba el Concilio. Hasta que ocupó la Sede vacante el nuevo arzobispo, que procedía de la diócesis de Huelva, rigió los destinos de la diócesis valentina el vicario capitular D. Rafael González Moralejo.

Tomó posesión de la diócesis, D. José M.^a García Lahiguera, en septiembre de 1969. Providencialmente, cuando se planteó la elección de un confesor, se decidió por un sencillo sacerdote de pelo blanco y gafas de miope, D. Vicente Garrido, quien, sin duda, multiplicaría su riqueza de espíritu con sus oportunos consejos, nacidos de una fe profunda. El nuevo Arzobispo fue también su amigo, proporcionándole en los últimos años de su vida –y de manera muy especial en los últimos días que vivió– un consuelo continuado, acrecentando su ánimo cuando la enfermedad y el dolor se iban apoderando de su envejecido cuerpo, pero no de su espíritu. Fue el encuentro de dos predestinados a la santidad. Hoy, todavía, se recuerdan como Siervos de Dios, pero los más jóvenes los verán en los altares, ya que sus Procesos de Canonización están en marcha.

Las Obreras de la Cruz continuaban, en aquellos años 70, ensanchando su campo de acción; se extendía y se consolidaba el Instituto Secular.

El 1971 se celebró el primer cursillo para Auxiliares de Clínica en la Escuela de Albacete, entregándose 521 títulos, de ellos 227 a Obreras de la Cruz.

La fundación de D. Vicente Garrido seguía creciendo. En la década de los 70 los miembros del Instituto superaban los ocho centenares; funcionaban a pleno rendimiento las sesenta y seis Casas que regentaban en España, Italia, Francia, Holanda, Puerto Rico, Bolivia y Chile. Creyeron llegado el momento y, apoyadas con las letras comendaticias de los obispos de las diócesis donde las Obreras de la Cruz estaban establecidas, se solicitó a la Santa Sede la gracia de que el Instituto Secular Obreras de la Cruz fuese elevado al rango de derecho pontificio. La Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares no tardó en concederlo, y, por Decreto fechado el 12 de junio de 1971, se concedió la gracia solicitada, acompañándola de palabras altamente elogiosas:

“Entre los Institutos que, desde principios de este siglo, aparecieron en la Santa Iglesia de Dios y que promovieron la santificación de sus asociadas y además de ejercer el apostolado de las mismas en el mundo, laudablemente se debe enumerar el que en la Diócesis Valentina, en España, tuvo su origen y se llama vulgarmente Obreras de la Cruz”.

Concedido el Decretum Laudis, de derecho pontificio, se aprobaron unos nuevos Estatutos.

La apreciada distinción conmocionó al Instituto Secular Obreras de la Cruz y multiplicó su alegría por coincidir la noticia con la celebración de las bodas de oro sacerdotales de D. Vicente Garrido Pastor y, además, sucedió un viernes, por lo que la concesión, en dicha fecha y en dicho día, llenó de júbilo a todas. Hasta D. Vicente, siempre moderado en la expresión de sus sentimientos, conteniendo su emoción, repitió en distintas ocasiones: “Todo se ha juntado: viernes de Reparación, cincuentenario y Decreto de Alabanza de la Santa Sede”.

Y para pluralizar más la inmensa alegría de la gran familia de las Obreras de la Cruz, el papa Pablo VI le concedió, a su Fundador, el título de Prelado de Honor de Su Santidad, con todo lo que ello implicaba. Un justo premio, a toda una vida dedicada a trabajar por y para Dios, con espíritu joven y auténticamente evangélico, el mismo que procuró inculcar a sus Obreras.

La concesión de dicho título pontificio supone que, el distinguido con tal dignidad, puede hacer uso de los honores, privilegios y prerrogativas, que dispuso para tales ocasiones el papa San Pío X en la Constitución *Inter Multiplices*. El documento lleva la firma del Secretario de Estado Vaticano, cardenal Villot.

Y, D. Vicente Garrido, agradeció al Santo Padre tan alta distinción con un entrañable y breve comunicado:

“Santísimo Padre Pablo VI. Expreso a su Santidad mi más filial devoción, gratitud por tan gran dignación, bene-

volencia por nombramiento Prelado de Honor en la Santa Iglesia, a la que quiero servir siempre y plenamente, con firme adhesión y fidelidad persona de Su Santidad, magisterio, enseñanzas, orientaciones apostólicas. Pide a Jesucristo le conserve, conforte, ilumine. Postrado a los pies de Su Santidad, suplica humildemente Bendición Apostólica. Vicente Garrido”.

La enfermedad iba avanzando; D. Vicente se encontraba en los años últimos de su vida. Su actividad no era la misma. Comprendía que llegaba el final; aceptaba la enfermedad, con resignación y dulzura. Para meditar sobre ello, buscaba algunos días la soledad en la Casa-Cenáculo de Santa María del Monte, en Torres-Torres; allí encontraba descanso y silencio, mientras su resistencia física se debilitaba y su capacidad de trabajo había disminuido notablemente.

Comprendiendo que su vida se estaba apagando, ya apenas salía de la casa de la Madre de Dios, en Moncada. Recibía la visita de algunas personas que no sabían o no querían prescindir de su consejo, que le querían entrañablemente y deseaban mantener contacto con él; entre sus más asiduos visitantes, destacaba el arzobispo de Valencia D. José M.^a García Lahiguera, quien lo había elegido como su confesor al poco tiempo de ocupar la sede valentina y le dispensó siempre un afectuoso trato. Siendo ya arzobispo emérito de Valencia, hizo el retrato de D. Vicente Garrido con estas palabras: “Hombre eminentemente espiritual, alma de oración, de fe profunda, viva, eficaz. Como consecuencia de su gran temple apostólico, se entregaba a los demás con heroica caridad, movido por el amor a Dios y a las almas, según el espíritu de san Pablo”.

La vida de aquel anciano sacerdote, nacido el 12 de noviembre de 1896 en Benaguacil –localidad valenciana que le nombró hijo predilecto–, que había dedicado su vida al servicio de la Iglesia y se había entregado a los demás sin re-

gatear sacrificios, que había soñado y hecho realidad el Instituto Secular Obreras de la Cruz, estaba llegando a su fin. Se daba cuenta de que se acercaba el momento de partir. Reunirse a Jesucristo para siempre. Y pensaba en sus Obreras; había depositado en ellas fe y esperanza. Habían alcanzado la madurez. Con la ayuda de Dios y con la protección de la Virgen Dolorosa, bajo cuyo amparo había nacido el Instituto Secular Obreras de la Cruz, continuarían esa vida que, según palabras del Rvdo. D. Arturo Llín, es “vida de trabajo afanoso, humilde, callado, un instrumento patente de santificación, un servicio prestado a la gran comunidad humana, un auténtico lazo de comunicación y acción social...”.

Los consejos que incesantemente daba a las Obreras solían ser claros y concisos:

“Obligación de la Obrera es entrar por los caminos de la perfección cristiana, a base de los consejos evangélicos que, con ser varios, sabéis vosotras que vienen a reducirse a tres: espíritu y práctica de la pobreza, espíritu y práctica de la castidad; espíritu y práctica de la obediencia...”.

En el Historial de la Pía Unión Sociedad Amor Cristiano Obreras de la Cruz se puede leer: “El quehacer apostólico que caracterizó a las Obreras de la Cruz, desde el primer momento, lo supieron hermanar con la práctica de la vida interior, supieron compaginar la formación espiritual, con el ejercicio del apostolado...”.

En los retiros que dirigía a las Obreras, no perdía ocasión de recalcar la importancia de la vida espiritual, sin la que no puede existir actividad apostólica: “La Obra ha de estar nutrida de ese amor de Dios; toda la Obra ha de respirar amor a Jesucristo, su amor a Jesucristo, el amor a la Santísima Virgen María. Todas vosotras habéis de vivir impregnadas de ese ambiente de amor sobrenatural; algo ha de arder dentro de vosotras y lo que ha de arder dentro de vosotras es el fuego del amor divino, del amor al Señor. Todo esto ha de producir lo que llamamos la acción, la ac-

tividad, el apostolado...". De la formación y de la vida interior habla D. Vicente Garrido en las pláticas y retiros que dirige a sus hijas, repitiéndoles que son fundamentales para la proyección apostólica que debe tener el Instituto.

"A nuestra vida –les decía– le damos un alto sentido apostólico, pero, como muchas veces os he dicho, este apostolado ha de brotar de lo que llevamos dentro... Y de ahí ha de salir nuestro celo, nuestra hambre de las almas, nuestro deseo de que Dios sea glorificado, nuestro trabajo por Él, nuestra siembra por Él, poniendo a su servicio cuanto somos y podemos. Ésta es la exigencia de nuestra vocación...".

Quería, deseaba, inculcaba a las asociadas de la Obra que aspirasen a tener mayor virtud y entrega que las mismas religiosas. Necesitaban que fuese así, porque ellas vivían en el mundo. "Una vocación de Obrera –les decía– es más, es decir, exige más". Y es que, D. Vicente Garrido tuvo siempre muy claro lo que quería para la Sociedad que fundó; se adelantaba con ello a lo que, con posterioridad, la Iglesia reconocería oficialmente como Institutos Seculares, al promulgar la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, dada por Pío XII el 2 de febrero de 1947.

Confiaba tan plenamente en sus Obreras que decía: "¡Ojalá pudiésemos poblar el mundo de Obreras santas...! Habríamos puesto, entonces, la santidad en las calles, en las oficinas, en la casa, en el hogar, en los trabajos tan diversos y tan distintos, en los centros de educación y de enseñanza; habríamos puesto la santidad en todas partes; habríamos puesto en todas partes esas almas de espíritu reparador; habríamos plantado allí una luz de ejemplaridad, como testimonio de la verdad de Dios...".

Aunque resulta casi imposible hablar separadamente de las Obreras de la Cruz y de D. Vicente, porque el Fundador se había entregado completamente a su Obra y estaba fundido, diluido en ella, vamos a intentar descubrir cómo era y cómo pensaba este admirable sacerdote valenciano.

Capítulo XIV

VICENTE GARRIDO, UN “ENDIOSADO”: UN HOMBRE LLENO DE DIOS

TEMAS de actualidad, problemas de hoy, preocuparon y ocuparon al Fundador de las Obreras de la Cruz. Y sorprende que, en un ayer tan distinto y tan distante –más que en el tiempo, en las formas de vivir y de pensar– el sacerdote D. Vicente Garrido dejase escritas en el aire, dibujadas con esa voz firme y convincente que siempre hacía que pareciesen muy breves sus pláticas, en la memoria de sus Obreras, en sus apuntes y en sus libros, respuestas claras a situaciones sobre las que, actualmente, se habla y se polemiza, como son la libertad, la aceptación de los hijos y cómo deben ser educados. Es sorprendente su visión de ese mañana que ya ha empezado a ser hoy.

Las Obreras de la Cruz recogieron aquellas advertencias, aquellos consejos en los que se mezclaban sus pensamientos, sus sentimientos, su fe y sus esperanzas. Hoy no puede respondernos su voz a las preguntas que deseáramos hacerle, pero las respuestas las dejó escritas, antes de que sintiéramos la necesidad de preguntarle.

La libertad fue un tema al que dedicó muchas de sus charlas: “La libertad tiene un tope: el derecho del otro. Lleva una obligación: respetarle. Hacer el bien: evitar el daño del prójimo, ayudarle. Edificar al prójimo, no escandalizarle, no dañarle –ni dañarse– con pecados...”.

“La libertad ha de estar regulada por una ley interna y externa. Nuestra libertad se basa sobre un deber. El deber lo

impone la ley. La ley ha de venir de un ser superior a nosotros...”.

Dice en otro de sus escritos: “No hay otra esclavitud que la del pecado, porque ata la libertad. El vicio es la esclavitud. La sociedad sin Dios es esclavitud. El poder sin Dios, es una tiranía; porque es ley de hombre y no de Dios. La sociedad con Dios es libre...”.

Funcionan ya en muchos colegios, y aumentan cada año, las Escuelas de Padres creadas, regidas casi siempre, por psicólogos. El sacerdote Vicente Garrido, por su larga experiencia como profesor, como confidente de muchos, por su larga convivencia con los universitarios del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, y por sus infinitas horas de confesionario, conocía bien a padres e hijos; quizá por eso se expresaba así:

“El amor a los hijos debe orientarse en un trato afable, aunque fuerte cuando precise. No perder su confianza. Darles gusto en lo que pueda ser. La represión dura, excesiva, constante... asfixia y amarga la vida..., hace odioso el hogar...”.

Sobre la limitación de la natalidad que, en la actualidad, ponen en práctica muchos matrimonios, e incluso está establecida oficialmente la “planificación familiar”, su respuesta es clara: “La doctrina tradicional de la Iglesia es que, el fin primario del matrimonio es la procreación. Hay que reconocer que el matrimonio es una verdadera carga, en muchos casos, en cuanto a la procreación, dadas las circunstancias económicas y de salud de los desposados. Los deberes son siempre cargas, pero si se quieren y aceptan los derechos... ¿por qué no los deberes? La vida no es sólo un campo de placer. Es, sobre todo, sufrimiento, lucha. Y en la lucha, bravamente soportada, con mirada evangélica, está la victoria del verdadero cristiano”.

Y, sobre ciertos métodos del control de la natalidad del que tanto se habla hoy, se muestra rotundo: “No es lícito to-

mar medicación o drogas que atenten directamente contra la natalidad. Sólo en el caso de que el médico asegure que no causan grave daño en la salud y que no esterilicen directamente, sin otro fin que impedir la generación". La permisividad del aborto era entonces impensable. No podía imaginar D. Vicente Garrido que, veintipocos años después de su muerte, el aborto estuviese admitido por la ley, en algunos casos, y que, incluso, se pidiera y se votara su total despenalización.

La visión de futuro del Fundador de las Obreras de la Cruz, le lleva a ocuparse de las luchas sociales, que decía eran entonces "de ideas", y continúa diciendo: "Poco actúa la mano si no la mueve la voluntad, ni ésta si no la mueve la idea...". En otro momento, escribió: "Si en la sociedad todos reclaman derechos, olvidando los deberes, el mundo va a la deriva... Se alegan derechos, se rehúyen los deberes. Y, en el hombre, primero es el deber, en segundo lugar están los derechos...".

Una de las consignas que el Padre dio a sus Obreras y que se ha convertido en una de las normas distintivas del Instituto Secular por él fundado, que les repetía frecuentemente, es concisa pero rotunda: "Debemos vivir bajo la mirada de Dios y con la mirada en Dios".

Reflexionaba en voz alta cuando, dialogando con las Obreras, les decía: "Hoy no se aprecia en su justa medida la santidad, la ejemplaridad, la vida inmolada por Dios, la sublime dignidad sacerdotal. En cambio, se aprecia y se valora la osadía, lo nuevo, aunque sea tan viejo como el pecado, la vanidad, la ostentación, el orgullo de la vida, la materialización de lo que llaman amor... Y, mientras, va bajando el aprecio de las cosas espirituales, y mientras baja ese nivel sobrenatural, sube la presión para lo sensual y, al ritmo de ello, disminuye en el campo de la Iglesia la floración de vocaciones al sacerdocio".

Cada día, hay menos imágenes en las iglesias, lo cual no agradaba a D. Vicente Garrido, que comentó en cierta ocasión: “El Concilio Vaticano II recomienda que se expongan a la veneración de los fieles las imágenes sagradas. Es contra la doctrina y el espíritu de la Iglesia el desarraigar o destruir, directa o indirectamente, en el ánimo de los fieles, la devoción y culto a los santos y a sus sagradas imágenes. Son nuestros intermediarios ante Dios”.

El espíritu de trabajo “bajo la mirada de Dios y con la mirada en Dios...” que caracteriza a las incesantemente activas Obreras de la Cruz, se mantiene intacto en el Instituto Secular fundado por D. Vicente Garrido. Sus hijas, observan escrupulosamente las “señales inequívocas de que se trabaja por agradar a Dios”, que el Padre resumió en cuatro puntos:

- “1.º No perturbarse cuando se tienen éxitos.
- 2.º Alegrarse del bien conseguido por otros. Alabemos a Dios por ello.
- 3.º No buscar oficios o cargos. Trabajar donde Dios y como Dios quiera. Es igual, con tal de trabajar.
- 4.º No buscar alabanza ni agradecimiento; Jesucristo fue mal correspondido. No dejó por eso de cumplir su misión hasta el fin...”.

Cuando el Padre conversaba con sus Obreras pensaba en voz alta, vaciaba en ellas los bolsillos del corazón: “Sepamos que hemos de cooperar a la salvación del mundo, directamente al mundo espiritual. Lo hemos de salvar con el sacrificio y la santidad. Revestidos de Cristo, de su verdad evangélica, de sus virtudes, de su acción, de su vivencia interior y exterior en nosotros...”. En ocasiones, repite una idea que quería dejar marcada en sus Obreras: “Dos armas son las del soldado de Cristo: la fe y la santidad de vida”.

Quienes conocieron y trataron frecuentemente a D. Vicente Garrido, afirman que hablaba poco, amaba el silen-

cio, pasaba muchas horas delante del Sagrario. No es de extrañar que, en algún momento, cuando se dirigía a las Obreras de la Cruz, en uno de sus habituales encuentros, en pláticas o retiros, les dijese: "Sobran ya palabrería y fraseologías. A la enseñanza –conforme siempre a la doctrina de la Iglesia y de su representante en la tierra, el Papa– ha de acompañar el ejemplo que transpire a Cristo, cuyo amor, patente en nosotros, ha de ser el móvil, el vigor, la fuerza que nos impulse a lanzarnos hacia el trabajo apostólico verdadero, que convierte, atrae, que lleva a Dios. Lo demás, es pasar el tiempo, viniendo a ser tan sólo fachadas sin vida, sin vitalidad sobrenatural".

Expresó, en cierta ocasión, una de sus preocupaciones: "Estamos cayendo en un humanismo paganizado y esto no, no es. Por este camino tocaríamos un tremendo fracaso en nuestro cometido, y, pudiendo ser grandes instrumentos de apostolado en la Iglesia, vendríamos a quedar reducidos a nada..."

Hizo hincapié, repetidamente, su Fundador, en destacar que el Instituto Secular Obreras de la Cruz era esencialmente apostólico. Y lo explicaba así: "Por eso exige de las Obreras una entrega no a medias, sino total, es decir, que se considere como en realidad es, rama de un árbol a éste unido. Instrumento de acción, con toda su posible eficacia. Su interés, por tanto, su trabajo apostólico, ha de ofrecer la mayor apertura. Ha de actuar en el siglo, en contacto con las gentes, en los distintos oficios o quehaceres de la vida, y desde el siglo..."

Cuando se le preguntaba por qué el Instituto que había fundado tenía como fin específico el Apostolado Social Obrero, solía responder: "Porque sus miembros han de encaminar su acción principalmente a la clase humilde, a la clase media. No es que se excluye a la clase alta. Se han de dedicar a todos, pero, especialmente, al trabajo social obrero. Es decir, meter a Cristo dentro del corazón y de la inte-

ligencia de tantos que viven ganando su pedazo de pan, pero apartados del Señor”.

Cuando el sacerdote Vicente Garrido pensaba en su fundación, deseaba que sus Obreras fuesen: “Almas que aspiren, en medio del mundo, a la perfección evangélica, que es la imitación real y más perfecta de Jesucristo, nuestro modelo, el Divino Obrero...”. Recalcaba en todas las ocasiones: “Se os pide en cuanto a la santidad personal el máximo grado; en cuanto al apostolado, el mayor rendimiento. En cuanto a la glorificación divina, la más fina adoración. En cuanto a la totalidad de la entrega, una donación sin reserva, vivida en cada momento...”.

La atención continua a sus Obreras no frenó ninguna de sus actividades. Impartía, ejemplarmente, sus clases en el seminario y en el Instituto Sedes Sapientiae; continuó dirigiendo ejercicios espirituales, desplazándose para ello por toda la región; celebraba retiros, daba charlas formativas, y, así, obedecía a sus impulsos apostólicos. Pero, entonces y siempre, D. Vicente Garrido dedicó una especialísima atención a la dirección espiritual.

Era tal su entrega al confesonario que, el entonces obispo de Calahorra, posteriormente arzobispo de Toledo, D. Francisco Álvarez, escribió: “Nombrado canónigo penitenciario de Valencia, dedicaba no poco tiempo al confesonario y dirección espiritual de las almas por el camino de la virtud”.

Y D. Manuel Llopis, siendo obispo de Coria-Cáceres, refiriéndose a D. Vicente Garrido como canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia, explicaba: “Ese servicio le atraía especialmente, porque lo ponía en condiciones de clarificar a muchas almas; como confesor, no era sólo ‘perdonador’ de pecados, sino padre celosísimo, que orientaba y guiaba a cuantos se confiaban a él...”.

Dotado de gran penetración psicológica, fue D. Vicente un maestro en la dirección espiritual, como demostró a lo

largo de su vida, dedicada, en gran parte, a este noble apostolado, que siempre tuvo la preferencia en su multifacético corazón sacerdotal, obsesionado por el acercamiento de muchas personas a Dios.

Testimonio de todo lo dicho, son los comentarios de personas que lo trataron y se sintieron conmovidas por sus palabras. "Me maravillaba y estimulaba sacerdotalmente –escribió con ocasión de su muerte D. Manuel Gandía– su constancia y empeño en dar retiros y ejercicios espirituales. Se le tenía como maestro de confesores. Y lo era, ciertamente: las almas fieles que se ponían bajo su dirección espiritual sobresalían pronto en la virtud". Durante la década de los cincuenta, D. Manuel Gandía había sido alumno de Teología Moral de D. Vicente y confiesa que, ya entonces, era muy equilibrado en el enjuiciamiento de los problemas morales, y que tenía una buena pedagogía. Y D. José M.^a Serra, se expresa así: "Lo tenía como sacerdote ejemplarísimo; como maestro guía en ascética y espiritualidad. Esta espiritualidad, no era en él puro sentimentalismo, sino hija de su formación científica, concretamente, de su formación teológica".

Admira profundizar en la vida de D. Vicente Garrido, no sólo por su formación humanística y teológica, a la que se refiere José M.^a Serra, sino por su sensibilidad artística: sus conocimientos musicales y su extraordinaria facilidad para la poesía. Bien es verdad que los santos son poetas de la vida, que han sabido hacer de ella una obra de arte indestructible.

En 1971, D. Vicente escribió unos versos en los que, dándose cuenta de que su salud se marchitaba, se sinceró, volcó en ellos su pensar y su sentir, dando forma a una poesía que es a la vez meditación, ruego, rezo y amorosa renuncia:

“Cual capullos rojos,
puestos en mis manos,
son mis ilusiones...
hermosas visiones...
frutos de un deseo.

¿Se abrirán en flores,
que vean mis ojos
en futuros años?

Tú lo sabes, ¡Señor!
Tú, en secreto escancias
en el alma, el amor...

Tú sabes mis ansias
de siembra, de lucha,
por ti, por tu Madre.

Mi ruego escucha:
dame más... más tiempo.
También te lo pido a ti,
oh, Virgen María...

Quiero seguir todavía
vertiendo mi siembra...
Es la siembra, Señor,
de tus enseñanzas,
esperanza y amor...

Mas yo nada quiero...
que no quiera mi Dios”.

Un sacerdote valenciano, D. José Almiñana Vallés, recuerda a D. Vicente Garrido, con estas palabras, que nos dan a conocer, un poco más, la riqueza y la calidad humana del Fundador de las Obreras de la Cruz:

“Para todos los que lo conocimos está claro que D. Vicente era un hombre de Dios, siempre apuntando a lo alto,

a lo más alto. Se tenía como 'poca cosa', pero su espíritu lo empujaba hacia grandes empresas. Alma contemplativa, pero, con la ternura y suavidad de todo su ser, sabía convertir las menudencias del vivir cristiano, en perlas preciosas del amor divino...".

En el número 1 del *Boletín de Información* –que nació con el propósito de ser lazo de unión entre todas las Obreras– escribió D. Vicente Garrido lo que deseaba que fuese el programa de vida de sus hijas y, leyéndolo pausadamente –mientras intentamos poner voz a los silencios que mantuvo siempre respecto a sí mismo– nos damos cuenta de que los consejos que daba a las Obreras de la Cruz eran su norma de vida, lo que él hizo siempre y, cada día, con mayor perfección:

"...Vivir de Cristo, de su pensamiento, doctrina y amor; vivir con Cristo, en su íntima compañía, en unión reparadora, en total y gozosa crucifixión; vivir para Cristo, para su gloria... las almas. Oración, trabajo, cruz... compendian y explican la esencialidad de la Obrera..."

En otro momento, les aconseja: "...Ser brazos de acción, continuadores de la acción redentora de los brazos de Cristo, rendidos de tanto sufrir en la cruz. Acometer con ahínco, en cada momento, la práctica austera de todas las virtudes, y las empresas, aun llenas de dificultades, en la lucha por la salvación de las almas..."

Seguimos viendo su retrato en ese programa al que quiere que ajusten su vida las Obreras; va relatando, sencillamente, sin apercibirse, lo que es su norma de conducta en ese difícil "día a día", que practicó siempre: "A la fuerza de la oración, unid el esfuerzo de vuestro trabajo y el mérito de vuestra cruz. Jesús estará con vosotras, será vuestro vivir. Aspirad a ser totalmente de Él, para que Él sea totalmente vuestro. Y hacia este sublime ideal caminad intrépidas. Os guía la mirada dulce de vuestra Madre llorosa. Dios, que os llamó, quiere que sus Obreras sean almas de gran virtud, de potente acción reparadora y apostólica..."

En uno de los retiros, que impartía habitualmente en las Casas-Cenáculos, recalca a las Obreras de la Cruz: “A nuestra vida le damos un alto sentido apostólico pero, como muchas veces os he dicho, este apostolado ha de brotar de lo que llevamos dentro... Y, de ahí, ha de salir nuestro celo, nuestra hambre de las almas, nuestro deseo de que Dios sea glorificado, nuestro trabajo por Él, nuestra siembra por Él, poniendo a su servicio cuanto somos y podemos. Ésta es la exigencia de nuestra vocación...”. Y esto era lo que se exigía a sí mismo.

En sus comentarios titulados *Hacia la santidad*, escribió D. Vicente Garrido: “Todos, sin excepción, tenemos un destino de mayor nobleza que la de los escudos nobiliarios: nuestro endiosamiento, nuestra divinización; porque tal puede hacer el amor: transformar el alma en Dios”.

Curiosamente, decir que una persona está “endiosada”, en el vocabulario popular, significa engreída, vanidosa, rebotante de orgullo; para D. Vicente Garrido que empleó siempre “lenguaje de cielo”, estar “endiosado” significaba estar lleno de Dios, dejar de ser uno mismo para que Dios se asiente en el alma; renunciar a todo por Él, vivir con Él y para Él. En este celestial sentido, el Padre Fundador de las Obreras de la Cruz, tan pluralmente humilde, podríamos decir que fue un “endiosado”, empleando ese lenguaje de cielo que él reinventó en un escrito sobre la santidad, publicado en febrero de 1928, cuando todavía no había cumplido 32 años. Para él, “endiosado”, no era creerse un dios, era estar lleno de Dios.

Una de las personas a las que más impresionaba la manera de ser y la forma de pensar de D. Vicente, fue el arzobispo Olaechea, con cuya llegada a Valencia alcanzó gran importancia el laicado católico, consolidándose las cuatro Ramas de Acción Católica, quienes tenían una destacada valoración en sus respectivas parroquias.

Comprendió D. Marcelino Olaechea, desde el primer momento, que aquel sencillo sacerdote, que tenía tan marcada preferencia por la ingrata labor de dirigir ejercicios espirituales y dedicar largas horas al confesionario, que había depositado sus esperanzas en una Asociación seglar femenina, que cumplía su misión apostólica infiltrada en la sociedad, aunque vivía en Cenáculos, donde se observaba una vida austera dedicada a la oración y al sacrificio, que, a la vez, demostraba su altura teológica, su cimentada formación cultural y sus cualidades pedagógicas, tanto en las clases de Moral del Seminario como en las de Religión del Instituto Femenino de Enseñanza Media, era un sacerdote que, aunque por su humildad pretendía pasar desapercibido, se descubría en él a un hombre de Dios de gigantesca talla.

Quien fue la mano derecha del arzobispo Olaechea, durante parte del tiempo que el ilustre salesiano rigió los destinos de la sede valentina, D. Jacinto Argaya –que falleció siendo obispo dimisionario de San Sebastián– dejó escritas unas palabras reveladoras de la gran confianza que aquel arzobispo, que había calado tan hondo en el corazón de los valencianos, tenía depositada en D. Vicente Garrido: ilusionada confianza, esperanza y afecto.

“El difunto arzobispo de Valencia, Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Marcelino Olaechea y Loizaga –decía D. Jacinto– de quien fui su obispo auxiliar y vicario general, le profesaba a D. Vicente entero afecto. Él acarició la idea de que, este gran sacerdote, fuera elevado por la Santa Sede al Obispado, pero pensó más tarde que, el oficio episcopal, le restaría actividades para la atención de su Instituto, o que la atención absorbente de éste pudiese restar eficacia al ministerio episcopal”.

Lo cierto es que, aunque no lo propuso como obispo, obligó al desilusionado y fracasado aspirante a canónigo, a presentarse de nuevo a la canonjía que había quedado vacante en la Catedral de Valencia, que precisamente era una

a las que, con anterioridad, había opositado, la de penitenciario, y la que más se ajustaba a su preferencia por la labor sacerdotal del confesionario. Aunque D. Vicente Garrido había decidido, firmemente, no reincidir en presentarse a nuevas oposiciones para canónigo, la obediencia debida a su Arzobispo, que no le daba la opción de elegir, le obligó a cambiar de opinión.

Un sacerdote, D. José Aliaga, que tuvo frecuente relación con el Fundador de las Obreras de la Cruz, al que D. Vicente solía confiar, epistolarmente, muchas de sus inquietudes y preocupaciones, dio testimonio, con sus palabras, de la influencia que tuvo, en su amigo, el deseo del Prelado.

“La mirada firme y penetrante de nuestro arzobispo, Dr. D. Marcelino Olaechea, se posará sobre él y, viendo en él tan bellas cualidades, le obligará a tomar parte en nuevas oposiciones a penitenciario y a las que, en este caso, no podrá negarse y aceptará por obediencia y desempeñará competentemente, con general aplauso de la clerecía valenciana...”.

Al arzobispo de Valencia le había impresionado, desde el primer momento, aquel sacerdote de salud quebrada y de espíritu robusto, que se multiplicaba para atender, con humildad y sencillez, las importantes responsabilidades que había aceptado. Trabajo y oración. El que ora y trabaja eleva su corazón a Dios con las manos: así se lo ofreció a Dios, D. Vicente Garrido, cada día de los 78 años de su vida.

* * *

Así era D. Vicente Garrido Pastor: un “endiosado”, un hombre lleno de Dios pero, tan inteligente, que se sentía insignificante.

Capítulo XV

LAS OBRERAS DE LA CRUZ CRECEN

UNA de las actividades de las Obreras de la Cruz que más ha contribuido a su crecimiento y a la captación de vocaciones, para engrosar ese ejército de mujeres luchadoras que trabajan, como les inculcaba su Fundador “bajo la mirada de Cristo y con la mirada en Cristo”, es la Casa de Ejercicios de Moncada. La Obra de D. Vicente Garrido se consolidó y extendió con rapidez.

El periódico *Las Provincias* del 22 de febrero de 1957, publicó un comentario sobre la Semana Sacerdotal que se había celebrado en la Casa de las Obreras de la Cruz de Moncada. A dichas Jornadas, según el mencionado diario valenciano, asistieron dos centenares de sacerdotes y finalizaron con una exposición de Arte Sacro que fue instalada en la misma Casa de Ejercicios y que inauguró el propio Arzobispo, quien también había presidido los actos de la Semana Sacerdotal.

En toda la diócesis de Valencia y también fuera de ella, se comentaba la extraordinaria labor que realizaba aquella Asociación seglar femenina, fundada por un sencillo sacerdote valenciano, atendiendo, con una ejemplar entrega y una elogiabile delicadeza, a quienes acudían para hacer ejercicios espirituales en un voluntario retiro, donde, el silencio y la soledad, fuesen sus aliados para escuchar, interiormente, la voz de Dios, a la que hay que prestar una callada y es-

pecialísima atención, porque son muy pocas las veces que Dios nos habla a gritos, aunque, en ocasiones muy especiales, también lo hace.

Las opiniones de los ejercitantes que pasaron por la Casa de la Madre de Dios de Moncada, son numerosas y elocuentes.

“Con mi mayor admiración y afecto puedo elogiar el ambiente espiritual de esta Casa, implorando las mejores bendiciones de Dios sobre ella”. Fueron las frases que rubricó, con fecha 4 de abril de 1961, el obispo de Oporto (Portugal), D. Antonio Gómez Ferreira.

En una carta del religioso servita P. Adrián Canavoso, se pueden leer elogios semejantes: “Los cursillistas del 74 les estamos muy agradecidos por sus sacrificios y atenciones”.

Más elocuente e impetuosa es la opinión de un dirigente nacional de la H.O.A.C., cuando escribe: “En mi peregrinar por Cristo, por varias casas de ejercicios, no he encontrado nunca la caridad y el buen trato como el que nos dan estas magníficas Obreras: sonrisas, buenos alimentos y esmerado trato”.

Otra opinión parecida firma el 3 de marzo de 1960, otro miembro de H.O.A.C.: “Conozco muchas casas de ejercicios por toda España. No he visto en ninguna el trato, comida y atenciones que se da aquí por estas Obreras de la Cruz. Porque saben acomodarse a las necesidades del que viene. ¡Es que son Obreras de Cristo!”.

Con la extensión de la Obra no se diluye, en absoluto, la intensidad del apostolado que ejercen las hijas espirituales de D. Vicente Garrido. Se mantiene firme su entrega a Dios y su espíritu de servicio al prójimo. Su Fundador comenta ilusionadamente, a las Obreras de la Cruz, el crecimiento de sus actividades: “Nuestra Obra es como un grano de mostaza. Empezó siendo muy pequeña en número y extensión. Es plantada en este mundo, en tierras valencianas. Las aves, las almas que serán Obreras, acuden para cobijarse. Va es-

tirando sus ramas, va creciendo y van acudiendo las aves. Su crecimiento es ya notable. Hacia ella dirigen su mirada miles de almas. Son miradas de esperanza”.

Aumenta el número de talleres, donde, a la vez que enriquecen su espíritu, aprenden una profesión muchas jóvenes de clase modesta; las residencias, acogen a muchas trabajadoras y estudiantes que encuentran allí su hogar y que, en esa convivencia, ven crecer sus inquietudes espirituales y hallan soluciones a las dudas que se les plantean, a las ansias de superación que se les despiertan en la nueva vida que han emprendido lejos de sus casas, apartadas del ambiente protector de la familia. El diálogo continuado, la participación en coloquios, las experiencias desconocidas que recogen a diario, alimentan un ambiente fraternal en el que, espontáneamente, se contagia el entusiasmo por las cosas de Dios. Respondiendo a estas necesidades, algunas Obreras inician estudios oficiales y, todas siguen siendo iguales, tanto las Obreras Internas que viven en Cenáculos, como las Externas que continúan viviendo con sus familias, pero, todas, inflamadas del mismo espíritu apostólico y cumpliendo su misión con sencillez, en los distintos puestos de trabajo, alimentada su entrega a los demás por una intensa vida interior.

Y, mientras las Obreras de la Cruz extienden sus actividades y profundizan en ellas, su Fundador se mueve infatigable e incansablemente, con un dinamismo admirable, y, olvidándose de que su salud no es fuerte, se entrega a distintos trabajos sacerdotales. Desarrolla actividades tan diversas como las tareas docentes a seminaristas y a estudiantes del bachillerato, ejercicios espirituales y retiros a toda clase de personas, sin distinción de sexo, ni de edades, ni de escalafón social, para lo cual se ve obligado a viajar con frecuencia y no siempre en buenas condiciones. Se entrega, con apostólico entusiasmo, al púlpito y al confesionario. Pero, continúa atendiendo a sus Obreras, entregán-

doles, sin regateos, el tiempo que necesitan; para ello visita con frecuencia los Cenáculos, donde da pláticas, dialoga con todas, resuelve sus dudas, responde a sus interrogantes y provoca intencionadamente que broten las preguntas cuando les da consejos para, así, imprimir mayor fuerza a las líneas de conducta que les quiere señalar.

El *Boletín de Información* que, escrito a multicopista se publicó por primera vez en abril de 1945 –exactamente treinta años después, por esa misma fecha, pasaría D. Vicente Garrido a la Casa del Padre– sería el compendio de los consejos y advertencias del Fundador a sus hijas, y el diálogo que se establecería entre todas ellas, borrando las distancias, y provocando un mayor conocimiento de las tareas que unas y otras realizaban, acercándolas, estrechando los lazos familiares de la Obra y logrando una mayor eficacia en la unanimidad de opiniones y criterios.

El mayor logro fue, no sólo la comunicación viva, sino la orientación apostólica continuada, insistente y perseverante, que robustecía las afirmaciones, a veces impactantes, con que el Padre enriquecía el contenido de sus retiros: “Los santos son los más revolucionarios. Ponedme un santo en un pueblo, en una capital, donde sea, un santo de verdad y veréis cómo revoluciona toda la parroquia, veremos cómo revoluciona todas las familias, y veréis cómo revoluciona toda una ciudad. Todos van detrás del santo. La santidad es lo más revolucionario. Porque va contra todo lo malo, todo lo desordenado, todo lo egoísta”.

Cuando los españoles están iniciando la emigración a Europa, en busca de trabajo, las Obreras de la Cruz se habían desplazado ya a Holanda y se ocupaban de una residencia de ancianos –que aunque no se contaba entre sus actividades propias, llegaron a ser responsables de ese cometido, por una serie de circunstancias imprevistas– y eran, también, el apoyo de algunas parroquias. Comprendieron la utilidad de este apostolado entre los emigrantes, y comen-

zaron por hacerse cargo de una residencia en Almelo, que denominaron Hogar Valencia, donde residían casi cincuenta jóvenes españolas, que se habían trasladado a aquella ciudad holandesa para trabajar en diversas fábricas. Las tres Obreras de la Cruz que atendían la residencia, las ayudaban cuanto podían, consolando su añoranza de la patria y mitigando la ausencia de la familia y, sobre todo, procurando que se mantuviesen fieles a sus creencias religiosas y vivieran en un ambiente de moralidad.

Fueron numerosas las peticiones que se recibieron en Valencia, para que se ocupasen las Obreras de la Cruz de mantener abiertas residencias donde albergar a las trabajadoras españolas que se habían trasladado a Europa; la fábrica Philips solicitó su colaboración para atender un nuevo hogar español, donde llegaron a residir ciento cincuenta compatriotas, situado en Eindhoven. Y, reconforta pensar que, el esfuerzo que las Obreras realizaron en aquellos momentos duros, tuvo la gran compensación de que fueran tantas las vocaciones surgidas en Holanda que, años después, en agosto de 1963, fuese necesario abrir la Casa de formación de Eindhoven.

Los elogios hechos a la fundación de D. Vicente Garrido por el que había sido Nuncio de S.S. en España, el cardenal Ildebrando Antoniutti, quien había tenido ocasión de conocer y tratar a las Obreras de la Cruz durante su estancia en la Nunciatura, fueron la causa de que se les pidiera que se hiciesen cargo de una residencia en Italia, que allí denominan Pensionato, situada junto al lago de Como. El 15 de enero de 1964 partieron, desde Moncada, las cuatro primeras Obreras destinadas a esa especialísima misión. A ellas se unieron, al poco tiempo, cinco Obreras más, e incluso necesitaron la ayuda de otras varias jóvenes españolas. En Roma, antes de iniciar su labor, fueron recibidas en audiencia por Pablo VI. El trabajo pronto se amplió; además de atender el Pensionato se ocupaban de Villa Celesia, que

estaba en sus proximidades. Entre las 130 personas que sumaban las dos casas, existían notables diferencias sociales, pero, la atención y el cariño con que las Obreras de la Cruz trataban a todos, les hizo conquistar, indistintamente, el afecto y el agradecimiento de quienes residían en una u otra casa, sin distinciones de rango y posición económica.

Seguía extendiéndose la Obra fundada por D. Vicente. El propio cardenal Antoniutti les pide que se encarguen de una casa para ancianos en Udine; se trataba de una residencia mixta que atendieron desde 1964 hasta 1970, fecha en que se ven obligadas a interrumpir esta misión para hacerse cargo del Pensionato Pío XII, una residencia de sacerdotes en Roma, que dependía de la Santa Sede, permaneciendo en ella catorce años.

El trabajo bien hecho, la desinteresada entrega de las Obreras de la Cruz a las empresas que se les encomendaba, aunque estuviesen llenas de dificultades, y aunque fuesen dejando en ellas parte de su salud, era la causa del prestigio que tenían. No es de extrañar que Mons. Justo Mullor, solicitase la colaboración del Instituto Secular Obreras de la Cruz para la Delegación de la Santa Sede ante el Consejo de Europa, en Estrasburgo. La petición fue hecha debido a la impresión que le habían producido las referencias que le llegaron a través del sacerdote Rvdo. D. Alfredo Gallego Fábrega, secretario del obispo de Almería, D. Alfonso Ródenas. Y así, en diciembre de 1974 –cuatro meses antes del fallecimiento del Fundador del Instituto Secular– el delegado de la Santa Sede ante la Comunidad Europea, Mons. D. Justo Mullor, tuvo varios encuentros con D. Vicente Garrido, cuyo resultado fue la aceptación de la propuesta, y las Obreras se desplazaron a Estrasburgo para prestar su colaboración en la Delegación de la Santa Sede en dicha localidad.

La impresión que el conocimiento personal de D. Vicente Garrido causó en el diplomático pontificio, destinado en

Estrasburgo, quedó reflejado en los comentarios que hizo al conocer su fallecimiento:

“Pude constatar en él una edificante fe en la Providencia, unida, como es natural, a un evidente amor a la pobreza, ‘a la Iglesia se le sirve sólo por amor’, le oí decir al tenerle que hablar de los inevitables aspectos económicos que había de comportar la colaboración pedida a las Obreras de la Cruz. ‘El dinero, Dios lo envía luego, cómo y cuando quiere, hasta en exceso, a pesar de que las obras de un Instituto exigen una atención y esfuerzos continuos. Pero, el dinero, jamás es problema’. Fueron sus palabras”.

Tener una Casa-Cenáculo en Roma había sido siempre el deseo compartido entre D. Vicente Garrido y sus Obreras; tener un refugio, un lugar cercano al Papa que facilitase la posibilidad de colaborar con el Pontífice, ayudando en las necesidades pastorales de la gran Ciudad donde, según la sabiduría popular, se cruzan todos los caminos.

Y, con un entusiasmo, con una gozosa alegría, con una inmensa esperanza y una desbordada ilusión, D. Vicente Garrido, que tan pocas veces hizo demostraciones externas de su estado de ánimo, expresó sus sentimientos, se sinceró con sus hijas en una carta dirigida a todas las Obreras de la Cruz:

“¿Podemos cantar el Aleluya puesta nuestra mirada en la capital romana? Para allá partieron cuatro de nuestras Obreras, desde España, a las que se han unido dos gallegas, desde Como. En sus manos ágiles está la marcha y desenvolvimiento de la actividad de este Cenáculo. Todas están animadas de la mejor voluntad; activas y esforzadas; abnegadas y competentes”.

Continúa hablando con entusiasmo en el familiar *Boletín*: “La Casa es preciosa y está situada muy cerca del Vaticano. Con ello se está realizando nuestro deseo, tanto tiempo acariciado, de que un día pudiéramos tener una casa en Roma. Ya está en marcha y precisa la ayuda de to-

das las Obreras, de sus oraciones y aplicación de algunos de sus callados sacrificios. Allí hay que hacer triunfar como en todos los Cenáculos, el amor de Jesús y de su Santísima Madre. Y se conseguirá, no lo dudo. Es la novedad que, entre muchas, destaca este año 1966...”.

La Casa-Cenáculo de Roma es una magnífica residencia donde se hospedan peregrinos y turistas que visitan la Ciudad Eterna y que D. Vicente quiso poner bajo la protección del arzobispo valenciano y patriarca de Antioquía, san Juan de Ribera, cuyo nombre despertaba en él tantos recuerdos de sus comienzos sacerdotales, como director del Colegio Mayor de Burjasot, que entonces se denominaba Beato Juan de Ribera, porque no había sido todavía canonicado el fundador del Colegio del Corpus Christi, más conocido por Colegio del Patriarca, del que D. Vicente había sido becario.

La Casa-Cenáculo de Roma es un edificio moderno, ubicado en la Vía Aurelia, muy próximo al Vaticano, que goza de un extraordinario prestigio y se la disputan los peregrinos y turistas que acuden a Roma, debido a los comentarios hechos por los compatriotas que les precedieron, y que tuvieron la suerte de hospedarse en ella.

Otra de las ilusiones de D. Vicente Garrido, que pudo ver realizada en 1960, era la de que sus Obreras se extendiesen por tierras de misión. Las cinco primeras misioneras destinadas a este apostolado en América, salieron de Valencia el 21 de abril de 1960, después de asistir a una Misa, muy especial, que celebró el Padre en la capilla de la Casa-Cenáculo de la calle de Luis Vives. Comenzaron en Puerto Rico, haciéndose cargo de los centros de evangelización de Arecibo y Dorado: catequesis, cursos bíblicos, conferencias de formación, visitas mensuales a los leprosos de Trujillo Alto, volcándose en todas las actividades.

El trabajo realizado por las Obreras de la Cruz en las misiones, fue resaltado por D. Vicente Garrido con alegre complacencia:

“En Puerto Rico han dejado las Obreras años de acción verdaderamente misionera y honda huella de estimación y aprecio. Han destacado por su formación, tanto intelectual como humana, por su vitalidad incansable, por su sentido de Iglesia, de sacrificio, de evangelio y caridad. Siempre será grato recordar que, con un deshojar los mejores años de su juventud, han dejado como fruto copioso de su trabajo, tantas familias unidas, tanta juventud cristianizada, tanta fe revivida, tantas almas flechadas con el amor a Cristo y a su Santísima Madre. Justo es el descanso. La siembra, por cierto abundantísima, allí quedó... Junto a los montes, los bosques, las chabolas, las escuelas, las cárceles, las leproserías, entre ricos y entre pobres...”.

Y fue Bolivia, en 1961, a través del vicario apostólico, quien solicitó la presencia de las Obreras de la Cruz. Se trataba de que atendiesen, cooperando con los franciscanos alemanes, un extenso territorio, poblado por comunidades indígenas en la selva tropical; era una misión difícil. En un colegio de la misión de san Javier tenían a su cargo a 170 niños, mezclados en las mismas clases con los blancos, consiguiendo suavizar así la diferencia racial, tan arraigada en aquel país. La enseñanza a los adultos analfabetos, tan numerosos allí, y la puesta en marcha de un botiquín donde se asistía en primera instancia a los enfermos –que fue inaugurado por el ministro de sanidad– fueron otras de las actividades a las que se dedicaron las primeras Obreras misioneras.

Fallecido ya D. Vicente Garrido, el vicario apostólico en aquellos lugares, D. Antonio Eduardo Böls, O.F.M., al hablar del Fundador se refirió elogiosamente al trabajo que realizaban las Obreras: “La única vez que estuve con este venerable servidor del Señor, en octubre de 1974 –seis meses antes de su muerte– manifestó ante mí su gran preocupación por el espíritu religioso de sus hijas espirituales, las Obreras de la Cruz, que desde el año 1961, en el Vicariato

Apostólico de Ñuflo de Chávez, ayudan en la atención pastoral y social del pueblo de Dios...”.

Y, en otro momento, prosigue su testimonio: “Las Obreras de la Cruz de esta misión, tienen continuamente presente este encargo y esta preocupación de su Fundador. Por esta mi convicción, en el año 1970 me dirigí a D. Vicente Garrido Pastor, pidiendo nuevas Obreras para la parroquia de El Fortín. Y, cuando éstas ya estuvieron en plena labor pastoral, me animé a solicitar más para la parroquia de San Ramón”.

Continuaron las Obreras de la Cruz su labor en América. Y, con el beneplácito del Padre, se fueron extendiendo por lugares de misión, dedicándose a la catequesis de niños y de adultos, a la vez que atendían las necesidades materiales y espirituales, sin que frenase su ímpetu apostólico tener que realizar incursiones en la selva, con el propósito de preparar a los nativos para el Bautismo y Primera Comunión, y explicarles la grandeza del matrimonio. Y, D. Vicente Garrido, desde lejos, seguía muy de cerca estas actividades de las Obreras misioneras; estaba identificado con ellas, de las que dijo en algún momento: “...se lanzaron a la aventura, la aventura propia de esas almas quijotes de Dios...”.

La diócesis de Valencia había adquirido un compromiso con la diócesis chilena de Copiapó, cuando fue creada, en 1958. Sacerdotes valencianos se desplazaron allí. Las Obreras colaboraron con ellos. El diario *Las Noticias* de Copiapó, con fecha 5 de mayo de 1969, publicaba la noticia:

“Los anhelos de los católicos de Pueblo Hundido se han visto cumplidos. Tres Obreras de la Cruz han llegado desde Valencia. Son jóvenes y con mucha energía para ponerse al servicio de la comunidad. En la noche del domingo, una comunidad de cristianos esperaba a la puerta de la iglesia... La Misa era participada por los fieles, que llenaban la nave del templo. Luego, en el patio, la juventud que se ha ido reuniendo en estos años en el Centro Cultural, ofreció una ve-

lada de dos horas, con diversos números de humor y follore chileno. Una comida de amigos de la parroquia y organizadores del recibimiento cerró el acto...”.

Otros poblados como Mina Carmen e Inca de Oro, empezaron a ser atendidos por las Obreras de forma esporádica y, en pleno campo minero, llegaron a El Salvador. La labor realizada en Chile intensa y extensa, causó impacto en las jóvenes de aquel país, entre las que empezaron a surgir vocaciones. Con el deseo de que estas muchachas se formasen en su propio ambiente, en 1989, se abrió un Cenáculo en Santiago de Chile.

Capítulo XVI

OPINIONES SOBRE LA OBRA DE D. VICENTE GARRIDO

LA obra fundada por D. Vicente Garrido es el reflejo del espíritu apostólico de aquel sencillo sacerdote que, quiso caminar de puntillas por la vida, para que pasase desapercibida su arrolladora personalidad. No lo logró del todo, a pesar de su empeño en ser exclusivamente un hombre de Dios, renunciando a todo protagonismo. Separar a D. Vicente Garrido de las Obreras de la Cruz resulta imposible: son una misma cosa. Vivió por y para su fundación. De ahí que, para escribir sobre su vida, tengamos que referirnos repetida y extensamente a su Obra, que es parte de su propia personalidad, una prolongación de sí mismo, una forma de multiplicar sus fuerzas para trabajar por Cristo, incluso después de su muerte.

El 28 de junio de 1940, la fundación de D. Vicente fue aprobada en la diócesis de Valencia como Pía Unión. Siete años más tarde, el papa Pío XII, con la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, dada el 2 de febrero de 1947, señalaba el camino para la aprobación de los Institutos Seculares. Pero, hasta 1962, el Fundador de las Obreras, no se decidió a iniciar los trámites para que la Pía Unión se transformase en Instituto Secular.

Uno de los requisitos era que, los obispos de las diócesis donde estuviesen establecidas las Obreras, facilitaran un informe sobre el comportamiento y actividades de

los miembros de la Asociación. Y su Fundador solicitó al arzobispo de Valencia, y a los obispos de Albacete, Almería, Segorbe-Castellón, Coria-Cáceres, Madrid, Mondoñedo-Ferrol, Orihuela-Alicante y Valladolid, el imprescindible documento para poder solicitar la conversión de su Obra en Instituto Secular. También solicitó el mismo informe a los obispos holandeses de Bosch y Utrecht; en Puerto Rico, a los de Arecibo y San Juan. Y en Bolivia, al de Santa Cruz de la Sierra y al vicario apostólico de Ñuflo de Chávez.

Los elogiosos informes resultaron más que satisfactorios. Su abnegación, su entrega generosa, la meritoria labor apostólica que estaban realizando las Obreras de la Cruz, fue ensalzada por todos los prelados; la mayoría de ellos aprovecharon para solicitar que su colaboración, tan fructífera, fuese ampliada.

El obispo de Orihuela-Alicante, D. Pablo Barrachina, comentaba al Padre: “De sus Obreras de la Cruz, gracias a Dios, no tengo motivos más que para bendecir al Señor. Lo único que siento es que están poco extendidas por esta querida diócesis”.

“Puedo manifestarle que tanto el comportamiento de las Obreras como su labor apostólica desarrollada, son ejemplares y de mucha gloria al Señor”, era uno de los párrafos del informe firmado por el obispo de Segorbe-Castellón, D. José Pont y Gol.

El obispo de Mondoñedo, D. Jacinto Argaya, que había sido, durante años, obispo auxiliar del de Valencia, D. Marcelino Olaechea, y conocía bien la Obra de D. Vicente Garrido, le escribió desde Ferrol, reconfortantes palabras, sobre las Obreras de la Cruz que estaban establecidas en su diócesis: “Se distinguen por su vida interior, ejemplaridad de vida, por su extraordinario celo y labor apostólica, por lo que sus ministerios son estimados en alto grado por los fieles”.

El franciscano alemán, P. Jorge Kilian Pflaum, vicario apostólico de Ñuflo de Chávez, en Bolivia, se expresaba con impetuosa sinceridad al escribir: "Las actividades de las Obreras de la Cruz, se desarrollan muy bien. Estoy muy contento. Parece que se dedican casi demasiado a las labores apostólicas...". Y, añadía: "El espíritu religioso de las Obreras es excelente. Su ejemplo es su labor, muy grande, en esta parte del mundo donde no se conoce todavía fervor y piedad...".

El obispo de Arecibo, en Puerto Rico, D. Alfredo F. Méndez, por medio de su secretario particular, expresó sus sentimientos de manera más protocolaria, pero, sin embargo, cálida y elocuente: "Estamos muy contentos con la labor realizada por las Obreras de la Cruz. En la diócesis de Arecibo hay un gran campo de apostolado y nos gustaría poder contar con otro grupo de Obreras de la Cruz para un futuro no muy lejano...".

En posesión de estos informes, el vicario general del arzobispado de Valencia, D. José Songel Pérez, pidió por escrito, a todos los obispos donde las Obreras realizaban una labor apostólica, con fecha 14 de noviembre de 1962, que enviasen a la Sagrada Congregación de Religiosos, letras commendaticias referentes al comportamiento y tareas emprendidas por las Obreras de la Cruz en sus distintos territorios.

Algunas de las opiniones expresadas, merecen ser citadas como ejemplo. El obispo de Albacete, D. Arturo Tabera Araoz escribió: "En la actualidad tienen tres Casas abiertas en Albacete: dos sanatorios y una residencia para señoritas. Es admirable la labor que vienen desarrollando en estos tres centros. Nos place hacer constar, también, su ejemplar disposición para colaborar y trabajar en todo lo que se les encarga, así como su fiel adhesión a Nos como obispo de la diócesis...".

El obispo de Segorbe-Castellón, D. José Pont y Gol, ya citado, se recreaba comentando, en otro momento, el com-

portamiento ejemplar siempre, de las Obreras de la Cruz, de cuyos elogios entresacamos algunos: "...atienden con verdadera solicitud cristiana, como enfermeras, a los enfermos del Sanatorio Virgen de Lidón de Castellón, siendo notorio su celo por cuidar también la salud del alma de los mismos; también la labor de apostolado de las referidas Obreras de la Cruz en la Casa-Cenáculo de Vall de Uxó, es digna de alabanza ya que, además de llevar una vida de sacrificio y pobreza evangélica, su trabajo se desarrolla, preferentemente, entre la gente obrera más humilde de aquella población industrial...".

Desde Holanda, el arzobispo de Utrecht, cardenal Bernard Alfrink, en cuya diócesis las Obreras de la Cruz atendían el Hogar Valencia, de trabajadoras emigrantes españolas, afirmaba: "Sabemos que, los miembros de dicha Congregación Religiosa se ejercitan en la piedad según sus Estatutos, en la piadosa meditación y cumplen las preces que tienen establecidas. Igualmente observan, diligentemente, la disciplina religiosa en mutua caridad y con la debida obediencia a sus superiores...".

Pero, el arzobispo de Utrecht, al redactar su informe, fue, todavía, más explícito: "También declaramos que las Obreras de dicho Instituto, a las jóvenes españolas que, para su propio sustento y el de sus familias, tienen que dejar la Patria, y por las circunstancias sociales en el extranjero, fácilmente pueden estar probadas por los peligros de la fe y de las costumbres, con maternal afecto las atienden en su casa y, con todo afectuoso cuidado, atienden su vida espiritual, mientras están fuera de la Patria, hasta que felizmente puedan regresar a la misma...".

El 5 de enero de 1963, D. Vicente Garrido, reunidos los informes necesarios, que adjuntaba al historial de su fundación, expresó al papa Juan XXIII, en un detallado escrito, su deseo de que la Sociedad Amor Cristiano de Obreras de la Cruz, que había sido erigida como Pía Unión en la dióce-

sis de Valencia, veintitrés años antes –dando pruebas en su larga trayectoria de la efectividad de su trabajos apostólicos– y en atención a “los frutos, tanto en intensidad como en extensión, obtenidos hasta el presente por las antedichas Obreras...”, que, en adelante, fuese reconocida como Instituto Secular Femenino Amor Christi de Obreras de la Cruz, por la Sagrada Congregación de Religiosos, acogiéndose a la Constitución Apostólica *Provida Mater*, dada el 2 de febrero de 1947, del Motu Proprio *Primo Feliciter*, 2 de mayo de 1948, y de la Instrucción *Cum Sanctissimum*, del 19 de marzo de 1948. La petición iba avalada con palabras elogiosas por el arzobispo de Valencia, D. Marcelino Olaechea.

Aquel mismo año, cinco meses después de solicitar D. Vicente Garrido que su fundación fuese erigida en Instituto Secular, falleció el papa Juan XXIII, padeciendo una agonía interminable que conmovió al mundo cristiano. Era el 3 de junio de 1963.

Reunido el cónclave cardenalicio, fue elegido Papa, el hasta entonces arzobispo de Milán, Juan Bautista Montini, que eligió el nombre de Pablo VI. El Concilio Vaticano II que había sido convocado por Juan XXIII y que solamente había celebrado una sesión, fue renovado por el nuevo Papa. Durante su pontificado tuvo lugar la erección canónica de la Pía Unión en Instituto Secular de derecho diocesano.

La noticia fue acogida con auténtica alegría por los obispos que habían informado, tan favorablemente, para que el deseo del Fundador de las Obreras de la Cruz fuese una realidad. Las felicitaciones fueron numerosas y llenas de cariño. El vicario general del obispado de Mondoñedo-Ferrol, D. Timoteo Cerver, se expresaba así:

“Su Obra ya tiene la carta de ciudadanía en la Santa Iglesia. Y sus Obreras, campo específico y recorrido para ejercer el ministerio de su trabajo. Y, porque este refrendo

llegó por su peso, por el peso interno de la Obra. Estoy seguro de que el magnífico espíritu que anima a todas las Obreras se renovará con nuevo vigor ante este signo sensible del beneplácito divino sobre ella...”.

Fueron muchas las pruebas de afecto, de gratitud y de amistad que recibieron el Padre Fundador y sus hijas espirituales. Una de ellas fue el acuerdo tomado por el pleno del Ilmo. Ayuntamiento de la localidad valenciana de Moncada, reunido el 19 de noviembre de 1964, en el que se decidió que constase en acta que, por unanimidad, se aprobaba “felicitar a esta ejemplar Institución religiosa, con los más acendrados sentimientos de adhesión y admiración, ya que habiendo tenido la honra de que la Casa-Matriz y Casa de Ejercicios se hallen ubicadas en nuestro término, conocemos muy de cerca la labor que, en todos los órdenes, espirituales y caritativos, realiza esta magnífica Congregación”.

En uno de aquellos retiros que D. Vicente Garrido daba a las Obreras de la Cruz, precisamente en el celebrado el 24 de octubre de 1966, hizo una cita gozosa de aquella efeméride:

“Bien está recordar en este primer retiro del curso, la fecha del 21 de este mes, el pasado viernes, fecha en la cual se cumplían los dos años de aprobación del Instituto en Roma...”.

En otro momento de su plática se expresó así: “El Instituto parece, se asemeja a un árbol que va produciendo su flor; la flor se va convirtiendo en fruto; pero, así como los árboles viene un tiempo en que ya no producen flor, sólo una vez al año, las Obreras, este árbol hoy frondoso en el campo de la Iglesia, produce flor. La flor se ha convertido en fruto, pero es una flor perenne, la produce cada día, y el fruto se produce en cada momento...”.

Con el reconocimiento canónico de la Pía Unión Sociedad Amor Cristiano como Instituto Secular, se inicia una

nueva etapa en la historia de las Obreras de la Cruz, de la que su Fundador, D. Vicente Garrido, podrá disfrutar todavía, compartiéndola con ellas, una decena de años. En abril de 1975, acudió a la llamada del Padre. Su vida terrenal había finalizado; hasta entonces, el Fundador y su Obra, no sólo fueron siempre por el mismo camino, sino en una misma dirección.

Capítulo XVII

UNA VIDA QUE SE APAGA

C UANDO la concesión canónica de la erección en Instituto Secular de las Obreras de la Cruz, la salud de su Fundador estaba muy mermada; la intensa alegría y la satisfacción de haber alcanzado una de sus metas en servicio a la Iglesia, posiblemente fuese la causa de una mejoría palpable, consiguiendo vencer algunas de las molestias que le atenazaban, y volvió a reanudar diversas actividades; siguió siendo fiel instrumento de Dios y un infatigable obrero puesto a su servicio.

Su salud estaba muy debilitada en aquellos gozosos momentos; nos lo descubren algunas de las cartas, que, a la vez que lo felicitan, se conmueven de que su salud esté resentida.

“Ya he conocido la prueba de sufrimiento físico que sobre su cuerpo y salud corporal le ha hecho Dios en esta última etapa: poco podía estimularle mi modesta persona a Vd., que tan íntimo trato tiene con Dios”, confiesa, afectuosamente, en su carta, D. Gerardo Masa, capellán de la Universidad de Valladolid, en noviembre de 1964, que es la fecha que lleva su misiva.

Y D. Manuel Castelló, por aquellos años párroco de Santa María de Alcoy, cuando aún faltaban once años para que falleciese, le escribe: “Nos han dicho que hace algún tiempo que está enfermo. Se encuentra con su salud bastante quebrantada. Lo sentimos, querido D. Vicente, vivamente, y

cuenta con nuestras oraciones para su pronta recuperación...”.

El Prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, con fecha 21 de noviembre de 1964, se dirigió al Arzobispo de Valencia en estos términos: “Promulgado finalmente el Decreto de erección en Instituto Secular, Vuestra Excelencia no omita enviar a esta Sagrada Congregación un ejemplar del mismo, con el texto de las Constituciones corregido según las observaciones aquí anejas”.

Había, por tanto, que revisar los Estatutos que el mismo Fundador había dispuesto y, por su carácter definitivo, tenían que observarse en toda su integridad.

Meses después de su transformación en Instituto Secular, se cumplen las bodas de plata de la fundación de D. Vicente quien comenta a sus Obreras, desde las páginas del *Boletín*: “El tiempo va tejiendo la historia de nuestra Obra, ahora Instituto Secular con el título de Obreras de la Cruz. Alcanzamos ya los 25 años en que, del amor de Jesucristo Redentor Obrero, brotó este nuevo retoño para gloria de Dios, glorificación de la Virgen y la salvación de las almas. Las vamos a celebrar con intimidad fraternal, con especial fervor, con gratitud desbordante, con nuevos ofrecimientos de nuestro ser y vivir...”.

El tiempo que tejía la historia de las Obreras de la Cruz, según D. Vicente Garrido, en sus anteriores palabras, escribía también la historia de su Fundador, en cuya vida fue decisivo un acontecimiento providencial: el 1 de julio de 1969 el papa Pablo VI nombró arzobispo de Valencia a D. José M.^a García Lahiguera, hasta entonces obispo de Huelva, que venía a sustituir a D. Marcelino Olaechea quien, al cumplir la edad reglamentaria, según las normas del Concilio Vaticano II, había presentado su renuncia a la Sede Arzobispal.

El nuevo arzobispo conoció al canónigo penitenciario de la Catedral y, entre ambos, se estableció un intercambio

de inquietudes, de corazón a corazón. Lo explicaba así D. José M.^a García Lahiguera: “Llegué a Valencia sin conocer personalmente a D. Vicente Garrido y, sin pedir parecer ni aconsejarme nadie, lo elegí por confesor y con él me he confesado regularmente todas las semanas, desde mi llegada, en septiembre de 1969, hasta su muerte, en 1975. Puedo afirmar, rotundamente, que dichas relaciones fueron para mí ejemplares y edificantes. Me di cuenta de que el concepto que tenía de D. Vicente, formado por experiencia personal, era el mismo en que abundaba toda la diócesis. Hombre eminentemente espiritual, alma de oración, de fe profunda, viva, eficaz. Como consecuencia de su gran caridad, movido por el amor a Dios y a las almas...”.

En otro momento, el arzobispo García Lahiguera, expresó así sus sentimientos: “Para mí, desde el primer día, fue el confesor apetecido, en quien resplandecía el don de consejo, característico de los buenos confesores-directores de espíritu. Escuchaba con atención e interés y su palabra daba plena seguridad. Era el buen director que, ante todo, emulaba la acción del Espíritu Santo, sin jamás anticiparse a él, cuanto menos, suplantarle. El consejo era acertado, claro. Su palabra final era siempre alentadora. Y así, todas las semanas, hasta su muerte. Reconozco que ésta fue una de las grandes gracias que el Señor concedió a mi alma...”.

El que fue obispo auxiliar de Valencia y obispo de Mondoñedo, D. Jacinto Argaya, que conocía muy bien a D. Vicente Garrido Pastor, por sí mismo y a través de sus conversaciones con el arzobispo Olaechea, comentó después del fallecimiento del Fundador de las Obreras de la Cruz:

“D. Vicente aceptó plenamente, pero con equilibrio sacerdotal, las normas del Concilio Vaticano II. Siempre consideró a este acontecimiento como una gran merced del Espíritu Santo a su Iglesia... Evitó las reformas conciliares puramente nominales y aparentes; acometió con seriedad el cambio de estilo impuesto por el Concilio, y se enfrentó, sin

dudar, a los problemas graves, y a veces gravísimos, de nuestros tiempos...”.

En el *Boletín de Información* de las Obreras de la Cruz había escrito D. Vicente Garrido estas reflexiones: “El espíritu de la Obra ha de ir adaptándose a la mente de la Iglesia, adaptándose a las necesidades de la vida apostólica; esto hace que su apostolado sea siempre nuevo, tanto en las formas, como en el modo, siendo siempre el que precisa para llegar a las almas...”.

Confía a sus hijas las Obreras de la Cruz sus pensamientos: “El mundo actual vive la novedad; nuestra Obra estudia la manera de sentir estas novedades, de poner en ellas el sobrenatural sello del espíritu de Cristo, de valerse de ellas para atraer los corazones hacia Dios. No hay situación que no podamos utilizar, si queremos, para evangelizar y combatir el mal. Arrinconados en un estancamiento de métodos caducos e insensibles, seríamos una organización, una Obra, pero sin potencialidad ejercida para hacer frente a los enemigos de Dios en la hora presente...”.

En uno de sus habituales retiros a las Obreras –una semana después de haber sido elevada la Institución Secular, por él fundada, al rango de derecho pontificio– les abrió su corazón gozosamente: “Quizá el Señor ha querido premiar, también, con esta gracia al Instituto, mis años tan largos de sacerdocio. Premio... si miramos lo que podemos hacer por Dios, lo que debemos hacer por Él, es tan poca cosa todo... Pero hay consuelos en la vida que son gracias especiales del Señor. Y ésta ha venido, como ya veréis y sabéis, en la fecha gloriosa de mi primera Misa, a los cincuenta años. Todo, pues, se ha juntado: viernes de Reparación, cincuentenario y Decreto de Alabanza de la Santa Sede, del Papa...”.

El Fundador de las Obreras de la Cruz, cuya salud era cada día más débil, no perdía ocasión de aleccionar a sus hijas espirituales para que afrontasen su marcha, que sentía cómo se aproximaba, y lo hacía con naturalidad, valentía y renovadas fuerzas:

“Ya puedo no estar, ya puedo no vivir, ya puedo partir hacia la eternidad, puesto que he visto con mis propios ojos la confirmación de nuestro Instituto. Eso no quiere decir que no siga empujando, y vosotras conmigo, esta marcha de la Obra que se abre camino por todas partes; pero nuestra condición ha cambiado por completo...”.

Y él, que tanto se exigía a sí mismo, que exprimía gota a gota su tiempo para trabajar por Cristo, con Cristo y para Cristo, recordaba insistentemente a las Obreras sus responsabilidades: “Ahora, a vosotras, os incumbe una obligación más, una exigencia más. En fin, a cada una yo encomiendo que recapacite lo que su condición de Obrera le requiere, le exige, le pide, lo que debe hacer. Porque si una hermosa extensión ha tenido la Obra, el Instituto ahora la ha de doblar, más Obreras y mejores Obreras...”.

Lo que desconocía D. Vicente era el descanso. Se había entregado a la oración y al trabajo; un trabajo intenso y extenso. Asombra pensar cómo pudo resistir un cuerpo –que quienes lo conocieron aseguran que era frágil– el desgaste continuado a que lo sometía aquel espíritu inquieto, infatigable, emprendedor, que desafiaba al cansancio y se repartía a los demás, sin reservas, sin recortes, entregándose a los quehaceres obligatorios y voluntarios con derroche de su propia salud.

Pero llegó el momento de pisar el freno. El trabajo agotador con que intensificó su vida sacerdotal, y el paso de los años mermaron sus fuerzas; buscando recuperarlas, con la esperanza de poder volver a sus actividades habituales, se retiraba pequeños períodos de tiempo, para descansar, a la Casa de Santa María del Monte, de Torres-Torres, en la provincia de Valencia, aunque vivió habitualmente en Moncada, desde 1964.

La Casa-Cenáculo de Santa María, es un edificio sencillo, sobre un pequeño montículo, situado casi en el límite de la provincia de Valencia con Castellón, que se divisa desde

la carretera de Sagunto a Teruel, en la que, una señal indicadora, advierte, a quienes transitan por la carretera, que, a escasa distancia, se encuentra Santa María del Monte, un lugar solitario, donde D. Vicente deseaba que sus Obreras encontrasen el ambiente propicio para la meditación; un sitio adecuado para la oración y el descanso. No es de extrañar que D. Vicente, en el final de su vida activa, se retirase de vez en cuando, pero, cada vez con más frecuencia, a la Casa-Cenáculo de Torres-Torres; sin embargo, eran breves paréntesis que intercalaba entre sus todavía numerosas actividades apostólicas. Diariamente acudía a la Catedral para asistir al coro, uno de sus deberes como canónigo. Y el confesionario lo retenía muchas horas; por ello vivía habitualmente en la Casa de Moncada.

El párroco de San Francisco de Borja, Rvdo. D. José M.^a Mateu Climent, se expresaba así, recordando al ya desaparecido canónigo penitenciario: "Creo que D. Vicente cumplió perfectamente las obligaciones que dimanaban de la general obligación de procurar aquellas cosas que son necesarias para la válida administración y recuperación del sacramento de la Penitencia. Estas obligaciones son inherentes a los deberes que incumben al ministro del sacramento de la Penitencia, a saber, como maestro, debe enseñar y aleccionar sobre aquellas cosas que son necesarias para hacer bien la confesión. Como médico, curar las enfermedades del alma y sugerir los remedios aptos para prevenir muchas caídas, y principalmente, el oficio de juez, para juzgar rectamente acerca de la gravedad del pecado y de las disposiciones del penitente para recibir la absolución y la reconciliación con Dios...".

La decadencia física de D. Vicente Garrido era, cada día, más palpable; su espíritu robusto mantenía en pie y agilizaba los movimientos de aquel cuerpo maltrecho, enfermo sin retorno.

El arzobispo de Valencia, D. José M.^a García Lahiguera, dispuso, a través del canciller secretario del arzobispado,

D. Roque Ruiz, que firmaba el Decreto, con fecha 9 de febrero de 1974, que se le concediese “al M.I. Sr. D. Vicente Garrido Pastor, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana, la dispensa del servicio coral para toda la vida y según la mente del canon 422 del Código de Derecho Canónico, por los servicios que ha venido prestando en la Santa Iglesia Catedral, sus constantes trabajos pastorales, las obras de espiritualidad publicadas, así como también por su avanzada edad...”.

Pero aquel espíritu robusto no se dejaba atenazar por su cuerpo debilitado y, aunque dispensado de hacerlo, continuó acudiendo a la Catedral para cumplir con sus obligaciones, durante algún tiempo.

En algunas de las circulares que dirige a sus Obreras, publicadas en el *Boletín*, desahoga sus pensamientos: “Benditos años, mil veces benditos trozos de vida gastados, consumidos en la palestra espiritual a la que fuimos llamados y en ella todavía perseveramos...”.

Su condición de sacerdote la paladeaba, se recreaba recordando aquella vocación temprana, a la que fue fiel y que deseaba merecer ese regalo divino, cada día, en cada momento y en todas las ocasiones. Comentó a sus Obreras en pláticas y escritos:

“Fecha de entrañable y perpetuo recuerdo, el 12 de junio de 1921, en que fui consagrado sacerdote de Cristo, singular entrada en la palestra donde luchó primero el Maestro y venció en dos maderos en forma de cruz. Con ella, el Sumo y Eterno Sacerdote, con una sola oblación y, solamente por una vez, consumó la Redención de todos, sin excepción de clases. Viene a mi memoria tan excelsa merced, y siento que toda mi gratitud es poca, que toda mi correspondencia a las exigencias de tan alto ministerio, siempre resulta pobre. La dignidad del sacerdocio, la excelsitud de su misión espiritual en el mundo, tocan la cumbre del mayor destino a que el hombre puede ser elevado en la tierra...”.

Otro de los entrañables recuerdos que llevaba en el alma D. Vicente Garrido, era el sencillo homenaje del pueblo donde nació, Benaguacil, el pueblecito valenciano donde siempre había residido su familia, al que, cada semana, se desplazaba desde el Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, para visitar a sus familiares y seguir estando en contacto con sus paisanos; en su pueblo de Benaguacil se refugió durante los primeros meses de la guerra del 36; a su pueblo acudió siempre que pudo disponer de un día libre. Y su pueblo, en 1960, lo nombró hijo predilecto. Le conmovió esta distinción y la agradeció con parquedad de palabras pero con gratitud desbordante. Así era el Padre.

La petición de que se concediese a D. Vicente Garrido Pastor el título de hijo predilecto de Benaguacil partió del párroco D. Bernardo Carreres Oliver, quien, con fecha 15 de octubre de 1960 –precisamente el día de la festividad de santa Teresa de Jesús– presentó al alcalde y ayuntamiento de Benaguacil un escrito solicitando que “en vista de los méritos que concurrían en el sacerdote Vicente Garrido Pastor, hijo preclaro de aquella Villa, le fuese concedido el nombramiento de hijo predilecto de su pueblo natal, Benaguacil”. La respuesta no se hizo esperar: “El Ilustre Ayuntamiento de Benaguacil, en sesión extraordinaria, ha acordado, interpretando el unánime sentir de su vecindario, conceder el honroso título de ‘Hijo Predilecto’, a favor del M.I. Sr. D. Vicente Garrido Pastor, como reconocimiento de su noble y generosa conducta observada constantemente en el ejercicio de su Santo Ministerio”.

Pero el alcalde de Benaguacil, que era en aquella época D. Vicente Roda, y el entonces secretario de aquel ayuntamiento D. Sergio Luego Díaz, comunicaban, a la vez, otro deseo unánime de la corporación municipal: “Asimismo se acuerda dar el nombre de ‘Canónigo Garrido Pastor’ al trozo de la calle de Cervantes, comprendido entre la calle del Cid y Baseta, por una parte y por la otra, calle de Falange Española y General Mola...”.

D. Vicente Garrido agradeció, desde el fondo de su alma, el cariñoso homenaje de sus paisanos. Y, con tantas distinciones, con tan plurales y diversos reconocimientos, a su persona, a sus trabajos apostólicos y a su Obra, él continuaba su vida sencilla, vida de oración, en la que la gran actividad apostólica que desplegaba, no le separaba de su crecimiento espiritual que alimentaba con toda intensidad y de forma constante, fusionando la acción y la oración. Quiso ser siempre un fiel instrumento en las manos de Dios. Decía a sus Obreras:

“Todos hemos de admirar el modo maravilloso que tiene Dios de obrar, cómo nos lleva a todos, a mí el primero, a caminos que no podíamos pensar; sólo había en nosotros santos deseos, buenos propósitos, alientos de trabajo; pero hasta dónde esto llegaría... ni lo podíamos entonces imaginar...”.

Capítulo XVIII

SU HERENCIA ESCRITA

Y como nadie mejor, para hacer la introducción a los comentarios de los numerosos escritos que nos ha dejado el canónigo D. Vicente Garrido Pastor, que el mismo autor, tomamos sus propias palabras, referentes a sus libros, publicadas en el *Boletín de Información*, mediante el cual mantenía constante comunicación con las Obreras de la Cruz, sus hijas espirituales:

“He escrito varios libros. Estimo que el contenido de sus páginas es de pocos quilates, si se compara con el de otros libros más apreciados y leídos, cuyo contenido aparece más moderno, a juicio de muchos. Sin embargo, me consuela el saber que, los que salieron de mi pluma, trascienden a perfumes de una buena voluntad de imitación y amor a Jesucristo...”.

Y continúa diciendo: “Mis libros son una recopilación de cosas que escribí, de otras muchas que hablé en ejercicios espirituales, conferencias, predicación y de pensamientos sugeridos... ¿por quién...? No lo sé. El Señor lo sabe. Una cosa para mí es cierta, que sólo busqué el bien de las almas y la glorificación de Dios, no las alabanzas de los hombres; solamente me movió, penetrando con mis reflexiones en la riquísima estancia, para tantos aún escondida, de la doctrina evangélica, el dar a conocer el pensamiento y el espíritu de nuestro divino Maestro y, así, ofrecer con cla-

ridad un molde donde se pudiesen formar, hoy y en el mañana, voluntades recias, espíritus fuertes, corazones de grandes corazonadas...”.

La herencia escrita de D. Vicente Garrido es abundante y muy variada. Increíblemente, un hombre de tantas y tan distintas actividades apostólicas, todavía tuvo tiempo para redactar sus pensamientos, sus consejos, sus enseñanzas, sus experiencias, rezumando, siempre, sus escritos el deseo de llevar a Dios a todos los hombres, de “endiosarlos” –llenarlos de Dios– y transformarlos, como él mismo decía, en “corazones de grandes corazonadas”.

Entre su obra escrita, hay que citar los Estatutos y Constituciones que redactó para la fundación de las Obreras de la Cruz.

Los primeros Estatutos son de 1940, cuando la Obra fue reconocida por la autoridad diocesana. En 1964, al ser erigida en Instituto Secular de Derecho diocesano, se publicaron las primeras Constituciones que, con nuevos retoques, se presentaron para la aprobación pontificia en 1971, ampliándolas con un Directorio y un Reglamento para las Cooperadoras de la Obra, contando, para ello, con el asesoramiento de Mons. D. Miguel Aisa Goñi, auditor del Tribunal de la Rota de Madrid.

En el primer Congreso Nacional de Educación Católica, celebrado en 1924, presentó una ponencia D. Vicente Garrido recogiendo, detalladamente, la historia, los fines y las actividades del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot (Valencia), del que era director. Esta memoria, redactada para el Congreso, derivó en un libro de carácter histórico, con riqueza de detalles y abundancia de datos, no sólo del Castillo donde está ubicado el Colegio Mayor, sino del pueblo de Burjasot, que es el escenario natural que rodea el espléndido monumento. El libro publicado en 1924, y reeditado en 1996, lleva por título *El Castillo-Colegio Mayor de San Juan de Ribera*. La fundación del Colegio por

D.^a Carolina Álvarez, la constitución del Patronato que mantiene vivos los fines que se propuso su fundadora al dar vida a este proyecto, y la vida cotidiana que se desarrolla en el Colegio, son el tema que, con agilidad periodística, suavizando la aridez de los datos, integran el contenido del libro.

Los libros de formación son los más abundantes en la producción literaria de D. Vicente. Entre ellos, merece destacarse su discurso de apertura del curso académico 1955-1956, en el Seminario Metropolitano de Valencia, del que, en aquellos años, era catedrático de Principios de Teología Moral. El tema y título del discurso, publicado en 1955, es *Formación Moral y Acción de Apostolado*. De dicho trabajo se hizo una segunda edición en 1994. La lectura del libro causó honda impresión en el entonces canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia Juan Antonio Reig Plá, posteriormente obispo de Segorbe-Castellón, quien, en el prólogo de la última edición, afirma:

“Cuando todavía resuenan como un clamor las voces del Santo Padre y de la Conferencia Episcopal Española, que convocan a los fieles laicos a ser conscientes de su identidad cristiana y de su misión en la Iglesia y en la sociedad, las palabras del querido D. Vicente son como un anticipo lúcido de las verdaderas necesidades que presenta el momento actual y de la respuesta adecuada para llevar adelante una verdadera evangelización...”.

Calificaba, el entonces canónigo Reig Plá, al Fundador de las Obreras de la Cruz como “...gran maestro en la dirección espiritual, pastor de almas experimentado y con un gran sentido de Dios”.

A lo largo del libro, D. Vicente Garrido expresa con sencillez, los más difíciles conceptos: “Con los ojos como vendados, siguiendo el camino trazado por Jesucristo, camina el cristiano, guiado por la fe, hacia la posesión del Reino de los Cielos. Perdemos el tiempo cuando queremos averiguar lo que supera infinitamente a nuestra razón, lo que no po-

demos alcanzar sin la declaración de un Dios. Nos quiere probar Jesucristo en nuestra fidelidad y confianza, obligándonos a esperar en Él por medio de la fe, 'de la cual es autor y consumidor', es decir, su principio y fin...".

Curiosamente, lo que el Padre escribió hace más de cuarenta años sigue teniendo hoy actualidad: "...el 'papel trabajo' sube cada día, va adquiriendo un más alto relieve en la vida cultural, económica, social y apostólica. En él se cifra hoy un título de nobleza. El trabajador nuevo aristócrata social. Su personalidad crece; su representación en el mundo es cada día mayor. Pasaron los caballeros de tiempos fenecidos, para ser reemplazados por los aristócratas del trabajo...".

El volumen dedicado a los *Directores de Ejercicios Espirituales*, es el resumen que dio, en el Seminario Metropolitano de Valencia, a los sacerdotes y futuros sacerdotes interesados por el tema. En dicho libro, no sólo se proponen temas de formación, sino que se incluyen posibles guiones para la preparación y desarrollo de las pláticas. Denso contenido, expuesto de forma clara y contundente, que no ha perdido actualidad con el paso del tiempo.

La calidad humana del canónigo D. Vicente Garrido la demuestra, una vez más, con el recuerdo entrañable de las hijas que se adelantaron a la marcha a la Casa del Padre. Así, en el opúsculo *Luces sobre el celemín* relata, brevemente, las biografías de las Obreras de la Cruz ya fallecidas.

En los primeros años de su vida sacerdotal, en 1931, publicó el libro *La vida del espíritu*, que es una guía para desarrollar al máximo, y con el mayor aprovechamiento, el enriquecimiento espiritual. Aconseja, también, sobre los medios más eficaces para vencer las dificultades que se presentan. Concede gran importancia, no sólo a la oración, sino a la dirección espiritual. Ha sido calificado, por los estudiosos, este libro, como un práctico tratado ascético-místico.

La importancia que dio siempre D. Vicente Garrido a la oración, saber hablar a Dios con fe y esperanza, sería, posiblemente, uno de los motivos que le llevó a traducir y hacer la adaptación del libro de Antonio Francisco Bellati *El Arte de Encomendarse a Dios*.

En la revista *La vida sobrenatural*, de la que fue asiduo colaborador D. Vicente Garrido, publicó una serie de siete artículos que fueron recogidos, posteriormente, en un volumen que lleva por título: *Hacia la santidad*.

Los consejos que, probablemente, daba en el confesionario; las palabras que conmovían en sus pláticas; los pensamientos que servían de tema a sus meditaciones; el hilo conductor del contenido brillante de los ejercicios espirituales que dirigía, se encuentran reunidos, condensados, en el libro *Espigando*, donde hace afirmaciones rotundas:

“Las almas de Dios no se acobardan nunca, sólo cuando van a cometer algún pecado; entonces, se asustan y lo rechazan”.

En otro momento: “La prudencia es la virtud más bella, porque reside en la cabeza. Virtud por la cual se ve un pasado, un futuro, incluso en el detalle. Una persona prudente es un tesoro muy difícil de encontrar”.

Del libro *Espigando* se han hecho ya dos ediciones: en 1978 y en 1995. La profundidad de su vida espiritual, su riqueza, hace que los pensamientos de D. Vicente Garrido recopilados en este libro sean fecundamente apostólicos.

Aunque todos sus escritos fueron concebidos pensando en el enriquecimiento de la formación espiritual de las Obreras de la Cruz, algunos de ellos están especialmente destinados a perfeccionar e intensificar la vida interior de los miembros de dicho Instituto Secular; se trata de la recopilación de meditaciones y pláticas de D. Vicente, durante las tandas de ejercicios dirigidas a las Obreras de la Cruz. Son libros de honda espiritualidad, expresada con lenguaje sencillo. La trilogía *Estímulos*, *Señor, que vea...*, y *¡Tú puedes...!*, es un ejemplo de ello.

En 1989 fue publicado el *Cantoral*, donde se incluyen casi cincuenta cantos, cuya música y letra es original de D. Vicente Garrido, en los que se refleja la marcada espiritualidad de su autor y su profundo sentimiento musical, en un repertorio de música sacra, variado y sencillo. Incluye, también, algunos cantos en latín, y Gozos al Niño Jesús, al Santísimo Cristo de la Misericordia y a la Virgen de los Dolores. Se hizo coincidir, delicadamente, la publicación del libro *Cantoral* con la fecha del 12 de noviembre, día del cumpleaños del Fundador del Instituto Secular Obreras de la Cruz.

Otros libros suyos son el *Manual de las Obreras de la Cruz*, que más que directorio litúrgico es un devocionario práctico, que incluye el ceremonial para algunas celebraciones destacadas, y el resumen de las devociones que deben practicar las Obreras.

En un pequeño cuadernillo, D. Vicente dejó escrito el ejercicio de los *Siete Dolores de la Santísima Virgen*, del que era tan devoto, y los comentarios para practicar esta tradicional costumbre.

Su entrañable devoción a la Virgen se hace palpable a lo largo de su trayectoria sacerdotal y en lo extenso de sus actividades apostólicas. La Madre de Dios ocupa un lugar primordial en la vida de oración de D. Vicente Garrido. En uno de los artículos, publicado en el *Boletín de Información*, expresaba así sus sentimientos:

“Después de Jesús, es la Virgen la casi... omnipotente, porque tiene en sus manos el poder de su Hijo Divino. Nada, pues, se resiste, al querer de la Virgen. Ella quiere lo que Dios y Dios quiere lo que ella pide. Quedarse Madre de la Iglesia al subir Dios a los cielos, y como Madre la vigila y protege”.

En otro momento, escribió: “Por ella tenemos a Cristo Jesús, recibimos la gracia de conocerle y la moción de seguirle hasta la imitación cabal, uniendo nuestro vivir a su gloriosa cruz”.

Uno de sus artículos del *Boletín*, titulado “¡Madre!” es una explosión de amor mariano: “Por ella, nuestros ojos vieron luz hermosa de auténtica santificación, entre las tinieblas de un mundo materializado; luz de esperanza en medio de desazones de nuestro corazón anhelante, al regresar a los pies del Divino Crucificado”.

La Virgen tuvo un papel decisivo en todas las actividades apostólicas de D. Vicente Garrido. Refiriéndose a su fundación preguntaba y se preguntaba dialogando con las Obreras, en uno de sus mensuales retiros: “¿De dónde partió aquella inspiración que yo tuve...? ¿Fue obra del hombre...? ¿Fue obra de Dios...? Si te fijas bien verás la mano de la Virgen”.

En *Habla... el Boletín* se resumen todos los consejos y las enseñanzas de mayor interés que D. Vicente Garrido daba en el “día a día” a sus hijas espirituales; son una serie de artículos muy diversos en el tema que, en definitiva, sintetizan sus pensamientos y descubren sus sentimientos. El lenguaje que utiliza es, como siempre, sencillo, y, en este caso concreto, es más familiar que de costumbre. La segunda edición es de 1978.

Su herencia doctrinal se completa con los cuatro volúmenes donde se recoge el contenido de los *Retiros* que dirigía a las Obreras de la Cruz.

Y, es en los retiros donde, confiada y familiarmente, se sincera con sus hijas, descubriéndoles el “por qué” y el “para qué” de su empeño en reunir a un grupo de mujeres luchadoras entregadas al servicio de Jesucristo y de la Iglesia en medio del mundo; son recuerdos íntimos que deposita en ellas.

“Nuestra Obra nació con el único fin de glorificar a Dios. Con la única finalidad de luchar y defender a Jesucristo, de propagarle, de ser valiosos instrumentos en la extensión de esta obra grandiosa de la Redención, en defender, enseñar, propagar su doctrina, abrir el camino del cielo a las almas.

Pero, nacieron muchas necesidades, muchas dificultades, muchos obstáculos, para poder llevar a cabo la realización de este ideal. Recurrimos a la Virgen, nos escuchó; hizo suyas estas necesidades nuestras, las presentó a Jesús... He aquí su intercesión valiosa, y nos envió al Señor...”.

La presencia de la Virgen es constante en su vida y en sus obras; en su pensar y en su predicar. Siente la presencia de la Madre de Dios como algo vivo y, esta fuerza mariana que inflama todo su trabajo sacerdotal, quiere contagiarla, proyectarla a las Obreras de la Cruz.

Le conmovía especialmente la Virgen María, como coredentora, al pie de la cruz: la Virgen de los Dolores. A Ella profesó siempre una especialísima devoción. Y así dejó escrito en las Constituciones de 1973:

“Cristo Crucificado y su Madre bendita, la Virgen de los Dolores, serán las dos antorchas que iluminen la vida interior de las Obreras, alimentando su espiritualidad; de ellos han de plasmar en sus vidas las virtudes de la fe, la esperanza, la caridad, la humildad y la fortaleza”.

Entre las prácticas de piedad que, las Constituciones, disponen que cumplan, cada día, las Obreras de la Cruz, además del rezo de una parte del santo rosario, se indica que no deben omitir los siete Dolores a la Virgen. Vivió D. Vicente Garrido intensamente, con fervor y constancia, esa devoción, y así quiso inculcarla a sus hijas espirituales. La Virgen de los Dolores preside cada una de las Casas-Cenáculos.

Tuvo también, D. Vicente, una profunda devoción al Espíritu Santo, a san José y a san Juan de Ribera, cuyo nombre dio a la Casa de Roma, cuando vio cumplido su anhelo de que las Obreras tuvieran una residencia cerca del Vaticano. Pero su devoción a la Virgen fue superior a todas. En un escrito autógrafo, con correcciones, también de su puño y letra, que se publicó en el *Boletín de Información* de abril-mayo de 1975, dice textualmente el Padre:

“...Criatura escogida entre todas por el Altísimo, criatura eminentemente predilecta de Dios; llena, colmada de gracia; santísima entre los santos, cuya cima en virtudes, en méritos, en sacrificio, en martirio, en amor, sois vos, la Virgen Madre Dolorosa, que estuvisteis firme e invencible al pie de la Cruz, de aquella humillante y hoy gloriosa Cruz, de la cual, colgado con clavos, visteis morir a vuestro Hijo amado...”.

Capítulo XIX

UN CORAZÓN DE GRANDES CORAZONADAS

QUIENES lo conocieron e incluso los que convivieron con él en las diferentes etapas de su vida, en el seminario, como becario en el Patriarca o como director del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, no han calificado nunca a D. Vicente Garrido como una persona impetuosa e impaciente, ni siquiera advirtieron que se pusiera ligeramente nervioso ante situaciones difíciles o sucesos desagradables. Sin embargo, el Fundador de las Obreras de la Cruz, estudiando sus escritos y reconstruyendo su vida, a través de lo que han dicho de él los demás –porque él dijo muy poco– descubrimos que era un sacerdote afectuoso, cálido, sensible, entrañablemente familiar, ejemplarmente humano, pero que nunca quiso demostrar estos sentimientos que enriquecían su persona, no los exhibió jamás; los escondía en las alforjas del alma, aunque siempre actuaba con el corazón. Un “corazón de grandes corazonadas”, era el silencioso motor de su vida sacerdotal, el latido, pausado e incesante, que mantenía la vitalidad de una existencia, cuyo objetivo era dar gloria a Dios y servir a la Iglesia. Trabajaba en silencio, en un “tono cordial” –el tono que le marcaba el corazón– aunque, en algún momento, le brincase en el pecho, le sobresaltara y le hablase a gritos, con latidos más rápidos y más fuertes, al sentirse sacudido por un sentimiento, por “una corazonada” que era necesario frenar, para que no lo acelerase demasiado,

pero que, en frío, la corazonada se convertiría en idea, en proyecto y desembocaría en una realidad. Su visión de futuro, de la que tanto se ha hablado, debía ser fruto de sus corazonadas. Su espíritu batallador, supo envolverlo con unas cualidades aparentemente contradictorias.

El sacerdote no puede permanecer impasible, mientras contempla un mundo descristianizado. Y, D. Vicente Garrido, sintió la necesidad de trabajar, con urgencia, por la causa de Cristo y de la Iglesia.

“Un hombre de Dios, enamorado de la santificación de las almas por el cumplimiento del deber y la entrega generosa, por el camino de la cruz y del amor... Su laboriosidad, el tesón y constancia, sin ceder al desaliento eran, también, muy patentes...”. Así lo retrató D. Vicente López Martí.

Comentando la ejemplaridad del canónigo penitenciario, afirmaba D. José Aliaga: “Era la suya una vida de entrega absoluta al bien de las almas... A todos atendió incansablemente, hasta su muerte, este santo sacerdote...”.

Ciertamente, D. Vicente Garrido, durante toda su vida sacerdotal, puso en marcha y llevó adelante múltiples actividades apostólicas, con gran esfuerzo, dando su vida por los demás, de manera muy especial por sus Obreras de la Cruz. Siempre se comportó con el desprendimiento y el desinterés de un padre; nunca pensó en sí mismo. De una gran generosidad, hizo siempre entrega total de su persona, para trabajar por Cristo y por su Iglesia, sin regateos.

Vivió siempre con sencillez, humildemente...; en su habitación y dependencias personales brillaba la austeridad y carecía hasta de las más mínimas comodidades; las rechazaba. Siempre se distinguió por llevar una vida de pobreza.

La mayoría de sus ocupaciones, eran trabajos que realizaba gratuitamente; poseía una innata generosidad. Cuando algún dinero llegaba a sus manos, lo dedicaba a las necesidades del Instituto, o lo entregaba a quienes lo estaban necesitando.

Era limpio y ordenado; vestía con pulcritud, pero disponía escasamente de lo indispensable. Era mortificado en la comida, nunca quiso distinciones ni mostró preferencia por ninguna clase de alimentos.

“Su gesto de hombre de Dios, que aparecía a través de su serenidad y recogimiento, no hizo de él un ser triste ajeno a los demás en la convivencia; todo lo contrario. Era agradable, ameno en su conversación y buen humor...” reconocía D. José M.^a García Lahiguera, cuando era ya arzobispo emérito de Valencia. Es un testimonio que hay que tener muy en cuenta, por el trato continuado y frecuente que, el arzobispo tuvo con el Padre, especialmente en los años últimos de su vida, cuando la enfermedad lo trataba con más dureza.

Siempre quiso D. Vicente Garrido ser un fiel instrumento en las manos de Dios. Al comenzar su sacerdocio renunció a todo, dedicándose a desarrollar y perfeccionar su vida espiritual; fue constante en la oración, en el estudio y en la penitencia, que le llevaron a una unión con Dios, cada día más estrecha, y lo capacitaron para dedicarse a difíciles y continuados trabajos eclesiales.

Cada vez era más ancho el campo de su sacerdocio; sus actividades eran múltiples, pero, su espíritu, inagotable: “...la idea que tiene del sacerdocio le ha familiarizado a una inmolación continua”, escribió refiriéndose al Fundador de la Obreras de la Cruz, el Rvdo. D. Arturo Llín, que fue alumno suyo en el seminario.

El enviado especial de la Santa Sede ante el Consejo de Europa, Mons. Justo Mullor, afirmaba, en cierta ocasión, que el secretario del obispo de Almería, cuando le habló de D. Vicente Garrido no fue parco en elogios: “Me aseguró que era un sacerdote de intensa y alta piedad... dotado, además, del don del consejo, de humildad; amor a la contemplación y a la acción apostólica hacia los demás y obediencia a su Prelado...”.

La timidez que vieron algunos en D. Vicente Garrido, era sólo aparente; una delicadeza más, que le hacía preferir quedarse en un lugar secundario y menos brillante pero, su afabilidad, su sencillez, su riqueza de vocabulario y su abundancia de ideas, hacían que, escucharle, fuese un verdadero placer. Era un extraordinario conversador, un eficiente profesor y un predicador ameno, ya que manejaba con perfección el instrumento de la palabra, enriquecida por su sólida formación cultural y el aplomo de su voz, despertando el interés de quienes le escuchaban, que se sentían cautivados por la sencillez con que se comportaba.

Sus ejercicios espirituales iban dirigidos a toda clase de personas; daba tandas a los jóvenes, de los dos sexos; a mujeres casadas, a hombres, a religiosos, a intelectuales y a obreros. Pero, dedicó una atención especial a los sacerdotes, que lo consideraban maestro de confesores. A petición de ellos, escribió y publicó el libro: *Directores de Ejercicios Espirituales*. El final de los ejercicios espirituales era, habitualmente, la confesión general, y ésta llevaba al ejercitante a tratar, de forma más directa, al sacerdote que había hablado ya a su alma.

En 1976 escribió, desde Sueca, el Rvdo. D. José Aliaga Grau: “¿Quién podrá describir la cantidad inmensa de fieles, sacerdotes y seglares, de toda clase y condición, que han pasado por su confesionario para recibir, de su amabilidad, una orientación, una palabra de consuelo para su acongojado espíritu...? A todos atendió incansablemente, hasta su muerte, este santo sacerdote, calificativo que se escapa de mi pluma, aceptando de antemano, el juicio infalible de la Iglesia...”.

Con admiración, y con un afecto entrañable, repetía en muchas ocasiones el dimitido arzobispo de Valencia D. José M.^a García Lahiguera, en su retiro de la vida activa: “D. Vicente Garrido era un ‘sacerdote-sacerdote’, con una riquísima gama de virtudes, que él vivía sencilla, profunda y cons-

tantemente. Muy humano y, al mismo tiempo, de elevado espíritu. Era un hombre de Dios...”.

La riqueza de sus cualidades humanas y el sello sobrenatural que imprimía a sus actos, su cordialidad y su entrega a los demás, le hacían gozar del cariño y del respeto de todos, que admiraban la austeridad de su vida y la sencillez de sus costumbres. Nunca hablaba de sí mismo, ni de su familia, ni de su infancia; los recuerdos entrañables que todos llevamos en el alma y que recordamos, tantas veces, en voz alta, él los encerraba para disfrutarlos en soledad. En sus numerosos escritos jamás hace alusiones a sí mismo: borró de su vocabulario la primera persona de todos los tiempos y de todos los verbos.

“El Señor me ha concedido la gracia de poder conocer las virtudes de este sacerdote, según el criterio evangélico, comprobando los admirables frutos con que su vida sacerdotal ha enriquecido a la Iglesia...”. Con estas palabras, expresaba su admiración por el Fundador de las Obreras de la Cruz D. Juan Hervás, que había sido obispo auxiliar de Valencia, antes de ser obispo de Ciudad Real.

Y otro obispo –que lo fue de Calahorra, y posteriormente arzobispo de Toledo– D. Francisco Álvarez, ha dicho de él: “Toda su vida fue una dedicación plena a llevar a cabo su ministerio sacerdotal...”.

Los testimonios de quienes le conocieron son unánimes; coinciden en afirmar que, D. Vicente Garrido, era el ejemplo vivo de cómo debe comportarse un sacerdote que corresponde fielmente a su vocación.

“Admiré siempre en él –son palabras de D. Jacinto Argaya, cuando falleció D. Vicente Garrido, que en aquellos momentos era obispo de San Sebastián, pero con anterioridad había sido obispo auxiliar del arzobispo de Valencia D. Marcelino Olaechea– a un sacerdote ejemplar, laborioso, amable, silencioso y competente. Fue sólo sacerdote, siempre sacerdote y, en todo, sacerdote...”.

Desde Estrasburgo, Mons. Justo Mullor escribió: “Un auténtico hombre de Dios y un alma dotada de excepcionales cualidades humanas y de una profunda y larga experiencia sobrenatural...”.

Siendo canónigo de la Colegiata de San Bartolomé de Valencia, D. Joaquín Torres Capella, definió a D. Vicente Garrido de forma muy breve: “Un santo, un sabio y muy ejemplar en el sacerdocio; humilde, sencillo y muy poco hablador...”.

No sólo predicaba D. Vicente Garrido la santidad con el ejemplo, deseaba despertar, en todos, las ansias de santidad con su palabra, que se volvía vehemente y apasionada cuando predicaba: “Santificad la vida de fuera –decía–, santificad la vida de dentro. Sed corazón para Dios, pero sed corazón y brazos para los demás... Vivid y enseñad a vivir la vida cristiana. Vivid y enseñad a vivir la vida de Jesucristo, lo que es Jesucristo, así”.

Un testimonio valioso sobre D. Vicente Garrido es el de una Obrera de la Cruz, que fue alumna suya y que, posiblemente, su ejemplo, despertó en ella el deseo de entregarse a los demás: “Conocí al Siervo de Dios, Vicente Garrido, en el año 1941, que lo tuve de profesor de Religión en el Instituto San Vicente Ferrer de Valencia. Cursaba, entonces, 4.º de bachiller y, desde este curso, hasta el 7.º, en el año 1945, recibí su enseñanza y formación religiosa, ya que, además de las explicaciones y orientaciones que nos impartía en las clases, cada año nos daba ejercicios espirituales, para completarnos y hacernos mejorar la vida espiritual, llevarnos a Dios y llenarnos de amor a Él, que sin duda era el fin que lo motivaba: la gloria de Dios y salvación de las almas...”.

Otra Obrera de la Cruz, explica su encuentro con D. Vicente Garrido, refiriendo una simpática anécdota:

“Conocí a D. Vicente Garrido, cuando me examiné de ingreso de bachiller, en junio del año 1940 en el Instituto San Vicente Ferrer de Valencia. Ese verano hice mis primeros

ejercicios espirituales. Y, mi sorpresa fue que era el profesor de Religión quien iba a dar los ejercicios. Cuando finalizaron, pasé a hablar con el Padre, y le pedí que fuese mi director espiritual. Él, huyendo la mirada, dijo:

– Mira que yo tengo mucho trabajo...

Pero yo le atajé rápidamente: Padre... ¡es que yo quiero ser santa...!

Ante tal entusiasmo por mi parte, contestó: ‘¡Ah...! Entonces, bien..’.

Y es que, D. Vicente Garrido, llevaba metida en el alma la obligación que tenía no sólo de ser santo, sino de hacer santos a los demás, y lo procuraba, con su comunicación viva, transmitiendo la palabra de Dios de forma sencilla, afectiva, fervorosa, con vehemencia y con sinceridad. Y, todos fueron objeto de su celo apostólico, sin distinción ninguna: “El apostolado no se puede limitar a ningún sector, sino que ha de abarcar a todos los sectores –son sus palabras– y tanto se ha de extender a aquellos que no tienen fe y viven desordenadamente, como a aquellos que tienen una vida frívola, como a aquellos que llevan una vida de piedad aparente o superficial y, también, a aquellos que llevan una vida profunda de piedad...”.

Sus palabras a las Obreras de la Cruz, eran elocuentes: “Vosotras habéis de ser almas de fervor. Estáis puestas muy cerca de Jesús, en contacto con Él, por vuestra vida, por vuestras obligaciones, por vuestra vocación. Lo que no hierva, es que tiene algún impedimento y hay que quitarlo. Porque nuestro plan no es solamente hacer almas buenas, no; nuestro plan es el apostolado, para empezar y llegar luego a más... Nuestra mirada ha de ser de águila; más, más lejos...”.

Buscaba despertar en las Obreras una arrolladora inquietud apostólica: “¡Es tan bonito, mis Obreras, vivir dando ese algo de Dios en todas partes...! Es tan encantador que nos fluya aquello que, en vez de separar aprieta y une;

que, en vez de oscurecer, da luz; que, en vez de desanimar, alienta; que, en vez de bajar en nobleza, levanta el espíritu; aquello que nos hace mirar más alto, nunca a las criaturas, siempre hacia Dios; nunca buscándonos a nosotros, siempre buscando la gloria de Dios; nunca nuestro amor propio, siempre el amor de Dios, satisfecho y cumplido...”.

Inculcaba a las Obreras la importancia del frecuente diálogo con Jesús-Eucaristía. Quiso que, a las Casas donde viven las Obreras de la Cruz, se les diese el nombre de Cenáculos: “¿Qué debe ser nuestra vida –les decía– sino una continuación del Cenáculo, en donde el Señor va comunicando sus inspiraciones, sus gracias, sus luces...? ¿Cuál debe ser la vida de una Obrera, sino una prolongación de la vida del Cenáculo? El Cenáculo es una capilla en donde, escondido, vive Jesús, está la Virgen, se respira el ambiente sobrenatural. ¿Qué debe ser la rama de un árbol, sino la prolongación de la savia que sube del tronco?”.

Estableció su Fundador que, en todas las Casas-Cenáculos de las Obreras de la Cruz, se celebraran, durante todas las semanas del año, los viernes de Reparación, que continúan enriqueciendo la vida espiritual de dicho Instituto Secular.

Capítulo XX

PINCELADAS PARA UN RETRATO

LAS opiniones que hemos podido recoger de quienes lo conocieron, son testimonio de la impresión que causaba la personalidad impactante de D. Vicente Garrido. Son brochazos, pinceladas de variada paleta que, con su diverso colorido, dan vida a un retrato singular: el de un sacerdote que, ya durante su vida, era tenido por muchos como un verdadero santo.

Uno de los antiguos becarios del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, Rafael Pardo Ballester, desde Barcelona, lo describe con estas frases concisas: “Varón piadoso, fiel a su vocación sacerdotal, humilde y caritativo, en el auténtico sentido que, la palabra ‘caridad’ ha de tener para los auténticos seguidores de Cristo Dios: lo primero, el amor fraterno, la limosna será su consecuencia”.

Esa misma opinión la confirma otro compañero, también becario de Burjasot: “Su sola presencia producía cierto impacto. Vi siempre en él al hombre bueno, profundamente bueno...”.

“Persiguió la santidad en todo momento, con absoluta sencillez”, es la pincelada –en este caso ‘pincelada maestra’– del antiguo becario de Burjasot y excelente pintor, Francisco Lozano, maestro del pincel.

“Me impresionó la austera y piadosa vida que observaba, enteramente dedicada a la oración y mejor servicio de

Dios, como sacerdote y como hombre...” confiesa D. Benjamín Gil Sáez.

“Creemos en Cristo que, por sus méritos, su alma está en el cielo; desde allí pedimos nos bendiga y bendiga a todas sus Obreras de la Cruz”, es el conmovido testimonio de Irene y Carmen Tamborero.

M.^a Luisa Miquel es más rotunda, al afirmar: “D. Vicente era un santo. ‘Por sus obras los conoceréis’ y, sus obras, todas, grandes o pequeñas, su vida entera, fue reflejo de una gran santidad...”.

El párroco de San Francisco de Borja, que lo conocía desde siempre, lo definió así: “Como estudiante, D. Vicente se distinguió por su piedad y aplicación, correcto en sus modales, de una gran modestia, en una palabra, un perfecto ejemplar de seminarista”.

Las opiniones se suceden: “Desde aquellos lejanos tiempos formé un concepto elevado de su formación, tanto espiritual como humana e intelectual. Le señalábamos como futuro sacerdote con grandes prendas para el sacerdocio, en el ministerio que le confiara la Iglesia...”, revela otro de sus compañeros de seminario.

“Sus cálidas palabras, su forma de mirar, su actuar, su sencillez, su sabiduría, caridad, amonestación sincera..., quedaron impresas en mi alma, que siempre me vi librada de peligros por la formación que recibí de su bondad... Fue en la tierra un alma predilecta, que supo seguir y fomentar a Cristo...”, escribió M.^a Mercedes Ferrandis Pelayo.

Desde Játiva, D. Juan Pareja recordó a D. Vicente Garrido, con palabras conmovidas: “Un sacerdote ejemplar en todo sentido, por lo que creo habrá recibido de Dios una gran gloria del cielo”.

Según opinión de D. José Benavent, el canónigo Vicente Garrido Pastor: “Cumplió los ministerios sacerdotales a plena satisfacción. Su vida, llena de virtudes fue, por añadidura, un certificado de humildad...”.

La pincelada que pone, en este retrato colectivo del Fundador de las Obreras de la Cruz, D. Cirilo Tormo, es breve, pero de colorido intenso: “Verdadero sacerdote de Cristo, con mucha ciencia y más virtud, adornados de la prudencia y don de consejo y fortaleza...”.

Las alumnas del Instituto Femenino de Enseñanza Media San Vicente Ferrer de Valencia, que tuvieron de profesor a D. Vicente Garrido en la asignatura de Religión, elogiaron siempre el trato amable que les dispensaba aquel profesor al que su pelo, tan intensamente blanco, le hacía parecer mayor de lo que, en realidad, debía ser, ya que contrastaba con la vitalidad de sus palabras, la fuerza de sus argumentos y la amenidad de sus explicaciones. Una de aquellas alumnas, refiere cómo, muchos años después, en un acto de confraternización con las antiguas compañeras de Instituto, hubo un recuerdo para el ya fallecido profesor de Religión: “En el año 1990 se organizó una comida; nos reunimos 52 ex-alumnas; durante la misma fui de mesa en mesa, saludando a todas, no sólo para recordarlas, sino para manifestarles que pronto se iba a abrir el Proceso de Canonización del Siervo de Dios Vicente Garrido, aunque todavía desconocíamos la fecha. Tengo que confesar, que me causaba gran impresión comprobar que no hubo ni una sola alumna que me hablara algo en contra del Siervo de Dios, o dijera... ‘¿y cómo es que lo quieren hacer santo?’. Todas me contestaban que les avisase la fecha cuando lo supiera. Creo es el mejor testimonio del concepto de virtud que todas recordamos de nuestro profesor de Religión...”. Esta anécdota la cuenta una Obrera de la Cruz.

“Hombre de Dios, sencillo, muy humano, espíritu de oración, mortificación, de gran fe y esperanza en la divina Providencia...”, era la visión que tenía de D. Vicente, José M.^a Granell.

Un sacerdote, el Rvdo. D. Vicente López Martí, lo consideraba: “Un hombre de Dios, enamorado de la santificación

de las almas por el cumplimiento del deber y la entrega generosa a Cristo por el camino de la cruz y del amor a los demás, poseyendo un gran sentido práctico y humano, en la vida y en el mundo, pero sin contemporizar, ni por asomo, con el espíritu mundano...".

Desde Villanueva de Castellón, D. Manuel Gandía retrata a D. Vicente Garrido con estas palabras: "Un hombre entregado totalmente a su Obra, muy preocupado de la santidad de las almas, de su vida interior y, sobre todo, de estimular en ellas un conjunto de virtudes que las hicieran aparecer y actuar como verdaderos apóstoles cristianos...".

El director de la Comisión Mixta de Obispos y Superiores Mayores de Madrid, lo recordaba como: "... un sacerdote ejemplar, cultísimo, servidor incondicional de la Santa Iglesia, fiel y constante colaborador de sus obispos, unánimemente amado por sus hermanos y devotísimo de la Sede Apostólica...".

No necesitó muchas palabras para definirlo, D. Vicente Llopis: "Lo tengo en la opinión de santo y de un hombre muy inteligente...".

El expresivo testimonio de D. Antonio Garcerán confirma el de tantos otros: "Siempre lo estimé y lo tuve como un sacerdote bueno y ejemplar; que, a mi modo de ver, era muy piadoso, teniendo un gran celo por la salvación de las almas...".

Afirma D. Antonio Eduardo Böls, vicario apostólico en Bolivia: "Espero que el presbítero D. Vicente Garrido Pastor, en un día no muy lejano, sea elevado al honor de los altares y que, desde allí, nos bendiga a nosotros todos, que lo veneramos y nos esforzamos en seguir su ejemplo de vida religiosa y cristiana. ...".

El obispo emérito de Ciudad Real, D. Juan Hervás Benet, resumía sus recuerdos de D. Vicente Garrido, a quien conocía de cuando fue obispo auxiliar del arzobispo de Valencia, D. Prudencio Melo, con estas palabras: "Pienso que

será muy de la gloria de Dios que hoy los sacerdotes y almas consagradas a Dios, conozcan el mensaje de fecundidad pastoral que se encierra en la vida y en la espiritualidad de D. Vicente Garrido, y me atrevo a sintetizar en los aspectos siguientes: una ferviente devoción eucarística, como fuente de toda la vida espiritual; el amor a la cruz, plasmado en una voluntad de sacrificio y reparación, en unión con la Virgen María en su advocación Dolorosa, y en un amor intenso a la Santa Iglesia, con una entrega total a su servicio...”.

Insiste sobre las devociones del Fundador de las Obreras de la Cruz D. Francisco Álvarez: “Muy devoto del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen María; devotísimo del Papa y humilde servidor de los obispos; sacerdote servicial para con sus hermanos sacerdotes y, para con todos los fieles, un servicio delicado...”.

Y D. Joaquín Mestre, durante muchos años secretario de D. Marcelino Olaechea y Loizaga, afirmaba siempre: “Sé muy bien que el Sr. Arzobispo D. Marcelino Olaechea, profesaba a D. Vicente gran aprecio, gran afecto y consideración extraordinaria. Lo tenía por hombre muy inteligente, culto, prudente, modesto y virtuoso...”.

El que fue arzobispo de Valencia, D. José M.^a García Lahiguera, con fecha 15 de septiembre de 1979, cuatro años después del fallecimiento de D. Vicente Garrido, redactó un informe con el objeto de que se iniciara, cuanto antes, el Proceso de Beatificación y Canonización del Fundador de las Obreras de la Cruz. Del contenido de dicho informe, recogemos algunas frases: “Conociendo a D. Vicente Garrido y sabedor de la fama de santidad que tenía en vida y después de su muerte, que se le recuerda como sacerdote modelo –porque así lo fue de verdad– estoy seguro de que no producirá extrañeza, sí, grandemente, el no hacerlo. Y es conveniente iniciarlo, cuanto antes mejor, para recoger los abundantes y valiosos testimonios que ha de haber, antes de

que puedan desaparecer personas, por el paso del tiempo...”.

Con motivo de su fallecimiento, los periódicos y las emisoras de radio locales glosaron la figura, que empezaba ya a ser histórica, de D. Vicente Garrido. Y destacaron, de forma especial, su dedicación al Instituto Secular Obreras de la Cruz, por él fundado.

El diario *Las Provincias*, el 20 de abril de 1975, bajo el título: “En Valencia ha muerto un santo”, daba la noticia de su fallecimiento y hacía comentarios, entrañablemente afectuosos, sobre la persona de D. Vicente Garrido Pastor: “La heroicidad diaria se encarnaba en él, y se transmitía con un abierto reconfortar a quien le escuchaba”. “¡Qué serenidad dominando todos los sinsabores, inquietudes y dolores profundos de su corazón, para ofrecerla y transmitirla a los demás...! Era padre y hermano de los hermanos menores que le escuchaban, poniéndose a su altura, dando la intensidad y el acento que hiciera vibrar y comprender. Era claridad y luz. Sencillez, comprensión. Era amor”.

El periódico *Valencia escolar*, en su número 17, correspondiente al mes de marzo-abril de 1975, da la noticia con palabras conmovidas: “La muerte de D. Vicente Garrido ha producido en la diócesis un tremendo impacto espiritual, fruto de su santa vida y señal inequívoca de un descanso en la paz del Señor bien merecido...”.

Radio Popular, en una de las secciones más escuchadas en aquella época, “Dos cuartillas para la radio” que, cada día de la semana, escribía y leía un periodista, el 23 de abril de 1975, dio también la noticia del fallecimiento del Fundador de las Obreras de la Cruz y canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia. Se titulaba el comentario, escrito y leído por María-Francisca Olmedo de Cerdá, “D. Vicente Garrido, sacerdote”; entre otras cosas, decía:

“D. Vicente Garrido, al que podríamos dar el título de Ilustrísimo Señor, por ser canónigo penitenciario de la Ca-

tedral de Valencia; el título de doctor, por serlo en Teología; el de catedrático, por haber practicado la docencia como profesor de Religión del Instituto San Vicente Ferrer, profesor de Teología Moral y Teología Fundamental en el Seminario Metropolitano de Valencia y profesor de Teología Dogmática del Instituto Sedes Sapientiae de nuestra Ciudad; incluso podríamos hacer un panegírico suyo por la labor desarrollada como director del Colegio Mayor San Juan de Ribera, de Burjasot, o como censor de oficio, ya que su actividad ha sido polifacética, o poner de relieve los títulos de sus publicaciones, por ser autor de más de una docena de libros y numerosos artículos de formación doctrinal, ascética, teológica, moral y apostólica. Podríamos recordar, también, que fue elegido miembro de la Obra Perfeccionamiento Médico de España; que fue nombrado Prelado de Honor de S.S. Pablo VI, el 12 de junio de 1971, con motivo de sus bodas de oro sacerdotales. Y, añadir que fue fundador, en los años veinte, de la Federación Valenciana de Estudiantes Católicas, muy pujante por su fuerza numérica y la calidad de sus asociadas. Y, también, fundador de la Asociación de Maestros Católicos y de la Acción Católica Femenina de la Diócesis de Valencia...”.

“No queremos decir nada de esto –continúa el comentario radiofónico– porque creemos que, a D. Vicente Garrido, cuya grandeza emana, precisamente, de su extraordinaria sencillez, no le hubieran gustado palabras de elogio, ni frases de alabanza y, por ello, sólo queremos destacar en él la figura del sacerdote. Antepuso, siempre y a todo, su sacerdocio y, todas sus actividades, estuvieron impregnadas de su admirable espíritu sacerdotal. Sin embargo, D. Vicente Garrido, el hombre fuerte tuvo una debilidad, una predilección: las Obreras de la Cruz, Instituto Secular fundado por él. Ésta es su más admirable obra; éste es el mejor de sus libros; la mejor de sus lecciones; su mejor herencia y su mejor recuerdo...”.

“D. Vicente Garrido, un sacerdote ejemplar, sencillo e infatigable, continúa entre nosotros, porque su espíritu, su inflamado celo de apóstol, ha quedado prendido en las Obbras de la Cruz, por él fundadas. El Señor le dio un corazón de apóstol y él le pagó entregándoselo a los demás; le dio trabajos y se abrazó a ellos, bendiciéndole. Así fue D. Vicente Garrido, sacerdote valenciano”.

Capítulo XXI

HACIA LA FELICIDAD

EN 1965 se había instalado definitivamente D. Vicente Garrido en la Casa de la Madre de Dios, de Moncada. El Padre tenía destinadas unas sencillas dependencias que, posteriormente, se trasladaron a la planta baja de la misma ala del edificio. Se trata de tres habitaciones: el despacho donde recibía las visitas; el dormitorio, y una pequeña habitación, en la que, actualmente, se han reunido y se exhiben diversos recuerdos suyos. Todavía hoy, se nota su presencia en estas salas; no parecen deshabitadas. Están impregnadas de él.

Todo es austero. Una sencilla mesa de estudio presidida por Cristo y la Dolorosa. Y una fotografía de D.^a Desamparados Pastor Soriano, su madre, que falleció la víspera de la ordenación sacerdotal de D. Vicente. Un pequeño almanaque recuerda que, en ese lugar, quedó todo paralizado el día 16 de abril de 1975, fecha en la que murió el Padre. Fuera de la estantería, un libro de consulta, la enciclopedia universal Herder, abierta por la página correspondiente a la biografía de san Ignacio de Loyola, que fue lo último que leyó en sus páginas el canónigo penitenciario; todo conservado en el mismo orden que él lo mantenía; le gustaba la sencillez, pero amaba la pulcritud.

La habitación está decorada con algunos cuadros: un lienzo del Niño Jesús con san Juan Bautista, copia de uno

de Murillo, y la “Oración en el huerto” firmada por Segrelles y dedicada por el pintor, el 23 de marzo de 1958, “a las excelentes Obreras de la Cruz de Albaida”, lugar donde nació el famoso pintor.

¡Con cuánto cariño miraría D. Vicente Garrido los tres documentos enmarcados que guardaba en sus habitaciones! Son: los originales del Decreto de la Sagrada Congregación de Religiosos, concediendo, con fecha 21 de octubre de 1964, el Nihil Obstat para que la Obra fuese erigida en Instituto Secular de derecho diocesano; la aprobación por el arzobispo Olaechea, cuatro días después, de las Obreras de la Cruz como Instituto Secular de derecho diocesano y, en tercer lugar, el Decreto de la aprobación pontificia de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares.

Otros cuadros, con un notable contenido histórico y emocional son: la bendición del papa Pablo VI a D. Vicente, con motivo de sus bodas de oro sacerdotales; el nombramiento de Prelado de Honor de Su Santidad, y una fotografía entrañable de Pablo VI, con D. Vicente Garrido, el día que fue recibido en audiencia por S.S., el 17 de noviembre de 1968.

El arzobispo D. José M.^a García Lahiguera, tuvo la delicadeza de regalar a D. Vicente una fotografía suya dedicada, por dos motivos muy especiales que resalta el prelado: “A mi buenísimo confesor D. Vicente Garrido, en sus Bodas de Oro sacerdotales, y aprobación pontificia de su Instituto Obreras de la Cruz, como prueba de afecto y gratitud. Plenísima bendición, en unión de oraciones. Valencia 12 de junio de 1971. José M.^a, Arzobispo...”.

Objetos entrañablemente queridos por el Padre, han reunido las Obreras de la Cruz en la habitación contigua. Allí se conservan: un tríptico que representa a Cristo crucificado en el centro y a la Virgen Dolorosa y a san Juan Evangelista en cada uno de los lados. Y una triple inscrip-

ción latina: “Christus via, veritas, vita”; “Mater Dolorosa” y “Discipulus amatus”.

Entre los recuerdos que se custodian en dicho lugar destaca un busto de san Juan de Ribera, con una reliquia del santo, al que el Padre siempre profesó una devoción muy especial. El entonces beato Juan de Ribera era el titular del Colegio Mayor de Burjasot donde ejerció, durante tantos años, su ministerio sacerdotal y también es el fundador del Colegio del Patriarca donde, como becario, cursó D. Vicente sus últimos años de seminario.

El retrato del papa Pío XII, bordado a mano por las Obreras de la Cruz en un artístico tapiz, es otra de las piezas que gozaba de la predilección de D. Vicente Garrido y que se guarda en la sala donde se reúnen sus recuerdos, junto a dos retratos del Padre, de épocas distintas, en su juventud y en el momento de plena madurez.

Dos armarios encierran objetos muy personales de D. Vicente: en uno de ellos se exponen los vasos litúrgicos que usaba habitualmente en sus celebraciones y, en el otro, más grande, se conservan los ornamentos con los que se revistió más frecuentemente, las sotanas de uso diario y los hábitos corales.

Los recuerdos más íntimos están en la vitrina central: el reloj, el carnet de identidad, y sus palabras –que son su mejor herencia– prisioneras en sus abundantes escritos, publicados en libros, incluso en unos íntimos apuntes personales.

El dormitorio, de la Casa de la Madre de Dios de Moncada, su residencia habitual, desde donde se desplazaba para cumplir con sus obligaciones, donde, sin apenas moverse, pasó el último año de su vida, esperando ser llamado a la Casa del Padre, y donde murió el 16 de abril de 1975, es una habitación austera, acogedora y sencilla. En la cabecera de la cama, un cuadro de la Virgen de los Dolores; delante de la ventana, buscando aprovechar la luz solar que entra

por ella, la mesa de escritorio sencillísima, más propia de un estudiante adolescente que del canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia; sobre ella, un crucifijo, una Biblia y una lámpara para poder trabajar también por las noches, escribiendo, leyendo o reflexionando, con la pluma en la mano y el papel dispuesto a recoger el tema de aquellas meditaciones. Una butaca, un par de sillas, y una chimenea preparada para mitigar la frialdad del aposento, en los fríos del corto invierno mediterráneo, completan el mobiliario.

Cuando la enfermedad iba avanzando, el Padre se daba cuenta perfecta de ello y lo comentaba con sus hijas, pero continuaba con sus predicaciones: “Es natural que, por el esfuerzo de escucharme a través de este período largo de tiempo, algunas personas, incluso Obreras, sientan cierto cansancio de oír la misma voz. Yo lo comprendo, son tantos años... Y el tiempo hace envejecer la voz, gasta la forma de hablar y los modos de expresarse, incluso surge la dificultad, cierta dificultad de poderse acoplar a ese proceso del tiempo que va variando las cosas...”. Éstas fueron sus palabras, dos años antes de su muerte, en marzo de 1973, en una predicación, con motivo de la festividad de la Encarnación.

Desde la Casa de la Madre de Dios, en Moncada, continuó, durante algún tiempo, desplazándose a Valencia para cumplir con sus deberes como canónigo penitenciario e incluso para dar algunos retiros, pero, poco a poco, tuvo que ir renunciando a sus actividades. Ya en el año 1968, cuando empezaba una plática sobre “el temple de la Obrera” que se había propuesto como tema, les advirtió a sus hijas: “No sé cómo hablaré, porque no me encuentro bien. Pero, la buena voluntad suple siempre nuestras deficiencias físicas... El Señor me ha ayudado para poder hablar...”.

Fueron muchos los años que convivió con la enfermedad y era tema que abordaba, frecuentemente, en sus predicaciones: “Cuidar al enfermo. Es nuestro cuerpo lleno de

debilidades, lleno de fragilidades; cuidarlo para que no perezca, para que sea un instrumento del bien para Dios, aunque se consuma, aunque se gasten todas sus fuerzas, porque al cabo y al fin, lo que él tiene, de Dios es y para Dios ha de ser...”.

Durante toda su vida tuvo D. Vicente Garrido una salud débil; padecía frecuentes afecciones gripales. En el año 1964 le fue diagnosticada hipertensión arterial, aorta aneurismática y otras afecciones cardíacas.

Los últimos dieciséis años de su vida aceptó –sin disminuir sus actividades y sin alterar en absoluto la natural dulzura de su carácter– el padecer una salud deficiente.

Los repetidos sobresaltos causados por el momentáneo agravamiento de su enfermedad, fueron constantes; su fortaleza de espíritu contagiaba vitalidad a su cuerpo y, contra todo pronóstico, superaba los momentos difíciles. En el *Boletín de Información* correspondiente al mes de octubre de 1973, dirigió una breve nota a las Obreras de la Cruz, Internas y Externas, que indica la gravedad de su estado: “A todas aquellas Obreras de la Cruz que han elevado al Señor y a nuestra Madre la Virgen, sus oraciones para el recobro de mi salud, gracias rendidas ante el altar. No tiene otra moneda para pagar tanta riqueza de piadoso recuerdo y de fervientes súplicas... vuestro Padre...”.

En abril de 1974, una nueva nota del Fundador a las Obreras de la Cruz, desde el *Boletín*. La salud, delicadísima, se mantiene momentáneamente, estacionaria: “Pronto, de nuevo celebrará la Iglesia la fiesta de san Vicente. Yo la celebraré en privado. Quedaré grandemente satisfecho con la ofrenda de vuestras oraciones y peticiones por mí... Celebradla en vuestros Cenáculos con la santa alegría que os anima a responder a las privilegiadas gracias del Señor y la Virgen sobre vosotras y el Instituto. En ese mismo espíritu estaremos, especialmente ese día, unidos en la obra de Dios. A todas anticipo mi saludo y bendición. El Padre”.

Resulta admirable que, con una salud tan precaria, hasta escasamente un año antes de su muerte, continuase dirigiendo ejercicios espirituales a Cooperadoras del Instituto Secular, a mujeres y a jóvenes. Al parecer, durante la última tanda de ejercicios que dio, las ejercitantes quedaron impresionadas y preocupadas por su evidente deterioro físico pero, el Padre, al advertirlo, sonrió dulcemente, convencíéndolas de que la gracia de Dios actuaría y se olvidarían de su persona. Y así sucedió. Una de sus frases preferidas fue siempre: “El Espíritu Santo acude a donde se le está esperando”.

Es de admirar que, durante algún tiempo, pudiera continuar, todavía, preocupándose de la dirección del Instituto Secular por él fundado; lo hizo mientras pudo y, hasta el final, siguió solucionando los problemas que se le presentaban. Sorprende recordar que, apenas un mes antes de su muerte, revisó y corrigió de su puño y letra, los escritos suyos que se estaban preparando para la imprenta.

Su última salida a la calle tuvo lugar tres meses antes de su muerte; sólo una voluntad tan fuerte como la suya era capaz de continuar, fallándole continuamente la salud, una vida sacerdotal tan intensa.

Finalmente, se vio obligado a abandonar sus actividades. Continuó, sin embargo, con la celebración diaria de la Santa Misa. Y lo hacía con mucha dificultad, aunque se esforzaba por disimularlo. Con un especial permiso del arzobispo D. José M.^a García Lahiguera, pudo decir Misa, todavía, durante bastante tiempo, sentado ante la mesa de su despacho. Seguía con el rezo del Oficio Divino y los, cada vez más largos e intensos, ratos de oración.

Superada una de las crisis de su última enfermedad, en la que permanecieron junto a él los médicos, esperando el momento del óbito, porque apenas tenía pulso, comentó con alguna de sus Obreras: “Es muy difícil que se condene

nadie, porque, antes de morir, el alma está ya como desprendida del cuerpo, y, sin esa atadura, las cosas se ven con mucha claridad...”.

Cuando el fin estaba ya próximo, en el *Boletín de Información* correspondiente a los meses de febrero y marzo de 1975, superado un agravamiento de pronóstico muy pesimista, con entrañable afecto y queriendo demostrar una mejoría ilusoria, se dirigió a sus Obreras de la Cruz, Internas y Externas, bajo el título “Deber de Gratitud”: “Grande es ésta, la mía, para todos los que me han ayudado con sus súplicas y oraciones en estos dos meses de mi enfermedad. Mucho bien temporal y espiritual he recibido de vuestra instantánea oración. Me consuela el poder corresponder con las mías y así pagar la deuda de rogar por todos en su constante proceso de fidelidad a las gracias de Dios y de eficaz madurez vocacional. ¡Gracias...! El Padre”.

El día de san José de ese luctuoso año 1975, sufrió un infarto, permaneciendo, desde entonces, en su habitación, alternando la cama con el sillón. Los sacerdotes que le visitaban solían celebrar en su aposento la Eucaristía, para que pudiese participar en ella. Siempre recibía con alegría la visita de sus compañeros sacerdotes y, cada vez, le daban la absolución sacramental.

Y, en ese mismo año 1975, en el que acudió a la Casa del Padre para celebrar allí –con algunos días de retraso– su onomástica, todavía llegó a corresponder a las felicitaciones que le llegaban, con unas frases breves, pero elocuentes, que se publicaron en el *Boletín*: “Con vigilante anticipo al día de mi santo, san Vicente, y un tanto ya reforzadas mis fuerzas corporales, recibo vuestras felicitaciones, llenas de devotos deseos y felices augurios para hoy y para el mañana de mis días apostólicos, pocos o muchos. Marchemos siempre hacia Dios sobre la línea ascendente en la que nacimos un día a la vida espiritual. El Padre”.

Los últimos sacramentos, el Viático y Unción de los enfermos, le fueron administrados por el canónigo de la Catedral y suplente suyo en la penitenciaría, D. Antonio Puig Moltó, con quien le unía una amistad entrañable, ya que habían sido condiscípulos en el seminario.

Las Obreras refieren, con gratitud y afecto, que cuando se agravó su estado, lo comunicaron a D. Miguel Aisa Goñi, auditor del Tribunal de la Rota de la Nunciatura Apostólica en Madrid, quien se desplazó a la Casa de la Madre de Dios de Moncada, para acompañar y confortar a D. Vicente. Este encuentro produjo una alegría evidente en el enfermo, que conservaba de él un inmejorable recuerdo de cuando le prestó su ayuda en la elaboración de las Constituciones, para presentarlas a la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares. A partir de entonces, había nacido, entre ambos, una cordial amistad. Comentó el Padre a las Obreras, cuánto le había consolado esta visita, diciéndole que podía morir tranquilo, porque ya había cumplido plenamente su misión, que ahora le correspondía descansar junto al Señor. El Padre calificó esta visita de providencial.

El obispo de Coria-Cáceres, el alcoyano D. Manuel Llopis Ivorra, explica sus sentimientos, ante la actitud edificante del Fundador de las Obreras de la Cruz, en su lecho de muerte:

“En su última enfermedad tuve el consuelo de visitarle personalmente, algunos días antes de su muerte. Quedé profundamente edificado, no sólo por la resignación con que llevaba los dolores y sufrimientos propios, sino por la lucidez mental con que orientaba a su Obra y a las Obreras de la Cruz, significando, en todo, una plena aceptación de la voluntad de Dios, que hacía presagiar su intensa espiritualidad y el glorioso tránsito del varón justo...”.

El día de san Vicente de ese año 1975, nueve días antes de su muerte, la Directora General y el Consejo, acudieron a felicitarle por su onomástica; le besaron la mano y él res-

pondió con brevedad, poniendo las escasas fuerzas que le quedaban, en esa mirada dulce y penetrante que tuvo siempre, con una voz que casi era un murmullo: “Buscad sólo a Dios...”, les dijo.

En los últimos días de su vida, confiándose paternalmente a las Obreras que le acompañaban, les confesó en una ocasión: “Lo tengo todo encomendado a la Virgen. No creáis que quiero quedarme... Si he terminado mi carrera, estoy dispuesto... Lo tengo todo preparado para marchar con mi maletita... Será que no tengo más que hacer...”.

En otra ocasión, como meditando en voz alta, dijo: “En mi vida sólo he buscado a Dios. Todo por ti, Dios mío. El Señor llama cuando quiere. Aquí estoy, Madre de Dios, ayúdame, acógeme, ampárame...”.

Uno de los últimos consejos que escucharon las Obreras de la Cruz de su Fundador fue éste, dicho casi en los momentos de su muerte: “Adelante, adelante, dejando siempre la huella del Señor por donde pases; siembra, salga lo que salga, que si se siembra a Dios, cizaña no saldrá. No salgáis nunca del cauce, nunca. Vivir sin amar a la Virgen no es vivir. Buscad sólo a Dios...”.

Su fallecimiento fue instantáneo. Se cumplió lo que infatigablemente predicaba: vivió bajo la mirada de Dios y con la suya puesta en Él.

Capítulo XXII

Y LLEGÓ EL DÍA

LA dulzura de su rostro se acentuaba, a la vez que las molestias físicas iban en aumento. Estaba pálido, amarillento, demacrado, esperando a la muerte. Pero, su nobleza de espíritu, la fuerza de su fe y la vehemencia de su esperanza, hacían que conservase aquel gesto apacible, aquella aureola de bondad, que tuvo siempre.

Y llegó el día 16 de abril. Con plena lucidez, aceptaba el sufrimiento. La Virgen de los Dolores lo acompañaba. En ocasiones, había dicho a sus Obreras: “Os guía la mirada dulce de vuestra Madre llorosa...” y, en su último día de vida terrenal, la Virgen le haría notar su presencia con más fuerza que nunca. Al atardecer, con plena lucidez y como hacía habitualmente, rezó devotamente el rosario –¡su último rosario!– y los Dolores de la Virgen; quiso, también, oír los cantos con que, diariamente, obsequiaba a María. Tomó, después, un poco de alimento. Y, un agravamiento esperado hacía tiempo, acabó con su vida, tras una total y edificante aceptación de la muerte, dialogando con Dios, y pidiendo la ayuda de la Mare de Déu dels Dolors.

Su gran devoción había sido siempre la Virgen de los Dolores. En cierta ocasión, dijo a sus Obreras: “A Ella se debe esta Obra... A Ella debéis vuestra vocación y vuestra grande futura gloria. El cuadro –escultura de la Virgen...– será el recuerdo de una ofrenda, de una vida... Representa-

rá mis mejores ternuras. A Ella se debe mi vida... cuando con ahínco me buscaban. En mis horas de persecución salía una promesa...”.

“Que siempre le recéis una avemaría por mí... que os recuerde su gran poder...”.

El día que sería el de su muerte, lo pasó con muchas molestias: vómitos, dolor de cabeza, y una insistente angustia. A última hora de la tarde, sintiéndose más aliviado, quiso rezar... Después de escuchar los cantos habituales a la Virgen, expresó su deseo de descansar un poco pidiendo que, a las diez de la noche, lo llamasen para cenar, indicando lo que quería tomar. Se cumplió su deseo. Y mientras cenaba, a las diez y cuarenta y cinco minutos, dijo que estaba sudando y, con la misma silenciosa serenidad que había vivido, se fue a la Casa del Padre.

Dejó un testamento ológrafo, que se protocolizó, de los escasos bienes patrimoniales que le quedaban, porque, todo, lo había invertido ya en el Instituto que había fundado.

Una de sus Obreras escribió y describió con detalle, aquel 16 de abril en Moncada para que, el *Boletín de Información*, fundado por el Padre –cuyo primer número se había publicado precisamente, un mes de abril, pero, treinta años antes– llevase a todas las Casas-Cenáculos, a todas las Obreras de la Cruz de todos los lugares, la crónica triste de una jornada luctuosa en la que el dolor era compartido por tantos. Personas de toda edad, de todas las clases sociales, pertenecientes a las más diversas profesiones, religiosos y seculares, hombres y mujeres, todos, absolutamente todos, acudían conmovidos a despedir al sacerdote ejemplar que, no sólo lo dio todo a los demás, sino que se dio a sí mismo.

“Una nube de polvo nos recibe –empieza diciendo la Obrera en las confidencias que redactó para el *Boletín de Información*–. Estamos entrando en la Casa de la Madre de

Dios. Este tramo polvoriento, testifica los coches que hoy han pasado ante nosotros, por este mismo camino, atraídos por la misma llamada: la de un valenciano con talla internacional y espiritual de santo. Don Vicente Garrido Pastor ha fallecido en la noche del 16 de abril y su partida ha estremecido numerosos ambientes...”.

“Son las doce de la noche. Hace una hora que el suceso se ha producido y la gente acude, brota, como viene la sangre a una herida, casi sin ser llamada. El polvo de los coches ya no lo vemos. Estamos frente a la Casa. Otro polvo lo sustituye: un hálito de emoción, de palabras pronunciadas en voz baja. Misterio. Respeto. ‘El Padre’, ‘El Padre’... Suena la expresión como algo delicado, imperceptible. Sería profanación levantar la voz, salir de este polvo...”.

La narración de aquellos momentos históricos sigue refiriéndola, con emoción, la crónica de una Obrera de la Cruz, una de sus hijas:

“Y, embargados por este clima, entramos en el salón grande, que hoy es pequeño para cobijar un acontecimiento tan solemne, tan tristemente esperado y tan íntimamente sentido. Nuestras miradas van rectas al féretro. El Padre descansa, nos recibe con la misma placidez que tenía en vida. Con la misma serenidad que le distinguió. No impresionan. Está vestido con sus ropas sacerdotales; tiene un Crucifijo y un libro –Constituciones– en la mano. Al pie de un gran Cristo ocurre todo. Obreras de pie, a su lado, forman parte de este plano imponente que absorbe la atención y el alma toda de cuantos van llegando. Un rezo acompasado y ágil se sucede. Lo dirigen, con dolor, unción y sin lamentos. Todos participan. No hay notas discordantes. Todo podría resumirse en: profundo dolor, paz y esperanza. Tal vez en estas palabras se halle un secreto, pues algún misterio debe haber en este desbordamiento de homenaje, evidenciado por tanta presencia y tanta discreción en las muestras de dolor...”.

“Amanece. Y el bullir de la gente continúa con la misma actividad y silencio. Gente mayor; gente joven. Movimientos pausados y seguros. Celebraciones eucarísticas, rezos, compañía, ‘amor’. Exactamente encima de la capilla ardiente, en la capilla de la Casa, el Santísimo expuesto. Grupos heterogéneos de personas se suceden, se concentran junto a Aquel que dijo: ‘Yo soy la Resurrección y la Vida’”.

Llega el día 17 de abril; día del sepelio. Año 1975, de triste recuerdo.

“Este día que comienza tiene la misma tónica, acentuada, incrementada, si cabe. El funeral está citado para las nueve de la noche. Lenta, pero inexorablemente, el reloj va conduciéndonos al momento cumbre. El salón alcanza su punto álgido. Con esfuerzo vemos el féretro. Nos aprisionan por todas partes. Todos quieren entrar y nadie sale. Las manos del Padre son besadas... Rosarios, medallas, cruces y otros objetos piadosos son acercados delicadamente a ellas, y, después de este leve contacto, los dueños los acercan a sus labios calladamente. Por un momento parece que la gente se retira un poco. Algo debe ocurrir para que se produzca esta momentánea descongestión. Sí... El Sr. Arzobispo de Valencia acaba de llegar. Se dirige al que fue durante cinco años, su confesor, se arrodilla a su lado visiblemente emocionado...”.

“Ya es la hora. Es el instante, inolvidable para centenares de hombres y mujeres, en que el Fundador del Instituto Secular Obreras de la Cruz, que tanta gloria está dando a la Iglesia, sale para siempre a hombros de sus queridos hijos, de la Casa que él amasó ladrillo a ladrillo y sacrificio a sacrificio, dejando tras sí una esplendorosa vida humilde, llena de santidad...”.

“En la explanada de la Casa se celebra el funeral. El féretro es depositado al pie de la escalera de la capilla, cubierto sólo con la tapa de cristal. Más de sesenta sacerdotes concelebran con el Sr. Arzobispo y los dos Obispos Auxiliares de la Archidiócesis”.

Los obispos a que se hace referencia eran los dos valencianos, D. Jesús Plá Gandía y D. José Gea Escolano. Participa también, destacadamente, en la celebración eucarística, un sobrino de D. Vicente Garrido, el Rvdo. D. Francisco Llopis. Entre los asistentes figuraba, al completo, el Excmo. Cabildo Metropolitano.

“El viento templado de abril recoge la plegaria gregoriana que se eleva desde el coro. Se encuentran sacerdotes por doquier, cantando, rezando, ayudando...”.

“El Sr. Arzobispo empieza, con trabajo, su homilía: ‘El Padre ya no tiene fe. El Padre ya no tiene esperanza. Ya sólo tiene amor...’ Los sacerdotes se despliegan. Empiezan a distribuir la Sagrada Comunión por todas partes. Hay multitud, pero orden y ninguna aglomeración...”.

“‘Creo en ti, Señor...’. Lo cantan muchas voces. Es un acto de fe hondo y sencillo. Letra y música del Padre. En verdad que hoy todo se convierte en acicate y estímulo. En un tirón muy grande hacia arriba...”.

“Normalmente son los sacerdotes quienes llevan en hombros a otro hermano suyo sacerdote, cuando muere. Hoy no. El último camino que él anduvo, fue sobre un racimo de Obreras y Miembros Cooperadores apiñados en su torno, siguiendo su estela...”.

“Una capilla sin terminar, le esperaba en pleno claustro, entre la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y la solitaria huerta de naranjos, en un recinto humilde, con paredes reforzadas, para conseguir un silencio sagrado, en el que Dios habla. Lugar diseñado por él mismo, pocos meses antes de su partida. Lugar santo que presidirá el Sagrario, un Cristo y la Virgen: el acicate de toda una vida que, a los 78 años, se extinguió después de haber sido llama viva de una hoguera luminosa que no ha de tener fin...”.

Sobre la sepultura se colocó una sencilla lápida: “VICENTE GARRIDO PASTOR / SACERDOTE Y FUNDADOR / DE LAS OBRERAS DE LA CRUZ / 12-XI-1896 – 16-IV-1975 / SEMBRÓ A CRISTO EN

LAS ALMAS / CON SACRIFICIO Y CELO INEXTINGUIBLE / BAJO EL AMPARO DE MARÍA / MADRE DE DIOS Y NUESTRA / LUZ QUE ILUMINÓ SU VIDA / LA CRUZ ABRIÓ EL CAMINO / DE SU RESURRECCIÓN FUTURA”.

“Todo ha pasado –termina diciendo la Obrera de la Cruz, testigo presencial de la jornada de luto en Moncada-. El gentío se reduce. Es tarde, pero nos cuesta arrancar. Entre los pinos, por el camino, junto a la Casa, continúan los grupos, los comentarios quedos y respetuosos, de un principio. El mismo polvo que nos recibió nos despidе. O tal vez no. Se viene con nosotros empapando nuestras ropas, nuestro corazón. Es un polvo de gratitud, de mirada limpia y recia, de altura, de sentirnos muy hijos del Padre-Dios que nos ha dado este aldabonazo de fe y esperanza, en este atardecer de Moncada...”.

El periódico de El Vaticano *L'Osservatore Romano* dio la noticia del fallecimiento del Fundador de las Obreras de la Cruz, en el número publicado el 27 de abril, y lo hizo con estas palabras: “Tras penosa enfermedad, pacientemente ofrecida por la Iglesia, falleció en Moncada (Valencia, España) el día 16 de abril, Mons. Vicente Garrido Pastor, Fundador del Instituto Secular Obreras de la Cruz...”. A continuación, publicaba un detallado resumen de su biografía. Hablaba brevemente de la gestación y extensión del Instituto Secular Obreras de la Cruz, de la residencia de Roma para atender a peregrinos, en Vía Aurelia número 337, y del crecimiento de las Obreras.

El *Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia*, daba la noticia, en su número del mes de mayo de 1975: “El 16 de abril falleció, como corona de la cruz que desde hace tiempo portaba con el agrado del Señor y complacencia suya, el benemérito sacerdote, maestro de almas, Fundador, Padre y director del Instituto Secular Obreras de la Cruz y canónigo penitenciario de la Catedral, Ilmo. Mons. Dr. D. Vicente Garrido Pastor...”.

“Su vida ha sido –refiere la nota necrológica– un paso por la tierra, dejando el buen olor de Cristo, enriqueciendo a la Iglesia valentina con su Institución, a la que ha consagrado gran parte de su existencia, y cuyos miembros son portadores de Cristo, su peso específico. Todas las facetas del Apostolado Social Obrero son perfumadas con su Obra, transida de su ser sacerdotal, que es celo por la gloria de Dios y servicio a su Iglesia...”.

Comenta el *Boletín del Arzobispado*: “Recordamos sus retiros, misiones, y ejercicios espirituales, así como su entrega al confesionario, apostolado éste últimamente ejercido en la Metropolitana, mientras sus fuerzas físicas le acompañaron, y demás testimonios de su maestría espiritual, transparencia de su blanca alma, superándolo todo su ejemplarísima vida sacerdotal...”.

Finaliza el comunicado de la noticia con estas palabras: “El encuentro con Dios habrá sido su mejor recompensa. Que, desde el cielo, bendiga e interceda por cuantos le admiramos y le tuvimos como maestro...”.

El diario *Las Provincias*, en su número del día 20 de abril de 1975, con el título rotundo de “En Valencia ha muerto un santo” participaba a sus lectores la pérdida sufrida por los valencianos:

“Falleció en Valencia el Padre Garrido Pastor, Fundador de las Obreras de la Cruz; deja 70 comunidades en España, Italia, Holanda, Bolivia y Chile. Entre ellas, seis en la provincia...”. Hacía *Las Provincias* un retrato del Padre tan real que merece ser recordado: “Su figura frágil, pero con nervio de acero, sin que la edad, y sobre todo, la gran carga de trabajos que sobre él pesaba, la disminuyera, tenía un porte mayestático, recatado y digno. Se veía en él a la persona superior en espiritualidad, en inteligencia, en conocimiento profundo del por qué –a veces tan angustioso– debe ser la vida vivida y cómo debe vivirse”.

El periódico decano de la prensa valenciana, pormenorizaba rasgos fundamentales del sacerdote fallecido: “Una

dignidad y un porte que inspiraban un profundo respeto, pero con un porte de humildad y sencillez, tan verdaderas, que podía hablarse, comentar, pensar en voz alta con tranquilidad y sosiego o con inquietud y premura. Él recogía los problemas, los arropaba. Quedaba un momento en silencio. Y luego, su mirada, tan lúcida y brillante como la de un joven, se fijaba en nuestros ojos con una intensidad, con un destello de comprensión y de amor, tan grandes, que los problemas, las dudas, las inquietudes se reducían a la auténtica proporción que tienen cuando la confianza y la esperanza los apoyan. Hablaba poco, pero lo que hablaba era verbo. Llegaba por él la paz...”.

Sigue *Las Provincias* retratando con frases certeras lo que D. Vicente Garrido inspiraba, lo que transmitía, lo que predicaba con su comportamiento y actitudes, en ese difícil día a día de una vida llena de sufrimientos corporales:

“El dominio personal, la firmeza, la esperanza, el dar sentido a todo cuanto se hiciera o se pensara, se traslucían en sus palabras o a veces en un simple ademán de sus manos que, escuetamente, pero tan expresivamente recogían lo que escuchaban o subrayaban lo que decía”.

Una de las virtudes teologales que más conmovía y más contagiaba a su auditorio, era la fe. Y así lo hace constar la crónica de *Las Provincias* publicada cuatro días después de su muerte y titulada “En Valencia ha muerto un santo”. “Tuvo un don especial: la fe. No titubeó ni en los trances de una dolorosa enfermedad, que es suficiente para disculpar cualquier rebeldía”.

Entre todo lo que se dijo aquel día, entre todo lo que se escribió después e incluso entre todo lo que todavía estamos escribiendo sobre el Padre, transcurridos ya veinticinco años desde su muerte, nada tan elocuente, nada tan hermoso y conmovedor, como las palabras de D. José M.^a García Lahiguera, en la homilía del funeral, donde no hablaba

como arzobispo de Valencia: era el entrañable desahogo de un hijo con el corazón roto.

“Yo lo he participado, yo lo he vivido durante los cinco años de estancia en Valencia. Vosotros sois testigos de lo que yo no soy: es vuestro, desde hace muchos años. Pero... ¿sabéis lo que es, ser de uno, durante pocos años, pero en la intimidad, en el silencio de boca puesta al oído, de corazón pegándose al corazón, de una sonrisa siempre abierta... Ya... ya... ¡ya no! ¡Padre!...”.

La emoción del Arzobispo, le obligó a hacer una pausa ocupada por un doloroso silencio, conmovedor, colectivo y, a la vez, de cada uno.

“Obreras que sabéis lo que es la dulzura de un padre –continuó el celebrante–, que sabéis, lo que es el consuelo de un consejo, que sabéis, lo que es el pecho que anida el cariño... ¡Ya no! ¡Ya no...!”.

“Hermanos sacerdotes ¿sabéis lo que es un sacerdote modelo, un sacerdote ejemplar, un sacerdote que desgasta la vida siempre, siempre, por las almas...? Un sacerdote que no sabe más que de Iglesia, de sacerdocio, de almas, y de cielo, el que ya posee para siempre...”.

“Sacerdotes: la lección, la lección bien aprendida, la lección nunca olvidada, la lección siempre asimilada, la lección siempre imitada. La lección, no de la muerte, sino de la vida de D. Vicente...”, repitió incesantemente el Arzobispo.

“Almas todas, que, sin estos vínculos a que me refiero, tan estrechos, tenéis los vínculos –¡quién sabe...!– misteriosos de vuestra conciencia, de vuestro corazón, de vuestra gratitud, con este sacerdote santo, podemos decir, con el respeto que merecen, las palabras que siempre emplea la Iglesia cuando canoniza. ¿Sabéis por qué tenéis vosotros que llorar, que dar gracias, que pedir, que encomendaros...?”.

Y terminó la homilía D. José M.^a García Lahiguera, con una sencilla despedida:

“Hasta pronto, D. Vicente, Padre Fundador, esperamos reunirnos”.

Ya están reunidos. Y los dos, el que fue Arzobispo de Valencia y el Fundador de las Obreras de la Cruz tienen el Proceso de Canonización abierto. Dos santos.

Los testimonios de dolor, las palabras de consuelo, y los elogios unánimes dedicados a D. Vicente Garrido que llegaron, desde el momento de su fallecimiento, al Instituto Secular Obreras de la Cruz, fueron numerosísimos. Muchos de ellos anónimos; otros de importantes personalidades de la Iglesia. Todos, absolutamente todos, resaltando cómo este hombre de Dios, este sacerdote de Dios, poseía en alto grado la prudencia, la humildad, la humanidad y, de manera especialísima, el don del consejo; además de “mucha ciencia y más virtud”.

El cardenal Tabera, desde Roma, envió un breve mensaje: “Condoliéndome sentidamente fallecimiento venerado Fundador, bendigo Obreras de la Cruz”.

Desde la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, llegó un expresivo telegrama: “Conmovido por la dolorosa noticia, me uno al pesar de Vds. encomendando y, sobre todo encomendándome al que habrá obtenido el premio merecido. En cuanto al Instituto, estoy persuadido de que continuará y velará fielmente por el carisma fundacional a la luz del Magisterio de la Iglesia...”.

El Subsecretario de la misma Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, se expresaba en estos términos: “Uniendo mis oraciones y sufragios a los de las Obreras, hago votos porque el Instituto viva y se desarrolle fiel a la espiritualidad del Fundador, que estará siempre cercano con su intercesión”.

“Acabo de saber la triste noticia –explica uno de sus hermanos en el sacerdocio– y la figura de D. Vicente, a quien como obispo de Segorbe-Castellón, arzobispo de Tarragona y como buen amigo le debo tanto, me ha parecido grande,

extraordinaria y hermosa a los ojos de Dios. El Instituto tendrá su intercesor en el cielo. ¡Mucho ánimo...!”

Escribió un seglar estas palabras: “Desde antes de 1936 le conocí. Le estimaba mucho y sentía gran admiración a su, me permito decirlo así, santa persona. Derramó el bien a manos llenas. A él me encomiendo. En verdad ha resucitado. Dios lo tendrá muy cerquita. El amor era su lema y ha dejado una gran sencillez. Descanse en paz el que tanto bien me hizo, en mis primeros ejercicios espirituales, dados por él”.

Un sacerdote, se expresaba así: “Abismado en Dios, está más cerca de su entrañable Obra, y la asistirá consiguiendo del Señor las gracias para su santificación y la fecundidad de su apostolado. Personalmente, he tenido en D. Vicente, uno de los mejores profesores en el seminario de Valencia, cuyo recuerdo no es fácil de borrar. Rezo por él y le he aplicado una Misa, porque el Señor quiere que oremos por los difuntos. Pero seguro que estas oraciones irán a parar a otros, porque a él no le harán falta”.

Otro sacerdote, era rotundo al afirmar: “Creo digo mal al decir mi más sentida condolencia. Más bien debiera decir mi congratulación. Porque D. Vicente no ha muerto. Él vive en su Obra. Él vive la verdadera vida. La vida que no acaba; la vida que esperamos todos. Desde este momento tienen Vds. un santo en el cielo que, desde allí, vigilará y rogará por la fidelidad, propagación y prosperidad de su amada Obra... Yo contemplaba aquel demacrado rostro y decía para mis adentros en un coloquio interior: D. Vicente es el grano de trigo caído en el surco y, necesariamente, ha de germinar su labor apostólica en una abundante cosecha. De esta cosecha me ofrecía ejemplo evidente la abigarrada multitud de Obreras, surgidas de los cuatro vientos, rodeando el cadáver de su amado Padre. Rogando por él o encomendándose a sus oraciones... ¡Qué espectáculo más conmovedor...!”.

Y continúa: “Vds. que tuvieron la dicha de convivir con él, de oír de su boca lecciones llenas de sabiduría y prudencia para recorrer seguras el camino de la perfección... ¿qué duda cabe que, aunque embargados de pena por la separación temporal, surja en nuestro espíritu un rayo de esperanza de que, desde hoy, se le depara al Instituto, días de mayor lozanía de vida, de paz, de unidad y amor, en la viña del Señor? Motivos son éstos de consuelo... Pues, aunque el pastor ha desaparecido de nuestra vista, su espíritu continúa actuando desde el cielo, sobre sus amadas Obreras, para mantenerlas en apretado haz de fe y amor para gloria de Dios y de su Iglesia...”.

El obispo de San Sebastián, comparte el dolor del Instituto Secular Obreras de la Cruz: “Únome inmensa pena Obreras, fallecimiento queridísimo Padre, íntimo amigo mío sacerdote ejemplarísimo, eminente servidor santa Iglesia, invocando su celestial protección”.

Un seglar anónimo expuso así sus sentimientos: “Pérdida irreparable para la Obra y para cuantos estamos al servicio de la educación y del espíritu, en este mundo difícil en que nos ha tocado vivir”.

“Realmente –escribió un sacerdote– lo que debiera hacer es darles la enhorabuena, pues la Iglesia tiene un santo más y nosotros, también un valioso intercesor. Quiera el Señor concedernos la gracia de verle exaltado a los altares, por sus virtudes verdaderamente heroicas. Aunque sólo tuve ocasión de hablar con él tres veces, fácilmente pude comprender que se trataba de un sacerdote realmente fuera de serie. Conserve Vds., íntegro, el espíritu que él ha infundido en la Obra, con sus escritos, su palabra y, sobre todo, con el testimonio de su santa vida y su muerte santa. Que su recuerdo permanezca vivo en todas sus Obreras de la Cruz. Creo bastaría para conservar su Obra”.

Las palabras consoladoras de uno de sus compañeros sacerdotes, eran expresivas de la admiración y el cariño que

le profesaba: “El día 16 nos llegó la noticia del fallecimiento del entrañable amigo y hermano en Cristo D. Vicente, Fundador de ese Instituto, sacerdote ejemplar, dotado de una verdadera riqueza de espíritu, con la cual logró, en este mundo, esa dicha y esa paz del alma tan necesitada por todos... El Señor, que nos lo convirtió en perfección viviente, hará que, en lo sucesivo, sea, desde el cielo, el norte y la estrella de nuestras mejores venturas terrenas. Confío, con absoluta certeza, que descansará en el dulce regazo de la gloria, el que salió definitivamente de este valle de lágrimas con una semblanza divina grabada en su rostro”.

“Que todos sepamos seguir sus ejemplos de amor a la Iglesia, hasta el último momento de nuestra vida, con una entrega generosa y sacrificada”, escribió otro sacerdote en su nota de pésame a las Obreras.

Y un religioso, entre los que tenía grandes amigos y, muchos de ellos, que acudían a D. Vicente en busca de consejo, se expresaba con estas sencillas palabras: “Siempre lo recordaré por su bondad extraordinaria, por su paz, y por el cariño especial con que me trató... La gran Obra del Instituto, desplegado ya por tantas naciones, hablará del surco hondo que, ese santo sacerdote, trazó en la Iglesia de nuestros tiempos”.

Otro religioso, mostraba su admiración y afecto al canónigo penitenciario de la Catedral de Valencia, con brevedad: “Que nuestro D. Vicente, el Padre, desde el cielo, nos bendiga a todos y, muy especialmente, al admirado y querido Instituto de las Obreras de la Cruz que, de forma tan admirable, ha sabido captar en toda su amplitud, el apostólico espíritu del santo Fundador... Ahora será cuando las Obreras sabrán de veras el Padre que tienen”.

“Desde el cielo –escribía otro sacerdote– les regará con más fuerza... No cambien nada... Manténganse fieles a su espíritu...”.

De forma parecida, les llegaba a las Obreras otro consejo sacerdotal: “Él tenía las ideas muy claras sobre la situa-

ción actual de la Iglesia. Actúen conforme él les decía... Rueguen mucho al Padre por todos los sacerdotes...”.

“Cuenten conmigo como si viviera el Padre –se ofrecía afectuosamente un sacerdote–. No pierdan el espíritu. Yo recuerdo el sabor especial de la Obra, en sus primeros tiempos...”.

“El espíritu del Fundador, es un bien para la Iglesia. No lo cambien. Los sacerdotes que las queremos, las queremos así. Necesitamos que sean Vds. así, como son... Que los sacerdotes que les ayudamos no las desviemos...”.

Era el entrañable testimonio de un sacerdote cercano al Padre.

Y las Obreras de la Cruz continúan, veinticinco años después de su muerte, protegidas y arropadas por el cariño del Fundador que, durante su vida, suplicaba ya, insistentemente, a la Virgen, por ellas, con estas palabras que se conservan autógrafas y que demuestran una vez más, su inflamado amor a la Virgen y su dedicación plena a las Obreras de la Cruz: “María, maestra de apóstoles, iluminad, fortaleced, defended, amparad, llevad siempre junto a Vos a vuestras Obreras... Son cosa vuestra. Acordaos de ellas, que tanto os necesitan...”.

Curiosamente, este fragmento histórico de un escrito autógrafo de D. Vicente Garrido, tiene por encabezamiento cuatro palabras. “María es tu nombre” y, posteriormente, la mano del Padre, tachó una palabra intermedia para sustituir el “tú”, que se le había escapado a su corazón impetuoso lleno de amor mariano, por el “vuestro”, empleando un plural más lleno de respeto.

El 12 de noviembre de 1996, D. Vicente Garrido hubiera cumplido cien años. Las Obreras de la Cruz conmemoraron la gozosa fecha del nacimiento y Bautismo de su Fundador con diversos actos destinados a profundizar en su espiritualidad y revitalizar su misión en el actual momento histórico. El lema de las celebraciones fue: “Dios, santidad personal, acción de apostolado”.

El acto de apertura del año del Centenario tuvo lugar el 9 de noviembre de 1996 –tres días antes del “cumpleaño”– en Benaguacil, el laborioso pueblo valenciano donde había nacido, y, precisamente, en la parroquia de la Asunción de Nuestra Señora, Iglesia donde fue bautizado. La Eucaristía estuvo presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valencia D. Agustín García-Gasco y Vicente.

Las Obreras de la Cruz, durante el año del Centenario, manifestaron repetidamente la esperanza de que estuviese próximo el gran día de su glorificación. Reflexionaron profundamente durante esos doce meses, con el deseo y el propósito de recordar –re-cordar, volver a pasar por el corazón– las actitudes, las palabras, las enseñanzas, que su Fundador, con naturalidad, espontánea y calladamente, había ido escribiendo con su ejemplar vivir diario, durante toda su vida. Su camino fue largo, pero tenía clara la meta. Vivió con hondura la íntima unión con Cristo, que se traslucía en su persona y que transmitía en todas direcciones.

El Padre fue un hombre de fe; por eso insistía a sus Obreras, inculcándoles que debían destacar por su fe profunda, fundamento de su vivir y de su obrar. Para él, la muerte era vida. Repetía: el cristianismo es mensaje de alegría.

Las Obreras de la Cruz, en el año en que se cumplía el Centenario de su nacimiento, agradecieron al Señor la benéfica influencia, los consejos, los impulsos santificadores y apostólicos que habían recibido, y continuaban recibiendo, de su Fundador y, de manera especial, por haberle inspirado la creación del Instituto Secular, cauce para muchas personas llamadas a seguir a Jesús con una radical entrega.

Y, fue también el arzobispo de Valencia, D. Agustín García-Gasco, quien, el 8 de noviembre de 1997 clausuró el año del Centenario del nacimiento y Bautismo de D. Vicente Garrido Pastor, en la iglesia del Seminario de Moncada (Va-

lencia). En el corazón de todos los asistentes, especialmente en el de sus hijas, las Obreras de la Cruz, brotó una misma súplica y un común deseo: Señor..., ¡que sepamos imitarle!

Capítulo XXIII

HABLA EL PADRE SUS PALABRAS NO HAN PERDIDO ACTUALIDAD

HACE medio siglo, el 12 de diciembre de 1948, dijo D. Vicente Garrido, en uno de sus habituales retiros a las Obreras de la Cruz, unas frases que, no sólo siguen teniendo actualidad, sino que han adquirido mayor fuerza, cincuenta años después:

“Ya no es tiempo de marcharse allá, a un rincón, a la cueva de una montaña; sería abandonar el campo al enemigo. Cuando no había tantos enemigos, era cuando uno, resueltamente, podía marcharse a una cueva. Figuraos si ahora, una que quiere ser buena, se marchara a la montaña, esto sería un diluvio. ¿Esperamos que Dios haga un milagro? Lo puede hacer; pero el Señor no sólo dijo orad, sino trabajad, predicad... Mientras Moisés oraba, los demás batallaban. Éste es el tiempo actual y aquí está encuadrada perfectamente la vida de la Obrera; aquí es donde está esa concepción de lo que debe ser una Obrera. Recalco mucho la ejemplaridad como nota externa de lo que sois. Sentiría mucho que me dijeran de una Obrera que no da ejemplo...”.

“Una vez más y en este día de retiro –les dice en otro momento– deseo que os convenzáis de que es preciso ser muy santas, de que hoy no cabe la medianía, de que hay que tirarse a la virtud, de cabeza”.

En 1955, abordaba problemas más concretos, que hoy dominan en la sociedad, como es la libertad sexual, el poco

valor social a la castidad, el total desprecio a la virginidad y la exhibición callejera, continua, contra la modestia.

“...Se rechaza unas veces y otras no se estima debidamente, la virginidad, ni la castidad, y se ensalza el estado opuesto. Es que se huye de lo perfecto, es que se huye del sacrificio, de la inmolación. Por la tendencia hacia aquello que puede brindar placer; es porque se teme la cruz...”.

Decía el Padre “se huye de lo perfecto”, y, realmente, presentía ese abandonar la perfección, en tantas cosas, que existe en nuestra época: se viste con descuido, está la moda del despeinado, la de utilizar la ropa vieja, envejecida voluntariamente y rota a propósito; el hablar se ha modernizado intercalando palabras malsonantes y groseras, expresiones vulgares que afean el vocabulario, que degradan las conversaciones. Hemos perdido la modestia en el vestir, el buen tono en el hablar y el buen gusto en la conversación. Tenía razón el Padre hace más de cuarenta años, en 1955, “se huye de lo perfecto”, dijo y, al cabo del tiempo, comprendemos que tenía razón.

En el mismo párrafo antedicho, alude a la “tendencia hacia aquello que puede brindar placer”. Presentía la invasión de la droga. La entrega al placer, aunque sea a costa de la salud y hasta de la vida. El exhibicionismo público de manifestaciones y actitudes provocativas entre las parejas.

“La prudencia se demuestra al hablar, lo mismo que en el obrar”, comentaba el Padre en diferentes ocasiones. Se ha ensalzado tanto la libertad, que ha derivado en la imprudencia, y, a veces, somos imprudentes en el hablar con los amigos, con los vecinos y hasta algunos profesores con sus pequeños alumnos porque –dicen ellos– quieren desterrar temas “tabúes”.

Señalaba en sus predicaciones y en sus escritos, D. Vicente Garrido: “Nuestra obediencia al mandato de Dios ha de ser cerrada, sin condiciones. No podemos poner condiciones a lo que Dios manda. No nos queda más que una solución: bajar la cabeza y hacerlo”.

Otra idea que inculcaba el Padre, la desarrollaba haciéndose él mismo una pregunta: “Cuando hay conflicto de obediencia ¿a quién se debe obedecer? Al mayor, al superior, y cede la obediencia aquel que, aún siendo superior, es menos superior. Ésta es la jerarquía establecida por Dios entre las criaturas”.

La obediencia hoy está en desuso, pero, especialmente, cuando quien ordena es un superior en edad. Los años, que se tenían en cuenta en la antigüedad para elegir el Senado o formar el Consejo de Ancianos, actualmente se valoran poco. Se arrincona la sabiduría que da la experiencia de los años.

Y un último consejo del Padre: “...ante dificultades tan enormes, obstáculos y ambientes que el mundo actual presenta, jamás retrocedáis, sino que, con el vuelo alto del espíritu, sepáis remontar todas estas montañas y obstáculos, y miréis siempre a ese cielo para el cual vosotras y yo hemos sido creados”. Éste fue el comentario que hizo el Padre en un retiro de enero de 1972.

En los comienzos de su vida sacerdotal, en febrero de 1930, escribió un artículo D. Vicente Garrido, en el que, cuando todavía no pensaba en la fundación de las Obreras de la Cruz, ya predicaba el espíritu de oración que les inculcaría, insistentemente, a ellas: “...allá en lo más oscuro de la oración, donde todo descansa, todo duerme y el alma vigila, se divisa la atrayente y dulce mirada de Jesús. Allá en el hondo abismo del dolor, donde caen las sombras de las lágrimas y las tinieblas de las duras pruebas, chispea la claridad del cariño divino...”.

La vida de D. Vicente Garrido era una oración continua, un diálogo constante con Dios. Es lo que nos descubre cuando habla de la oración: “Es lo más sencillo, porque es tratar con Dios y Dios nos entiende a todos. Dios entiende nuestro lenguaje hablado y nuestro lenguaje de silencio. Dios entiende y comprende nuestra mirada, nuestra sola

presencia, y adivina el deseo del corazón. Dios sabe lo que nosotros, a veces, ni siquiera sabemos allá en el fondo... Es lo más sencillo, porque Aquel con el que vamos a tratar, y con el que vamos a hablar, lo entiende todo. Es lo más fácil porque el Señor se allana a todos. Es lo más fácil porque puede ser cuando nosotros queramos, en todo momento; con este trabajo, con el otro, en el lecho de la enfermedad, aquí, allá, de noche y de día...”.

Una de las características del Padre era la afabilidad, la dulzura de su trato. Y este comportamiento que, a diario, predicó con el ejemplo, lo aconsejaba en sus pláticas: “Hay personas que, palabra que dicen, palabra que hiere. Nuestra palabra debe producir siempre un bien, aunque sea palabra de reprensión. Y de no producirlo, que no sea por culpa nuestra. En nuestra palabra y trato, procuremos la moderación, delicadeza, lo que el mundo llama educación...”.

Y, añadía: “Hay que hacer de la afabilidad un cultivo especial a base de sacrificio y de ir acompañada de las otras virtudes. Hasta el tono influye en la afabilidad. Hay quien con una broma crea un enemigo. El conocimiento está en saber cómo hacer las cosas. La persona que está bien formada, aunque de otra reciba un desprecio, continúa afable... Esto es moderar nuestra vida, mejor diré, esa fierecilla que llevamos dentro”.

Cuando, vísperas de la Navidad, decía a sus Obreras que se preparasen para la venida de Jesús, les recitaba unos villancicos:

“A Belén vayamos,
como los pastores,
con jarros de mieles,
con cantos de gozo,
llorando los ojos
de fiel gratitud.
Besemos su cuna,

sus pies y sus manos,
y a él ofrezcamos
nuestro corazón...”

Y, como siempre que se sentía niño, terminaba rezando o cantando, en la lengua de su infancia:

“A Belén corren
els bons pastorets;
Déu baixa del cel,
i ells pugen a Déu...”

Y es, como bien dicen los tres primeros renglones de la “Introducción” a su libro *Espigando*, Valencia 1996, “La vida del Padre discurrió en una siembra continua de doctrina y consejos, avalado todo ello con su ejemplo, en todos los ámbitos de su larga y fecunda existencia...”.

En el discurso durante la solemne apertura del curso académico 1955-1956, en el Seminario Metropolitano de Valencia, se refirió D. Vicente Garrido a ese espíritu de contradicción que domina a tantas personas, a esa actitud cuya caricatura podría hacerse con una frase: “¿De qué se habla, que me opongo...?”. Es el llevar la contraria por costumbre: “En nuestra vida social –decía D. Vicente– nos encontramos con personas en quienes nuestra afirmación o negación suscita en ellas la correspondiente negación o afirmación. En todo hallan ocasión de llevar la contraria, ya por puro instinto, ya por un tic mental que nos indica la existencia de algún desequilibrio interno. Pero, otras hay, que no se limitan a contradecir a los demás, sino que pasan a contradecirse a sí mismas. Navegan siempre en su barquilla de ‘duda’. Hambread tener fe y ellas mismas se cierran el camino, con dificultades buscadas, para resolverlas. Con sus dudas obstaculizan su marcha espiritual...”.

Continúa diciendo: “Si queremos de muchas de estas personas conseguir algo, pidámosles lo contrario. A la idea

de lo mandado, se une la idea opuesta, la cual produce el acto de contradicción”.

Sobre la fe dijo y escribió D. Vicente Garrido muchas cosas verdaderamente hermosas, ideas claras y explicaciones cautivadoras. En el discurso de apertura del curso del seminario, ya citado, leyó un importante párrafo en el que hablaba de esta virtud teologal:

“El lenguaje de la fe solamente lo entiende el cristiano que está modelado según el espíritu de Jesucristo. Ríanse, si les place a los que se revuelven inquietos entre las inseguridades de su incredulidad, de la valía y de la necesidad de nuestra fe; repitan, si quieren, el disco de que vivimos ignorantes de tantas cosas que ellos presentan al mundo como dogmas de indiscutibles verdades. Y mientras ellos, infelices, corren camino de la tumba, con inquietudes horribles que la ciencia humana no puede resolver, y se van acercando a la muerte sin esperanzas en su corazón, pero con temor al más allá, nosotros saludamos a la muerte mirando en ella la mano de Dios que nos arranca de la tierra para trasplantarnos a la región de la luz, de la verdad y de la vida sin fin. Nosotros recibimos a la muerte con la oración en los labios, la esperanza en el alma y el crucifijo en nuestras manos”.

Y así, fue como D. Vicente Garrido recibió a la muerte, rezando, esperanzado y apretando el crucifijo al pecho; abrazado a la Cruz de Cristo, como estuvo durante toda su vida.

Capítulo XXIV

SEIS DÍAS DESPUÉS...

TRANSCURRIDOS seis días desde el fallecimiento de D. Vicente Garrido, se celebró un segundo funeral en la Catedral de Valencia, de la que había sido canónigo penitenciario. El arzobispo de la diócesis, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. José M.^a García Lahiguera, que tan profundamente conocía a D. Vicente, pronunció una homilía entrañable, que fue escuchada, con emoción y en silencio, por todos los asistentes, la mayoría vinculados espiritualmente al Padre.

“Hoy hace una semana exacta –empezó diciendo– no a esta hora, sino por la noche, entregó su alma al Señor y comenzó una vida nueva y eterna. A nuestro modo de hablar, podríamos decir y comentar... ¡ya lleva una semana en el cielo...!”.

Tras una brevísima pausa continuó: “Mal hablamos, porque en el cielo no hay semanas: es la eternidad. Pero, para nuestra cuenta, ya lleva una semana en el cielo, piadosamente pensamos, poniendo los ojos en una vida sacerdotal ejemplarísima”.

Recordó, y recordaron emocionadamente la mayoría de los que escuchaban las palabras del arzobispo García Lahiguera, el día después del fallecimiento del Fundador de las Obreras de la Cruz, cuando, tantos corazones, partidos por el dolor, acudieron a la Casa Madre de Moncada, para dar el adiós terrenal a quien pasó por la vida dejando una estela de cielo. Dijo conmovido:

“El funeral fue una explosión de cariño, de dolor, de afecto, de pena. Mi pobre palabra no fue fácil, entrecortada por la emoción y doliéndonos el espectáculo: a nuestros pies el cadáver; la gente lloraba y yo con ellos; pero decíamos ‘con alegría, con alegría...’ porque, para algo pronunciamos ante este cadáver, con fe y esperanza: ‘yo soy la Resurrección y la Vida’”.

“Hay que llegar –proseguía con el alma rota el Prelado– pero no con tristeza, dirá san Pablo, ‘como quien no tiene fe y no tiene esperanza’; la muerte es la sonrisa de nuestra vida asomándose al futuro, de aquí a la eternidad...”.

Y continuaba emocionado: “A una semana de distancia, nosotros ya podemos, con más serenidad, no con menos dolor, con más dominio, no con menos afecto y cariño, decir algo que no sea explosión de sentimientos, con latidos fuertes y afligidos del corazón, decir algo y sacar provecho, porque nuestra vida sigue monótona, prosaica, dolorosa, pero camino de la eternidad feliz, y entonces hablamos de él, del ejemplo que nos dio. Yo lo he concretado en tres palabras: durante la vida, trabajo; al final –soy testigo personal– paz; después, descanso...”.

Su voz se hizo más recia para dirigirse a los presentes: “Amadísimos de mi alma: no requieren comentarios prolijos estas palabras: trabajo. Esto es, una vida durante la que aprovechó el tiempo. Estos dos conceptos, ante un cadáver ejemplar en su vida en la tierra y, por lo tanto, ejemplo para nosotros, tiene un valor la palabra vida, valor extraordinario, y no digamos la palabra tiempo”.

Continuó: “La vida, ese discurrir desde el nacer hasta el morir, una gracia inmensa del Señor; esa vida, hay que llenarla, hay que ocuparla, hay que darle un contenido sustancial. No se puede caminar por la vida alegremente, ni tampoco tristemente; hay que pasar la vida laboriosamente, hay que hacer la siembra para que, después, con gozo, recojamos el fruto...”.

“La palabra vida. Pero esa vida se va desarrollando en un tiempo, o mejor dicho, el tiempo es el que se desarrolla mientras la vida transcurre, del nacimiento a la muerte. Y el tiempo es el gran tesoro con el cual nosotros, podemos negociar todo el valor de esa vida que transcurre en el tiempo para terminar recibiendo no un ciento por uno, sino una infinidad millonésima por una cantidad insignificante, porque no se puede medir una eternidad por el tiempo, aunque fuese soberano...”.

Explicó su razonamiento anterior, con palabras más asequibles: “Entonces, los dos términos, vida y tiempo, son dos tesoros que el Señor pone en nuestras manos para que trabajemos con ellos y obtengamos, después, una cosecha sobreabundante; donde la espiga dé mucho más del ciento por uno, el millar, el millón, no sabemos, es cálculo fecundísimo, en donde el peso del grano de trigo da satisfacción al trabajador y da alegría al que trabaja...”.

“Trabajo –prosigue su argumentación el Sr. Arzobispo–, eso es y siempre la palabra de la Sagrada Escritura: ‘Opera enim eius sequentur eum’, esto es ‘las obras, los trabajos, le han seguido’. Los trabajos le han acompañado; los trabajos han hecho de su vida plenísimo negocio elaborado en el tiempo y ahora se encuentra con que presenta los trabajos. Trabajos. Ahí están sus obras, ahí está su Obra: se llama Obreras de la Cruz. Ahí está toda su labor apostólica, de palabra y por escrito. Y aquí están, resonando todavía en estas bóvedas catedralicias, las palabras emanadas de un corazón que trabajaba, en el silencio del confesionario, para llevar las almas a Dios y traer a Dios a las almas...”.

Una pausa para la reflexión sobre el sacramento de la Penitencia, y continuó el Sr. Arzobispo su homilía:

“¡Qué peso, Señor...! La justicia y la paz. La justicia exigida por una ofensa y la paz bendita, como ósculo que se ganó a fuerza de sangre del Calvario...”.

Nuevamente se refirió el Arzobispo a la actividad infatigable, incesante, variada, múltiple, de D. Vicente Garrido, que se entregó totalmente a los demás, a ser en todo momento un ejemplo de sacerdote. “El trabajo. Pasó el tiempo y llegó la hora; tenía que ser así. Y, cuando se ha desgastado la existencia habiendo hecho de su vida todo un trabajo, bien aprovechado el tiempo, no queda más que una cosa: paz, paz, ya puede hacer Dios lo que quiera. Hay un sosiego; hay una tranquilidad; hay una paz; hay un algo que es trasunto del cielo, es como si Dios quisiera hacer partícipe al pobre cuerpo, aún antes de la resurrección de la carne, de lo que es la paz, de la paz de un alma que está esperando el último suspiro del corazón y el último aliento del pulmón y el último quejido de un cuerpo herido y la última mirada, ya entre lágrimas, que surcos son de la muerte que se aproxima, pero la paz. ‘Requiescat in pace’. Y murió, y luego el descanso: ése es el final...”. Unos momentos de emocionado silencio y prosiguió:

“Porque, cuando no ha habido una vida que haya aprovechado el tiempo, llenándolo todo con un trabajo fecundo; si no ha trabajado, no tiene por qué descansar; no estará tan cansado si no ha habido esto, pues una parte se va; no hay, no hay, no hay un respiro a gozo, a pleno pulmón...”.

La voz del Prelado continúa escuchándose en la Catedral, en medio de un doloroso y respetuoso silencio; dibujaba con sus palabras el perfil del Padre, del sacerdote que hacía ya una semana que estaba descansando en el cielo. “Cuando todo esto se acaba... ‘et inclinato capite emisit spiritum’, ‘e inclinada la cabeza...’ ‘para Dios ya’, en tus manos, Padre,... entonces el descanso, ‘requiem aeternam dona ei, requiescat a laboribus’: que descanse de sus trabajos”.

Cambió la entonación de su voz al proseguir: “Yo creo, hermanos míos, que no debo continuar, al menos yo prefiero callar y, ante el recuerdo de una vida que aprovechó bien el tiempo en el trabajo, por Dios y por las almas, entendá-

moslo, aprendamos la lección, porque yo quería poner aquí la vida ejemplar, no la emoción de aquella semana, la serenidad ante el ejemplo de una vida y, entonces, tener como una especie de envidia santa...”.

“Dios puede hacer que nuestra muerte sea como él quiera, igual da, no importa, pero siempre la paz en el alma y, cuando llegue ya ese momento del abrazo supremo con el Padre, en su morada eterna, entonces el descanso...”.

Recuerda, ante todos, sus últimos contactos con el Padre; aquella última confesión semanal que, habitualmente, ponía frente a frente a dos corazones rebosantes de amor a Cristo y deseosos siempre de una mayor perfección:

“Hermanos míos, el día 31 de marzo lo visité y, después de darme la absolución acostumbrada, hablamos con paz. ¿De qué...? De la muerte. Yo le decía: Padre, el cuerpo puede morir de muchas cosas y los médicos certificarán nuestra defunción; pero el alma, el alma que no muere –pero que hablamos así para entendernos–, el alma, Padre, debe ¡morir de Dios...! Hay quien dice morir de amor. San Juan de la Cruz quiere morir de amor, al final, al ocaso de la vida será juzgado. Sí, muy bien, pero... ¡morir de Dios! Y, para esto hace falta enfermar de Dios y enfermedad grave, cada día más grave, hasta llegar a ser ¡ya no!, no hay solución: está enfermo de Dios, se muere y ojalá la enfermedad de Dios sea contagiosa...”.

Y lo fue: D. Vicente Garrido y el arzobispo D. José M.^a García Lahiguera se contagiaron mutuamente “la enfermedad de Dios”. Y, ambos, han conseguido la canonización popular que los recuerda desde el mismo día de su muerte como santos, y, ambos, tienen ya abiertos los procesos para que la Iglesia los eleve a los altares. Sus diálogos eran palabras de cielo.

El relato de aquellos íntimos recuerdos fue escuchado con emoción por los asistentes: “Así iba preparando su muerte, hablando de la muerte y en paz. A la semana siguiente lo visité. Era san Vicente. No me atreví a pedir la ab-

solución, porque aquello acababa. Aún duró días, pero yo no sé qué presentimiento tuve y, entonces, le oí decir: 'Lo que la Virgen quiera, lo que ella quiera, sí, adelante siempre, siempre la Virgen y la Virgen de los Dolores, y al pie de la cruz, como ella'".

De nuevo un emocionado silencio; la voz del Prelado ha enronquecido ante los entrañables recuerdos, y suena distinta: "Un abrazo nos dimos de despedida; yo tuve la corazónada de que ya no lo volvería a ver en la tierra. Y acerqué..."

La palabra del Arzobispo recupera la firmeza: "¿Veis...? Se habla de la muerte cuando se está muriendo, pero, en paz; se recuerda a la que nos dieron por Madre en la Cruz, porque viene bien tenerla junto a nosotros, en la cruz de nuestra agonía; después, el descanso, reflejado en su cuerpo..."

"Hermanos, la vida ejemplar suya, ha de ser para nosotros, en estos momentos, de serena reflexión cristiana. ¡Aprendizaje! Vamos a vivir aprovechando bien el tiempo en el trabajo, que Dios permita, o en la enfermedad que lo impida, o su voluntad divina, sea siempre cumplida. Y, después, descansen en paz; el Señor nos dé el descanso eterno".

El Sr. Arzobispo, finalizó su emocionada, afectuosa y entrañable homilía con estas palabras:

"Que D. Vicente, a quien tantas veces hemos llamado en la tierra 'Padre', reciba nuestra oración; roguemos por él, aunque no sé si sería mejor decir que interceda él por nosotros. Que así sea; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo..."

El día del entierro de D. Vicente Garrido, el arzobispo de Valencia había terminado su parlamento sagrado, ante el cuerpo insepulto, con el corazón en los labios y lágrimas en los ojos: "Hasta pronto, D. Vicente, Padre Fundador; esperamos reunirnos..."

La espera no fue demasiado larga: los dos están ya en el cielo y camino de los altares. Dos sacerdotes santos.

Capítulo XXV

*PROCESO DE CANONIZACIÓN DEL SIERVO DE DIOS
VICENTE GARRIDO PASTOR*

EN respuesta a cómo debe ser la Obrera de la Cruz, D. Vicente Garrido contestó siempre: “Se les pide en cuanto a santificación personal, el máximo grado; en cuanto al apostolado, el mayor rendimiento; en cuanto a la totalidad de la entrega, una donación sin reservas, vivida en cada momento”.

Y así fue, exactamente, su vida: el máximo grado en santificación personal; el mayor rendimiento como apóstol, multiplicándose, para que su palabra llegase a todos, predicando no sólo con su voz, sino con sus actos; y, en cuanto a entregarse totalmente, lo hizo siempre, exprimiendo sus fuerzas hasta la última gota, sin regateos, con la esplendor de un santo. Hizo de su vida una obra de arte, que es, precisamente, lo que convierte en artistas a los santos, que immortalizan su propia vida.

A golpe de cincel modeló, también, su gran Obra: las Obreras de la Cruz. En la historia del Instituto Secular hay tres fechas importantes:

* *28 de junio de 1940*: es aprobada, en la diócesis de Valencia, la Pía Unión Sociedad Amor Cristiano.

* *21 de octubre de 1964*: la Pía Unión es erigida canónicamente en Instituto Secular de derecho diocesano, con el nombre de Instituto Secular Obreras de la Cruz.

* *12 de junio de 1971*: El Instituto Secular recibe, del papa Pablo VI, el Decretum Laudis y es declarado de derecho pontificio.

El Instituto Secular Obreras de la Cruz, en la actualidad, ejerce su Apostolado Social Obrero en distintos países.

ESPAÑA: Albacete; Alicante (Capital, Altea, Beniarrés, Castalla y Jávea); Almería; Barcelona; Cáceres; Castellón; Córdoba (Carcabuey, Priego de Córdoba); Granada; Guipúzcoa (San Sebastián); La Coruña (Narón); Madrid; Murcia; Tarragona; Valencia (Capital, Agullent, Alfahuir, Alzira, Buñol, Gandía, La Barraca, Moncada, Museros, Requena, Sagunto, Torres-Torres, Turís) y Valladolid.

HOLANDA: Boxtel.

ITALIA: Roma.

BOLIVIA: Cochabamba, El Fortín, El Puente, San Javier, San Ramón y Santa Cruz de la Sierra.

BRASIL.

CHILE: El Salvador, Santiago.

Las características que quiso imprimir el Fundador a su Instituto son, entre otras, el vivir sobrenatural: oración y reparación; el trabajo, la sencillez.

Las Obreras desempeñan variadas tareas y ejercen distintas profesiones. Sus actividades son pastorales, educativas, sanitarias, casas de espiritualidad y acogida, residencias, acción social, promoción humana, etc. En ciudades y barrios, pueblos, zonas rurales y países de misión.

Hay Obreras a plena disposición del Instituto que habitualmente viven en Casas-Cenáculos y, otras, que conservan su iniciativa personal y residen, normalmente, con sus familias. Los Cooperadores son miembros asociados que viven el espíritu del Instituto y colaboran en su apostolado.

Al Fundador de las Obreras de la Cruz, predicador infatigable, no lo ha dejado silencioso la muerte; continúa hablándonos desde el púlpito de sus libros, cuyo contenido es de permanente actualidad, por dos motivos: porque la ley

de Dios es inmutable, y porque D. Vicente Garrido supo ver el mañana desde el ayer.

Y, entre todo su legado, su mejor obra, la mejor herencia, el medio más eficaz para continuar su obra apostólica, es el Instituto Secular Obreras de la Cruz, por él fundado.

* * *

Siempre tuvo fama de santo; antes de su muerte eran muchos quienes así lo consideraban. Era un sacerdote cuya presencia imponía y atraía. Cautivaba su conversación por la extraordinaria claridad de sus ideas y su facilidad de palabra para exponerlas. Un verdadero sacerdote de Cristo, con ciencia y virtud en plural y en superlativo. Se ha dicho y se ha escrito, que sus funerales constituyeron una canonización popular.

* * *

Las Obreras de la Cruz respetando las normas de la Iglesia, consideraron oportuno dejar que transcurriese un tiempo prudencial, desde el fallecimiento del Siervo de Dios, D. Vicente Garrido Pastor, el 16 de abril de 1975, y que se confirmase su fama de santidad, antes de solicitar la apertura del Proceso de su Canonización.

El arzobispo de Valencia, D. José M.^a García Lahiguera, desde un primer momento, había aconsejado que no se demorase la petición de apertura del Proceso, porque convenía que pudiesen testificar las personas que lo habían conocido y que, muchas de ellas, por razones de edad, si tardaba en abrirse el Proceso, ya no vivirían para dar testimonio de aquella santidad de la que fueron testigos. El mismo arzobispo, falleció algún tiempo después, aunque habló de forma reiterada y constante de la santidad de aquel sacerdote que fue su confesor durante cinco años,

desde su llegada a Valencia, hasta el fallecimiento de D. Vicente Garrido, al que conoció muy bien.

En el Capítulo General del Instituto, celebrado en abril de 1984, acordaron las Obreras de la Cruz, solicitar a la Santa Sede la apertura del Proceso de Canonización de su Fundador.

Fue nombrado postulador de la Causa, en Roma, el Rvdo. P. D. Teodoro Zamalloa Cots, Osst., y vicepostulador, en Valencia, el M.I. Sr. D. Vicente Castell Mahiques. El primero tuvo que ser sustituido, algún tiempo después, por enfermedad, reemplazándole el Rvdo. P. Antonio Sáez de Albéniz, Osst. En 1997 falleció D. Vicente Castell, y ha sido sustituido por D. José Vicente Castillo Peiró.

El Nihil Obstat, para el inicio del Proceso, fue dado por la Congregación para las Causas de los Santos el 28 de febrero de 1989. Cuatro meses después, el arzobispo de Valencia, D. Miguel Roca Cabanellas, nombró el tribunal para la Causa del Siervo de Dios. Fueron designados, como juez delegado el M.I. Sr. D. Miguel Juan Canet Blasco; como promotor de justicia, el Rvdo. D. Alfonso López Benito, y el Rvdo. D. Alfredo Candel Peris, como notario actuario.

El arzobispo Roca Cabanellas, falleció en accidente de automóvil cuando se desplazaba desde Madrid a Valencia, y los nombramientos antes citados fueron ratificados, posteriormente, por el nuevo arzobispo de Valencia, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Agustín García-Gasco y Vicente.

La apertura del Proceso de Canonización del Siervo de Dios, Vicente Garrido Pastor, tuvo como escenario uno de los lugares donde transcurrieron varios años de su vida: el claustro del Real Colegio-Seminario del Corpus Christi, fundado por san Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y patriarca de Antioquía, por lo que la histórica fundación es conocida, popularmente, por los valencianos, como Iglesia y Colegio del Patriarca. En el centro del claustro –lugar elegido para la sesión de apertura del Proceso– se encuentra la

escultura sedente de san Juan de Ribera, obra del escultor valenciano Mariano Benlliure. El acto, estuvo presidido por el arzobispo D. Miguel Roca, quien había puesto una ilusionada esperanza en la rápida subida a los altares del Siervo de Dios, sin pensar que su muerte en un accidente de tráfico estaba tan próxima.

Era el 12 de junio de 1990 cuando tuvo lugar la sesión de apertura del Proceso y, tras ella, se celebró la Eucaristía en la capilla del Patriarca, presidida por el arzobispo Roca Cabanellas, quien pronunció una homilía memorable:

“Esta Eucaristía... quiere y debe ser, ante todo, una acción de gracias a Dios. Acción de gracias, porque cualquiera que sea el éxito y el resultado final de este Proceso, el haberlo podido comenzar, lo tenemos que considerar ya como un don de Dios...”.

Y continuó el Sr. Arzobispo: “Es una gracia para la Iglesia de Dios en Valencia, porque supone que, en tiempos muy recientes todavía, un hijo de esta iglesia, sacerdote diocesano, ha dejado tras sí una fama de santidad, que permite hoy abrir su Proceso de Canonización, lo que no supone en modo alguno prejuzgar el futuro juicio de la Iglesia, que vendrá a su tiempo, como Dios quiera y cuando Dios quiera...”.

Recordaba D. Miguel Roca: “Habiendo fallecido hace sólo quince años, es una persona a la que muchos habéis podido conocer y que, por eso, está como más cercano a todos vosotros...”.

Terminó diciendo: “Pienso que el Proceso que hoy se ha abierto, va a contribuir a mejor conocer la espiritualidad y el carisma fundacional de D. Vicente... Beneficios por lo que ya es la hora en que demos gracias a Dios, desde lo más profundo de nuestro corazón... Vamos a poner en manos del Señor, con paz de espíritu y confianza, este Proceso. Su desarrollo y su resultado final lo encomendamos, también, a la Virgen de los Dolores, a quien D. Vicente profesó tan filial y tierna devoción...”.

Finalizada la celebración de la Eucaristía, se cantó el Himno de las Obreras de la Cruz, compuesto en su totalidad –música y letra– por el Siervo de Dios Vicente Garrido, que causó honda impresión en todos. ¿Cómo podía, este sacerdote de Dios, abarcar tantas actividades...? ¿Cómo podía hacer tantas cosas y todas bien? ¿De qué forma multiplicaba su tiempo para dedicarse además de a su apostolado sacerdotal, que fue siempre lo primero, no sólo a escribir, sino a componer música...?

Nueve días después de la apertura del Proceso de Canonización, el 21 de junio de 1990, se inició la prueba testifical. Posteriormente, dio comienzo la prueba documental que, debido a la extraordinaria actividad apostólica, epistolar y literaria del Siervo de Dios, resultó muy laboriosa e irremediablemente lenta.

Finalmente, el día 14 de septiembre de 1999, tuvo lugar la clausura de la fase diocesana del Proceso de Canonización del Siervo de Dios Vicente Garrido, que se había iniciado nueve años antes.

La Casa de la Madre de Dios, en Moncada (Valencia), fue el escenario del acontecimiento, y el acto estuvo presidido por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de la diócesis, D. Agustín García-Gasco y Vicente, asistiendo también el postulador de la Causa, Rvdo. P. Antonio Sáez de Albéniz Osst., quien, con este motivo se desplazó a Valencia desde Roma, donde tiene su residencia habitual.

La sesión de clausura de la fase diocesana del Proceso de Canonización de su Fundador, tan ilusionadamente esperada, no sólo por las Obreras de la Cruz, sino también por numerosas personas de toda edad y condición, se había proyectado celebrarla en la explanada de la Casa a la que D. Vicente puso bajo la protección de la Virgen, en la advocación de los Dolores, Patrona del Instituto Secular y, no sólo por el lógico deseo de que el histórico acto estuviese rodeado de la dignidad y el respeto requeridos para estas solemnidades,

sino también con el propósito de que pudiesen asistir a un acontecimiento tan largamente esperado, familiares, sacerdotes, miembros del Instituto Secular Obreras de la Cruz, y cuantas personas lo desearan, sin ninguna limitación.

Y en Valencia, donde el clima nos tiene acostumbrados a que el verano se alargue hasta muy avanzado el otoño, cuando todavía en el calendario faltaban varios días para que oficialmente finalizara la estación veraniega, se vivió la sorpresa meteorológica de que las nubes vaciaran una impetuosa e ininterrumpida lluvia, precisamente a la hora señalada para el acto, lo que imposibilitó que la sesión de clausura diocesana del Proceso de Canonización del Siervo de Dios tuviese lugar al aire libre, tal como estaba previsto. Se tuvo que improvisar, con rapidez, el cambio de escenario al interior del edificio, que resultó incapaz para albergar a una asistencia tan numerosa, que, desafiando a la lluvia, permaneciendo más o menos resguardada del agua torrencial, siguió la ceremonia en silencio y serenamente.

El arzobispo de Valencia Mons. García-Gasco, el juez delegado, el delegado diocesano para la Causa de los Santos y todos los miembros del tribunal, protagonizaron el acto jurídico con el que debía finalizar el Proceso: presentación al Sr. Arzobispo de las actas originales, trasunto y copia pública de dicho Proceso; designación y juramento de la portadora; lectura del acta de la sesión, firmas, e inclusión de las actas en las correspondientes cajas que, a continuación, fueron cerradas, precintadas y lacradas, tanto la que debería quedar archivada en la curia diocesana, como las dos copias que se trasladarían a Roma para ser entregadas a la Congregación para la Causa de los Santos. Finalmente, como señala el protocolo, tuvo lugar la lectura del Instrumento de Clausura.

A las breves alocuciones del juez delegado, del postulador y del vicepostulador del Proceso, siguió la intervención del Sr. Arzobispo, quien hizo una cálida exhortación, resal-

tando la importancia del acto y haciendo una llamada a la santidad, tan ejemplarmente vivida e insistentemente predicada por el Siervo de Dios, Vicente Garrido. Finalmente, hizo votos esperanzadores para que sea rápido el reconocimiento de la práctica heroica de sus virtudes por parte de la Iglesia.

Tras unas moniciones, lecturas de la Palabra de Dios y preces, se entonó el Himno de las Obreras de la Cruz, que fue seguido por cuantos llenaban el salón, entre quienes se encontraban el obispo emérito de Sigüenza-Guadalajara, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Jesús Plá Gandía; los sacerdotes componentes de la comisión histórica, y testigos del Proceso; vicarios episcopales; canónigos de la S.I. Catedral de Valencia; el alcalde de Moncada y un representante del Ayuntamiento de Benaguacil (Valencia).

La fecha gozosa en la que fue clausurada la fase diocesana del Proceso de Canonización del Fundador de las Obreras de la Cruz, ha quedado marcada por un hecho inesperado y sorprendente: cuando finalizaba el acto, ante la cruz de piedra que preside el exterior de la Casa de la Madre de Dios, se desplomó a causa de un ataque cardíaco, sobreviniendo el fallecimiento inmediato, un miembro del Instituto, quien había llegado a Moncada conduciendo su propio coche, en el que viajaban con ella varias Obreras, quienes, como todos los presentes, quedaron impresionadísimos por aquella muerte repentina, hecho visto y aceptado como una prueba de Dios, infinitamente más dura que la brusquedad del cambio de tiempo que había deslucido el solemne acto.

* * *

Días después de finalizar la fase diocesana del Proceso, el 17 de septiembre de 1999, la Directora General del Instituto Secular Obreras de la Cruz, propuesta por el Consejo Ge-

neral como portadora, y nombrada como tal por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Valencia, hizo entrega oficial del Proceso, en el Vaticano, donde se está realizando el correspondiente, detenido y riguroso examen, estudio y posterior dictamen sobre la Causa.

El deseo de que Dios fuese glorificado en la figura de su Padre Fundador y que su vida y su doctrina sigan sirviendo de estímulo a muchos, especialmente a sus hijas las Obreras de la Cruz, fueron el motivo de que los miembros de dicho Instituto Secular iniciaran el Proceso de Canonización de D. Vicente Garrido, que, en su fase diocesana, ha alcanzado ya el ansiado final. Es el momento de acudir con mayor insistencia a él para que obre el milagro que se exige para la Beatificación.

La biografía del sacerdote valenciano D. Vicente Garrido Pastor, Fundador de las Obreras de la Cruz, queda frenada, detenida por algún tiempo, en un capítulo que podríamos titular: hacia la santidad.

Y ése es, exactamente, el título de uno de sus libros donde se reúnen siete artículos suyos publicados en la revista de Teología Mística *La Vida Sobrenatural*, dirigida por los PP. dominicos de S. Esteban de Salamanca, cuyo primer trabajo lo publicó D. Vicente Garrido en 1928: hace más de setenta años. La santidad siempre estuvo presente en su vida, y su vida fue siempre un ilusionado caminar hacia la santidad.

Con la clausura de la fase diocesana del Proceso de Canonización se ha cubierto felizmente la primera etapa de ese largo camino a seguir para que la Iglesia lo proclame santo.

Capítulo XXVI

EPISTOLARIO ESPIRITUAL

La plena alegría de Dios en el alma

NÚMEROSAS personas de las que mantenían contacto espiritual con D. Vicente Garrido, a través de una correspondencia personal e íntima, han tenido la delicadeza de poner en nuestras manos las cartas del Siervo de Dios, con el deseo de compartir con los demás los consejos, los comentarios, las recomendaciones que les hizo en su día, en aquella paternal correspondencia, que conservan como auténticas reliquias.

Entresacamos las frases que consideramos de mayor interés, en las que el Padre resumía las líneas certeras de una dirección espiritual provechosa, buscando siempre el camino de la santidad. Sus consejos no han perdido actualidad; son aplicables a las almas que, tanto ayer como hoy, buscan el camino del cielo.

* * *

“Jesús y la Virgen están contigo. Ellos son tu fuerza y sostén. Pasarán las tempestades y vendrá la paz, aunque esa paz es tu vivir unida a Cristo siempre. Sé que vives y eres feliz en tus sufrimientos. Éstos son astillas que aumentan la llama del amor a Dios. Jesús te colma de sus gracias y te mima con ese dulce vivir santo y lleno de amor sobrenatural. Jesús te lo da; tú auméntalo con tu fidelidad, tu entere-

za, corriendo hacia tu meta: la santidad. En esta venida del Señor, gózate pensando que, únicamente por amor, viene del cielo y nace para ganarnos del todo para él. Gozo y paz”.

* * *

“El Señor sea tu fortaleza en el gozar, como en el padecer. Los sufrimientos duelen de momento pero, soportados por Dios, son causa de gozo para el alma. Así también, las tentaciones, de cualquier clase que sean, cuando son vencidas”.

“¡Es tan fácil amar al Señor! Corre por ese camino, que así llegarás pronto a transformar todo tu interior”.

Son palabras esperanzadoras que infunden ánimo en el alma de quienes sufren la soledad, la incompreensión, incluso la falta de salud.

* * *

“Haces bien en escribir para solucionar esas dudas y seguir orientando tu vida hacia Dios, a quien tanto debes”.

“¿Cómo pagarle tantos beneficios? Pues tus mismos sufrimientos no son otra cosa que medios muy hermosos para tu santificación. Si sabes ofrecerlos a Jesús y soportarlos todos por su amor... ¡cuánto podrás adelantar! Ten ánimos y no desmayes de tu camino de salvación. El mundo pasa con todas sus cosas, pero Dios nunca pasa. Él es el único centro de la verdad y de la felicidad. La alegría sólo es verdadera cuando se ama al Señor. No te faltará su ayuda si tú luchas, y es cierto que vencerás. El amor verdadero a Dios nunca se cansa de sufrir y trabajar por su gloria. Piensa lo que eres y lo que deseas ser, y te reanimarás al instante”.

* * *

En el verano de 1967 aconseja a una de sus dirigidas:

“Cultiva las virtudes; afina tu vivir de modo que transpire a Dios. Como en un baño, vive sumergida en un amor profundo a Dios. No te inquietes por las imperfecciones que veas en ti, antes saca el provecho conveniente para ejercitar la humildad y levantarte hacia Dios con el vuelo de una mayor confianza. Con el Señor todo lo podrás. Aliéntate tú misma para recorrer tu camino y llegar a la meta que te has fijado. Nunca pliegues las alas de tu corazón. Hacia arriba siempre, hasta tenerle encentrado en Dios...”.

* * *

Cuando ya el dolor lo tenía atenazado y aunque faltaban más de diez años para su muerte, comentaba el sufrimiento, en una carta fechada el 3 de septiembre de 1964, con estas palabras:

“...El cuerpo no puede menos que sentir el dolor, pero éste, por amor a Dios, mucho santifica y acerca a la pasión y cruz de Jesucristo. La Virgen Dolorosa abrió este camino a quienes quieren seguirla no en la gloria del mundo, sino en las pruebas que se convertirán en gloria, a su tiempo. Esta hora de premio llegará para los que permanecen fieles hasta el último momento. Hay que seguir, bajo la protección de la Virgen, el camino emprendido, con la esperanza de que en la hora menos pensada, cesará la prueba y amanecerá el sol de la plena alegría de Dios en el alma. Cuesta hacerse santos. El instrumento es la cruz. Pocos la quieren. Muchos le huyen. Al pie de ella, junto a la Virgen, a superar la pasión con el gozo interior que el Señor concede a los que de veras le aman. Y el amor se prueba así...”.

* * *

En agosto de 1974, su penúltimo año de vida, escribió en una carta de la que entresacamos los consejos menos personales, comentarios provechosos para todos:

“El egoísmo del mundo es cada vez mayor. Nuestra confianza toda está en el Señor y en la Virgen. A Ellos acógete con fe y absoluta confianza y entrega. ¿Qué vale todo sin Ellos? Ellos son el oro de nuestro vivir. Y cuando se ama, su amor lo puede todo”.

* * *

Por aquellas mismas fechas, el 25 de agosto de 1974, escribió una breve carta de la que recogemos una hermosa frase: “Que sean eternas nuestras Pascuas en el cielo. Hacia allí vamos con nuestra fidelidad a las gracias divinas”.

Su optimismo queda patente en una expresión que no se transformó en realidad: “Mi salud mejora por días”. Su salud, en ese año de 1974, era cada día más delicada.

* * *

Escribió en junio de 1974 unos consejos que él practicó siempre:

“Piensa que estás en ejercicios espirituales continuos. Aceptar la cruz y morir besándola como instrumento de santificación y de mayor perfeccionamiento. En el dar, se prueba el amor. Así lo hizo el Divino Maestro. Anima tu espíritu y ofrece... que el Señor acepta. Por todos los caminos en que florece la virtud, se llega a Dios...”.

* * *

Una nota breve condensa, en tres renglones, su gran amor a la Virgen. Lleva la fecha 19 de noviembre de 1973.

“¡Es la Madre! En Ella tengo toda mi seguridad. Ámela entrañablemente y nada tema junto a Ella. Su mirada, pide. Sus manos, dan. Y su corazón..., ¡para sus hijas Obreras!”.

* * *

En otro momento aconseja:

“Las cosas materiales y circunstancias no obstaculizan, si queremos, la marcha de ascenso del espíritu. Rema con fortaleza y confianza” (18-VI-1973).

* * *

Desde Moncada, el 28 de marzo de 1973, envió una carta en la que destaca una frase rotunda: “La santidad se gana a fuerza de puños, no con palabrerías...”.

* * *

La tristeza, durante las Navidades, cuando en las familias faltan ya las personas más queridas, empaña la alegría que debemos sentir los cristianos por la venida del Dios-Niño, que nació para todos, pero, especialmente, para acompañar a los solitarios y a los tristes. El Padre consuela con unas palabras afectuosas a quienes tienen mordido el corazón por las ausencias:

“Mi felicitación en el Nacimiento del Señor aunque la familia –árbol– tenga seccionadas algunas ramas. Pero están en el cielo, donde no hay noche, todo es día” (19-XII-1972).

* * *

El día de san Francisco de Asís del año 1972, el 4 de octubre, escribía en una breve carta, palabras tan llenas de contenido como éstas: “Que el ambiente espiritual, ese hacia Dios siempre, no te falte; cultívalo con esmero; es el sostén interior que va transformando nuestra vida para un obrar más limpio, recto, desprendido, lo que tanto agrada al Señor...”.

* * *

Otras frases de D. Vicente Garrido, incluidas en una de sus cartas, fechada el 12 de julio del año 1972, son elocuentemente aleccionadoras:

“El Reino de Dios padece violencia y los que se violentan son los que lo arrebatan. Procura correr en el camino de la santidad. No flaquees en ello. El mundo se ha de salvar por los santos. Y los misioneros y misioneras son ejemplo de verdadera admiración que tendrán un gran premio en el cielo. Confía, espera... y lucha para llenarte cada vez más de Dios. Y la Virgen guíe tus pasos...”.

* * *

A las Obreras de la Cruz, que desarrollan sus actividades en tierras de misiones, escribe cartas que alegren su espíritu:

“La misión es hoy un precioso regalo para las almas decididas y generosas. Aquí el apostolado se hace cada vez más difícil. Todo se naturaliza, se humaniza, y lo sobrenatural va desapareciendo. ¿Cómo sin el amor del Señor, sin el Cristo, seríamos capaces de hacer algo por esa humanidad abandonada y que busca a Dios? ¿Y sin la Virgen? Corre dentro de la línea recta de la virtud, abnegación y santidad. Date, pero sin regateos nunca. Siembra en ese campo la semilla de la fe, del amor a Dios y a la Virgen. Así se hace Iglesia. No olvides el ‘niégate, toma tu cruz... y sígueme’. Cada momento suena este eco de las palabras del Maestro. Con Él en contacto por la oración. ¡Vaya que habla el Señor a lo íntimo del alma...! Y pide y quiere que le pidamos. Yo sí pido por ti; por todas las misioneras, a quienes admiro. Cuantas cosas pudiera escribirte, ya las sabes. Que sea misión para hacernos santos y hacer santos...”.

* * *

Desde Santa María del Monte, el 11 de julio de 1972, escribía a sus hijas: “¡Cuánto deseo que viváis unidas y en la paz de Cristo que supera todo sentido! La vida es una lucha y, un desprendimiento de nosotros mismos, en esa lucha”.

* * *

En una de sus cartas del 27 de mayo de 1972, expresó con brevedad uno de sus más vehementes deseos: “¡Os quisiera a todas las Obreras tan santas y unidas en amor a Cristo y en una misma acción de glorificación divina...!”.

* * *

“Permanece fiel en tu camino de seguimiento al Señor. ‘Niégate, toma tu cruz... y sígueme’. El Pastor Supremo va delante... Nosotros sepamos seguir sin cansancio. Nos haremos el bien y lo haremos también a los demás”.

“Vida plena, para quien únicamente lo merece: el Señor...”.

En Santa María del Monte, el 11 de abril de 1972, escribía estas hermosas palabras, estos consejos que él, antes de darlos, los ponía en práctica a todas las horas, de todos los días, de toda su vida.

* * *

Habla paternalmente a una de sus hijas: “A más intimidad y unión con el Señor responderá un mayor crecimiento espiritual. Hay que recorrer con ánimo el camino de la santidad. Ésta, vivida ocultamente, en una vida de inmolación y ofrecimiento, es lo único que puede llenar tus ambiciones; tu corazón no pequeño, hambriento de amor a Dios. Son muchas las gracias que recibes como una predilección del

Señor. La Virgen será siempre el canal por el que te lleguen estas abundantes gracias”.

* * *

En una carta fechada en Santa María del Monte, Torres-Torres, 26 de enero de 1970, comenta: “Es tan hermosa y encantadora la vida interior, que ella resuelve todos nuestros problemas porque, en todas las cosas, vemos medios de purificación y santificación. Procura flotar siempre sobre las circunstancias. ¿Cómo...? Como vuelan las águilas, remontando tu mente y corazón hacia Dios. Él y sólo Él llene las más grandes ambiciones de tu vida. No eres inútil, no; estás cumpliendo con tu deber; a la vez, haciendo tus obras de caridad y de apostolado a tu modo. Veo estás trabada. Ya llegará el día que podrás lanzarte. Todo cambia. Espera, enseña, ora, ama...”.

Sus palabras son como dar vida a sus pensamientos con el deseo de contagiar su vehemente amor a Cristo.

* * *

“Cuida mucho tu vida interior, amor y sacrificio; pureza de corazón y elevación de miras; trabajo por Cristo y presencia de Dios. Ante todo la santidad. Así producirás mucho para el Señor. Cada día sea tu vida como nueva, caldeada siempre en el fuego de un amor divino. Cristo ante todo y para su gloria... ¡todo! Jesús quiere almas santas en medio de tantos pecados. Adelante, hasta correr tu camino y llegar a la meta propuesta...” (6-XII-1949).

* * *

Y por las mismas fechas, hace medio siglo, el 24 de noviembre de 1949, aconsejaba a una de sus hijas espirituales:

“A trabajar donde Dios determine. Todo el mundo es campo donde las almas esperan. El buen trabajador realiza su trabajo donde su Señor le señala. Lo perfecto es hacer la voluntad de Dios, en todo momento. Sigue viviendo tu vida interior, llena de amor a Dios y de sacrificio por Dios. Es lo que más hace crecer en la vida espiritual. Compenetración con la vida amorosa y dolorosa de Cristo, nuestro Maestro y Esposo. A Dios hay que darlo todo plenamente. No hacemos otra cosa que devolverle lo que de Él hemos recibido. Lo que el Señor te dará vale, sin comparación, más que lo que le puedes ofrecer. Sobre todo, tu buena voluntad y tu corazón...”.

* * *

El Siervo de Dios Vicente Garrido, sonrió siempre: ni la enfermedad, ni el dolor, ni el cansancio, ni las dificultades que tuvo que vencer para llevar a buen fin su tan deseada fundación, borraron la sonrisa delicada, suave, acogedora y dulcísima de sus labios. Un gesto bondadoso personalísimo que despertaba confianza, que daba paso al diálogo espontáneo. No es de extrañar que finalice una carta dirigida a una de sus hijas, fechada el 22 de octubre de 1949, con este brevísimo consejo:

“Y contenta siempre... con buen rostro y ánimo. Con Jesús todo lo podemos...”.

Y es que, el Padre, fue siempre un sacerdote sonriente-mente serio.

* * *

La fidelidad a una vocación, la aconseja frecuentemente y la practicó siempre:

“Sea tu vida un continuo servir a Dios para su gloria divina. No descuides la práctica de las virtudes, imitación

verdadera de Jesús. Él pide amor de reparación por tantas ofensas que le infieren. Sé fiel en todo momento” (28-IV-1949).

* * *

Almas con alas, es lo que desea para quienes buscan la perfección:

“El alma apóstol es así: va donde el viento del Espíritu de Dios la lleva. Los hombres, sin saber, abren nuevos caminos a nuevas almas...” (14-III-1949).

* * *

En una larga carta, fechada en 1948, dirigida, probablemente, a una joven de las que acudían en busca de consejo a su confesionario, señala el camino a quien duda de la encrucijada. Su estilo epistolar es siempre conciso y, generalmente, concreta y resume muy brevemente el oportuno consejo. En este caso, se extiende al escribir y dar respuesta a tantas dudas:

“El que poniendo su mano en el arado, vuelve atrás, no es apto para el Reino de los Cielos. En la lucha es donde debes crecer cada vez más y consumir el sacrificio empezado de tu vida. Astuto es el demonio que se vale de unas lágrimas de compasión para conseguir lo que desea. No temas. Ten ánimo y clava tu mirada llena de amor, de confianza, y... esperanza en Aquel que te llamó para Sí. Si se oculta, búscale ofreciéndole tus sacrificios, tus pensamientos y tu vivir. Esfuerza tu voluntad y renueva mucho tu presencia de Dios, con una mirada de confianza. Besa el crucifijo y encomiéndate a la Virgen. No te preocupes tanto por ello. Has de ser combatida para ser purificada. Las almas grandes, sólo con grandes arranques y cortes del corazón,

logran subir hacia Dios. Tú estás puesta en el camino. Sigue intrépida y esforzada hacia tu ideal: es Dios...”.

* * *

“Y sólo santifica nuestro ser lo que le crucifica con Cristo y le inflama en amor silencioso a Dios...” (XII-1948).

Hay que amar el dolor por amor. La cruz es lo que aumenta la santidad, por algo la cruz es el signo “más” de la aritmética, el que simboliza la suma.

* * *

En una carta, dirigida a un grupo de Obreras, el 15 de diciembre de 1948, les aconseja reiteradamente, una vez más, que permanezcan fraternalmente unidas; consejo que repitió en numerosas ocasiones de palabra y por escrito:

“Vivid unidas y animándoos mutuamente y rivalizando en ser mejores y más santas. El mundo pide santos para su recristianización...”.

* * *

“Todo lo puede la oración con el sacrificio, el buen ejemplo con el apostolado. Sois el corazón de Cristo. Lleváis su amor y Él es vuestro vivir. Seguid cumpliendo con fidelidad vuestras obligaciones de Obreras. Vuestro puntal de sostén es la oración ante ese Sagrario y la Virgen...”.

Y en otro momento de la misma carta: “Si vuestro amor a Jesús tira llamaradas, no os faltarán almas que se os rindan” (24-XI-1949).

* * *

Una frase elocuente: “El orden acusa perfección, y la perfección, santidad” (22-XI-1948).

* * *

A una de sus dirigidas, le aconseja entre otras cosas: “Mírate siempre como un instrumento que Él maneja a su capricho divino. Tu encentramiento de verdad es tener tu querer en el de Dios. Si te aprisiona la voluntad, es para atraerla más hacia Él. Recibe lo que te dé siempre con alegría, pues basta ver de qué mano viene tal don, aunque sean dificultades. El fervor va y viene, pero el querer es inmutable...” (11-VIII-1948).

* * *

Señala a sus hijas, ejemplares normas de vida: “Haz con perfección las cosas, por lo menos en tu voluntad, pensando que son todas para Dios. Hasta el acto más insignificante, glorifica al Señor y te santifica...”. Y continúa:

“Quita de ti cuanto pueda turbar tu interior, conservando la paz en tu corazón. Acrecienta en ti la confianza, y esto cuanto más apurada te veas. Une a tu amor el oculto sufrir de tu voluntad y el que las criaturas te presenten. Aconseja, enseña, y luego tú no decaigas porque no lo veas realizado, antes te sirva de acicate para animarte más. Anda siempre con alegría. Y a trabajar por Jesús, sembrando tu amor por donde vayas...” (17-IX-1948).

Apóstoles optimistas desea que sean quienes le abren su corazón y le piden consejo.

En todas sus cartas, como en todo lo que salió de su pluma, hay riqueza de expresiones, abundancia de pensamientos, delicadeza de sentimientos. Cada carta es distinta a las demás; no se repite nunca, aunque sea tan abundante la correspondencia que mantuvo con sus dirigidas.

Son consejos y enseñanzas que abren puertas y ventanas a la santidad, pero, dichos con palabras distintas, de forma diferente, ofreciendo un horizonte inacabable, pero no inalcanzable, a las almas deseosas de perfección. La más alta teología, el catecismo, las normas de vida cristiana, el perfil de la santidad, traducido a un lenguaje sencillo. En todo momento, en el más remoto lugar y cualquier persona, puede aspirar a ser santo, empezando por ser un poco mejor cada día.

* * *

En otra de sus cartas, pregunta y responde: “¿Por qué tener miedo a los desprecios y olvidos? ¿No ves a Jesús...? Así, como el Maestro. Tal deben desear los que de veras quieren ser suyos e imitarle. La imitación de Jesús, se hace con hechos...” (29-VIII-1948).

* * *

“Que el amor del Señor sea tu vivir y crezca a medida que el tiempo corre. ¿Qué vale la vida sin amor a Jesús? En Él está nuestra esperanza, ilusión y porvenir. Hacerte muy santa, es todo tu programa. Humilde de corazón, sencilla en tus cosas, confiada siempre, muy cogida a tu crucifijo...” (23-VIII-1948).

* * *

A una de sus Obreras le advierte: “Lleváis algo que no podéis ocultar y eso es lo que ven. Lo cual te hará levantar más tus ojos a Dios y conocer tu encentramiento de verdad. Sembráis sin daros cuenta. Prudencia, sin cobardía; prudencia sin desechar almas que vayan a tus manos...” (28-X-1947).

* * *

Poseía D. Vicente Garrido tal dominio del lenguaje, tal facilidad para enlazar las ideas y relacionar, con oportunidad, los argumentos, que conseguía decir mucho, con unas pocas frases:

“La marca de la cruz sobre un alma es predilección del Señor. Santa Ana, con la oración, alcanzó su fecundidad. Nada de nuestros trabajos se pierde a los ojos de Dios. Nos fecundiza ante Él y nos prepara para hacer fecunda la labor, aunque no se vea el resultado. Nos hemos de dejar llevar de su mano que nos guía a oscuras hacia donde Él quiere. Oculta con el Señor, en vida de amor constante, conserva la paz de tu corazón, la confianza y la entrega de víctima a tu Dios. El Señor nos quiere, como el agua bien purificada a fuerza de ser zarandeada y dejar toda la escoria que lleva. Cruz y amor sea tu divisa, si quieres alcanzar esa gran locura de amor a Cristo”.

* * *

Un consejo constantemente repetido a sus Obreras de la Cruz, que es un vehemente deseo y una honda preocupación que entristece su corazón de Padre: “Vivid muy unidas”. Y añade: “Con codicia del tiempo para santificaros y trabajar. Jesús reclama de vosotras santidad y trabajo” (19-II-1947).

* * *

“Estás pasando tu período de tentación. Ojo y véncete con brío –advierte a una de sus dirigidas, en una carta fechada el 29-I-1947–. No te pases nada y mata tu yo. Pon mansedumbre en tu trato contigo y para con los demás. Levanta tu mirada hacia el Señor y no mires a las criaturas. Aplasta en ti todo brote de desorden. No te asustes de tu lucha. Los enemigos de las pasiones saltan cuando me-

nos esperas. Recoge tu corazón y en él ama y lánzate a saber sufrir. Alégrate en la represión, pues la necesitas para formarte según Cristo. ¿La fiera...? Se la ata y se la reduce al cubil. Sólo el Señor gobierne tu vivir. Tras esos asaltos, luego la paz. Tu vocación sea de entrega, abandono y amor...”.

* * *

En enero de 1947, el hermano del Padre está enfermo. Le sobrevivieron dos de sus hermanos, Consuelo y José, pero en la carta, que se refiere a la enfermedad de un hermano, no dice su nombre; sin embargo, demuestra la inquietud que siente. “No sé cuándo podré ir. Depende de mi hermano enfermo. Si estuviese algo bien, podría ir en la semana segunda de febrero...”. Se disculpa, ante quienes solicitan su presencia.

* * *

Desde Yecla, donde pasaba unos días, escribió a una de sus Obreras, con su estilo habitual, conciso y rotundo: “Jesús nos exige la lucha con nosotros hasta sepultar ese yo, y así viva totalmente Jesús en ti. Sonrisa y amor; trabajo y oración, esperanza y seguridad...” (10-VIII-1946).

* * *

“La Virgen sea nuestro sostén, alegría y Madre...” (28-V-1946). Era el mes dedicado a la Virgen, pero D. Vicente Garrido a la Virgen le dedicó toda su vida: los doce meses de cada año de los setenta y ocho que vivió.

* * *

“Si no se vive el espíritu llegará un día en que se perderá...”. “Nosotros compensemos renovando todo nuestro vivir, llenándolo del Señor, y así podremos ayudar a los demás a que se renueven...”.

* * *

Entresacamos algunas frases, de distintas cartas, dirigidas a diferentes personas, en los más diversos momentos:

“Puedes hacer lo que el Señor te pida. Pero sin que esto disminuya tus fuerzas para hacer tus obligaciones...”.

“Que Él inspire y oriente todo tu vivir, planear y hacer. Que en ti viva y en Él y para Él vivas. Sólo así hallarás paz...”.

“Que tu confianza y amor hacia Ella crezca cada día de tu vida...”.

“Vivir sólo para el mundo, es nada... Vivir toda para Dios... es todo. Adelante”.

“Ante las contrariedades evita toda depresión y desánimo. Ten señorío sobre ti y las circunstancias que te puedan rodear...”.

“A la santidad se llega buscando en todo sólo a Dios”.

“No hay soledad cuando Jesús vive en lo más profundo de un alma...”.

“Si te corrigen... agradece la corrección. El Señor es el único que tiene derecho sobre ti, pues eres suya. A Él, pues, debes amar con todo tu querer y a las criaturas por Él y en Él. Busca la santidad y acompaña al Señor tan ofendido y olvidado de tantas almas...”.

“No te asustes de tu fragilidad, antes sé humilde ante el Señor y confiada, pues Jesús siempre oye a quienes le buscan...”.

* * *

“Que las virtudes del Señor sean tu mejor vestimenta...”.

“Pórtate bien con todos y muéstrate contenta aún en tus contrariedades...”.

* * *

En contestación a la carta de una joven que le pide consejo para encauzar su vida hacia Dios, respondió el canónico Vicente Garrido:

“Darte a Dios por Dios, es el más hermoso ideal. Sientes llamadas de Dios. A ti te toca responder. Ten presente que lo que des u ofrezcas al Señor, lo tendrás con ventaja en tu día definitivo; lo que des al mundo para su goce y contentamiento, lo perderás”.

* * *

En otra carta afirma: “Los débiles y cobardes no van a ninguna parte...”.

* * *

Contesta a una joven atormentada: “¿No sabes que conviene padecer para ir a la gloria y para llegar a la santidad...? Todo nos sirve de escalón para subir. Cava muy hondo en ti hasta que entierres el amor propio. ¿Qué otro amor vas a llevar en tu corazón que el de Jesús? Todos los trabajos son buenos para glorificar a Dios...”.

* * *

Palabras de consuelo, son las que dirige a alguien que sufre: “Sé de tus sufrimientos que son muchos. Sólo el Señor puede ser tu fortaleza. Ten toda tu confianza puesta en Él. Pasó la cruz, humillaciones, desprecios, insultos. Y el discípulo no puede ser de mejor condición que el Maestro. No se puede subir al Tabor sin pasar antes por el Calvario. Eleva al Señor todos tus sufrimientos con la fuerza de su amor divino, el único que podrá sostenerte en tanta lucha. A quien Dios ama, lo prueba. Sin duda es grande el amor del Señor sobre tu alma, pues permite tanto calvario en los

años de tu juventud. El premio será muy grande. Dichosos nos debemos sentir, porque podamos padecer algo por ese Cristo, ese crucifijo. Todo está en sus manos, el mundo entero, y sus planes se cumplirán en el mundo y en las almas. Él es nuestra esperanza...”.

* * *

Una carta, breve pero intensa, es la que recoge estas frases de D. Vicente Garrido: “La constancia y la fidelidad triunfan siempre. Y feliz quien acierta a enfocar toda su vida hacia un Jesús Crucificado. El Calvario es la cumbre de la victoria... Sube valiente hacia allí...”.

* * *

El epistolario del Fundador de las Obreras de la Cruz es variadísimo. Asombra su riqueza de vocabulario, su facilidad expresiva, la amena redacción, y admira comprobar que jamás repite frases ni expresiones; siempre son distintas, diferentes sus palabras, aunque todos sus consejos estén encaminados a un mismo fin: llevar a las almas a la santidad.

“Tu corazón, como gigante hacia Dios. Tu vuelo, amar; tu fuerza, sufrir. Y sea tu sufrir el batallar diario de tus obligaciones, tus cansancios y trabajos, tus cosillas que Dios te envía. Hacia la santidad... a escape”.

* * *

“Aprovecha el tiempo para tu santificación, trabajo, etc... Es del Señor cada minuto que vivimos. Aunque sea a trompazos, pero siempre hacia Dios...”.

Animoso consejo; pensamiento hermoso para meditar y poner en práctica.

* * *

“Nunca el alma se siente más cerca de Dios que, cuando en la soledad, fuera del bullicio del mundo, oye la voz de lo alto. La conciencia es el cristal por el que se refleja la voz de Dios. Jesús padeció desprecios y burlas e insultos, pero su amor superó todo, hasta con su sacrificio salvar al mundo. Cumplió su misión salvando todas las dificultades. Bien haces buscando ese refugio único en el que podrás encontrar tu consolación y firmeza. El ideal de toda una vida en Cristo... El que es, fue y será siempre. Los demás pasan; el tiempo se los lleva, mientras Jesús permanece. En lo profundo de tu corazón, lleva encendida esa llama divina que viene alumbrando toda tu vida. Los árboles crecen más, cuanto más abono reciben. Tu abono es el sacrificio alegre y profundo, que habla de una inmolación santa. Ése es el camino de los grandes. Nunca pliegues tus alas, ni admitas desalientos. Sufrir, hasta llegar a la cumbre donde espera el Cristo con los brazos abiertos, único refugio de salvación... Y ¡la Virgen!, tu Madre del cielo, siga defendiéndote con su manto y su mirada... Así hay sentido. ¿Entiendes...?”.

* * *

Recomienda en una nota brevísima a una de sus dirigidas: “Cuida tu vida interior: amor y presencia de Dios, que todo lo ve. Perfecciona tu vivir en tu corazón, en tu persona, y en tus actos. Trabaja para suavizar tu carácter, tratando a todos con caridad. ¿No ves cómo te trata a ti el Señor...? ¿Cuánta misericordia ha tenido contigo? Pues, ahí tienes tu modelo. El amor propio es el peor enemigo. Quien no sabe darse al prójimo, nada ha aprendido todavía. Hay que darse por amor a Dios...”.

* * *

“¿Cobarde...? ¡Nunca...!”.

* * *

En agosto de 1970, en una de sus cartas, escribió: “Tengo un montón de cosas y me encuentro muy agotado. Llevo ya cinco turnos de ejercicios”.

En un párrafo posterior de la misma carta, escribe: “Yo estoy en manos de médicos. Descanso casi todos los días (por la tarde) en Santa María del Monte. Esto me prueba y puedo trabajar muchas horas...”.

Y es que, el Fundador de las Obreras de la Cruz, no dejó nunca de trabajar mientras pudo. Procuraba olvidarse de sí mismo para entregarse a los demás, sin detenerse en lamentar sus problemas de salud, que se agravaban día a día. Padecía una afección de corazón que desembocaría en un aneurisma de aorta. Era consciente de que su muerte estaba próxima y, lleno de paz, la esperaba con total confianza, bajo la protección de la Virgen, amando a Dios intensamente, preocupándose por todos y por todo, olvidándose de sí mismo, convirtiendo en oración sus padecimientos. Nunca se quejó de nada ni de nadie; poseía la doble generosidad de molestarse siempre por los demás y no molestar nunca a nadie.

Capítulo XXVII

EL PADRE, EN EL RECUERDO

A través de numerosas conversaciones con las Obreras de la Cruz y Cooperadores del Instituto, del diálogo con muchos de sus hermanos en el sacerdocio, de recuerdos que reviven quienes fueron sus discípulos en el seminario, de las experiencias de algunas de la muy variada clase de personas que asistieron a sus ejercicios espirituales y a sus retiros, y de la huella que dejó en sus antiguas alumnas del Instituto de San Vicente Ferrer, hemos conseguido el perfil humano de la figura de D. Vicente Garrido. Son opiniones basadas en el conocimiento del Padre. Y sumando las palabras de quienes lo conocieron, resumiendo sus observaciones plurales y diversas, creemos haber obtenido el retrato de quien fue, siempre y en todo momento, un ejemplar sacerdote. Todos destacan su gran espíritu de fe y su intensa vida de oración.

Se sabía casi de memoria los textos bíblicos, especialmente los evangelios y las epístolas de san Pablo, lo cual demuestra su profundo estudio y meditación de la Palabra de Dios.

Impresionaba –según testimonios verbales de quienes asistieron a sus Misas– la unción con que celebraba la Eucaristía y lo fervorosamente que se recogía para dar gracias al finalizar, así como su edificante adoración y reverencia ante el Santísimo Sacramento, impronta que le produjo su

paso por el Colegio del Corpus Christi, como colegial becario.

Su filial devoción a la Virgen –y de manera especialísima a la Virgen de los Dolores– la destacan todas las personas con quienes hemos hablado sobre el Siervo de Dios Vicente Garrido Pastor. Él mismo, personalmente, fue quien indicó, día a día, al escultor que la realizó, cómo deseaba que fuesen los rasgos de la imagen de la Virgen de los Dolores, Patrona del Instituto, que ocupa lugar preferente en la Casa Madre de las Obreras de la Cruz. Diariamente, acudía al estudio del artista para seguir de cerca su trabajo y comprobar si conseguía imprimirle la fisonomía que él tenía grabada en su mente. Veneraba con preferencia a san José y a san Juan de Ribera; confiaba en la intervención de los ángeles.

Es digno de destacar el denominador común de la mayoría de los recuerdos que nos relataron quienes lo conocieron: la fuerte vivencia de Dios que reflejaba su figura. Parecía que se movía constantemente en la presencia del Señor. El deseo de cumplir en todo la voluntad de Dios, le daba fuerza y ánimo para aceptar los acontecimientos y los contratiempos de la vida diaria.

Ejercitaba, espontánea y sencillamente, la caridad para con el prójimo; consideraba a cada persona digna del mayor respeto y aprecio, especialmente a los más desfavorecidos y necesitados.

Coinciden todos en afirmar que, D. Vicente Garrido, era un sacerdote elegante, sencillo y natural que infundía respeto y despertaba confianza al mismo tiempo. Paradójicamente, siendo silencioso y reservado, era también dialogante y alegre. Su vida fue ejemplarmente austera. Disfrutaba con la alegría de los demás. Fue siempre espléndido con todos y austero consigo mismo.

Físicamente era de estatura normal, delgado; destacaba por la blancura de sus cabellos que encanecieron siendo, todavía, muy joven.

Poseía la difícil habilidad de saber conversar con todos y de todo; se adaptaba a los ambientes y a las circunstancias, sin violentar ni violentarse, con naturalidad, con amabilidad y con gracejo, ganándose la confianza de quienes quedaban prendidos de sus palabras y de sus gestos. Poseía el imán de los santos.

Era admirable su claridad de ideas, que expuso, mantuvo y defendió siempre. Fue, en todo momento, excepcionalmente prudente y fiel cumplidor de las obligaciones propias del sacerdote.

Practicó siempre la pobreza, usando los medios materiales sólo para fines sobrenaturales; aconsejaba a sus Obreras que viviesen pobremente, pero no miserablemente. Ejercía la pobreza, la castidad y la humildad con total naturalidad, pasando desapercibido: prefirió y eligió, en todo momento, el segundo lugar en cuanto a honores, pero el primero en cuanto a trabajos. Califican al Siervo de Dios, quienes lo trataron durante su larga y ancha vida, como una persona equilibrada; su carácter no sufría cambios ni alteraciones. Era extraordinario el dominio que ejercía sobre sí mismo.

Entre sus virtudes, destacan las personas consultadas, la tenacidad, la constancia, y la perseverancia. Estaba tan acostumbrado a ejercitarse en la virtud que, espontáneamente, la practicaba: era naturalmente virtuoso. Vivía en una constante oración. Cualquiera que fuese la postura de su cuerpo, su alma estaba siempre, ante Dios, de rodillas.

En familiares tertulias, D. Vicente Garrido, solía decir, con esa suavísima sonrisa que le caracterizaba, que nunca había pensado fundar un Instituto Secular. Su ilusionado deseo se concretaba, desde que decidió ingresar en el seminario, en trabajar intensa e infatigablemente sembrando el Evangelio. Se le impuso, sin embargo, la realidad de algo no pensado. Algunos años después de su ordenación sacerdotal, debido a las circunstancias ambientales y sociales por

las que atravesaba España en los años treinta, sumadas al trato frecuente que mantenía con la Juventud Femenina de Acción Católica, desde su puesto de consiliario diocesano, y a la inquietud que le expresaban algunas de las jóvenes que acudían al confesionario, ansiosas de una vida de perfección, pero desorientadas en cuanto a la forma de alcanzarla, le hicieron pensar en una unión de fuerzas para poder oponerse, con mayor efectividad, al avance de las destructivas corrientes de incredulidad que se extendían por el mundo. Su espíritu combativo apostólico le hizo meditar, largamente, sobre la mejor manera de ayudar a esas almas, que deseaban y buscaban una mayor perfección. Para que legalmente le fuese permitido actuar, creó la Sociedad Amor Cristiano, SAC, cuyos Estatutos fueron aprobados civilmente en 1934.

El deseo del Fundador era que, los miembros de dicha Sociedad, aspirasen a vivir la perfección evangélica dentro del mundo.

Concluida la Guerra Civil española, en 1939, solicitó y obtuvo del arzobispo Melo la erección diocesana de la citada Sociedad, en Pía Unión Sociedad Amor Cristiano de Obreras de la Cruz, hecho histórico que ya hemos relatado con detalle, desde su gestación. Las primeras Obreras no tenían un especial método de vida. Vistieron siempre de seglar. Y, simultáneamente a su vida apostólica, las Obreras se iban dedicando a las más diversas tareas profesionales.

El Siervo de Dios fue siempre el alma del Instituto Secular por él fundado: participaba en la dirección, administración y gobierno del mismo. En sus últimos años procuró ir menguando, poco a poco, su participación en las tareas directivas, con el propósito de que la vida del Instituto pudiera continuar, después de su marcha, sin notarse el cambio y que no flaquease nunca su vitalidad por la ausencia de su Fundador.

Las Directoras Generales, y los miembros del Consejo, sin embargo, no aceptaron nunca su retirada y se mantuvieron siempre en contacto con él, solicitando, en todo momento, sus consejos y acatando plenamente sus criterios e indicaciones. Se preocupó, siempre, no sólo del bien espiritual, sino también de la parte material de la Obra y de todos y cada uno de sus miembros. A las enfermas les prodigaba especiales atenciones.

Hemos podido comprobar, a través del diálogo vivo con quienes le conocieron, que D. Vicente Garrido se ocupaba no sólo de dirigir a sus Obreras espiritualmente, sino también de su formación intelectual. Insistió, siempre, en la necesidad del estudio y perfeccionamiento profesional continuados, por parte de los miembros del Instituto Secular, a quienes trataba familiar pero respetuosamente. Aunque les exigía mucha virtud, era profundamente comprensivo con cada persona, teniendo en cuenta temperamentos y caracteres. Conjugaba perfectamente justicia y caridad.

A sus hermanos sacerdotes, en todo momento y en todas las ocasiones, les demostró su mejor estima y respeto. A las autoridades eclesiásticas les dispensó siempre su fiel y dócil acatamiento. Al Santo Padre lo respetaba de una manera muy especial. Solía decir que “para los cristianos el Papa es la voz de Dios”.

La prudencia era habitual en el comportamiento del canónigo Garrido Pastor; nunca hería al hablar, ni desprestigiaba a nadie; sabía administrar bien sus silencios para no ofender y, cuando era necesario corregir a alguien, lo hacía con la mayor discreción.

Refieren, quienes más íntimamente lo trataron que, cuando recibía algunas críticas o padecía la incompreensión de quienes no veían con buenos ojos la fundación de la Obra que pretendía poner en marcha, o era víctima de ingratitudes, no desahogaba su tristeza buscando el consuelo de palabras amigas, sino que se volvía más silencioso, solía

aislarse marchando al campo y se dedicaba más intensamente a la oración; sus horas ante el Sagrario, se multiplicaban; en ocasiones, buscaba y se refugiaba en el cariño familiar, yendo a visitar a sus hermanos.

Según el relato de una testigo presencial, el canto “Creo en ti”, de cuya letra y música es autor D. Vicente Garrido, fue compuesto por el Padre durante un corto viaje de 20 Kms. –desde Segorbe a Santa María del Monte, Torres-Torres– tiempo en el que permaneció ensimismado y tomando algunas notas. Dice así:

“Creo en ti, Señor, del universo creador.
Dame más fe.
Creo en ti, Señor, de los hombres Redentor.
Dame más fe.
Creo en ti, Señor, de la muerte vencedor.
Dame más fe.
Creo en ti, Señor, sin ti no hay vida ni amor.
Dame más fe...”

La fe, de la que estaba lleno, inundaba su alma; la oración llenaba su vida.

El canto lo ensayó con sus Obreras nada más llegar al Cenáculo de Torres-Torres, diciendo: “En tan pocas palabras, está contenida toda la Teología”.

Vivió siempre, y lo inculcaba frecuentemente a sus Obreras y lo predicaba en sus ejercicios espirituales, el auténtico espíritu de pobreza. Lo predicaba con el ejemplo, lo mismo que el amor al trabajo, fuera el que fuese; siempre decía que no hay trabajos ni más altos, ni más bajos, que todos son igualmente dignos si se hacen por amor a Dios.

Coinciden cuantos conocieron y trataron a D. Vicente Garrido en destacar que reflejaba, en todas las ocasiones, una paz inalterable y un notable equilibrio psicológico, propio de una persona madura. Siempre estaba dispuesto a sacrificarse con la máxima entrega y con el rostro sonriente:

no era un santo triste. Dijo siempre que la virtud debía ser atrayente y de este modo la enseñaba y la practicaba.

Por lo que refieren numerosas personas, D. Vicente Garrido tuvo fama de santo durante su vida. Quienes le conocieron confirman que notaban en él algo muy especial, debido, probablemente, a su ejemplar conducta, su sabiduría, su celo apostólico y su entrega a los demás. Tenía, para todos, la palabra prudentemente oportuna. Era admirado, también, por sus valiosas cualidades intelectuales y humanas.

Sus conversaciones versaban sobre los más diversos temas, siendo capaz de distraer y mantener la atención con cosas triviales, pero, siempre enseñando, sin hacer comentarios negativos de nadie, es decir, sin faltar a la virtud de la prudencia, según reconocen quienes participaron en algunas de sus tertulias.

Algo que resaltan frecuentemente, quienes conocieron y trataron a D. Vicente Garrido, era su identificación con el mundo del trabajo. Al Instituto Secular por él fundado, transmitió su pensamiento de que sus miembros fuesen trabajadoras, Obreras de la Cruz, en el sentido de cooperar al supremo trabajo de Cristo: la Redención. Cumplía y hacía cumplir la justicia social.

El Siervo de Dios Vicente Garrido había logrado tener un pleno dominio de su persona. No dejaba de hacer cosa alguna porque le molestase o no le gustara. Era un trabajador incansable y muy madrugador.

Poseía, el Fundador de las Obreras de la Cruz, el don del consejo. Las cartas suyas, que hemos comentado en páginas anteriores, son un claro testimonio de cómo se relacionaba con las personas que acudían a él. Sus consejos fueron siempre alentadores, estimulando a la práctica de la virtud, consolando cuando era necesario, demostrando, siempre, su preocupación por todos y cada uno de los problemas que se le exponían, y a los que procuraba dar acertadas solucio-

nes. Disipaba errores o dudas de conciencia; daba paz y serenidad interior. Su santidad era sencilla y atrayente.

Facilitaba las cosas a quienes acudían a él en sus encrucijadas: hay quien tiene un problema para cada solución y el Padre –como le gustaba que le llamasen y así firmaba sus notas en el *Boletín de Información*– tenía una solución para cada problema.

Hacía D. Vicente Garrido las cosas ordinarias de un modo extraordinario y las extraordinarias, sin darles importancia.

Resultaba admirable en su trato porque siempre decía lo que sentía, sentía lo que decía y actuaba como decía y como sentía.

Del Siervo de Dios Vicente Garrido Pastor, se podría decir que gastó la vida sin perderla, dándosela a Dios y al prójimo. Y de manera especial, a las Obreras de la Cruz.

Capítulo XXVIII

RESUMEN DE UNA VIDA

EL último capítulo de la biografía del Siervo de Dios, Vicente Garrido Pastor, Fundador de las Obreras de la Cruz, quisiéramos que lo escribiese él mismo y, entre su abundante legado literario, hemos elegido una oración poética donde rompe el precinto de su corazón, se desborda a borbotones su caudal de silencios y abre las compuertas cerradas de su alma para desahogar ese amor a Dios y a la Virgen que inundó todo su ser, durante toda su vida.

“HE AQUÍ A TU MADRE

Como ayer pasará hoy; el tiempo corre veloz
y hay en mí una nostalgia de paz y de cielo,
que cual eco de profunda y suavísima voz,
clama y repite... diciendo allá en mis adentros:
no pierdas tiempo, pues vas camino hacia Dios.
Y hacia Dios voy con ansias de eterna grandeza.
¿No son éstas, vuelos y arranques de un corazón,
que sólo puede vivir del amor de su Dios?
Para subir, volando, hace falta: oración
con fuertes alas de sacrificio y pureza.

Empieza a morir el día en el hondo pozo
del olvido, yo entonces me adentro y me gozo,
buscando con ansia algo muy grande en el cielo:

el amor que derrita del pecado el hielo;
a un Cristo que me extienda sus brazos de Padre;
gozo, buscando el rostro de una Virgen Madre.
Feliz noche. Mi corazón en paz descansa,
lejos de los afanes y recuerdos del mundo,
de un mundo infeliz, sin Dios y sin esperanza.
Miro al cielo, y me atrae la luz de una estrella.
Miro, fijo mis ojos, ¡ya no dudo! ¡Es Ella!

Sí, la que puso en mí ansias de eternos amores.
Aquella que quise y quiero con toda mi alma,
la de la dulce mirada que mi corazón calma.
Y es celeste sedante a mi vida azarosa,
saber que llevo en mi pecho a la más hermosa
de las rosas que brillan junto al Sol divino.
Es la Virgen que en las noches sin sueño soñé;
es aquella que con ansias y anhelos busqué,
firme, al pie de la cruz, en martirio de amores.
Sí, es mi Madre por mí tan querida y amada,
la de los ojos dulces. ¡Mi Virgen de los Dolores!
Siempre en ti mi corazón confía,
Madre de Jesús y madre mía.

Lo que es la noche, sin la luz de una estrella,
¡eso, eso sería nuestra vida sin Ella!"

Capítulo XXIX

FUENTES DOCUMENTALES Y BIBLIOGRÁFICAS

Informes, datos y documentos facilitados por el Instituto Secular Obreras de la Cruz.

Boletín de Información, de las Obreras de la Cruz.

Testimonios orales de familiares, Obreras de la Cruz y personas que lo conocieron.

Testimonios escritos de sacerdotes, universitarios del Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera, de Burjasot, ejercitantes, personas que lo conocieron y, especialmente, Obreras de la Cruz.

La noticia de su muerte recogida por la prensa y la radio valencianas.

Comentarios del *Boletín del Arzobispado* de Valencia y de *L'Osservatore Romano*, comunicando su fallecimiento.

Respuestas. Entrevista imaginaria a D. Vicente Garrido recogiendo las respuestas en sus escritos. Valencia, abril 1976.

Tres apuntes biográficos sobre D. Vicente Garrido, sin publicar, por Vicente Cárcel Ortí, Arturo Llín Gramage y Salvador Vidal Vidal, conjuntamente con Obreras de la Cruz.

Hojas Informativas, a partir de 1990.

Epistolario del Siervo de Dios.

Breve semblanza de D. Vicente Garrido Pastor. Moncada (Valencia), 16 abril, 1975-1985.

Anécdotas y comentarios del M.I. Sr. D. Antonio Rodilla Zanón.
Obras del Siervo de Dios.

ILUSTRACIONES

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo	9
I Vicente Garrido, Sacerdote y Fundador de las Obreras de la Cruz	19
II Resumen biográfico cronológico	23
III Vicente Garrido. Primeros años	31
IV Su vida en el seminario	37
V Becario en el Colegio del Patriarca	41
VI Vicente Garrido, Sacerdote	47
VII Una vida ancha y profunda	63
VIII Oposiciones a canónigo. Una dura prueba	69
IX Apostolado seglar femenino	73
X La guerra civil (1936-1939)	79
XI Una nueva vida	89
XII ¿Cómo era D. Vicente Garrido?	99
XIII Las Obreras de la Cruz	113
XIV Vicente Garrido, un “endiosado”: un hombre lle- no de Dios	129
XV Las Obreras de la Cruz crecen	141
XVI Opiniones sobre la Obra de D. Vicente Garrido	153
XVII Una vida que se apaga	161
XVIII Su herencia escrita	171
XIX Un corazón de grandes corazonadas	181
XX Pinceladas para un retrato	189

	<i>Pág.</i>
XXI Hacia la felicidad	197
XXII Y llegó el día	207
XXIII Habla el Padre. Sus palabras no han perdido actualidad	223
XXIV Seis días después... ..	229
XXV Proceso de Canonización del Siervo de Dios Vicente Garrido Pastor	235
XXVI Epistolario espiritual. La plena alegría de Dios en el alma	245
XXVII El Padre, en el recuerdo	265
XXVIII Resumen de una vida	273
XXIX Fuentes documentales y bibliográficas	275
Ilustraciones	277

*Este libro se acabó de imprimir en Artes
Gráficas Soler; S. L., de la ciudad de
Valencia, el 12 de noviembre
del año jubilar 2000,
aniversario del
nacimiento
del Padre*

L D
⊞
V M

1

2

→

OBRAS DEL SIERVO DE DIOS

PUBLICADAS

- 1924 *El Castillo-Colegio Mayor del Beato Juan de Ribera*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1931 *La vida del espíritu*. Valencia.
Reediciones: Moncada (Valencia), 1953 y 1962; Valencia, 1972 y 1994.
- 1943 *Directores de Ejercicios Espirituales*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1945 *Manual de las Obreras de la Cruz*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1987.
- 1949 *Siete Dolores de la Santísima Virgen*. Valencia.
Reediciones: Valencia, 1969 y 1977.
- 1952 *Estímulos*. Moncada (Valencia).
Reediciones: Moncada (Valencia), 1962; Valencia, 1995.
- 1955 *Arte de encomendarse a Dios*. Valencia. Reedición: Valencia, 1997.
- 1955 *Formación moral y acción de apostolado*. Valencia.
Reedición: Valencia, 1994.
- 1962 *Cantoral*. Valencia.
Reedición, reformada: Valencia, 1989.
- 1964 *Constituciones*. Valencia.
Reediciones acomodadas a tenor de las disposiciones emanadas de la Santa Sede: Valencia, 1973 y 1987.
- 1978 *Habla el Boletín...* Valencia.
- 1978 *Espigando*. Valencia. Reedición, aumentada. Valencia, 1996.
- 1989 *Retiros*, 4 vols. Valencia.
- 1995 *Luces sobre el celumín*. Valencia.
- 1995 *Señor, que vea...* Valencia.
- 1995 *¡Tú puedes...!* Valencia.
- 1996 *Hacia la santidad*. Valencia.
- 1999 *Sembrad*. Valencia.
- 1999 *Cooperadores "Vivid lo que sois"*.

